



*Vamos a bailar.  
Usted y yo.*

*Tango  
a  
medianoche*

ISABELLA MARÍN

# **TANGO A MEDIANOCHE**

**Isabella Marín**

© Isabella Marín, octubre 2017

Diseño de la portada: Alexia Jorques

Foto: Fotolia

Primera edición: noviembre 2017

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

# ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Más títulos de la autora](#)



## Sinopsis

En la ciudad del *jazz* y el color, vive una joven mujer profundamente infeliz, atrapada en un matrimonio a la deriva, y un hombre que ha huido de un aserradero de Maine persiguiendo un sueño dorado de riqueza y bienestar.

Sus caminos se cruzan. Él se empeña en conocerla. Le pide un baile. Un tango, que arrojará a la atormentada señora Fairbanks a una espiral de deseos prohibidos.

Tentada por la promesa de una pasión desgarradora, Ingrid rompe todas las normas. Escandaliza a toda una ciudad y vuelve en su contra a su marido y a sus propios padres. No puede evitarlo. Hardy Baker ha encendido en su interior una chispa muy peligrosa: el deseo de sentirse viva.

Lo tiene todo, pero desea lo único que nunca le han dado: **amor**.

# Capítulo 1

Siempre conservaré el recuerdo de aquel día en el que regresé a Nueva Orleans. Había abandonado París sabiendo que jamás sentiría nostalgia, y no traía conmigo más que una maleta repleta de sueños rotos y un alma vacía.

Yo era una silueta alta, pálida y delgada, de pie en la plataforma abarrotada de viajeros. Mi cabello era rubio, cortado en una media melena ondeada, en la que destacaba una cinta ancha para la frente, hecha de pedrería y encaje de color marfil. Mi ropa era cara y elegante, acorde con la última moda de Europa. Iba impecable de pies a cabeza, con un vestido corto de un beige casi dorado, bolso a juego y zapatos de tacón alto. Coco Chanel había conseguido revolucionar el mundo, no solo el mío, sino el de todas nosotras, niñas ricas a las que sus gobernantas francesas habían inculcado el buen gusto para la ropa.

Imaginé que así luciría yo a los ojos de un viajero cualquiera.

—Era toda una dama. Impecable de los pies a la cabeza.

Eso diría a sus amigos sobre mí.

Pero si aquel viajero se hubiese detenido por un solo momento a fijarse en mí con un poco más de atención, si hubiese sido capaz de ver más allá del aura de lujo y riqueza que me envolvía, se habría dado cuenta de que mi rostro estaba contraído y ausente; habría advertido que mi mirada lucía apagada, como la de una persona que había visto el mundo, había estado en todos los lugares donde valía la pena estar y había descubierto todos los secretos que valía la pena conocer, lo cual había matado su entusiasmo por vivir. La mía era la mirada de una persona hastiada; alguien a quien el mundo había decepcionado de modos inenarrables, convirtiendo en añicos cada una de sus esperanzas, arrancándoselo todo, hasta la última gota de humanidad.

Sin embargo, ningún viajero se detuvo a mirarme, por lo que seguí avanzando a lo ancho de la plataforma, indiferente a todo cuanto sucedía a mi alrededor.

—¡Dioses, cómo echaba de menos esta ciudad! —exclamó un pletórico Nick.

Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja que, por una vez, no me resultó ni gélida ni malintencionada.

Yo no dije nada. No tenía nada que decirle.

Nick cogió una buena cantidad de aire en los pulmones, quizá para experimentar a qué olía el hogar, le sonrió a un niño pecoso y me agarró de la mano. Me dejé guiar a través de una marea de personas, ruidosas y alegres; ¡tan multiculturales!, que se iban o regresaban a la ciudad, presos de un entusiasmo y una felicidad casi febriles. Incluso los elegantes mozos, que empujaban por el andén enormes carros dorados, llenos hasta arriba de baúles y maletas, se me antojaron felices. Tuve la sensación de que todo el mundo sonreía esa tarde en Nueva Orleans.

Todos, menos yo.

Les lancé una mirada aburrida, y luego les volví la espalda. No tenía razones para compartir ninguno de esos sentimientos. Ni el entusiasmo ni la felicidad tenían cabida en mi día a día.

Salimos de la estación, y sentí la humedad de Nueva Orleans más que nunca. La ropa se me empezó a pegar al cuerpo. El pelo quedó aplastado, como carente de vida. Ya no era una chica impecable de pies a cabeza. Solo era una chica cualquiera. No tenía nada de especial. Nada en absoluto. ¿Por qué un minuto atrás había pensado lo contrario?

Nick me abrió la portezuela. Me acomodé en la parte de atrás del lujoso coche negro, cuyo chófer nos esperaba con el motor en marcha, y pasé todo el viaje de vuelta a casa mirando por la ventanilla. El ritmo de la ciudad no había cambiado en absoluto, seguía siendo tan trepidante como recordaba. El *jazz* sonaba en cada rincón, y la variedad cromática que poblaba las calles resplandecía con una exquisitez pocas veces vista. Estábamos en la década de los grandes cambios, donde lo reciente se intercalaba con lo añejo, sin alterar nunca el perfecto equilibrio.

Al cruzar por Bourbon Street, vi montones y montones de nuevos ricos, gente salida de los bajos fondos, con un pasado turbio y un futuro muy prometedor. Eran ahora los reyes del nuevo orden. Se les había presentado una oportunidad en la vida y habían sabido cómo aprovecharla. Bien por ellos.

Los reconocí al instante, eran ostentosos sin ninguna especie de sentido común. Como para compensar sus enormes y emergentes fortunas, tenían un claro déficit en cuanto a elegancia y etiqueta social. Nick siempre se burlaba diciendo que, si ibas a tomar el té a casa de un nuevo rico, más valía matar tus expectativas, pues los anfitriones eran absolutamente incapaces de prepararlo como es debido.



—¡No conocen la diferencia entre un té inglés y uno americano! ¿En qué clase de mundo estamos viviendo?

Así era cómo se lamentaba Nick cada vez que nos llegaba una invitación por parte de alguien que no había nacido con sangre azul en sus venas. Daba igual lo lujosa que fuera su nueva vivienda, el deportivo que tuviera aparcado a la puerta de su mansión o las pinturas que aguardaran expuestas en su galería, la gente como Nick, los de la vieja escuela, eran incapaces de perdonar a aquellos que habían salido de las cloacas del mundo el hecho de haber conseguido trepar hasta la cima de la pirámide. Lo tenía así de claro: no formaban parte de su círculo. No eran como él. ¿Cómo se atrevían a ansiar su amistad? ¡Cielo Santo!, ¡si no eran más que ex obreros con las manos aún llenas de mugre! No importaba lo grandiosa que fuera su fortuna. La mugre nunca iba a desaparecer, razón por la cual Nick jamás aceptaba sus invitaciones, a no ser que le beneficiara de algún modo entablar amistad con el anfitrión.

Los nuevos ricos le producían un extraño y poco saludable rechazo a mi marido. A mí, el mismo desapego de siempre. No me eran ni simpáticos ni antipáticos. No despertaban en mí ningún sentimiento. De hecho, había días en los que nada despertaba en mí sentimiento alguno.

Antes de casarme, no me tenía a mí misma por una persona profunda. Aunque tampoco era del todo superficial. Ahora, en cambio, ya no tenía ni idea de cómo era. Pasaba de la apatía a la euforia, y de la euforia a la profunda melancolía. Me asustaba la muerte, a la vez que me asustaba la vida. Me asustaba envejecer y que, con el paso de los años, las cosas cambiaran. Y aun así, me aterraba despertar un día siendo vieja y descubrir que nada se había alterado; que mi vida seguía el mismo curso, como un eterno río cuyo caudal nunca iba a secarse; que había desgastado mis mejores años en cosas sin importancia; que nunca había vivido, vivido *realmente*. Lo que más me arredraba en el mundo era morir sin antes haber descubierto a qué sabía la vida.

Me veía a mí misma como a una persona inestable, pues había momentos en los que quería dejarlo todo y salir corriendo. Me imaginaba derruyendo las murallas que me aprisionaban. Las reducía a polvo, sin piedad, sin vacilación, sin remordimientos, y escapaba. Me marchaba muy lejos de ahí.

Luego, regresaban esos momentos lentísimos y oscuros en los que me aferraba con las dos manos a la soledad que me encadenaba. Porque, sin mi

soledad, el universo se habría convertido en un extraño para mí. No podemos renunciar a aquello a lo que estamos acostumbrados. Da igual que sea bueno o malo, nos agarramos a ello porque nos es familiar.

Había tantísimos contrastes en mi vida que ya no sabía quién era. Había conocido más o menos a la jovencísima Ingrid Prince. Ingrid Fairbanks, por el contrario, esa gran dama de la alta sociedad, era toda una desconocida para mí.

—Por fin. Hogar, dulce hogar. ¿Has visto alguna vez algo más espectacular?

No le presté la más mínima atención a Nick. Me limité a mirar por la ventanilla. El coche giró a la derecha por el camino privado que conducía a la mansión Fairbanks, un castillo de estilo colonial, propiedad de la familia de Nick.

Al fondo de esa amplia avenida bordeada de castaños, pasada la glorieta del caballo dorado, se alzaba mi prisión, un monstruoso edificio circundado por más de dos hectáreas de jardín, donde podías encontrar excentricidades como estanques japoneses, ocho fuentes de agua (que Nick mandaba iluminar cada noche, a pesar de que consumían casi tanta electricidad como una ciudad pequeña), una piscina olímpica, dos pistas de tenis, un campo de golf (nadie en nuestra familia sabía jugar al golf; al menos, no decentemente) y una casa de ocho habitaciones y cuatro baños, en la que se alojaba el servicio. Si no me fallaba la memoria, había un total de dieciocho personas haciéndose cargo de la babilónica propiedad.

Nick fue un cielo ayudándome a bajar del coche tan pronto como este se detuvo delante de la entrada principal. Le tendí la mano enguantada, y él la cogió y la sostuvo con delicadeza. Podía ser considerado cuando lo deseaba. Por desgracia, la mayoría de las veces, su consideración rozaba lo inexistente.

El séquito de empleados, alineados a lo largo de la moqueta roja que habían desplegado en nuestro honor, empezó a darnos la bienvenida y la enhorabuena. No nos habían visto después de nuestra boda, ya que Nick y yo habíamos pasado los últimos dos años recorriendo el mundo. Petrogrado (cuando aún se llamaba de ese modo), Shanghái, Estambul, Viena, Florencia... Arte, música, historia y cultura. Belleza genuina.

Lamentaba habernos visto obligados a regresar a casa. Tenía la sensación de que en casa, todos los monstruos adquirirían contorno.

—Bienvenido, señor. Señora. —El mayordomo inclinó la cabeza, y yo

correspondí con un gesto similar y una tenue sonrisa.

Nick, más atento que de costumbre, colocó un brazo en mi espalda y me guio hacia el interior. Sonreía mientras caminaba e inclinaba la cabeza para recibir las enhorabuenas del servicio, y yo seguí su ejemplo. La única delante de la cual se detuvo antes de que entráramos fue Edna Pickford, la mujer que llevaba *realmente* la mansión Fairbanks, y cuyos métodos yo encontraba retrógrados, inicuos y, sin duda, ilegales.

Nick disentía, e incluso se echó a reír cuando le sugerí un curso de ética profesional para *madame* Pickford, como a ella le gustaba hacerse llamar. Sospeché que, en un derroche de simpatía, poco típicos en Nick, este le había confesado a su ama de llaves mi preocupación hacia su modo de tratar al servicio, pues, la última vez que Edna y yo nos habíamos visto, unos cuantos días antes de la boda, si bien su modo de atormentar a sus subordinados no había cambiado en absoluto, sí lo había hecho su modo de dirigirse a mí.

No pretendo hacerme malinterpretar, ella siempre fue correcta y formal conmigo, pero las miradas que me dirigía eran tan gélidas que, estúpidamente, sentía la necesidad de echarme un chal por encima de los hombros cada vez que esos reprobatorios ojos azules se clavaban en los míos. Creo que *madame* Pickford estaba enamorada de Nick, por eso me odiaba tanto. A lo mejor albergaba esperanzas de desposarlo, afanes que yo había echado a perder con mi juventud, mi grandiosa fortuna y mi... ¿rostro angelical?

Divertida a causa de esa idea (¿*madame* Pickford y Nick? *Oh, mon Dieu!*), le dediqué mi mejor sonrisa, que, según cabía esperar, no fue correspondida. Edna se mantuvo tan impertérrita como un soldado en su guardia. Vestía un solemne atuendo, su uniforme habitual, falda y chaqueta negras, sin forma. Un recogido severo retiraba los oscuros mechones hacia atrás, dejando libres sus orejas, que parecían demasiado grandes para un rostro tan pequeño. No era bella, pero la rigidez de sus pálidas facciones y la sobriedad de su porte hacían que la gente se detuviera de su caminata para mirarla con más atención. Edna Pickford, con su ropa oscura, sus afilados ojos redondos y sus pómulos salientes, me había impresionado desde el principio.

—¡Por fin está en casa, señor Nicky!

Tuve que ahogar una risotada malévola. *Señor Nicky* me sonaba a criatura traviesa y revoltosa, nada que ver con el flemático Nick Fairbanks, el desdeñoso aristócrata de sonrisa helada y expresión siempre áspera; un

hombre imponente e intimidante que se consideraba superior a todos los demás seres que poblaban la tierra. Yo incluida.

Mi madre, Blanche, que, a diferencia de mi padre, no tenía en tan alta estima a Nick (aunque defendía que su desorbitada fortuna compensaba indudablemente la gelidez de sus modales), dijo una vez que ni el sol de Kenia sería capaz de derretir el corazón del único heredero del viejo y bastante obsoleto Randolph Fairbanks, mi querido suegro, dueño de la mitad de los rascacielos de Nueva York. No se jugaba con hombres como Nick o Randolph. Claro que yo era demasiado joven y demasiado estúpida como para saberlo entonces.

En mi noche de bodas, empecé a comprender las palabras de Blanche. Mi marido, al que yo le había atribuido cualidades de las que carecía por completo, retratándole dentro de mi mente como un hombre indomable y pasional, resultó ser esquivo, arrogante y absolutamente gélido, como si estuviera siempre aprisionado detrás de un enorme bloque de agua helada que no permitía el paso hacia su corazón. Y era así con todo el mundo.

Menos con Edna, cuya mano cogió entre las suyas sin ningún reparo. Me quedé impresionada al ver que le dedicaba la sonrisa más sincera que le había visto esbozar en los diez años que llevaba conociéndole.

—Oh, Edna, bendita seas, no sabes cuánto he echado de menos tus *Beignet*.

Entorné los ojos cuando nadie me miraba. Me constaba que los dulces que nos habían servido en París eran infinitamente mejores que los de Edna, que a mí se me antojaban tan duros y secos que la única utilidad que les habría concedido, y eso siendo encantadora, habría sido la de para partir cráneos humanos por la mitad. Había que mojarlos en el té (durante un buen rato) para que resultaran comestibles. ¡Pero a él le encantaban sus malditos *Beignets*!

—Y por eso, en su honor, he preparado un par de bandejas de ellos.

*¡Que el Señor nos proteja!*

—Nunca podré agradecerte lo bastante todo lo que haces por esta familia.

Volví a hacer una mueca. Mis zapatos nuevos me estaban matando y necesitaba un baño relajante. ¡Cuanto antes! Lo que menos me apetecía era escuchar alabanzas dirigidas a una mujer cuyo mayor placer en la vida consistía en atormentar a los demás. Para mí, Edna Pickford no era para nada digna de elogios. Ni tampoco lo era Nick.

—Sabe que estoy más que encantada de hacerlo.

*Sí, sí, sí. Más que encantada. Lo sabemos.*

—Gracias, Edna. ¿Puedes pedirle a alguien que nos prepare el baño? Mi mujer tiene una de esas jaquecas insufribles. Le ha debido de sentar mal el viaje.

*Madame* Pickford sonrió. A Nick, por supuesto. Parecía muy eficiente y dispuesta a complacerle en todo.

—Se hará de inmediato.

Nick inclinó la cabeza y entró, ya sin preocuparse por mi persona. ¿No tenía que pasar el umbral en sus brazos? Supuse que no, y lo seguí de camino a la escalera, preguntándome cómo diablos se las apañaba Pickford para mantener las arañas de cristal tan relucientes. Esa mujer seguro que practicaba alguna especie de magia oscura. Más me valía mantenerme alejada de ella.

Mis propias estupideces me hicieron sonreír.

—¿Vienes, Ingrid?

—Sí, perdona. Estaba... contemplando la casa.

Apresuré el paso para alcanzar a Nick escalera arriba. Yo siempre estaba a sus espaldas. En la sombra de un hombre tan grandioso. Si algún día escribiera mis memorias, ese habría sido el título.

—Alguien debería mostrarte tus aposentos, querida.

¿No deberían haber sido *nuestros* aposentos?

—¿Y a quién tienes pensado encomendar la engorrosa tarea de entretener a tu mujer?

Los ojos azules del *señor Nicky* (iba a burlarme durante semanas) se volvieron hacia mí.

—A nadie. Lo haré yo mismo.

—¡Oh! —exclamé, intentando no desvelarle mi aburrimiento, el mismo que llevaba días enmascarando bajo un concepto mucho más tolerable: la jaqueca.

—Estoy seguro de que te encantarán —me dijo mientras colocaba la mano en mi espalda y me instaba a girar hacia la derecha por el pasillo enmoquetado—. Le pedí a Edna que los decorara según la moda francesa. Todo tonos pastel y obras de arte. Te sentirás como en casa.

Curvé los labios en la sonrisa educada y agradecida que él esperaba recibir a cambio de toda esa... *benevolencia*. Nick acababa de dejar clara su postura.

Al igual que en los últimos dos años, yo dormiría sola, me ocuparía de dar las mejores fiestas y de sonreír como la niña bonita que era, mientras que él se pasaría el tiempo entregado a los placeres de la vida, que en su mayoría se componían de beber, fumar y follarse a todas las chicas tontitas que se le cruzaran por el camino.

Tal y como había previsto mi madre tres años atrás, íbamos a tener un matrimonio espléndido.

## Capítulo 2

Una vez me hube bañado y cambiado de ropa, fui convocada a la biblioteca, una habitación solemne y oscura, repleta de estanterías donde fácilmente podías contar miles de títulos, desde los clásicos griegos hasta los éxitos más recientes. Era la hora del té, una costumbre demasiado europea para mi gusto, pero que la familia Fairbanks se empeñaba en mantener desde hacía varias generaciones, porque les parecía que tomar té concedía cierta distinción. Yo hubiese tomado, con mucho gusto, un coñac, pero no quería escandalizar a los *distinguidos* Fairbanks con mis vulgares costumbres neoyorquinas.

Entorné los ojos cuando me ofrecieron los insufribles *Beignet* para acompañar el imbebible brebaje. Ni siquiera me molesté en coger uno. No tenía pensado partirme una muela. Solo tenía veinticinco años y pretendía conservar mi dentadura en perfecto estado al menos hasta los sesenta. Sobre todo, porque los dentistas me producían auténtico pavor.

—Has sido descortés —ladró mi marido tan pronto como nos quedamos a solas.

Mi única reacción fue enarcar una ceja. Con tranquilidad, dejé la taza en el plato que sujetaba con la mano izquierda, y crucé las piernas como una dama. No miré a Nick ni una sola vez, a pesar de que sentía la gelidez de su mirada atravesándome.

—¿Por qué, querido? —me hice la despistada.

—Rechazar el postre que Edna ha preparado en nuestro honor.

—En *tu* honor, querrás decir. A mí me habría ofrecido gustosamente un *soufflé* de belladona, de haber podido.

—Te pido que seas amable, Ingrid. Deja de comportarte como una niña malcriada.

Levanté la mirada y mis ojos verdes desgarraron ese gélido azul que no dejaba de amonestarme.

—Me *exiges* que sea amable.

—Es lo mismo.

—Me atrevería a decir que percibo una notable diferencia.

Nick me miró impasible. Estaba sentado en una butaca de cuero, con una pierna encima de la otra. A mí me había asignado el sofá, lo cual me hizo sentir como si fuera su perro. *Ingrid, sit!* E Ingrid se sentó.

—¿Me vas a estar desafiando como en Europa? —soltó abruptamente y con mucha aspereza.

Le sonreí con dulzura, solo para contrariarlo. Si él era áspero, yo sería tan dulce como los azucarillos de Cuba.

—No lo sé. Depende.

—¿Depende, de qué?

—¿Vas a ser tan desconsiderado como en Europa?

Nick cabeceó.

—Ya veo. Conque así están las cosas.

Mi falsa expresión de dulzura fue perdiendo contorno a medida que la ira luchaba por asomar.

—¿Y qué esperabas, Nicholas? ¿Un premio por tener una querida?

Noté un cambio casi imperceptible en su mirada: la agudeza de otro sentimiento que se ocultaba tras el desdén que congelaba sus pupilas.

—Eso se acabó —gruñó entre dientes, preso de una repentina ira que le costaba mucho mantener a raya—. ¿Cuántas veces he de decírtelo?

Su confesión me dejó por completo fría. Era la quinta vez que escuchaba esa frase durante nuestro aún joven matrimonio.

—¿Y cuánto tardarás en reemplazarla, como hiciste con todas las demás? —repuse, obligándome a tomar un sorbo de té. O lo bebía o se lo lanzaba a la cara. Opté por lo más sensato.

—No demasiado, dado tu comportamiento, Ingrid.

Esbozó una sonrisa cortés, que yo le devolví de inmediato. Los siguientes diez minutos nos entregamos en silencio a la estúpida ceremonia del té.

Al acabar, Nick abrió un periódico de finanzas y hundió su aristocrática nariz dentro. Yo no tenía mucho que hacer. Antes de casarme, solía leer novelas, pero había dejado de hacerlo, pues me inducían unas ideas erróneas en cuanto a las relaciones de pareja. Perdida entre letras y palabras, soñaba con noches de tormenta y violenta pasión. Había bailes, risas, desbordante alegría. La música jamás cesaba. No podía albergar esos sueños tan crueles cuando mi vida era igual de triste que un funeral eterno.

Todo me repugnada, mi matrimonio, ni vida. Me sentía tan cansada, *tan* infeliz, ahí sentada con la mirada perdida en la nada y un vacío en el pecho, que se expandía con cada segundo que pasaba. La dorada aguja de un reloj de mesa no dejaba de oscilar de un lado al otro. El vacío no dejaba de ahondar. *Tic. Tac.* Cada vez más profundo; abismal. Muerta, pero en vida. Todo



carecía de sentido.

—Debes organizar una fiesta.

La voz de Nick me arrancó de mi ensueño. Mis ojos, mortecinos, se desplazaron hacia mi desdeñoso marido.

—Oh. ¿En verdad *debo*?

—Sí, debes —insistió, pasando la página del periódico, que gozaba de más atención suya de la que yo había gozado en meses—. Y *debes* invitar a todo el mundo. El jardín nunca ha estado tan soberbio como esta primavera.

Miré el lado bueno de las cosas. Al menos así tendría algo con lo que entretenerme.

—¿Para cuándo quieres la fiesta?

—Cuanto antes. Antes de que el ardor del verano lo estropee todo.

Dejé el plato de té en el borde de la mesilla y suspiré a modo de respuesta.

—Por cierto, Margot Ellroy está en la ciudad —añadió Nick como si nada.

Me resultó curioso el hecho de que mi marido solo necesitara ocho palabras para quebrantar mi expresión facial.

—Conque Margot ha regresado, ¿eh? —musité pensativa.

Margot Ellroy era su confidente y amiga de la infancia. Y también era su único gran amor.

Entendí de inmediato por qué Nick pretendía organizar una fiesta por todo lo alto. No le importaba la regia belleza del jardín, tan solo quería impresionar a Margot. Nunca se había perdonado a sí mismo por no haberle propuesto matrimonio. Tampoco perdonó a Margot el hecho de haberse casado con Oliver, uno de sus amigos más queridos. No se había roto la relación de amistad que mantenían los tres, pero estaba agonizando a causa de los más que evidentes sentimientos de Nick.

—¿Por qué no te casaste con ella, *Nicky*? —quise saber en un impulso.

—Porque quería casarme contigo —contestó impasible, pasando la página otra vez.

—No pudo ser esa la razón. Yo tenía diez años por aquel entonces. No formaba parte de vuestra generación.

—Cierto, pero aun así, siempre supe que me casaría con la hija del gran Raymond Prince. Era el sueño de mi padre.

—Pero nunca fue el tuyo.

—Ingrid, ¿por qué no te vas a escribir las invitaciones para la fiesta?

—¿Por qué no te vas tú al Infierno, Nick? —repose, levantándome con

brusquedad del sofá.

Nick pasó dos páginas del periódico, supuse que lo hacía porque los deportes le traían sin cuidado. Siempre criticaba a los periódicos de finanzas por incluir una rúbrica de deportes. Si hubiese querido conocer los resultados de las carreras de caballos, habría ido al hipódromo, ¿o no?

—No te olvides de invitar a Margot —comentó justo en el momento en el que yo cruzaba el umbral.

Su voz no se había alterado. Seguía siendo igual de gélida, de inexpresiva, de fastidiosa como siempre. No me volví de cara a él. Ladeé un poco la cabeza para poder mirarle de reojo. Aún leía su estúpido periódico.

—Jamás podría olvidarme de Margot, querido.

## Capítulo 3

La primera vez que vi a Hardy Baker, fue en la fiesta que yo misma organicé. Quedó fastuosa. Incluso Nick lo dijo, y él nunca se deshacía en cumplidos hacia mi persona, por lo que debía de ser cierto.

Hice que viniera una orquesta de Chicago, trapevistas de Nankín, y el *champagne* y los aperitivos se los encargué a un famoso chef francés que, según no dejaba de repetirme, había trabajado para los Roosevelt. Estaba convencida de que todos los tabloides sensacionalistas de América alabarían mi talento a la hora de organizar eventos de sociedad. En Europa había aprendido mucho sobre esos asuntos. Después de todo, era mi deber como esposa de Nick Fairbanks. Fiestas opulentas, labores sociales, era lo que formaba mi día a día.

Aun así, a pesar de los vastos conocimientos adquiridos en el viejo continente, esa era mi primera fiesta en Nueva Orleans, la ciudad de Nick, y estaba un poco inquieta. Quería impresionar, por lo que invité a ciento cincuenta personas. No me gustaban las fiestas pequeñas. Era imposible pasar desapercibido. Pero en un evento tan grande, donde la música nunca cesaba... Oh, cualquier cosa era posible, cualquier sueño, por muy disparatado que fuera, podía volverse real al son de ese *jazz*, que tan seductor nos parecía.

No dejábamos de vaciar copas de *champagne* y de reírnos como si fuésemos incapaces de callarnos nunca. Era un ámbito increíblemente superficial. Yo estaba encantadora, con el vestido de *Chanel* que había encargado durante mi estancia en París. Parecía bordado en oro y adornado con miles y miles de diamantes, que brillaban más que todas las estrellas del cielo juntas.

El mío era un mundo dorado. Éramos todos ricos herederos, jóvenes Princeton, Harvard, Stanford y Oxford, sin demasiadas preocupaciones en la vida. En nuestro vocabulario no cabían conceptos como *pobreza*; a la mayoría no les interesaba la guerra ni las hambrunas. Para nosotros, la tristeza nunca se hacía de notar. Al menos, no mientras los violines aún sonaran y el alcohol cayera en cascada. Después, el vacío regresaba. Pero nunca mientras la música aún sonara.

—Oh, el *jazz* —canturreó una afectada Margot, desplomándose en el

sofá con una sonrisa exultante en su hermoso y ruborizado rostro, enmarcado por bucles que imitaban el color del azabache—. *Adoro el jazz.*

—Está en todas partes —apuntilló su hermana Sibyl, con una risita despreocupada, que se perdió en el aire.

Margot tomó un sorbo del dorado elixir que hacía de los ricos unos pobres y de algunos pobres, ricos.

—Pero no suena tan bien como en Nueva Orleans, ¿verdad, Ingrid? ¿No te alegras de haber vuelto por fin a casa?

Mi rostro no registró ninguna reacción.

—Estoy extasiada.

Sibyl rio de nuevo, aunque se mantuvo al margen de mi conversación con Margot. Había bailado demasiado y no le quedaban energías para conversar.

—Oh, por Dios. Abandona esa melancolía. Has visto el mundo. ¿Y qué? ¿Qué tiene el mundo que no tenga Nueva Orleans?

—Las bailarinas de Bangkok —contestó Nick por mí, acercándose con una de esas sonrisas encantadoras que solo reservaba para Margot o Edna—. ¿Bailas, querida?

Me disponía a levantarme del sofá, cuando Sibyl tiró de mi vestido con discreción e hizo que me sentara de nuevo. Mi marido se refería a bailar con Margot, no conmigo. Menudo despiste, ¿verdad?

—¿No te importa, Ingrid, que retenga a tu marido un par de minutos? Hace mucho que no le veo. Hay *tanto* que contarse...

¡Incluso su voz era seductora! Llena de fastidio, busqué sus ojos verdes y esboqué mi sonrisa más adorable.

—Faltaría más. *Prego*, querida.

Nick le ofreció el brazo, y ella se agarró a él. Sin abandonar mi aire desencantado, vacié no solo mi copa, sino también la que Margot había dejado en el reposabrazos del mullido sofá color crema.

—¿Crees que el problema de Nick es que le gustan las morenas? —reflexioné con mirada ausente.

Sibyl me miró y luego estalló en risa.

—No digas tonterías. Eres la chica de sus sueños.

—Más bien, de sus pesadillas —gruñí mientras me encendía un cigarrillo, que luego examiné con mala cara—. Ojalá pudiera dejar de fumar. Me parece que cada día fumo más. Es una costumbre pésima. Y

hablando de cigarrillos... El modo de fumar de tu hermana debería estar prohibido por la Iglesia Católica. ¿Hay algo que no resulte sensual en ella? Por favor, dime los alimentos que le producen gases. Procuraré servirlos en la próxima cena.

No sé si todas esas risas de Sibyl se debían a que yo era una criatura muy graciosa, o más bien al elevado nivel de alcohol que recorría su sangre. Siempre me ha fascinado la capacidad del ser humano para venerar lo prohibido. De haber sido legal el consumo de alcohol, nadie habría bebido tanto. La belleza de todo consistía en romper las normas. ¿Era posible que a Nick le pasara lo mismo? ¿Solo le interesaba lo que estaba prohibido, lo que se le negaba?

Ladeé la cabeza y contemplé cómo bailaban mi marido y Margot. Parecían hechos el uno para el otro, los dos morenos, los dos en la treintena. Eran jóvenes Oxford. Incluso tenían las mismas doctrinas. Coincidían en política, filosofía, literatura y arte. Jamás había visto nada tan perfecto como Nick y Margot. Me sentí como una intrusa, espiándolos sin tener ningún derecho a hacerlo.

De repente, había entrado en una realidad alternativa, en la que ellos dos estaban casados, y yo era nadie, una mujer de fuera, que, envuelta en harapos, se había detenido delante de un escaparate áureo, para poder echarle una mirada furtiva a ese mundo que le estaba vetado. Nick y Margot Fairbanks. Los señores Fairbanks, bailando y riendo despreocupados. ¿Qué pintaba yo en todo eso? ¿Quién era yo? Una mera mendiga delante de su palacio.

Fue entonces cuando reparé en Hardy Baker. Era difícil no hacerlo, y me sorprendió el hecho de que no lo hubiera visto antes. A fin de cuentas, era el hombre más insistente de toda la sala. No dejaba de mirarme, con unos ojos tan azules que no casaban con su cabello moreno. O, a lo mejor, el problema era que producían un contraste demasiado poderoso.

De entrada, no me pareció guapo. No porque fuera feo. Supuse que podría enloquecer a las mujeres con su figura corpulenta y sus labios carnosos. El problema era que Hardy Baker no encajaba en el tipo de belleza aristocrática a la que yo estaba acostumbrada. Era tan robusto, de espalda tan ancha, que daba la sensación de que se dedicaba a sacar carbón de las minas; y era alto, mucho más alto que Nick. Si bien su atuendo era el adecuado para la ocasión, esmoquin negro, que se ceñía a su fuerte

pecho, y corbata perfectamente anudada al cuello y su cabello estaba peinado con absoluta precisión, había una nota discordante en él. Estaba dentro de mi mundo y, aun así, era como si se mantuviera fuera. No terminaba de encajar entre todos nosotros, los jóvenes dorados.

—¿Un nuevo rico? —pregunté mientras hacía un discreto gesto con la cabeza en su dirección. Hardy estaba de pie, fumando desdeñoso. En los últimos cinco minutos, sus ojos no se habían apartado de mí ni una sola vez.

Sibyl le lanzó una mirada discreta.

—¿Por qué lo dices? No puede ser por su estilo. No le gusta alardear.

—Cierto. Va vestido como los demás —aprecié, evaluándolo con la mirada. Creo que él me guiñó un ojo, aunque no podría asegurarlo. Supuse que me lo había imaginado, porque hacer guiños era algo que todo el mundo consideraba de muy mal gusto.

—¿Entonces?

Sibyl me estaba mirando por debajo de las cejas arqueadas, pero yo no podía apartar la mirada de esos precipicios azules que me invitaban a hundirme en sus profundidades.

—Su modo de mirarme no tiene absolutamente nada de cortés.

Una esquina de la boca de Hardy se alzó en un gesto lento y bastante cómico. ¿Sabía leer los labios?

La carcajada de mi mejor amiga consiguió que yo dejara de estudiar esos ojos azules clavados en los míos, y me girara de cara a ella.

—No es la criatura más cortés que Dios ha creado, eso te lo puedo asegurar —rio Sibyl—. Se llama Hardy. Hardy Baker. Es el nuevo socio de Oliver.

—Ah. ¿Un magnate de los ferrocarriles? No le pega en absoluto. Juraría que acaba de salir de las minas.

—En realidad, es nuevo en la industria ferrocarril. Tiene dinero y quiere invertirlo en algo, y ha elegido la empresa prácticamente en quiebra del pobre Oliver. No se le puede culpar por ser un filántropo, ¿verdad?

Algo me decía que Hardy Baker era de todo menos un filántropo.

—¿Y de dónde proviene el dinero que al filántropo señor Baker no le preocupa perder? —pregunté mientras expulsaba hacía arriba el humo de mi cigarrillo.

—Se lo puedes preguntar tú misma. Buenas noches, señor Baker

—Sibyl alzó el tono y lo dulcificó—. ¿Ya ha regresado usted de Chicago?

—Señoras —saludó él, con una leve inclinación de la cabeza. Su mirada sostuvo la mía con una extraña insistencia, lo cual me dejó un poco azorada—. Ayer mismo llegué a Nueva Orleans —contestó, moviendo los ojos hacia Sibyl.

—Pues no ha perdido usted el tiempo —rezongué yo, más bien para mí. Sin embargo, él me escuchó y ensanchó la sonrisa, al mismo tiempo que toda la intensidad de su mirada se volvía a centrar en mí.

—No creo que nos hayan presentado. Soy Hardy Baker.

Miré la mano que me ofrecía. No la toqué.

—La señora Fairbanks. Pero seguro que eso ya lo sabía.

Hardy tomó un sorbo de *champagne* y ocupó una butaca a mi derecha.

—¿Y la señora Fairbanks tiene nombre?

Lo miré pensativa.

—¿Por qué le interesa saberlo?

—Para saber cómo llamarla.

—Puede llamarme señora Fairbanks.

—Demasiado solemne para mi gusto.

Me mordí el labio para no sonreír.

—Ingrid —cedí al cabo de unos momentos. No tenía ninguna razón para ser mal educada con él.

Sus cejas se arquearon en un gesto de sorpresa.

—Nunca había conocido a una Ingrid.

—Pues ya puede tacharlo de su lista de cosas que hacer antes de morir.

Soltó una carcajada ruidosa.

—¿Usted cree?

Era una pregunta sencilla e inocente, que no precisaba ninguna respuesta, pero en sus ojos no había nada sencillo ni inocente cuando se alzaron hacia los míos. Lo que vi en la mirada del señor Baker era oscuridad. Y una pasión por la vida que ninguna palabra habría podido alcanzar a abarcar. Percibí algo muy vivificante en él, y al estar tan cerca de su órbita, yo también me sentí un poco más viva de lo habitual.

Desvié la mirada con nerviosismo y tomé un sorbo de *champagne*. Él sonrió y se encendió otro cigarrillo. Apagué al mío y cuadré los hombros en el sofá. Me sentía incómoda y, aun así, lo bastante atraída como para no querer marcharme de ahí.

—¿Sabe? No me gustan las fiestas —anotó Baker, echando el humo hacia el otro lado.

—¿Y qué hace aquí?

La esquina derecha de su boca se movió un poco, pero sin llegar a convertirse en sonrisa.

—Ayer vi a una mujer en Bourbon Street. Me dijeron que estaría aquí esta noche. Vine a verla y a hablarle.

—¿Y por qué está perdiendo el tiempo conmigo?

La única respuesta que recibí fue otro atisbo de sonrisa, casi imperceptible. Estaba intrigada.

Mientras yo estudiaba de soslayo al desconocido señor Baker, que, impasible, fumaba a mi lado, sin preocuparse por localizar a su dama misteriosa, un caballero se acercó e invitó a Sibyl a bailar.

—¿Nos disculpáis?

Baker y yo asentimos a la vez.

—¿No baila usted, Ingrid? —se interesó en cuanto estuvimos solos.

Su voz era baja. Aun así, había una nota seductora y burlona en ella. Me lo podía imaginar susurrando en mi oído. Debía de ser enloquecedor.

—A no ser que sea imprescindible agradar, no —me obligué a responderle, siempre con educación.

—Entonces, ¿por qué ha organizado esta fiesta tan grandiosa? ¿Solo para que su marido pueda pasarse la noche bailando con otra mujer?

Mi mirada se volvió tan afilada como una daga.

—¿Qué sabrá usted? —bramé, mirándolo airada.

Mi brusquedad solo consiguió arrancarle una sonrisa lenta.

—Pues parece que sé unas cuantas cosas —respondió, reteniendo mi mirada en la suya.

Ladeé el cuello y adopté una sonrisa de suficiencia.

—¿Como cuáles?

Se tomó un momento para fruncir el ceño, y tuve la impresión de que intentaba aclararse la mente y decidir si contestarme con honestidad o no.

—Por ejemplo, sé que le duele, aunque su sonrisa asegure lo contrario. Y sé que se muere por sentirse tal y como se sienten ellos ahora.

Elevé una ceja, fingiendo estar impresionada. En realidad, creo que ni siquiera me hacía falta fingir. *Estaba* impresionada. Baker me había calado con una sola mirada.



—¿Y cómo se sienten ellos ahora, señor Baker? Ilumíneme.

Dejó la copa en el suelo, se inclinó sobre mí y sus labios se acercaron a mi oído. El modo en el que olía Hardy Baker hizo que me atravesara una especie de estremecimiento que nunca antes había sentido.

—Vivos —susurró él en mi oreja—. Se sienten vivos. ¿Qué es lo que más anhela usted en el mundo, señora Fairbanks?

Aprovechando el hecho de estar inclinado sobre mí, movió el dedo y trazó una pequeña línea por el lateral de mi garganta. Mi respiración se detuvo. El corazón me dejó de latir por un momento lento.

—No lo sé —apenas conseguí musitar.

La mano de Hardy cayó, y sentí que le acababa de decepcionar de algún modo.

—Oh, señora mía, sabe que esa es una mentira casi tan grandiosa como esta fiesta.

Cogí aire en los pulmones y me obligué a expulsarlo. Me quedé paralizada unos cuantos segundos, sumida en la vorágine que me dominaba la mente. ¿Se había tomado la libertad de tocarme, y yo no se lo había impedido?

Cuando por fin fui capaz de reaccionar, lo busqué con la mirada, pero él ya no estaba ahí. ¿Había estado alguna vez, o me lo había imaginado todo?

—Ingrid, querida. —Oliver se me acercó con la mano extendida—. Es una atrocidad que estés aquí sola. Bailemos.

—No, yo no...

Haciendo caso omiso de mis protestas, el marido de Margot me hizo levantar del sofá y me arrastró hacia donde bailaban todos nuestros amigos. Greta, Doris, Evelyn, el travieso Hugh (que se había acostado con las tres y ellas no lo sabían), Christopher, Arthur, todos ellos jóvenes dorados que vivían en un mundo tan dorado y tan artificial. ¿Qué era lo que más anhelábamos en el mundo?

Los miré mientras intentaba responder a la pregunta del señor Baker, que no dejaba de sonar dentro de mi mente.

*¿Qué es lo que más anhela usted en el mundo, señora Fairbanks?*

Me volví a estremecer cuando recordé cómo habían susurrado sus labios en mi oído, lo cerca que habíamos estado el uno del otro, el modo en el que me había tensado yo al sentir la calidez de su piel. Fue entonces, al recordarlo todo, cuando supe la respuesta: deseábamos sentirnos vivos.

Nick, Margot, Sibyl, Oliver, Greta, Doris, Evelyn, Hugh, Christopher, Arthur... ¡Yo misma! De un modo u otro, lo único que perseguíamos era sentirnos vivos.

¿Pero qué perseguía el señor Baker? Lo busqué con la mirada, y tuve que admitir que me sentí decepcionada al descubrir que ya se había marchado.

## Capítulo 4

Nick me había convencido para que lo acompañara al hipódromo. Yo no era muy entusiasta de las carreras de caballos. Decenas de animales corriendo el uno detrás del otro, sin ninguna razón aparente, mientras unos señores con puros les animaban a seguir avanzando. Así era como lo percibía, y no veía dónde estaba el arte.

Pero aquel día accedí a ir porque hacía muy buen tiempo. Los coloridos jardines de las mansiones del barrio francés estaban en flor, y me pareció que las rosas nunca habían estado tan espléndidas. Valía la pena ir hasta el hipódromo y disfrutar de un agradable paseo en coche.

Habían transcurrido unas cuantas semanas desde la fiesta, intervalo en el que había visto a Margot a diario. Oliver, en cambio, se había marchado al día siguiente a Atlanta, donde Hardy Baker y él esperaban cerrar un trato muy importante.

Siempre que alguien dejaba caer el nombre de Baker, notaba cómo mi corazón empezaba a latir más deprisa. Claro que no pensaba en él muy a menudo. Es decir, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a pensar en él mientras miraba a Nick? ¿O mientras fingía escucharle? ¿O mientras me imaginaba cómo me sentiría de ser lo bastante libre como para poder disfrutar del sabor de lo prohibido?

*Dios mío, ¡pienso en Hardy Baker cada maldito instante de mi vida! ¿Por qué no puedo dejar de pensar en él? ¡Pienso en él incluso mientras me exijo a mí misma no pensar en él! Es ridículo.*

Nick me cogió de la mano para guiarme hasta nuestra fila. Me obligué a calmar mi incipiente ataque de pánico. Lo que menos deseaba era llamar la atención de ese modo, desquiciándome en el hipódromo porque acababa de descubrir que Hardy Baker ocupaba cada segundo de mis pensamientos.

—He pensado que la próxima vez que se marche Oliver, podrías invitar a Margot a alojarse en casa. Debe de ser aburrido para ella quedarse en esa mansión tan grande.

Le lancé una mirada seca a Nick y ocupé el asiento que me acababa de indicar.

—Apuesto a que lo pensaste —gruñí, extendiendo con ademanes bruscos el abanico que él me había comprado en Sevilla.

—Y, por supuesto, también debes invitar a Sibyl.

Empecé a abanicarme más deprisa, lo cual no hacía más que evidenciar mi malestar. *Cálmate, Ingrid. Cuenta hasta diez en alemán.*

—Por supuesto —accedí con voz caustica. *Eins. Zwei. Drei...*

—Iré a hacer las apuestas. ¿Has elegido caballo?

Irritada, bajé la mirada hacia el papel donde salían los nombres de todos los concursantes.

—*Ca-sa-no-va* —gruñí lentamente y a través de los dientes apretados.

Nick se lo tomó como un insulto, lo vi en sus chispeantes ojos azules.

—¿Qué has dicho?

Sonreí con dulzura.

—He dicho que elijo al caballo llamado *Casanova*.

—Oh. —Su lapsus le hizo sentirse estúpido, también lo vi en sus ojos—. De acuerdo. No te muevas de aquí. Iré a apostar.

Lo seguí con una sonrisa de complacencia. Me encantaba hacerle sentir estúpido.

—¿Ha reflexionado usted acerca de mi pregunta?

Casi pegué un gritito de sorpresa. Moví el cuello y me encontré a Baker sentado a mi derecha. Más bien, hundido en su asiento, en una postura para nada elegante, con la pierna izquierda flexionada hacia el exterior y el tobillo colocado encima de la rodilla de la pierna derecha. Tenía un cigarrillo entre los labios, y una sonrisa astuta intentaba hacerse notar en las esquinas de su boca.

—Me ha asustado.

—¿Tan feo me encuentra usted? —repuso, divertido.

—¿Feo? Desde luego que no. Aunque sí es cierto que le encuentro un poco irritante.

Se sacó el cigarrillo de la boca y, esta vez, su sonrisa fue más que evidente.

—Usted y yo sabemos que eso no es cierto.

—Oh, créame, lo es —dije mientras me abanicaba como una desquiciada. ¿Había subido la temperatura de repente?

Baker se pasó la lengua por los labios y volvió a sonreír.

—Ganará usted una pequeña fortuna hoy —cambió de tema.

Lo miré extrañada.

—¿Y eso por qué?

—Ha apostado por *Casanova*.

—¿Y piensa que ganará?

—*Casanova* siempre gana.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque es mío. Lo entrené personalmente. Nunca ha perdido una carrera. No va a empezar a hacerlo hoy. Los dos pretendemos impresionarla, Ingrid. Yo más que el caballo, claro.

Y volvió a meterse el cigarrillo en la boca. No me sorprendió demasiado el hecho de que tuviera un caballo llamado *Casanova*. Ni el hecho de que su arrogancia no conociera límites.

—Industria ferrocarril, caballos... Está usted metido en todas partes. ¿A qué se dedica realmente?

Cogió el cigarrillo entre los dedos pulgar e índice, lo retiró de entre los labios y expulsó el humo hacia arriba, para evitar lanzármelo a la cara.

—A todo lo que puedo.

La efusiva respuesta despertó mi curiosidad.

—¿Es de Nueva Orleans?

—Maine.

—Ha recorrido usted un largo camino —aprecié, mirándole a los ojos con cierta dureza.

Baker me observó unos instantes, y luego sonrió misteriosamente.

—No se hace una idea, querida —murmuró distraído.

Vi un brillo atormentado en sus ojos que me hizo comprender que esa simple frase tenía un trasfondo mucho más profundo de lo que parecía a simple vista. Pero solo lo advertí durante unos pocos segundos. Después, él apartó la mirada.

—¡Hardy! —llamó un hombre a nuestras espaldas, interrumpiendo mi escudriño.

Baker y yo nos volvimos a la vez.

—Es la hora —informó el desconocido, antes de dar media vuelta.

—Me temo que me necesitan ahí atrás. Pero, antes de irme, me gustaría que contestara a mi pregunta.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pregunta?

—¿Ha meditado usted acerca de lo que le dije?

Suspiré irritada. Había meditado, y la respuesta no era de mi agrado. Lo

peor que le podía suceder a una mujer como yo era desear sentirse viva.

—Lo he hecho y, si le soy sincera...

Hardy colocó un dedo sobre mis labios y me acalló, lo cual me ahorró el esfuerzo de tener que inventarme una mentira.

—No necesito que me lo diga —susurró, concentrando la mirada en mis labios, que palpitaban incendiados por su roce—. Ya sé qué es lo que más anhela en el mundo. Solo quería que usted también fuera consciente de ello.

En ese momento, solo podía ser consciente del brutal latido de mi corazón y de un extraño hormigueo que recorría mi piel.

—Lo soy ahora —me las apañé para balbucir.

—Oh, lo sé —musitó Hardy, absorto.

Como si se hallara bajo los efectos de algún tipo de embrujo, empezó a arrastrar el dedo por el borde de mi boca, lo cual hizo que mi respiración se alterara. Nadie me había tocado nunca de ese modo. Estábamos en público, y yo era una mujer casada, pero no me importaba para nada. No le pedí que parara, porque me gustaba el modo en el que se descontrolaba mi pulso cuando Hardy Baker me tocaba.

Y, teniendo en cuenta que él era incapaz de mantener las manos quietas cuando estábamos cerca, creo que a él también le gustaba tocarme.

—Adiós, Ingrid —me susurró. Lanzó una última mirada a mi boca, se mordió el labio y se puso en pie. Era alto y fuerte, de piel bronceada y mirada muy intensa. Era guapo. Muy guapo. No se parecía en nada a los hombres que yo había conocido. Era osado. Seguro de sí mismo. Y me miraba como si fuese la única mujer que había en el mundo.

Dejé que se alejara unos cuantos pasos, y después le detuve.

—Hardy.

Se volvió con los labios fruncidos en un gesto cómico.

—¿Sí, Ingrid?

No puede evitar sonreír también. Era una auténtica locura.

—¿Qué es lo que más deseas tú en el mundo?

Su sonrisa se tornó pícara. Me miró a los ojos largo rato, y luego sacudió la cabeza despacio. Se le veía muy divertido.

—Algún día pienso contestarte a eso. Te lo prometo.

Me guiñó un ojo, se encendió otro cigarrillo y se alejó sonriendo.

—¿Quién era ese? —susurró Nick, dejándose caer a mi izquierda.

Mi sonrisa se borró antes de que mi mirada encontrara la de mi marido. De

hecho, creo que incluso mi boca se torció en una mueca de irritación.

—El socio de Oliver.

—Mmmm.

Evidentemente, Baker solo despertaba aburrimiento en Nick. Todo lo contrario a lo que despertaba en mí. El corazón aún me latía desbocado entre las costillas. Me quedé ahí, al lado de mi marido, pensando en Hardy Baker y en todo lo que me hacía sentir. ¿Estaba mal? Quizá. ¿Pero a quién le importaba? No le hacía daño a nadie. Nadie iba a salir herido. No era más que un flirteo inocente.

—¡Vamos, *Zeus*, vamos! —animó Nick a su caballo.

Debí de sentir algo, porque dejé de prestar atención a la carrera y volví la mirada hacia atrás. Hardy estaba sentado unas cuantas filas más arriba. Me estaba mirando fijamente. Seguía fumando, pero ya no sonreía. Su expresión se había vuelto dura. Infranqueable. Parecida a la de un depredador que estaba tanteando a su presa. A lo lejos, sus ojos parecían más agudos y más oscuros, y no dejaban de atravesar a los míos.

Su mandíbula se tensó cuando Nick, Dios sabía por qué razón, colocó el brazo en el respaldo de mi asiento. Tragué saliva y me obligué a volver la mirada al frente. ¿Inocente? El juego que Hardy y yo habíamos emprendido no tenía nada de inocente. Era peligroso y, a lo mejor, letal. Tuve la impresión de que Hardy Baker había encendido una chispa en mí; una chispa que no dejaba de crecer y crecer. Si me descuidaba, el fuego se tornarí voraz y engulliría todo cuanto me rodeaba. ¿Estaba yo dispuesta a dejar que mi mundo dorado ardiese?

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Nick, levantándose como un resorte—. ¡Acabas de acertar! ¿Cómo supiste que ganaría *Casanova*?

—Mera intuición —respondí, distraída.

Volví a mirar a Hardy, y él volvió a mirarme a mí.

Oh, sí, lo estaba. Estaba dispuesta a muchas cosas, con tal de volver a sentir mi corazón acelerarse de ese modo tan embriagador.

## Capítulo 5

El tiempo se estaba moviendo con una agotadora falta de actividad. Los veranos siempre eran lánguidos en Nueva Orleans. Todo el mundo bajaba el ritmo. No teníamos ninguna prisa por alcanzar el otoño.

Pasaron otras cuatro semanas hasta que volví a saber de Hardy Baker. Curiosamente, fue Nick quien lo mencionó esta vez.

Margot, Sibyl, Christopher, Arthur, Evelyn, Nick y yo celebrábamos una cena al aire libre en nuestro jardín. El verano propiciaba esa clase de actividades. Las temperaturas eran cálidas, y las horas de luz, interminables. Durante los meses de verano era casi imposible organizar una cena a la luz de la luna, a no ser que empezaras a cenar casi a medianoche. Yo no estaba por la labor, así que tocaba lidiar con el sol poniente.

Sentada al lado de Nick, contemplé el rojizo atardecer y pensé en que el mundo a esas horas se parecía bastante a mi matrimonio: ambos estaban rozando el ocaso.

—¿Conocemos a un tal Hardy Baker? —preguntó Nick, examinando un sobre que el mayordomo acababa de traerle en una bandeja plateada. Nick era un esnob.

—¿Hardy Baker? —rió Margot, con esa risa suya tan melódica como los *Nocturnos* de Chopin—. Oh, es encantador.

Mi corazón pegó un brinco. Nick abrió el sobre, leyó la tarjeta que contenía y la volvió a guardar con irritante parsimonia. Tuve que contar hasta cinco en inglés, latín y alemán, para conseguir frenar el impulso de arrancarle el sobre de la mano y leerlo yo misma.

—Pues el *encantador* Hardy Baker —se burló— nos invita a Ingrid y a mí a la inauguración de su nuevo hotel, *Stardust*. —Lanzó el sobre encima de la mesa, y una sombra de desprecio cubrió su rostro—. ¡Qué nombre tan ridículo!

Sibyl frunció el ceño.

—¿*Stardust*? —Sus ojos, encendidos por una chispa de confusión, se desplazaron hacia los de Margot—. Me pregunto qué le habrá hecho cambiar de opinión acerca del nombre. La última vez que habló del tema, justo antes de la fiesta de Nick, aseguró que se llamaría *Flamingo*.

—*Stardust* me parece mucho más interesante que *Flamingo* —comenté,



atrayendo las miradas de todo el mundo—. Es decir, ¿se llama polvo de estrellas! No lo sé, me hace pensar en un lugar dorado donde los sueños se vuelven realidad.

—Un lugar dorado donde los sueños se vuelven realidad —repitió un meditabundo Nick—. ¡Oh, Dios mío! Mi mujer es una ilusa. —Estalló en carcajadas, lo cual me hizo mirarle con mala cara—. *Stardust* es estúpido e infantil. No le pega en absoluto a un hotel.

—Habrá que ir a comprobar si le pega o no.

Nick miró a Margot con aire de sorpresa.

—¿Quieres decir que tienes pensado ir?

Ella tomó un sorbo de *champagne* y luego le sonrió con dulzura.

—No me lo perdería por nada en el mundo, querido.

—Deberíamos ir todos —propuso Christopher.

—No recuerdo que nos hayan invitado —apuntilló su hermano Arthur con el ceño fruncido. Eran gemelos y físicamente idénticos, pero en cuanto a su carácter, no podían haber sido más diferentes. Arthur era la voz de la razón, mientras que su hermano era la de la absoluta inconsciencia. En conjunto, eran divertidos.

—Somos los Winters, hermano. ¿Desde cuándo necesitamos invitación para acudir a un evento en Nueva Orleans?

—Christopher tiene razón —coincidió Evelyn—. Deberíamos ir todos. Un hotel llamado *Stardust* podría ser divertido. Telefonaré a Greta esta misma noche.

Hice una mueca de fastidio. En cierto modo, me molestaba que mis amigos quisieran ir a la inauguración del hotel de Hardy. Sabía que serían crueles y que solo lo hacían para poder burlarse después. Lo había visto en sus afiladas miradas. Estaban aburridos y querían fastidiar a alguien. ¿Por qué no a Hardy Baker? A fin de cuentas, era un desconocido para ellos.

—Ingrid, querida, ¿cómo van tus clases de piano?

Trasladé la mirada hacia Margot.

—Van —fue todo cuanto dije al respecto.

—No es capaz de tocar ni un solo preludio de principio a fin —tuvo la cortesía de desvelar mi marido.

—Ni tú tampoco —se la devolví, clavando la mirada en la suya con una dureza que hizo que Nick, y todos los demás, se sintieran incómodos.

\*\*\*\*\*

Cuando el chófer detuvo el coche delante del imponente hotel *Stardust*, me sentí invadida por una extraña emoción, como una Cenicienta en su primer baile. Deseaba ver a Hardy Baker por razones que ni siquiera era capaz de explicarme a mí misma.

El coche de Margot y Oliver se detuvo justo detrás del nuestro. Al verlos bajar, me acabé por convencer de que Margot era la criatura más encantadora que jamás había pisado la faz de la tierra. Todos los fotógrafos se centraron en ella. Iba vestida de blanco, con un vestido de flecos que hacía destacar su oscura media melena, peinada en ondas. Una diadema de perlas completaba su peinado. Oliver, al igual que Nick y todos los demás hombres que pasaban a mi alrededor, llevaba esmoquin negro y pajarita.

—Ingrid —canturreó Margot, besándome las mejillas con mucho remilgo—. *Adoro* tu estilo dorado.

No había nada que Margot no *adorara*.

—Gracias.

Yo llevaba un vestido color ocre, con cuerpo bordado en oro y falda de flecos. Mis ojos no estaban tan sombreados como los de Margot, ni tampoco me había pintado los labios de burdeos. Mi maquillaje era discreto, acorde a la ropa que vestía. No llevaba ningún adorno en el pelo, tan solo pendientes y pulseras en ambas muñecas. Me sentía como una princesa. Posé para un fotógrafo y sonreí ante la cámara. Sonreí de verdad. Esa foto pasaría a la historia. Unas cuantas generaciones más tarde, alguien la vería expuesta en ese majestuoso *hall*, se quedaría mirándola y se preguntaría: *¿qué habrá sido de esa mujer rubia de ahí? ¿Seguirá viva, o habrá muerto? ¿Habrá tenido una vida plena? Sí, seguro que sí.*

—Mírala— le diría a su acompañante—. Parece muy feliz, ¿verdad?

Mi sonrisa se quebrantó al instante, y el fotógrafo inmortalizó el momento. Quizá, después de todo, fuera esa la foto que pasaría a la historia: la foto de la triste Ingrid. No quería pensar más en aquello. Esa noche, no. Esa noche, reiría.

Nick me ofreció su brazo, y yo me agarré a él. Entramos los cuatro a la vez, mirando a nuestro alrededor con ojos especulativos. Nick mostraba

desprecio. Margot, cierta diversión. Oliver, aprobación. Y yo... Yo, sencillamente, estaba fascinada. *Stardust* era todo lo que había imaginado que sería. Dorado como las estrellas, opulento sin llegar a perder la elegancia, seductor como el sonido de los violines que se escuchaban incluso en el vestíbulo...

Un lugar donde los sueños se volvían realidad, así fue como percibí *Stardust* la primera vez que crucé sus puertas. Nunca me había sentido tan embriagada. Era una noche perfecta.

Y cuando vi a un imponente Hardy Baker de pie en el salón principal, con un traje negro y una copa de *champagne* en la mano, mi corazón dejó de latir por unos momentos, para, acto seguido, acelerarse con furia.

Nada más cruzarse nuestros ojos, se deshizo de la copa y vino a nuestro encuentro.

—Señora Fairbanks —fue lo primero que dijo, cogiendo mi mano enguantada entre las suyas. Me sentí palidecer, aunque conseguí mantener la compostura.

—Ah, señor Baker. ¿Cómo está usted?

Nick frunció el ceño. Baker me soltó la mano y me dedicó una sonrisa de aprecio; una sonrisa tan especial que tuve la sensación de que él no era capaz de ver a nadie más que a mí.

—¿De qué os conocéis? —soltó Nick casi en un bramido.

—Gocé de su hospitalidad hará un tiempo —contestó Baker, moviendo la mirada hacia él—. Pero a usted no tuve el placer de saludarle. Soy Hardy Baker.

Nick miró unos insufribles segundos la mano alargada de Hardy. La incómoda tensión se respiraba en el aire. Finalmente, la estrechó, muy a su pesar. Por algún motivo, a mi marido no le caía bien el dueño de *Stardust*. A lo mejor intuía que no era un rico de los de la vieja escuela. O a lo mejor sospechaba lo que Hardy Baker despertaba en mí. Como fuera, la animosidad era evidente.

—Nick Fairbanks —farfulló, desconfiado—. Ya conoce a mi mujer, Ingrid.

La sonrisa de Baker fue encantadora. Y, una vez más, me dejó con la extraña sensación de que él solo era capaz de verme a mí en toda esa enorme sala llena de personas.

—Por supuesto. Y me alegro mucho de volver a verla.

Me volvió a coger la mano y esta vez la besó. Sonreí y asentí con la cabeza. Era mi modo de indicarle que yo también me alegraba de volver a verle a él.

—Bueno, bueno —rezongó Nick, para ponerle fin a mi momento con Hardy—, tendrá usted más invitados a los que saludar. No queremos entretenerle.

—Viejo amigo. —Oliver se acercó para darle un abrazo fraternal a Hardy y así apartarlo del malhumorado Nick—. Recibe mi enhorabuena por tu nuevo hotel. El quinto, ¿verdad?

Hardy asintió en silencio.

—Es absolutamente *chic* —sentenció Margot, poniéndose de puntillas para besarle la mejilla sin afeitarse—. Como todos los demás.

—Aprecio el cumplido, sobre todo si viene de una dama tan elegante. Tomad una copa, por favor. He de ir a saludar a unos cuantos buenos amigos que vienen de muy lejos.

Se despidió con una sonrisa educada y se marchó. Fue entonces cuando conseguí respirar como era debido.

—Un tipo extraño —comentó Nick—. No me cae bien.

—Bah. No seas gruñón, querido. Hardy es encantador.

—¿A tu marido también le parece encantador?

Oliver asintió con una sonrisa.

—Es la persona más encantadora que conozco.

—Tonterías. Yo soy la persona más encantadora que conoces.

—Después de ti, querida mía. Después de ti —aseguró Oliver, dándole unas cuantas palmaditas a la mano de una teatral Margot.

Nadie se dio cuenta de lo ausente que me mantenía yo. O, quizá, a nadie le importaba.

En cuanto conseguimos unas copas, fuimos al encuentro de nuestros amigos, que ya habían ocupado un reservado *VIP*.

—O es un gánster o un dios —resolvió Christopher, más ebrio que de costumbre—. Nadie puede tener tanto dinero.

—He oído que eso de ahí es oro puro —comentó Arthur, señalando la dorada bóveda que coronaba el salón principal.

—¿Quién es Hardy Baker? —quiso saber Nick—. No conozco a ningún Baker.

Le notaba fastidiado. Christopher acababa de insinuar que Hardy tenía

más dinero que Nick, y eso era inadmisibile para un Fairbanks. Nadie tenía más dinero que él en toda Nueva Orleans. La ciudad era suya. El mundo entero se postraba ante él. No estaba dispuesto a cederle su título de hombre más rico a un desconocido del que nada sabía.

—No es de por aquí —respondió Oliver, evasivo.

—¿Y de dónde es?

—Maine —dije yo, al mismo tiempo que Margot aseguraba que de Pensilvania.

Asombradas, nos miramos la una a la otra.

—¿Maine o Pensilvania? —se enervó Nick en un ladrido áspero.

—¿Qué más dará? —apaciguó Greta.

—Dijo que era de Pensilvania —terció Oliver.

Fruncí el ceño. Estaba segura de que a mí me había dicho Maine.

—Pues no conozco a ningún Baker de Pensilvania.

—Tampoco es que conozcas a todo el mundo, Nicky.

Nick me lanzó una mirada extraña.

—Pero a la gente tan rica como para adornar las paredes de su hotel con oro puro, sí. Y te digo que no conozco a ningún Baker tan rico en Pensilvania —bramó.

Puse los ojos en blanco.

—A lo mejor porque nunca ha vivido ahí —acotó Evelyn, como para conciliarnos a Nick y a mí. Supongo que era evidente la tensión que rugía entre nosotros dos.

—Eso es cierto —le dio la razón Oliver—. Hardy ha estado en todas partes. Es incapaz de quedarse en una ciudad demasiado tiempo. Temo que en breve abandone Nueva Orleans por un lugar más... exótico.

—Esperemos que así sea. ¿A qué se dedican sus padres? —siguió inquiriendo Nick, el cual parecía incapaz de dejar en paz al pobre señor Baker.

—¿Por qué te interesa saberlo? —repuso Margot, de pronto malhumorada. Nadie la sacaba a bailar a causa del comportamiento de Nick, y Margot no podía estar demasiado tiempo sin bailar. A fin de cuentas, *adoraba* el jazz. Siempre lo enfatizaba con esa afectación suya que la hacía parecer tan encantadora.

—Nunca habla de ellos —respondió Oliver, haciendo caso omiso de su mujer.

—Interesante.

Nick dio un sorbo a su copa y le lanzó una mirada a Margot.

—¿Tanto te apetece bailar, querida? Oliver, ¿por qué no bailas con tu mujer? No deja de mover los pies por debajo de la mesa.

Oliver suspiró.

—Imposible. Le he prometido el primer baile a Greta.

—Lo ha hecho —río esta—. Es lo que tiene perder las apuestas.

—Ingrid, ¿te importaría bailar con Christopher? —propuso Nick—. Alguien debe sacar a bailar a Margot cuanto antes. El movimiento de sus pies es inaguantable.

Compuse mi mejor sonrisa. Nick siempre buscaba excusas para sacar a bailar a Margot.

—Por supuesto que no. Bailad todo lo que os plazca. Yo no me encuentro bien esta noche. Me quedaré un rato aquí sentada.

Se levantaron todos, menos Christopher.

—¿Seguro que no quieres bailar, Ingrid?

—Palabra que no.

—Entonces, iré a dar una vuelta. Dicen que la galería es alucinante, y que en la biblioteca puedes encontrar manuscritos de más de mil años de antigüedad. Ya me gustaría a mí ver algo así.

—Sin duda, debe de ser impresionante.

—Sin duda. ¿Te molesta si te dejo sola unos momentos?

—Para nada.

*Mejor sola que mal acompañada*, pensé con disgusto mientras vaciaba mi copa y, acto seguido, la de Nick. Mi comportamiento me hizo pensar en mi madre, Blanche. También vaciaba las copas de los demás. Y luego se ponía muy contenta.

—¿Cómo pudo casarse con ese necio?

Me mordí el labio para no sonreír. Baker estaba a mis espaldas, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón oscuro. Sus ojos estaban clavados en la extravagante pareja de baile formada por Nick y Margot. Mi marido y su amiga se hallaban en mitad de la pista de baile, debajo de las luces doradas, y seguían con gran alegría el sincopado ritmo del charlestón, alternando los brazos y las piernas mientras reían como locos.

—Algunas veces no tenemos elección —contesté con voz indiferente.

Hardy soltó un suspiro, rodeó el mullido sofá de estilo francés y se dejó

caer a mi lado, tan cerca que notaba el calor de su cuerpo y el seductor olor de su colonia. Hubiese tomado con mucho gusto un sorbo de *champagne*, pero todas las copas estaban vacías.

—¿Por qué no baila nunca? —preguntó con voz cálida, al mismo tiempo que sus ojos se giraban para buscar los míos.

Me encogí de hombros.

—No me apasiona el baile.

—¿Y qué es lo que le apasiona?

—Aún no lo he descubierto.

—Pues siga buscando —aconsejó con cierto humor.

Caí en una silenciosa reflexión. Hardy colocó el codo en el brazo del sofá y apoyó la boca contra los nudillos de su mano. No podía dejar de mirarlo de reojo. Tenía un perfil recto y rígido, y no cesaba de fruncir el ceño, como si se estuviera enfrentando a alguna especie de lucha interna.

—Deberíamos bailar —decidió de pronto, y fue como si todas las nubes que habían oscurecido antes su rostro se hubiesen disuelto de repente.

Empecé a sentir una angustia intolerable. Me turbaba sobremanera la idea de bailar con Hardy Baker.

—¿Usted y yo? —conseguí murmurar.

Hardy me miró a los ojos con una sonrisa gatuna que, si bien era descarada y maliciosa, no me resultó menos seductora.

—Usted y yo —reafirmó—. Aguarde un momento.

—Espere. ¿Adónde va?

—A pedir un cambio de música. Bailaremos, pero no el charlestón.

Lo miré divertida.

—¿Y qué es lo que pretende que bailemos? ¿Un vals?

Se quedó abstraído, con una expresión inescrutable reflejada en sus ojos.

—Quiero bailar con usted algo que pueda asociar solo conmigo.

Sin duda, era arrogante y un tanto egocéntrico.

## Capítulo 6

Regresó al cabo de un minuto, me ofreció la mano y me condujo a la pista. La música cesó por un momento, y todos se miraron entre sí, presos de la confusión. La enorme sala cayó en las redes de una extraña quietud, absolutamente contraria a la histeria que se había hecho notar momentos antes, cuando el charlestón aún sonaba.

Mi corazón latía como si fuera a estallar, y sentía todas las miradas clavadas en mí. Baker me miró a los ojos, sonrió con astucia y asintió con la cabeza. Fue entonces cuando comenzó la música.

Me estremecí al escuchar las melancólicas notas de un bandoneón, que arrancaron la canción que él había elegido para bailar conmigo.

—¿Tango?! Quiere que bailemos un... ¿tango?!

Mi madre se habría desmayado de haber estado ahí. Odiaba los tangos. Los consideraba de mal gusto.

A modo de respuesta, Hardy sonrió con impresionante majestuosidad. Me cogió suavemente por la muñeca, sin aflojar la presión que sus ojos ejercían sobre los míos. Las yemas de sus dedos se arrastraron con enloquecedora lentitud por mi palma y a lo largo de las venas azuladas que se insinuaban bajo mi piel. Esa caricia mandó estímulos eléctricos a cada fibra de mi cuerpo.

—Vamos a bailar. Usted y yo. ¿Preparada? —me susurró.

Asentí. No podía hacer otra cosa. Estaba sin aire en los pulmones y absolutamente seducida por su mirada.

—Entonces, bailemos —volvió a susurrarme.

Me hizo sujetarle por la nuca, me acercó a él mucho más de lo que la decencia permitía y colocó la palma en la parte alta de mi espalda, ahí donde la tela de mi vestido no alcanzaba para taparme la piel y, por tanto, quedaba al desnudo.

De esa forma, empezamos a movernos, solos en toda la pista. Nadie más se atrevía con un baile tan descarado.

Sus ojos estaban a la altura de los míos. Intensos. Oscuros. Insistentes. Él no podía dejar de mirarme. Yo no podía dejar de mirarlo a él.

Estaba convencida de que ese tango era lo más escandaloso que había visto el mundo desde *La letra escarlata*. Aun así, bailé, bailé con él mientras



el péndulo de un reloj dorado marcaba el paso del tiempo.

El sonido de los violines vibraba a través de mi cuerpo. Notaba las cálidas manos de Hardy en todas partes. Me dominaba. Me doblegaba con absoluta facilidad, y yo me dejaba doblegar. Estaba aturdida y, al mismo tiempo, extasiada; seducida por una euforia que no creía real. Debía de ser el embrujo que *Stardust* ejercía sobre mí. No quería que la música cesara nunca. Habría bailado con Hardy Baker toda la noche.

Centenares de miradas desgarraban mi carne. Voces susurrantes alcanzaban mi oído.

—¿Qué es lo que está haciendo?

—Se está poniendo en ridículo. ¿No lo ves?

—¿Quién es él?

—¿Has visto cómo se están mirando?

—¡No le quita los ojos de encima!

—Es como si estuvieran haciendo el amor ahí mismo.

—¡Pero ella está casada!

—¿Dónde está Nick?

¿*Nick*? ¿*Qué Nick*? En ese momento, ni siquiera era capaz de recordar su rostro. Solo podía ver los ojos azules de Hardy, siempre clavados en los míos.

Me alejé de él y luego me atrajo de vuelta, casi con brusquedad. Nuestros cuerpos chocaron, nuestras bocas solo estaban a milímetros de distancia la una de la otra. Hardy apoyó la frente contra la mía, y su mirada, nublada de pasión, descendió hacia mis labios. Me di cuenta de que los suyos estaban un poco entreabiertos. La respiración que brotaba a través de ellos sonaba alterada.

Sus dedos se movieron por mi costado, antes de regresar a mi espalda. Me parecía que todo se había magnificado, pues sentía sus caricias calándome hasta el tuétano.

—¿Por qué nadie pone fin a esto? —bramó alguien por ahí.

Las voces se apagaron. Me negaba a seguir escuchándolas. Ese era *mi* momento. Mi noche. ¡Mi tango! Ellos no existían para mí. Ni mi mundo dorado, ni mi matrimonio resquebrajado, nada existía, salvo Hardy y yo.

Me dobló hacia abajo y se inclinó sobre mí, mirándome la boca como si fuese lo más asombroso que hubiera visto nunca. Creo que nos quedamos así unos cuantos segundos más de la cuenta, su cuerpo inclinado sobre el mío, su mirada oscilando entre mis labios y mis ojos, su respiración sofocada

desvelando lo abrumado que se sentía.

Sin duda, todo el mundo nos estaba observando, pero yo me sentía como si estuviésemos solos en ese hotel. Hardy me incorporó lentamente, su mano se deslizó por mi hombro y bajó a lo largo de mi brazo. Me arañó con suavidad la muñeca con las puntas de las uñas, y arrastró la palma por la mía hasta que nuestros dedos se entrelazaron. Estímulos eléctricos se propagaron a través de mis venas, se expandieron e impactaron con brutal fuerza contra mi estómago, que se contrajo, a la vez que mi aliento se descontrolaba.

Entonces, acabó la canción, y me di cuenta de lo mucho que estaba temblando entre sus brazos. Y de lo mucho que me hubiese gustado que me besara.

—Magnífico —me susurró Hardy al oído, tan cerca que el cosquilleo de su respiración me puso la piel de gallina.

Retrocedió, me sonrió seductor y me ofreció su brazo. Cuando nos giramos los dos, vi que todos nos estaban mirando boquiabiertos. Nick, Margot, Oliver, Greta, Evelyn, Arthur... ¡Todo el mundo! Me había puesto en evidencia como nadie había hecho nunca en esa ciudad. Había sido erótico, indecente y carnal. Había sido... ¡un tango!

\*\*\*\*\*

Unas horas más tarde, mientras estaba echándome crema de manos delante del tocador, Nick entró en mi dormitorio. Lo miré sorprendida a través del espejo, pues no veía ninguna razón para su inesperada visita.

—Has hecho el ridículo con ese tal Baker.

Había bebido más de la cuenta, lo podía ver en sus ojos, más brillantes que de costumbre. Los movimientos de mis manos no cesaron. No tenía pensado darle la satisfacción de pensar que la dureza de sus palabras me estaba alterando, así que cogí de nuevo el bote y vertí una pequeña cantidad de crema en el reverso de la mano. Luego, empecé a frotar enérgicamente la piel.

—¿Qué haces aquí, Nick? —pregunté como con indiferencia.

Él, con movimientos aplomados, empezó a deshacerse la corbata.

—¿Seguro que no lo sabes?

Puse los ojos en blanco. Me perturbaba su tranquilidad. Lo adecuado habría sido que me montara una escena. ¿Qué estaba tramando?

—¿No tienes a nadie más para que satisfaga tus deseos más primitivos?  
—inquirí desdeñosa, lanzándole una mirada especulativa a través del cristal.

—¿Por qué eres siempre tan desagradable conmigo, nena?

Me giré para poder mirarle a la cara, y lo hice con una expresión de absoluto pasmo.

—¿Hace falta que te conteste a eso?

—¡Sí, maldita sea! —rugió, arrojando la corbata al suelo con ira—.  
¡Quiero saberlo!

—¡Habían pasado cuatro días, Nick! —estallé yo también, con mirada chispeante—. ¡Cuatro días desde nuestra boda!

Me miró con los labios entreabiertos y ojos confusos.

—¡Eso fue hace mucho tiempo! —se defendió, indignado porque yo aún se lo reprochara.

—¡¿Y piensas que me he olvidado de ello?! ¿Que me he olvidado de que te fugaste con una bailarina rusa y que no regresaste hasta siete días más tarde, borracho y con la cartera vacía?

Bufó, recogió su corbata del suelo y me fulminó con la mirada.

—Y supongo que ahora querrás que me vaya con ella.

—Por mí, como si te vas al Infierno —contesté mientras me volvía hacia el tocador.

Nick salió por la puerta hecho un basilisco. Suspiré aliviada. No me importaba lo de la bailarina rusa, lo había superado hacía años. Ahora solo quería estar a solas para poder rememorar mi delicioso momento entre los fuertes brazos de Hardy Baker. Nadie me había mirado nunca con tanto ardor. Nadie me había tocado de ese modo. Al bailar con él, me había sentido desenfundada por primera vez en mi vida. Me había sentido libre de todas las convenciones sociales. Estuve viva.

Pero solo duró un par de minutos. Después, esa música tan seductora fue apagándose, hasta que regresó el jazz y, con él, regresó mi marido, Nick, y las convenciones sociales, y todo lo que conllevaba ser la señora Fairbanks.

Me miré al espejo, miré mi carísimo camisón de seda, mi mirada ausente, y me di cuenta entonces de que yo odiaba ser la señora Fairbanks. Habría intercambiado sin vacilar mi vida llena de lujos y comodidades con la de una desconocida; lo habría dado todo por poder amar y ser amada. Me parecía que no había en el mundo riqueza mayor que esa.

Mi mirada vagó por todo el espejo. Mi vida me asfixiaba. Todo lo que me

rodeaba, me asfixiaba. Era grisáceo, un sinsentido.

Empezó a faltarme el aire en los pulmones. Mi mente se obnubiló de pronto. La sensación de agobio se tornó mayor. Debía de ser esa estúpida ropa cara. ¡Ese collar de perlas! Lo odiaba. Odiaba las malditas perlas.

Lo arranqué del cuello y contemplé ensimismada las pequeñas bolitas que repiqueteaban sobre el suelo. Me sentí un poco más libre. Un poco más yo misma. Sin perlas, no era la señora Fairbanks. Solo era Ingrid.

*Solo eso.*

Ceñuda, permanecí ahí, sentada delante del tocador, y medité sobre mi vida y mi matrimonio, preguntándome qué era lo que me mantenía realmente al lado de Nick. No era el amor, de eso estaba segura. Ni yo amaba a Nick ni Nick me amaba a mí. Entonces, ¿qué era? ¿Qué era lo que impedía que nuestro mundo dorado se rompiera en mil añicos? ¿Nuestras almas vacías, quizá? ¿Era el vacío que sentíamos en nuestro interior lo que mantenía a flote nuestro matrimonio?

—¿Sabes qué? —La puerta se abrió de sopetón y Nick me espetó desde el umbral. Tenía los agujeros de la nariz dilatados a causa de la ira. Su pecho no dejaba de bajar y subir, siguiendo el agresivo son de su aliento—. He cambiado de opinión —informó, tirando de la puerta con fuerza a sus espaldas.

Tragué en seco y lo miré mientras avanzaba hacia mí.

—Nick, ¿qué piensas hacer? —pregunté con calma.

Mi tono gélido le arrancó una sonrisa demente.

—Estás enfadada conmigo porque no te hago caso, ¿verdad? Pues esta noche estoy lo bastante borracho como para hacerte caso, Ingrid.

Mis ojos se engrandecieron cuando Nick empezó a desabrocharse la camisa.

—¡No te acerques a mí! —exigí, retrocediendo despavorida.

—Nena, tú sabes que me quieres.

Sacudí la cabeza con todas mis fuerzas para rechazar esa estúpida idea. Nick vino hacia mí, con el musculoso torso desnudo. Me cogió por las muñecas con suavidad.

—¿Cuánto ha pasado, Ingrid? ¿Cuánto ha pasado desde la última vez?

Apreté la mandíbula con fuerza. Me estaba rozando, pero yo no sentía nada. Nada, comparado con el torbellino de emociones que Hardy me había hecho sentir.

—Apesta a alcohol.

—¿Cuánto ha pasado? —subrayó lentamente, apretándome las muñecas con una fuerza tan brutal que me hizo rechinar los dientes y doblar las rodillas hacia abajo.

—No cuento los días, Nick —bramé mientras me liberaba con un tirón bastante agresivo.

Soltó una carcajada.

—Tú y yo sabemos que sí, querida.

Intentó besarme, pero me escabullí justo a tiempo.

—Sal de mi habitación —le pedí, desde la otra punta del dormitorio, amenazándolo con un florero que acababa de coger de una cómoda.

—No —rehúso con dureza—. Desnúdate.

—¡Vete con tus putas, Nick!

Siguió sin inmutarse, como si mis rugidos no le alteraran en absoluto.

—Te deseo a ti.

Volví a levantar, amenazadora, el florero. Mis manos temblaban. Mis ojos lanzaban chispas.

—¡Nunca me has deseado a mí!

—Lo hago ahora.

No me lo podía creer. Su tranquilidad me enfermaba.

—Lo haces ahora solo porque odias la idea de que otro hombre me haya prestado atención.

—¡Lo que odio es que tú le hayas prestado atención a otro hombre!

Sentía ganas de rugir como una loca y de lanzarle cualquier cosa a la cabeza. Le eché la culpa a Nick por todo lo que había pasado. Toda mi infelicidad era culpa suya, al igual que mis frustraciones y mis deseos reprimidos. ¡Si no me hubiese casado con él! ¡Si hubiese esperado un par de años más!

—Por Dios, ¿pero tú te escuchas a ti mismo? —seguí gritándole—. Eres como un niño al que le acaban de quitar el juguete.

El rostro de Nick lucía como si acabara de recibir un bofetón.

—¿Y eso es cierto? ¿Me han quitado el juguete?

Lo pulvericé con la mirada.

—Vete al carajo —le dije, tirándole por fin el florero.

No conseguí alcanzarlo, se agachó justo a tiempo. Sin embargo, sí conseguí la distracción que necesitaba para poder marcharme de ahí. Tiré de

la puerta con fuerza, salí y la cerré con tanta ira que tembló. Antes de que Nick reaccionara, eché la llave en el cerrojo. Al darse cuenta de que estaba atrapado ahí dentro, empezó a rugir como una bestia enjaulada y a golpear la puerta con los puños.

—¡Ingrid! ¡Ven aquí ahora mismo! ¡In-grid!

Estaba muy equivocado si pensaba que iba a volver esa noche para enfrentarme a su cólera. Me precipité hacia la escalera y a punto estuve de chocar con Pickford, que había bajado a por un vaso de agua. Era la única empleada que vivía en la casa grande, y verla sin su uniforme, solo con un holgado camisón blanco y el cabello negro cayéndole liso sobre la espalda, fue escalofriante. Parecía sacada de un cuento de terror. Me la podía imaginar con un cuchillo carnicero en la mano, masacrando a todo el mundo y luego rompiendo en carcajadas, sin percatarse de que su rostro y su camisón estaban empapados en sangre.

De acuerdo, yo tenía demasiada imaginación, y el hecho de que hubiera rayos estallando en el cielo nocturno no ayudaba para frenar mis ideas surrealistas.

—¿Se encuentra usted bien, *señora*?

Me estremecí ante la sonrisa maligna que se insinuaba en las esquinas de su boca. Edna disfrutaba muchísimo de saber que Nick y yo no éramos felices juntos. Quizá, después de todo, no fuera solo cosa de mi desorbitada imaginación. Lo cierto era que había algo de lo más inquietante en su sonrisa.

—Puedes ir a consolarle —le dije, con una dulzura que consiguió quebrantar su expresión de complacencia—. Está tan desesperado que se conformaría con cualquier cosa.

Y seguí corriendo escalera abajo, para ponerme a cubierto antes de que el perro guardián de Nick le soltara de la jaula donde yo lo había encerrado.

## Capítulo 7

Apenas vi a Nick después de nuestra pelea. No paraba por casa más de lo estrictamente necesario, y siempre que venía a cambiarse de ropa, lo hacía en tan avanzado estado de embriaguez que era imposible mantener una conversación con él.

Por el otro lado, mi relación con Pickford estaba cada vez más deteriorada. No me obedecía en nada, ni siquiera a la hora de decidir los menús diarios. Cuando yo pedía carne, ella servía pescado. Se hacía muy difícil de llevar una casa en esas condiciones.

Pickford y todos nuestros amigos me echaban la culpa a mí del estado en el que se encontraba el pobre *señor Nicky*, que, por primera vez en su vida, parecía sufrir como un perro. Pero me daba igual. Todo me daba igual. Las habladurías que cesaban cuando yo entraba en una sala, las miradas de reprobación que recibía, las incesantes llamadas telefónicas de mi histérica madre, que exigía saber por qué había arrastrado el buen nombre de la familia por el barro...

¿Qué derecho tenía yo a bailar algo tan vulgar que los gobiernos de Europa habían censurado hacía tiempo? ¡¿Qué derecho?!

—¡El mismo derecho que tuvisteis papá y tú de venderme como a una cabra a un hombre que nunca me ha amado! —le grité, harta de seguir escuchándola.

—¡¿Venderte?! —rugió Blanche desde Nueva York—. ¡Hicimos de ti una princesa! ¡Vives en un castillo! ¡Y vas y lo echas todo a perder por un baile prostibulario! ¡Un baile para proxenetas y bandidos! ¿Tienes idea de lo que le has hecho al pobre Nick?

—¡Oh, que le zurzan al pobre Nick! —exclamé mientras me desplomaba en una butaca francesa, colocada al lado de la cómoda donde Nick había hecho instalar el teléfono.

—¿Lo ves? ¡Eres absolutamente vulgar! Me preocupa la pureza de tu alma, Ingrid. Te lo digo muy en serio.

—Y mientras te preocupas por la pureza de mi alma, estás tomando un buen vaso de *whisky* con hielo, ¿verdad? Anda, madre, preocúpate mejor por la pureza de tu propia alma y deja en paz la mía.

—Le diré a tu padre que te llame esta misma noche.

—Oh no...

—Que te llame y te haga entrar en razón.

—Tengo más razonamiento que todos vosotros juntos. No veo qué es lo que esperas que haga papá.

—La vanidad es una perdición, Ingrid. ¡Una-perdición!

—Madre, ¿querías algo, o solo llamabas para sermonearme?

—¡Y ese tal señor Baker! ¿Cómo se atreve a destrozar tu reputación de ese modo?

Descansé la frente en una mano y suspiré fatigada. Ni siquiera sabía por qué me tomaba la molestia de explicárselo a Blanche.

—El señor Baker se apiadó de mí y me sacó a bailar porque mi querido marido solo tenía ojos para su amada Margot.

—¡Es intolerable!

—Gracias, madre. Eso mismo pienso yo.

—Es intolerable que se tome esas libertades contigo —siguió despotricando Blanche, ajena a mi comentario burlón—. Y, aunque fuese como dices, supongamos que la culpa fuera de Nick, ¿no había baile menos ordinario que un tango?

Hice una mueca.

—Era la canción que tocaban los músicos en ese momento. ¿Qué querías que hiciésemos?

—Todo esto es culpa de las gobernantas.

Ahugué una risita.

—Pobrecitas. ¿Qué culpa tendrán ellas? Si necesitas a alguien a quien culpar, que sean los músicos, que no los conocemos de nada.

—Le dije a tu padre que las francesas son muy libertinas, pero no me hizo caso. Y aquí estamos.

Puse los ojos en blanco. Para mi madre, lo que no era culpa de las gobernantas francesas, lo era del socialismo inglés. El caso era tener siempre alguien a quien echarle la culpa.

—¿Qué tiempo hace en Nueva York, mamá? —cambié de tema, porque llevábamos cuarenta minutos hablando de lo mismo.

—Se empeñó y se empeñó y...

—Aquí llovió ayer. Sí, llovió mucho.

—Y mira que se lo dije...

—Pero hoy ha salido el sol.



—Nunca escucha lo que digo...

—Hace un día fantástico.

—¡Un tango! ¡Estoy consternada!

—Muy bien, madre. Ha sido un placer escucharte gritar, pero ahora tengo que marcharme. He contratado un profesor de baile, y no quiero perderme la primera clase.

—¿Un profesor de baile? —se asombró Blanche, dejando de lado sus lamentaciones.

—Oh, sí. Tengo que mejorar mi técnica en el tango.

—¡Ingrid! —se escandalizó en un chillido aterrado.

Me reí. Disfrutaba escandalizando a Blanche.

—Adiós, madre.

Y colgué ruidosamente el teléfono. ¡Demonios! ¡Nadie me daba un respiro!

—La mesa está servida.

Pegué un brinco al escuchar a Pickford a mis espaldas. ¡Qué mujer! Más sigilosa que un guepardo. Me llevé la mano al pecho, encima de los volantes de mi blusa blanca, y exhalé hondo.

—Gracias, Edna. Iré ahora mismo.

Aguardé un momento, pero no escuché sus pasos alejándose, así que me volví para encararla. Estaba en el umbral, con su vestimenta negra y su pelo recogido hacia atrás. Sus pequeños y oscuros ojos me miraban fijamente, y yo me estremecí al ver el malvado regocijo que se había cobijado entre la rugosidad de sus facciones.

—¿Algo más? —pregunté con dulzura.

—El señor Nicky quiere verla.

Fruncí los labios en una mueca. ¡Conque por eso estaba ella tan satisfecha! El *señor Nicky* me iba a pedir el divorcio. Casi que mejor. Nuestro matrimonio estaba acabado desde que nos dimos el *sí, quiero*.

—¿Dónde está?

—En la biblioteca.

—Muy bien.

Me levanté, me acerqué a un pequeño espejo ovalado, colgado en la pared, y me arreglé un poco el pelo. Cuando me volví, Edna seguía en el mismo sitio, sin abandonar ese aire de diabólica complacencia. Hice caso omiso de ella y salí por la puerta.

Entré en la biblioteca sin llamar. A fin de cuentas, también era mi casa. Nick estaba de espaldas a la puerta, mirando con ojos ausentes por la ventana. No dije nada. Me detuve en el umbral y aguardé en silencio.

—¿Cómo estás, Ingrid?

Su voz era aplomada. Me alegró descubrirlo. No me apetecía otra reyerta doméstica.

—Muy bien, ¿y tú?

Se volvió hacia mí, lo cual me hizo dar un respingo. No tenía buena cara. Se le veía cansado, mucho más mayor. Tenía treinta y cinco años, pero parecía alguien de cincuenta. Supuse que llevaba noches enteras paseándose de fiesta en fiesta.

—Ahora que te veo, mejor —me dijo con calidez.

Fruncí el ceño. ¿A qué estaba jugando Nick? La última vez que habíamos hablado pretendía forzarme, ¿y ahora se comportaba como un marido cariñoso? No le pegaba en absoluto.

—¿Qué quieres, Nick? —decidí ir directamente al grano. ¿Para qué andarnos con más rodeos?

Nick exhaló una buena cantidad de aire.

—Siéntate —me pidió.

Lo miré con desconfianza.

—Por favor —insistió con una sonrisa casi tímida.

Me senté. No es que tuviera más opciones.

—Sé que no he sido un buen marido para ti —comenzó con aire vacilante.

Hundí la cara entre las manos. ¡Nick no quería el divorcio! ¡Pretendía hacerme sentir culpable por haber bailado con Baker! Y, muy a mi pesar, tenía que admitir que lo estaba consiguiendo. Siempre le funcionaba tocar mi fibra sensible.

—Nick... —musité, alzando el rostro para mirarle suplicante—. No sigas.

Sacudió la cabeza, con la cara contraída en una expresión de pura agonía.

—Tengo que seguir, y tú tienes que escucharlo. —Vino hacia mí, se arrodilló delante de mi silla y cogió mis manos entre las suyas—. Lo siento. Siento haber hecho que el matrimonio resultara una experiencia tan horrenda para ti.

—Nick...

Me cogió la cabeza entre las manos para obligarme a mirarle a los ojos, por lo que no me quedó más remedio que soportar su mirada.

—Escúchame. Siento haberte dejado sola en nuestra luna de miel y haberme comportado como lo hice. Sé que no tengo excusa, pero me gustaría que me dieras la oportunidad de redimirme. Yo te quiero, Ingrid.

Bufé una sonrisa de incredulidad.

—Solo me quieres porque sientes que me estás perdiendo.

Lo negó lentamente. Parecía tan afligido que, por un momento, deseé creerle. Deseé creer que se arrepentía y que aún había esperanza para los dos.

Pero luego recordé su último baile con Margot, el modo en el que se habían mirado el uno al otro, lo apartada que me había sentido al verlos... Nunca iba a cambiar. Nick nunca iba a amarme como yo deseaba ser amada. Su corazón sería siempre de Margot. Y su cuerpo, de decenas de otras mujeres, desconocidas hasta la fecha. Para mí solo quedarían migajas. ¿De verdad podía yo soportar esa idea?

—¿Recuerdas cuando fuimos a visitar Menfis? —me susurró, con sus ojos paseándose por todo mi rostro. Asentí, con el ceño fruncido, y él me volvió a dedicar esa sonrisa suya tan tierna que me desconcertaba—. El coche se nos había estropeado, y tú te sentaste encima de una piedra que llevaba ahí miles de años. Estabas tan cansada que solo querías regresar al hotel. Te miré, miré lo fastidiada que parecías, y sonreí, Ingrid. Sonreí, porque en ese momento supe que te amaba. Para mí, siempre serás la chica del vestido dorado, la chica de la que me enamoré.

La arruga de mi frente se acentuó todavía más.

—¿La chica... del vestido dorado? —balbucí, con un nudo de emoción en la garganta. ¿Por qué me decía cosas tan bonitas? ¿Las cosas que yo siempre había deseado escuchar?

Nick, con una sonrisa bondadosa, me acarició el rostro mientras asentía con la cabeza.

—Llevabas un vestido dorado la primera vez que te vi. No debías de tener más de quince años. Todavía eras muy joven para mí. Aun así, me enamoré de ti y me juré a mí mismo que algún día me casaría con la chica del vestido dorado. Y sé que he cometido muchas equivocaciones desde entonces, y que te he hecho daño aun cuando no pretendía hacértelo, pero quiero que sepas que te quiero. Hay veces que me voy, pero... —Bajó la cabeza, negó afligido, y luego volvió a buscar mis ojos—. Siempre vuelvo a casa contigo, nena. ¡Siempre!

Sentí cómo los ojos se me inundaban de lágrimas. Si su intención era

hacerme sentir culpable, lo estaba consiguiendo más que de sobra.

—¿Y Margot? —musité, a punto de llorar.

Los dedos de Nick se tensaron alrededor de mi cabeza.

—Ingrid, querida, querida, mírame. Margot no significa *nada* para mí. De haberla amado, me habría casado con ella.

Intenté en vano tragarme el nudo de la garganta.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto ahora? —balbucí, paseando ansiosamente los ojos por toda su faz.

Nick se mantuvo quieto e inexpresivo durante unos momentos. Después, me sonrió. Era una sonrisa tan sincera que me engatusó de inmediato. Me tenía allá donde quería tenerme.

—Porque quería que lo supieras y que me dieras otra oportunidad. Soy nuevo en esto del amor, Ingrid. No sé cómo hacerlo. Pero quiero que me enseñes. Quiero que me enseñes cómo ser un buen marido para ti. Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para que seas feliz.

Su rostro se acercó al mío, y yo no hice nada para retroceder. Me rozó con suavidad los labios, y un gemido de profundo alivio tembló en su garganta. Al ver que yo no me resistía, se volvió más ávido. Me agarró por la nuca, me atrajo hacia él y me besó con más insistencia.

Cuando retrocedió, su rostro estaba descompuesto a causa de la excitación.

—Te deseo mucho —me susurró con voz gutural—. ¿Puedo...?

Lo miré a través de los parpados entrecerrados y asentí. Nick, con una leve sonrisa, empezó a desabrocharme los botones de la blusa. Supe entonces que lo mío con Baker, ese juego al que estábamos jugando, debía acabar.

No iba a serme fácil. La necesidad de verle se había convertido en una obsesión en las últimas dos semanas. Sin embargo, tenía que conseguirlo como fuera. Por nosotros. Por Nick. Si él estaba dispuesto a intentarlo, yo también lo estaba. Lo mío con Baker era una locura que debía cesar por el bien de mi matrimonio.

Realmente no podía seguir así. En los últimos catorce días, había acudido a todas las fiestas de Nueva Orleans, y había aceptado todas las invitaciones para tomar el té, con la esperanza de volver a verle, pero Hardy Baker parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Y así era como debían seguir las cosas.

Lo mío con Nick tenía futuro. Éramos iguales, proveníamos del mismo mundo. Hardy Baker no era nadie. No encajaba. No iba a echarlo todo a

perder solo porque me había prestado atención cuando más la necesitaba. Tenía que dejar de pensar en él. Yo era una mujer casada. Eso era algo que no se me podía volver a olvidar nunca más.

Nick me hizo tumbarme encima del sofá y se me colocó encima. Yo cerré los ojos y procuré recordar que el hombre cuyos labios se arrastraban por mi cuello era mi marido, no un desconocido de ojos azules con el que había bailado un tango una sola vez.

## Capítulo 8

—Deberíamos plantearnos una segunda luna de miel —comentó Nick mientras sus piernas desnudas se enredaban con las mías.

Habíamos hecho el amor después de ocho meses de abstinencia, y se le veía feliz. Me pregunté si quería una segunda luna de miel porque en verdad le entusiasmaba la idea, o solo porque ese era su modo de apartarme de Nueva Orleans y, por consiguiente, de Hardy Baker. Aun así, estuve de acuerdo. Me hacía falta un cambio de aires.

—¿Y qué tienes en mente?

Nick plantó un beso en mi hombro desnudo, antes de contestarme.

—Nueva York. A lo mejor ha llegado la hora de que regreses a casa, querida Ingrid.

Por un lado, me entusiasmaba la idea de volver. Por el otro, me horripilaba. Me imaginaba el sofocante verano de Long Island, y a mi madre y sus interminables reproches. No me apetecía nada de aquello. Pero luego pensaba en los edificios, cada vez más altos, y en las fiestas, cada vez más grandiosas, y en todos los restaurantes de moda donde podría ir a comer con mis amigas de la infancia. Y entonces, Nueva York se me antojaba la ciudad más fascinante del mundo.

—Nueva York me parece bien —resolví, abrazándome a su torso desnudo.

Nick suspiró complacido. Se abrió la puerta, y Pickford nos sorprendió en esa actitud tan poco elegante.

—¡Por Dios, Edna! —gritó Nick, tapándonos con su camisa—. ¿No sabes llamar?

Me quedé paralizada al ver a Edna Pickford en el umbral, ruborizada hasta la punta de las orejas y tan turbada que no sabía cómo actuar. Finalmente, se volvió de espaldas, y Nick aprovechó para levantarse y empezar a vestirse deprisa.

—Lo siento, señor, yo no sabía...

—¡Aprende a llamar, maldita sea!

Debí haber sentido pena por ella. Por norma general, yo era bastante compasiva, pero Edna no conseguía despertar ese sentimiento en mí. Era estricta, cruel e inclemente. Era imposible que me diera pena alguien como ella.

—Y bien, ¿qué quieres? —volvió a rugir Nick mientras se abrochaba los pantalones.

—La comida está servida —balbució ella, antes de apresurarse a cerrar la puerta a sus espaldas.

—¡Qué mujer más pesada! —se enervó Nick—. Vamos, cariño, vístete. Te llevaré a comer.

Lo miré entre asombrada y alegre.

—¿De verdad?

Nick asintió con una sonrisa.

—De verdad. Me parece que no te llevo a comer desde...

—Italia.

—Eso. Italia.

Me bajé del sofá, me puse la blusa y la falda, y me acerqué a un espejo pequeño para arreglarme el pelo. En esa casa había espejos por todas partes. Me pregunté si aquello guardaba relación con el comportamiento narcisista de Nick. Supuse que sí.

—¿Y adónde vamos a ir? —inquirí mientras me pellizcaba las mejillas.

Nick se me acercó por detrás y me envolvió en un abrazo.

—Oliver me ha hablado de un sitio nuevo. Es solo para miembros.

—Ergo, sirven alcohol.

Nick se rio.

—Ergo, sirven *abundante* alcohol.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente, fui a ver a Sibyl. Era mi mejor amiga, y quería despedirme de ella antes de partir hacia Nueva York.

Me la encontré desplomada en el sofá. Sibyl llevaba muy mal los veranos, incluso los de Nueva Orleans, que no eran en absoluto tan despiadados como en Nueva York.

—Conque os vais otra vez.

—Así es. Estaremos fuera un par de meses.

—Qué terrible. Te perderás la fiesta de inauguración de Hardy Baker.

Muy a mi pesar, sentí un escalofrío a lo largo de la columna vertebral. Y todo por un hombre que había desaparecido por completo después de ese baile. Ni siquiera se había tomado la molestia de escribir una mísera nota de

despedida. Tuve que admitir a regañadientes que, a pesar de haberme reconciliado con Nick, aún me sentía decepcionada por el comportamiento de Hardy. Por algún motivo, había caído en la equivocación de pensar que para él también había significado algo. Era evidente que no, ya que no había intentado contactarme ni coincidir conmigo después de eso.

—Una tremenda lástima. ¿Y qué es lo que inaugura el señor Baker esa vez? —pregunté con estudiada indiferencia.

Sibyl se incorporó casi enérgica. O, al menos, con todas la energía que podía permitirse en una tarde de verano tan bochornosa como aquella.

—¿Quieres decir que no te ha llegado la invitación?

Parpadeé azorada.

—¿Invitación? ¿Qué invitación?

—Ha invitado a todo el mundo. Nos llegaron los sobres hace por lo menos una semana.

*A todo el mundo, menos a mí.* Ese pensamiento me produjo una molesta punzada en el corazón.

—Oh. Mi invitación se habrá traspapelado.

Sibyl no parecía muy convencida de ello.

—Sí, seguro que sí. ¡Que alguien traiga más hielo! ¡Estoy sofocándome!

Suspiré y me obligué a corresponder a su sonrisa. Sibyl se volvió a desplomar en el sofá.

—Ingrid, querida —se lamentó como una moribunda, alargándome una mano, a la que me aferré—. No sabes *cuánto* te echaré de menos. Eres mi única amiga aquí.

—Exageras. Tienes a tu hermana.

—Margot es tan... ¡Margot! Además, está ocupadísima ayudando a Hardy.

Ahí estaba de nuevo: la maldita punzada de celos que no debía haber sentido.

—Ayudando... ¿con qué?

Sibyl entornó los ojos, exasperada.

—Decoración. Ya conoces el buen gusto de Margot. Hardy se ha comprado una casa en el barrio francés, y quiere que para la inauguración quede todo perfecto.

—Y necesita la ayuda de Margot —afirmé con sequedad, entendiendo de pronto por qué Hardy había estado tan ocupado en las últimas semanas como



para no tener tiempo ni de escribir una triste nota de cuatro líneas.

—Y, en efecto, necesita la ayuda de Margot —corroboró Sibyl, aliviada de ver que alguien, por fin, le acercaba un vaso lleno de hielo para que se lo colocara en la frente—. ¡Bendito seas! Mi temperatura corporal había superado los cuarenta grados. Ingrid, ¿quieres tú un vaso de hielo?

—Gracias, pero estoy bien. No hace tanto calor aquí dentro.

—Tonterías. Esto parece el Infierno.

Llevábamos media hora charlando, cuando Margot cruzó las puertas, toda ella vestida de solemne negro, en contraste con su piel blanca y el intenso rojo de sus labios. Era tan hermosa como una de esas muñequitas que vendían en las tiendas de París.

—¿¿Cómo aguantáis este calor?! Es insoportable.

—Me pongo hielo en la frente, y no visto de negro —aclaró Sibyl, cada vez más desfallecida conforme avanzaba la tarde.

Mis ojos se abrieron de par en par al ver que Margot no venía sola. ¡Hardy entró detrás de ella!

—Señoras. —Su sonrisa se ensanchó cuando nuestros ojos se cruzaron—. ¡Señora Fairbanks! —exclamó al reconocermes—. Es un auténtico placer volver a verla.

Me abstuve de decirle que el placer ya no era mutuo.

—Bueno, debería marcharme —decidí al instante, levantándome de la butaca.

Hardy me miró turbado.

—¿Tan pronto? —dijo, para asombro de las dos hermanas, que nos escudriñaban con suma atención.

Cogí aire en los pulmones, lo dejé salir despacio y lo contemplé con rostro impasible, en absoluto contraste con el infierno que se desarrollaba en mi interior. Volver a verle me afectaba mucho más de lo normal.

—Solo venía a despedirme —dije, mi voz sin modulaciones—. Y ya me he despedido.

—Ah, cierto, me dijo Nick lo de la luna de miel —comentó Margot como con despreocupación, alejándose para prepararle una copa a Hardy.

Hardy miró primero a Margot y luego a mí.

—¿Luna de miel? —repitió con voz ronca.

—Nuestra querida Ingrid y su marido, Nick, irán a pasar un par de meses en Nueva York —le explicó Margot—. ¿No es fantástico?

—No es la mejor época del año para viajar a Nueva York —balbució Hardy, descompuesto—. Hace demasiado calor allí.

—Me aseguraré de llevar sombrero —resolví yo con una sonrisa encantadora.

—Hazlo, querida. Tu piel es demasiado frágil como para exponerla al sol, ¿verdad, Sibyl?

—Siempre lo he dicho —coincidió esta, aburrida.

—Sí, lo haré. Me pondré un sombrero victoriano. Adiós, pues. Nos veremos a la vuelta. Os traeré un *souvenir*. —Me acerqué a besar primero a Sibyl y luego a Margot. Después, di media vuelta y caminé hacia la puerta, donde estaba Hardy, todavía sin recuperarse de la conmoción—. Señor Baker, ¿me permite pasar?

Sus ojos azules retuvieron a los míos un poco más de la cuenta. Me miraba como si demandara una explicación. Explicación que no tenía la más mínima intención de darle.

—¿Le importaría quitarse? —insistí—. Tengo un poco de prisa.

Hardy se apartó en silencio, sin que sus ojos aflojaran la presión con la que sujetaban a los míos. Estaba ceñudo y muy desconcertado, y yo no entendía el motivo de su reacción. No había sabido nada de él durante dos semanas, no me había invitado a su fiesta de inauguración, y ahora se comportaba como si la noticia de mi segunda luna de miel le resultara dolorosamente difícil de encajar. ¿Cuál era su problema?

Salí a la calle enfurecida y eché a andar por la acera. Había venido sin coche. Me apetecía dar un paseo después de comer, pero ahora lamentaba esa decisión. El sol quemaba demasiado, y no había nadie en la calle. Sopesé la idea de regresar a casa de Sibyl y telefonar a la mía para que me fueran a buscar, aunque luego deseché la idea. No quería volver a ver a Hardy Baker nunca más.

—¡Espere!

Me tensé de la cabeza a los pies al escuchar su voz a mis espaldas. ¡*Nunca más* no podía ser un plazo tan temporal, maldita sea! Se suponía que *nunca más* era algo definitivo e irrevocable. Enervada, seguí alejándome deprisa.

—¡Ingrid! La acompañaré a casa.

Me volví hacia él hecha un basilisco. ¿Qué pretendía?, ¿seguir aumentando los rumores? Ahora que me iba bien con Nick, ¿quería estropeármelo?

—¿Está usted loco?! No, no puede acompañarme a casa.

—¿Por qué estás evitándome?

¡Que yo le estaba evitando!

—No le estoy evitando —dije, toda digna—. Y no recuerdo haberle dado permiso para que me tuteara.

—Vamos, Ingrid. Fuiste tú la primera en tutearme, ¿recuerdas? Dejemos esta estupidez de hablarnos de usted y comportarnos como si no hubiera nada entre nosotros dos.

Sentí ganas de darle un bofetón.

—¡Es que no hay nada entre nosotros dos!

Hardy me cogió por la muñeca y me atrajo hacia la sombra que la mansión de Sibyl proyectaba sobre el suelo. Di gracias de que no hubiera nadie en la calle.

—Sabes que eso no es cierto. Sabes que la última vez que estuvimos juntos, yo me moría por besarte. Y sabes que tú también lo deseabas. ¡Así que no vengas a decirme ahora que no hay nada entre nosotros dos, maldita sea!

Mi pecho empezó a moverse deprisa, al ritmo de mi aliento. No sabía si mi reacción se debía a la ira o a la excitación. Hardy me sujetaba por la muñeca y estábamos demasiado cerca el uno del otro. Además, me estaba mirando los labios con tanto apasionamiento que me temblaban las rodillas. ¿Cómo podía hacerme sentir todo ese cúmulo de sentimientos con una sola mirada? ¿Cómo era posible que algo que estaba mal me hiciese sentir tan bien, tan viva?

—Estoy casada —me obligué a decir.

Hardy sacudió la cabeza.

—No le amas. Ni él te ama a ti. Lo vi en la fiesta, Ingrid. No te miró ni una sola vez. —Se humedeció los labios y se los mordió, antes de añadir, en un susurro—: Yo no podía apartar la mirada de ti.

Lo negué con desesperación.

—Él ha cambiado. Ha dicho que me quiere y que lo hará mejor a partir de ahora.

Hardy se debió de dar cuenta de que yo estaba tan desesperada que me aferraba a cualquier cosa, a cualquier promesa. No creo que entendiera lo importante que era para mí creer en las palabras de Nick.

—¡Fábulas! Tu marido es un niño caprichoso que no sabe lo que quiere.

—¿Qué sabrás tú sobre nosotros? Nick y yo somos iguales. Encajamos

muy bien el uno con el otro.

Una expresión inescrutable se instaló en sus ojos mientras estos me sopesaban.

—Me niego a pensar que tú seas como él —declaró con cierta dureza.

—¡Pero lo soy!

Hardy apretó las mandíbulas con fuerza.

—La chica con la que bailé un tango no lo era —gruñó entre dientes.

—La chica con la que bailaste un tango —empecé, irritada—, ¡es la señora Fairbanks!, esposa de Nick Fairbanks. ¡Y no puede volver a verte!

Su garganta se movió al tragar saliva. Me pareció que la idea de no volver a vernos le resultaba abrumadora a Hardy Baker.

—¿No puede, o no quiere?

—¡Las dos cosas! —exclamé con un chillido—. Ahora, suéltame.

—Está bien. Pero antes te daré algo sobre lo que reflexionar. Para que no te aburras en tu... *luna de miel* —se burló.

Sin nada de cortesía, me agarró por la nuca con las dos manos y arrastró mi boca hacia la suya. El impacto de sus labios estrellándose contra los míos fue lo más intenso que había sentido nunca. No se me ocurrió nada con lo que compararlo. Pensé en tifones, huracanes, el derrumbamiento de un rascacielos... No, nada se le podía comparar.

Preso de un momento de debilidad, gemí, lo que permitió a Hardy deslizarse la lengua a través de mis labios y besarme con más insistencia. Un ardiente anhelo se apoderó de todo mi cuerpo e hizo que algo dentro de mí cobrara vida. Y creo que él advirtió cómo se estremecía mi pecho, pegado al suyo, porque sus labios se movieron en una tenue sonrisa.

No se lo pensó demasiado, me dio la vuelta, me apoyó contra el muro y me volvió a besar con esa desesperación a la que no estaba acostumbrada. Me levantó las manos a la altura de la cabeza, colocó las palmas encima de las mías y nuestros dedos se entrelazaron. Nunca había vivido un momento tan salvaje y apasionado, y francamente, me asustaba la idea de no volver a vivirlo nunca más. Supongo que lo que me asustaba era la certeza de saber que nadie, nunca, volvería a hacer sentirme tan viva como Hardy Baker me hacía sentir.

Al separarse nuestros labios, Hardy enterró la cara en mi cuello e inhaló con fuerza.

—Jamás había deseado a una mujer con tanta intensidad —me susurró al

oído, con esa voz rasposa que sabía a ciencia cierta que nunca conseguiría dejar de escuchar dentro de mi cabeza.

Me abrazó con fuerza, y me sentí bien. Dios mío, me sentí maravillosamente bien, ¡como nunca! Fue el momento más embriagador de toda mi existencia, pero solo duró unos instantes, antes de que la aplastante culpa lo destrozara. Todo se echó a perder, porque la culpa que me invadió fue mil veces más poderosa que cualquier pasión.

Empujé a Hardy hacia atrás y me aparté con horror. ¿Cómo había podido hacer algo semejante? Yo no era así.

—¿Cómo te atreves?! —rugí con ojos asesinos.

Hardy sonrió un poco. Aun así, parecía triste. Creo que esa no era la reacción que había esperado de mí.

—Lo único que lamento es no haberlo hecho antes —me dijo con voz calmada.

—¡No puedes volver a besarme! ¡No está bien!

—Lo estaba mientras te besaba.

Sabía que él llevaba razón, pero jamás lo habría admitido. Me negaba a admitir que su beso había desencadenado en mí un hambre superior a cualquier otra cosa jamás experimentada. ¡Cuánto le odiaba por ello! Porque yo tenía un objetivo: olvidarme de él. Y me lo acababa de poner muy difícil. Demasiado difícil. ¿Cómo iba a poder olvidarle después de eso? ¿Cómo iba a poder volver a besar a Nick sin pensar en el modo en el que Hardy me había besado? ¿En el roce de su piel, todavía sin afeitarse? ¿En el calor de su cuerpo envolviendo al mío? ¿En el modo en el que nuestras lenguas se habían acariciado la una a la otra? ¡¿En su maldito olor masculino?!

—¡No vuelvas a besarme nunca más! —le exigí, agarrada con las dos manos a ese sentimiento de cólera, que evitaba que sintiera cualquier otra cosa; cualquier otro deseo.

Hardy tragó saliva.

—No lo haré hasta que tú me pidas que lo haga. Solo quería... solo quería darte algo en lo que pensar.

En mis ojos verdes fulguraron unas chispas de locura.

—Pues ya lo has conseguido. Ahora pensaré en lo mucho que te odio.

Hardy soltó una carcajada. Los dos sabíamos que esa era una mentira de las grandiosas.

—Mientras pienses en mí... —se conformó, con un leve encogimiento de

hombros.

Enfurecida a más no poder, di media vuelta para marcharme.

—Ingrid.

Frené en seco, aunque luego me odié por haberlo hecho.

—¿Qué? —pregunté lentamente.

No me giré hacia él. Solo aguardé.

—Eres tú —susurró Hardy al cabo de unos momentos.

Lo miré de reojo, por encima del hombro.

—¿A qué te refieres?

Hizo una inquietante pausa, y luego resopló como si estuviera rindiéndose.

—Lo que más deseo en el mundo. Eres tú.

Dejé caer los párpados despacio. ¿Por qué me lo ponía tan difícil? ¿Acaso disfrutaba destruyendo mi matrimonio?

—¿A qué viene eso ahora? —musité con voz casi aterrada.

Hardy se me acercó por detrás y colocó las palmas en mis hombros. Me sobrecogía su calidez. Su olor... Quería darme la vuelta y pedirle que me volviera a besar. Sin embargo, no lo hice.

—Prometí contestarte algún día —me susurró—. Te estoy contestando ahora.

Noté sus labios en mi cabello, y sentí ganas de llorar. Me escocía la garganta muchísimo, consecuencia de todas las lágrimas que había ido reprimiendo.

—Eso no cambia nada.

Hardy suspiró despacio.

—Soy consciente de ello. Pero quería que lo supieras, por si no vuelvo a verte. Me odiaría por habérmelo callado.

Levanté la barbilla con determinación y dejé que una máscara inexpresiva cubriera mi rostro. En ese momento, dejé de ser Ingrid, solo Ingrid, para volver a colocarme la máscara de la señora Fairbanks. Era lo correcto. A mi entender, la vida se dividía en dos columnas: la de las cosas que *quería* hacer y la de las cosas que *debía* hacer. Apartarme de Hardy no era lo que quería, pero, sin la menor duda, era lo que debía.

Y lo hice.

—Adiós, Hardy.

Sentía los pies pesándome como si mis zapatos hubiesen sido forjados en hierro puro.

—Adiós, Ingrid. Pensaré en ti cada vez que escuche un tango.

Me mordí el labio y esperé a que se alejara de mí. Hardy se tomó un momento, y luego se apartó. Me tragué las lágrimas y me obligué a ponerme en marcha. Era una tarea bastante difícil de conseguir. Derrotada, eché la cabeza hacia atrás y miré el cielo azul mientras intentaba reunir las fuerzas para marcharme.

Fue al enderezar el cuello cuando reparé en la presencia de Margot. Estaba detrás de la ventana del salón, y me estaba mirando fijamente. No tenía ni idea de cuánto había presenciado, pero supuse que me había visto besar a Hardy Baker. Lo pude ver en sus ojos por un segundo. Vi que Margot sabía lo que acababa de suceder.

La miré, y ella me miró a mí. No conseguí interpretar su expresión. Margot se mantuvo inescrutable. Al cabo de unos momentos de observarnos mutuamente, ella dejó caer la cortina.

Y yo dejé caer los párpados.

\*\*\*\*\*

Durante tres semanas esperé a que Nick volviera a casa hecho un basilisco, pero eso jamás sucedió. O no sabía lo que habíamos hecho Hardy y yo, o, simplemente, es que le importaba un bledo. ¿Acaso Margot me había guardado el secreto? Lo dudaba. Ella era la mejor amiga de Nick, no mía. Se conocían desde siempre. De haberlo sabido, se lo habría contado de inmediato.

Por lo que llegué a la conclusión de que Margot no lo sabía. A lo mejor había presenciado solo la despedida. Nada más.

Empecé a sentirme más tranquila. Nadie sabía lo mío con Hardy Baker, y nadie debía sospecharlo jamás. En el fondo, ¿qué había entre nosotros dos? Nada. Éramos dos desconocidos que habían bailado un tango una vez. Solo dos desconocidos perdida e irremediamente enamorados el uno del otro...

## Capítulo 9

Lloviznaba cuando Nick y yo alcanzamos Nueva York. A pesar del clima y del manto de neblina grisácea, que había devorado las puntas de los rascacielos, la ciudad temblaba de lo ferviente que era su ritmo.

Antes de irnos a casa de mis padres, pasamos una noche en un hotel de Manhattan, y me di cuenta de que la gente que nos rodeaba parecía estar chiflada. Los coches viajaban a demasiada velocidad, las fiestas eran demasiado ruidosas. Esas personas sabían cómo vivir, siempre en el filo de un cuchillo y sin miedo a caerse.

Como Nick y yo no teníamos tiempo para nada de eso, pedimos una cena ligera al servicio de habitaciones y nos fuimos a la cama temprano. Mi marido alegó estar muy cansado del viaje. Ese hombre sí que sabía cómo entretener a una dama, ¿verdad?

Al día siguiente, nos marchamos a Long Island en un coche de alquiler. Encontré a mi madre tomando *champagne*. Solo eran las diez de la mañana.

—Mamá. Ya estamos aquí.

Tardó unos segundos en salir de donde sea que estuviera.

—¡Ingrid, querida! —canturreó con afectación, acercándose para besar mis mejillas—. ¡Pero Nick, viejo granujilla! Cada día estás más apuesto.

Inspeccioné a Nick de arriba abajo. Sí, supuse que era un hombre apuesto. Nunca me había parado a pensar en ello.

—No puedo afirmar otra cosa sobre ti, Blanche. Estás estupenda. ¿Te has hecho algo en la cara?

—Masajes orientales para realzar los pómulos. ¿A que parezco más joven ahora? —coqueteó ella con una sonrisa descarada.

—Al menos diez años.

—Oh, qué exagerado —rio Blanche, encantada—. Será que Europa os convierte a todos en unos galanes. ¿*Champagne*? —nos ofreció, tan pronto como tomamos asiento en el colorido salón, pero tanto Nick como yo rehusamos.

—Más bien café, madre, si eres tan amable. Es demasiado pronto para beber.

—Esta niña no dice más que sandeces. Nunca es demasiado pronto para beber *champagne*. Los franceses lo desayunan.



Puse los ojos en blanco. Mi madre se acabó la copa y pidió otra. No me extrañaba que nunca se enfadara por las canitas al aire de papá. La mayoría de las veces estaba demasiado ebria como para darse cuenta.

Observé a mi madre y después a Nick. No pude obviar las similitudes. ¿Así era como iba a acabar yo? ¿Vieja, borracha y superficial? ¿Acaso mi madre era una versión de cómo sería yo misma en el futuro? Esperaba que no.

—¿Os quedaréis en casa de Randolph?

Nick lo negó.

—Había pensado en que Ingrid se quedara aquí, contigo.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Por qué? ¿Adónde irás tú?

Nick se volvió en su butaca para estar de cara a mí.

—Me temo ha surgido un imprevisto con el nuevo edificio que estamos construyendo en Manhattan. Papá me necesita allí.

—Podría ir contigo.

—¿Y quedarte sola todo el día? No me parece un buen plan. Lo mejor es que te quedes aquí, con tu madre, y que yo venga a verte siempre que el tiempo me lo permita.

Menuda luna de miel. Chasqueé la lengua, fastidiada. Tenía que habérmelo imaginado. Nick no tenía ningún interés en hacerme caso. Solo quería sacarme de Nueva Orleans.

—Está bien —accedí a media voz—. Me quedaré aquí, si es lo que de verdad deseas que haga.

—¿Y habéis venido solos? —preguntó Blanche, para aliviar la tensión.

Nick y yo nos volvimos hacia ella y asentimos a la vez.

—Eso quiere decir que no os quedaréis demasiado tiempo —conjeturó mi madre, abstraída.

Volvimos a asentir. Blanche no dejaba de insistir en que nos compráramos una casa en Nueva York.

—No vamos a quedarnos para siempre, mamá.

—No sé qué es lo que le veis a ese Nueva Orleans.

—A Nick le encanta la ciudad.

—No consigo entender por qué razón —se lamentó ella.

—Me gusta el ambiente —expuso Nick.

*¡Le gusta Margot!*, quise rebatir a gritos. Pero habría sido cínico por mi

parte. Ya no tenía derecho a reprocharle nada. No después de haber besado a Baker en plena calle. Aún me asombrara el hecho de que nadie lo supiera. O, peor aún, que nadie se lo contará a Nick.

—El ambiente, el ambiente —desaprobó Blanche—. Hay ambiente en todas partes, Nicholas. Sobre todo, en Nueva York.

—Prefiero el de Nueva Orleans.

—Bah. Eres incorregible.

Tras servirse otra copa, mi madre, cansada de seguir intentando cambiar las creencias de Nick, se tumbó en un diván. Llevaba una bata larga, de seda azul, y tenía un turbante del mismo color tapando sus rubios mechones. Parecía una pitonisa. Su rostro brillaba demasiado. Me pregunté qué clase de potingues se habría echado. En realidad, ni siquiera quería saberlo. Sus excentricidades no conocían límites.

—¿Cuándo regresa papá?

—No tengo ni la más mínima idea. Ni siquiera sé dónde ha ido. Y creo que ni siquiera me importa —añadió entre risas.

Típico.

—Vaya. Pues habrá que esperar hasta que venga a decírnoslo. Mientras tanto, iré a instalarme en mi vieja habitación. ¿Subes, Nick?

Mi marido lo negó.

—Imposible. Mi padre me espera.

—Entonces, no le hagas esperar, querido —aconsejó mi madre con buen humor.

—No se me ocurriría. Ya sabemos cómo se pone. Nada le impacienta más que la falta de puntualidad.

—La falta de puntualidad es un asunto terrible. ¿Verdad que sí, Ingrid, niñita mía?

—Hay cosas más terribles, mamá.

—No se me ocurre ninguna otra.

—El hambre, la guerra, las sequías...

—Bah. Eso no nos afecta a nosotros.

—Gracias a Dios. De lo contrario, nos moriríamos. ¿Cómo vivir en un mundo sin *champagne*?

—Oh, ¿siempre tiene que ser tan desagradable? —se le quejó a Nick.

Este se rio.

—Ya sabemos cómo es nuestra Ingrid.

Eso lo dudaba. Ni yo misma sabía cómo era.

—Bueno, iré a instalarme —resolví, levantándome por fin de la butaca. Mi madre se quedó charlando con Nick, y yo fingí que el hecho de que mi marido se marchara tan pronto no me afectaba en absoluto.

\*\*\*\*\*

La promesa de Nick de ser un buen marido no duró demasiado. Estuve dos meses en casa de mis padres y solo vino a verme un día. Encima, se esfumó nada más comer, porque llevaba mucha prisa. El papeleo le estaba matando. Sin embargo, cada vez que llamaba a la oficina de su padre, Nick no estaba ahí. ¿Dónde hacía el papeleo? ¿En un parque?

Cuando llegó el mes de octubre, empecé a sentirme muy aburrida. Mis planes de ir a fiestas y comilonas se habían frustrado, dado que todas mis amigas estaban en el extranjero. O, al menos, todas mis amigas interesantes. Con las amigas poco interesantes no quedaba demasiado. Me mataban de aburrimiento. No hacían más que quejarse de sus criadas. Que si no planchaban los bolsillos de sus vestidos, que si nunca conseguían servir correctamente el café... Bah. Esas conversaciones tan superficiales me colmaban la paciencia. A mí nunca se me habría ocurrido fijarme en si estaban o no planchados los bolsillos de mis vestidos. ¿Qué más daba? ¡Nadie podía verlos!

Con la llegada del otoño, empezó a haber cada vez menos ambiente. La gente se iba de Long Island, regresaban a sus vidas en la ciudad y a sus ajetreadas jornadas. La playa había quedado prácticamente desierta. Me sentía deprimida y sola.

Hasta que escuché una voz que me hizo abrir los ojos de par en par y sentir, por primera vez en semanas, un alegre sobresalto.

Me hallaba en la biblioteca, hojeando un libro, cuando la oí entrar en el salón.

—¡*Maman!* ¡Dios mío!, ¡dime que no estás borracha otra vez!

Su voz era dulce, con un ligero toque de afectación. Me la podía imaginar, rubia, *chic*, alegre. Mi hermana Edith era muy distinta a mí; era un soplo de aire fresco en una vida agrisada.

—Chissss —la regañó mi madre—. ¿No ves que estoy durmiendo, hijita mía?

Me levanté del sofá, donde me había desplomado horas atrás, y acudí a su encuentro. Edith no había cambiado en los cinco meses que llevábamos sin vernos. Se mantenía igual de atractiva, aunque de un atractivo opuesto al mío. Yo era más solemne, más elegante, de una belleza más atormentada. Edith, en cambio, era infantil.

Incluso su modo de vestir, con toda esa ropa en tonos pastel y esas cintas de pelo, siempre de color rosa, eran infantiles. Ahí residía su encanto. Edith parecía tan inocente como una niña, lo cual la volvía irresistible. Su modo de seducir era sutil y mucho más eficaz que el mío. Sencillamente, no había quién se resistiese a la adorable Edith.

—¡Hermanita! —exclamó con una sonrisa dulce, que marcaba sus hoyuelos—. Lamento no haber podido pasarme antes. Franklin y yo acabamos de volver a casa.

Me acerqué y besé sus mejillas. Olía como a caramelos. Los niños debían de alucinar cuando la veían.

—Nunca es demasiado tarde, hermana. Ven. Vayamos a sentarnos al jardín. Hace un día espléndido. Dejemos a Blanche que siga echándose la mona.

La cogí de la mano y la arrastré fuera.

—¿Qué le pasa a *maman*?

Puse los ojos en blanco.

—Saca tus propias conclusiones.

Nos dejamos caer en dos tumbonas al lado de la piscina y pedimos unos refrigerios.

—*Mon Dieu*, está cada vez más ida —se lamentó mi hermana.

—Papá nunca está en casa, y Blanche se aburre —intenté justificar a mi madre, con la que me sentía cada vez más identificada.

—Y yo también, pero no por ello me paso el día bebiendo. ¿Por qué no puede dedicarse a hacer macramé?

Suspiré y tomé una bebida de la bandeja que nos acababan de traer.

—Olvídate de mamá. ¿Qué te cuentas tú?

Mi hermana hizo una mueca.

—He comido una tonelada de pasteles en París. Y he engordado.

—Te veo igual que hace diez años.

Me cogió la mano.

—Oh, Ingrid. Eres tan buena hermana. ¿Cómo está Nick?

Tomé un sorbo de limonada y sonreí.

—Tan ocupado como siempre. Nunca está en casa.

—¿Cómo llevas lo de... ? Bueno, lo de París.

Dejé caer los párpados. No quería hablar de la razón por la cual Nick y yo habíamos regresado a casa antes de lo previsto.

—Lo de París ya no importa. He pasado página.

—¿Cómo lo haces, hermanita? Si estuviera casada con alguien como Nick, me moriría. Lo juro por Dios.

Me encogí de hombros.

—Me he acostumbrado a él. No es tan malo, Edith.

—Te has acostumbrado... —musitó para sí, como sopesando esas palabras.

Desvió la mirada hacia el embarcadero y contempló el yate blanco de papá, que flotaba movido por las olas. Tuve la impresión de que había una gran tempestad desatándose en el interior de mi hermana, pues parecía presa de un intenso conflicto mental. Sus ojos verdes escudriñaban el barco con absoluta lejanía, y yo, por un lado quería traerla de vuelta, y por el otro, dejarla que siguiera cavilando a sus anchas.

—¿Recuerdas cuando éramos pequeñas y soñábamos con unos piratas que vinieran a rescatarnos? —musitó de pronto, sin abandonar su aire ausente.

Me eché a reír.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Solíamos imaginar que estábamos atrapadas en este castillo y que papá era un dragón viejo —evoqué entre risas.

Mi hermana soltó una risita, igual de vacía que su mirada.

—Es que lo era.

Con una sonrisa triste, cogí su mano y la oprimí con fuerza.

—¿Qué te pasa, pequeña Edith?

Mi hermana permaneció en silencio, con los ojos clavados en el embarcadero. Una suave brisa removió sus cabellos, del color del trigo maduro.

—He conocido al pirata.

Mis pupilas se dilataron.

—¿Qué?

Sus frágiles hombros se alzaron en un gesto de impotencia.

—Voy a divorciarme de Franklin. Ya no le quiero.

Me quedé atónita. Nadie se había divorciado nunca en nuestra familia. Mamá había aguantado durante años las infidelidades de papá y las noticias sobre sus hijos bastardos. Yo aguantaba a Nick y a sus queridas. Nos habían inculcado eso: aguantar lo que se nos viniera encima, porque ese era nuestro deber. ¡Y mi hermana pretendía divorciarse! Nada menos que de Franklin, el hombre que besaba el suelo por donde ella caminaba. Estaba convencida de que, para el viejo Franklin, el sol salía y se ponía con Edith, y el universo entero giraba al alrededor de sus dorados cabellos. ¿Qué había pasado para que un matrimonio como el suyo llegara a un punto sin retorno? ¿Era todo a causa de un hombre al que ella había conocido Dios sabía dónde?

—¿Estás segura de que divorciarte es lo que más te conviene, hermana?  
—inquirí con prudencia.

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida, Ingrid. Le quiero con locura.

Fruncí el ceño. Era un disparate, pero sentí cierta envidia. Yo nunca había dicho esa frase: *le quiero con locura*. Y me hubiera entusiasmado decirla. Quería decirla. Ansiaba sentir todo lo que Edith estaba sintiendo en ese momento, por muy erróneo que fuese. Quería amar con tanta intensidad que me consumiera. Quería que mi corazón latiera a una velocidad incontrolable, y que en mis pensamientos solo tuviera cabida un hombre, aun de rostro desconocido. O, quizá, un hombre de rostro hartamente familiar, ya que Hardy Baker no dejaba de colarse en mi mente.

¡Dios mío, quería tantas cosas que nunca iba a poder tener! Pero dejé de lado todo lo que yo quería y me centré en mi infeliz hermana.

—¿Quién es él? ¿Le conozco? ¿Y por qué dices que es un pirata?

Mi hermana esbozó una sonrisa trémula.

—No le conoces. No es de nuestro mundo. Jack... bueno, se dedica a...  
—Se lo pensó un poco, y luego frunció el ceño, lo cual no era muy buena señal—. A nada, en realidad. Trabaja allí y allá, juega al póker... En fin. Por eso digo que es un pirata.

La aferré por las muñecas. La dulce Edith había perdido el juicio.

—¿Estás loca? ¿Crees realmente que vas a ser feliz con esa vida? Jack no puede ofrecerte nada, Edith. ¡Nada! Y tú estás acostumbrada a tenerlo todo. Mira a tu alrededor. Este es tu mundo. Naciste rica, y no tienes ni la menor idea de lo duro que resulta ser pobre.

—Solo sé que le quiero —insistió, con esa obstinación tan característica

en ella.

La admiraba y la compadecía a partes iguales. Mi pobre hermanita. ¿Es que no era consciente de la crudeza de la vida a la que Jack tenía pensado arrastrarla? Ella no sabía nada sobre el mundo que se extendía más allá de nuestro estatus social. Por eso aún conservaba la inocencia. Yo, en cambio, lo sabía todo. Había visto la miseria, las consecuencias de la guerra y la pobreza; había visto la muerte en las calles, no en las elegantes avenidas a las que Nick me llevaba de paseo, sino en esos escondrijos por los que yo deambulaba cada vez que él se marchaba a emborracharse por ahí. El mundo era un lugar terrible, y no quería que mi hermana lo conociera, porque eso habría matado su dulce inocencia.

Así que alcé el brazo, le levanté la barbilla y le sostuve la mirada. Me odiaba por tener que matar sus esperanzas, pero era mi deber protegerla.

—Y no te lo discuto. Le quieres. ¿Pero le querrás cuando os estéis muriendo de hambre? ¿Le querrás cuando tengas que vestir con harapos? ¿O cuando vuestros hijos enfermen y tú no puedas proporcionarles medicinas?

El brillo febril de su mirada se apagó súbitamente. Bajó el rostro y sopesó uno a uno cada argumento de la lista que le acababa de enumerar.

—Esperaba no tener que pasar por todo eso —confesó a media voz.

Me esforcé por ocultarle el sentimiento de compasión que me estaba invadiendo. En vez de caer en esa trampa, intenté ser lo más realista posible.

—¿Y cómo pretendes no hacerlo? ¿Piensas que papá te ayudará? ¿O Blanche?

Edith sacudió la cabeza despacio.

—No. Pero esperaba que lo hicieras tú.

—¿Y cómo puedo yo ayudarte? No tengo fortuna propia. Todo lo que tengo pertenece a Nick o a papá, y sabes que se pondrían de acuerdo para no darte nada.

—No hace falta que me des nada. Regresa a Nueva Orleans y llévanos contigo. Búscale un trabajo a Jack en algún lugar. Tú tienes muchos amigos, Ingrid. Te harán caso si les pides un favor. Ayúdanos. Nos quedaremos en tu casa hasta que podamos marcharnos. Nick ni siquiera tiene por qué enterarse. Tenéis algo así como... ¡veinte dormitorios! —exclamó con una risa histérica—. Podríamos no coincidir nunca.

Me quedé pensativa. ¿Regresar a Nueva Orleans? Tuve que admitir que no era tan mala idea. No estaba convencida de poder ayudarles, pero, al menos,

lo intentaría. A lo mejor la solución no era protegerla del dolor, sino evitárselo. ¿Por qué no? Podría funcionar. ¿Por qué no intentarlo?

De todos modos, en Nueva York me pasaba el día sola, presenciando las borracheras de Blanche. En casa tenía amigos. Podía ver a Sibyl, y a los Winters, y a Greta. Incluso a Margot.

*Y a... ¡a Hardy Baker!*, pensé involuntariamente.

Se me estremeció el corazón cuando recordé la mirada azul de Hardy; cómo me había estrechado entre sus brazos mientras me besaba. Sabía que era una imprudencia volver a verle, y no tenía pensado cometer más imprudencias, pero, por lo menos, en Nueva Orleans le sentiría más cerca. Me sentiría como si él formara parte de mi mundo, aunque solo fuera a distancia.

Miré a mi hermana, me fijé en la esperanza que batallaba en su mirada, y cedí.

—Está bien. Nos marcharemos los tres a Nueva Orleans mañana por la mañana. Prepararé las maletas esta tarde. Todavía tengo un par de compras que hacer.

Mi hermana se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza.

—Gracias. ¡Gracias!

Le di unos golpecitos de consuelo en la espalda.

—No es nada, hermanita. Dame las gracias cuando acabe todo esto y haya conseguido que las cosas salgan bien.

—Lo harán, no te preocupes —musitó, apartándose. Tuve la sensación de que, más que a mí, Edith intentaba convencerse a sí misma. Quizá estuviera asustada de que las cosas fueran a cambiar. Yo, en su lugar, me habría sentido aterrada.

Me levanté de la tumbona y bajé la mirada hacia la suya.

—Una cosa más —le dije, mirándola—. No le digas nada a Franklin. Tenemos que ganar tiempo antes de que esto estalle. Dile que no me encuentro bien y que te vendrás a pasar una temporada conmigo. Si preguntara qué es lo que me sucede, puedes decirle que he sufrido otro aborto y que no quiero que Nick se entere.

Edith se quedó como colgada en el aire, analizando mi propuesta.

—Querrá acompañarme —repuso, y sus ojos escrutaron mi mirada durante unos segundos—. Tengo que decirle la verdad.

Me incliné sobre ella y la agarré con fuerza por los hombros.



—Ni se te ocurra, ¿me has oído? Invéntate cualquier cosa para que se quede en casa. Dile que solo serán un par de días y que no quiero ver a nadie más que a ti. Después, se nos ocurrirá otra cosa.

Edith me besó las manos. Parecía tener ganas de llorar.

—Gracias.

La sonreí con ternura.

—Tú también lo harías por mí. No todos los días se enamora una de un pirata.

Nos miramos la una a la otra y estallamos en carcajadas, supuse que provocadas por la preocupación, ya que ninguna de las dos parecía divertida.

—Callaros de una vez —bramó mi madre desde el salón.

Le guiñé un ojo a Edith (a pesar de que se consideraba algo de mal gusto) y me fui a preparar las maletas.

## Capítulo 10

Jack resultó ser un chico encantador. A diferencia de Franklin, era muy joven, de la edad de Edith, y tenía el cabello dorado y unos soñadores ojos grises. Si algún día mi hermana y él tenían bebés, no me cabía duda de que serían criaturillas adorables.

Lo que más apreciaba de Jack era lo atento y dispuesto que estaba a colaborar en todo lo necesario para lograr el bienestar de mi hermana. Me alegré sinceramente por Edith. No todos los días encuentra una a un hombre como Jack. De todos modos, Edith había tenido suerte en la vida. Los dos hombres a los que había conocido, la habían amado *con locura*. Por desgracia, no todas podíamos decir lo mismo.

Al llegar a Nueva Orleans, tuve que mentir y decirle a Pickford que Jack era un primo que acababa de llegar de Richmond, por lo que se le asignó una habitación propia.

—Pero yo quiero dormir con él —lloriqueó mi hermana en cuanto se lo conté.

Censuré de inmediato sus deseos.

—Imposible. Pickford se chivaría al instante a Nick. Nuestro plan se basa en intentar mantener esto oculto todo lo posible, ¿recuerdas? Así que controla tu ímpetu, hermanita. Nada de pasearos de una habitación a la otra. Sé buena chica. Esta situación no durará para siempre. Confía en mí, por favor. Si queremos que salga bien, habrá que guardar las distancias.

Edith se cruzó de brazos, enfurruñada. Aun así, asintió, porque sabía que yo llevaba razón.

—Está bien. ¿Cuál es el siguiente movimiento?

—Tú te quedarás en casa y pintarás un cuadro, o lo que sea que hagas para entretenerte, y yo me llevaré a nuestro primo Jack a casa de unos amigos.

Una enorme sonrisa se reflejó en el sonrojado rostro de Edith.

—¿Le buscarás un trabajo?

Asentí, incapaz de retener la sonrisa. Su entusiasmo era contagioso.

—Y si las cosas marchan según lo previsto, en menos de dos meses podréis tener una casa solo para vosotros. Venderé un par de joyas a las que nadie echará en falta y me buscaré la vida para conseguiros la diferencia. No esperes una mansión, porque...

Me callé cuando mi hermana se lanzó sobre mí y me abrazó con fuerza.

—Nunca podré agradecerte lo bastante todo lo que estás haciendo por nosotros.

—No lo hago para recibir agradecimientos.

—Lo sé. Eso es lo mejor de todo, que lo estás haciendo por bondad.

—Exageraciones. Más bien por aburrimiento —me burlé, porque nunca había sabido cómo encajar un cumplido. La gente no se deshacía en cumplidos a mi alrededor.

Me aparté, incómoda, me alisé la falda y dejé a mi hermana en la biblioteca.

—¡Primo Jack! —grité desde el salón—. Nos vamos.

Jack bajó corriendo por la escalera. Vestía un traje de Nick, que yo había sustraído sin que nadie se diera cuenta. Y, con nadie, me refiero a Pickford, que me observaba con más suspicacia que nunca. Creo que se olía algo extraño, porque se pasaba todo el día espiándome. Tenía que andarme con mucho cuidado si no quería ser descubierta.

No hablé hasta que estuvimos montados en el coche. Cuantas menos conversaciones privadas tuviéramos bajo ese techo, mejor.

—Dime, Jack, ¿qué es lo que sabes hacer?

Sus ojos grises me miraron con timidez.

—No gran cosa. Puedo cargar cajas o lo que sea, o trabajar de jardinero, o...

—No digas tonterías. Eres mi primo. No puedes cargar cajas. —Pensé un momento, y luego lo miré—. ¿Qué tal se te da contar?

Jack sonrió.

—Nada mal. Contaba cartas...

Le devolví la sonrisa.

—Pues ya está: mi primo Jack, el contable. A todo el mundo le hace falta un contable hoy en día. Gastamos más de la cuenta.

Los dos, entusiasmados por esa idea, bajamos delante de la casa de Margot. Era la primera vez que la vería después de ese episodio con Hardy, y no sabía cómo iba a ser recibida.

Sin embargo, Margot estuvo encantadora cuando salió a nuestro encuentro. Me besó las mejillas con remilgo y me dio un buen abrazo.

—Nueva Orleans parecía aburrida sin ti. ¿Y quién es este joven al que traes de Nueva York? ¡No me digas que es el *souvenir* que me prometiste!

Solté una carcajada. ¡Margot tenía cada ocurrencia!

—Siento decepcionarte, pero no te lo puedes quedar.

Hizo pucheros.

—¡Qué pena! Me habría venido bien para matar el aburrimiento.

Me volví a reír al ver cómo mi pobre cuñado se ruborizaba. No estaba acostumbrado a las damas de la alta sociedad. Solo había tratado con la dulce Edith.

—Margot, conoce por favor a mi primo Jack, el contable.

—Oh. Qué encantador. ¡Un contable! Parece más bien un marinero. Nunca he visto a un contable con esos bíceps.

Impresionada por su imponente físico, nada habitual en contables (había que admitirlo), Margot le ofreció la mano a Jack, y él la besó.

—Señorita.

Ese trato complació a Margot, lo pude ver en sus ojos.

—Sentaos, por favor. Oliver está al caer. ¿Una copa?

Miré la hora. Eran las cinco. La hora justa para tomar un coñac. Gracias a Dios, Margot no compartía la ridícula manía de Nick de servir té.

—Por supuesto —accedí con una sonrisa—. ¿Dónde está Oliver?

—Hardy y él han almorzado juntos.

Noté cierta tensión en la zona de los hombros. A duras penas conseguí disimularlo con una sonrisa encantadora.

—Ah. ¿Baker sigue en la ciudad?

Esperaba alguna mirada extraña por parte de Margot, pero no hubo nada de eso. Se limitó a darle un sorbo a la copa que su mayordomo acababa de servir.

—Dice que le encanta la vida en Nueva Orleans. Incluso se ha comprado una casa. La primera, ¿te lo puedes creer? Siempre ha vivido en hoteles, porque no le gusta quedarse demasiado tiempo en ninguna parte, pero ahora quiere echar raíces. Lo curioso es que ha elegido nuestra modesta ciudad. ¡Con la de sitios fascinantes que habrá conocido a lo largo de su vida! Debe de ser por el jazz. Siempre lo he dicho: el jazz suena mejor en Nueva Orleans que en ninguna otra parte del mundo.

—Me alegro por él —dije, incómoda.

Entró Oliver, aflojándose la corbata.

—Querida, no sabes lo maravilloso... —Se calló al vernos, y su rostro se iluminó en una sonrisa de reconocimiento—. ¡Ingrid, qué grata sorpresa! No

te esperábamos tan pronto. Creíamos que los neoyorquinos iban a gozar de tu encantadora presencia un par de meses más.

Me puse de pie, y Jack me imitó.

—Los neoyorquinos se cansaron muy rápido de mí. Y yo de ellos, a decir verdad. Te presento a mi primo, Jack.

Oliver estrechó la mano de Jack.

—Encantado. No sabía que tuvieras un primo.

Sonreí como una dama de la alta sociedad. Mentir se estaba volviendo demasiado fácil.

—Un primo lejano.

—Oh.

—Sí —dije mientras nos sentábamos todos—. Acaba de llegar de Richmond, y está buscando trabajo de contable.

No me hizo falta pedírselo, Oliver entendió a la primera la razón por la cual Jack y yo nos hallábamos sentados en su sofá, bebiendo su coñac.

Y le ofreció un trabajo a mi encantador primo.

\*\*\*\*\*

Tener a Edith en casa era increíble. No habíamos pasado tanto tiempo juntas desde que éramos niñas, y se me había olvidado lo divertida que podía llegar a ser mi hermana. Jack nos hacía compañía siempre que podía, y así el tiempo transcurría de un modo mucho más ameno. Me alegré de que los dos estuvieran ahí conmigo. Me sentía menos sola y menos deprimida; menos apática.

Vivimos así durante casi un mes, hasta que el chirriante sonido del teléfono interrumpió no solamente el silencio de la tarde, sino también la apacibilidad de nuestras vidas. Era Nick, telefoneando desde Nueva York.

—¿Cómo has podido? —rugió en mi oído izquierdo—. ¡Y a espaldas de mí! ¡En mi propia casa, has acomodado a tu hermana y a su amante!

Me puse pálida de inmediato. Edith, al darse cuenta de ello, me acercó una silla, encima de la cual no tardé en desplomarme.

—No sé de qué estás hablando. Jack es nuestro...

—¿Primo? —se me adelantó, y luego soltó un bufido de desprecio—. ¿En serio? ¿Y por eso tu hermana se escabulle en plena noche para colarse en su habitación?

¡Pickford! Tenía que haber sido ella. Apreté los dientes con ira. ¿Qué derecho tenía esa mujer de entrometerse en nuestras vidas? ¿Qué derecho tenía de destruir las esperanzas de mi hermana? ¿Qué ganaba ella? Nada. Lo hacía por pura maldad. ¡Maldita bruja!

—Nick, escúchame...

—No, ¡escúchame tú, mujer! —me interrumpió, colérico—. Te doy hasta mañana para que los echas a los dos a la calle. Como me entere de que me has desobedecido...

—Espera, espera. No puedo echarlos. ¡No tienen adónde ir!

—¿Y a mí, qué? Somos una familia respetable, Ingrid, y de ningún modo permitiré que la pelandusca de tu hermana...

—¡No te atrevas a faltarle el respeto, maldito seas! —estallé, agarrando el teléfono con tanta fuerza que pensé que iba a partirlo por la mitad—. ¡No tienes ni idea de nada!

—¡Ni quiero tenerla! ¡Mañana a estas horas, tu hermana y ese Don Nadie estarán en la puñetera calle, o tú te irás con ellos!

Y colgó ruidosamente.

Me desplomé sobre la mesa y me eché a llorar. Mi hermana se me acercó y me abrazó. Se había dado cuenta de qué iba mi pelea con Nick.

—Escucha, Ingrid —me susurró mientras me mecía entre sus brazos—. Nos iremos. No quiero causarte problemas en tu matrimonio. Tenemos algo de dinero ahorrado, no para comprar una casa, pero sí para pagar un alquiler. Además, Jack tiene trabajo gracias a ti. Nos irá bien, en serio.

Levanté el rostro, surcado de lágrimas, y la miré.

—Es verdad —asentí ferviente, desesperada por agarrarme a cualquier salida—. ¡Tienes razón! Te daré todas mis joyas y cada objeto de valor que encuentre en esta maldita casa. Compraremos algo en alguna parte, y con el trabajo de Jack, podréis vivir.

—No puedes hacer eso —retrocedió Edith, aterrada—. Si Nick se enterara de que has cogido algo suyo para dármelo a mí...

—¡Que le zurzan a Nick! —estallé, llena de una ira tan abrasadora que le habría pegado de haberle tenido delante en ese momento. ¿Cómo se atrevía a juzgar a mi hermana y a darnos clases de moralidad? ¿Precisamente él? ¡Menudo hipócrita!—. Todo saldrá bien, hermanita —aseguré, abrazándola de nuevo.

Las dos alzamos la mirada al escuchar la puerta abriéndose. Jack estaba en el umbral y tenía los ojos enrojecidos.

—¿Jack? —Mi hermana se levantó de donde estaba arrodillada, corrió hacia él y le cogió por los brazos—. Jack, querido, ¿qué te pasa?

Él retrocedió y miró primero a Edith y luego a mí. Nos miró demudado. Azorado. Mi hermana lo sacudió para que reaccionara de una vez.

—Me acaban de despedir.

Me levanté de la silla precipitadamente. ¡Lo que nos faltaba!

—¿Qué?! ¿Por qué? Oliver estaba muy contento con tu trabajo. Jack apartó a Edith con dulzura y vino hacia mí.

—Y lo estaba.

—¿Entonces?

—Tu marido llamó a Oliver y le pidió que me echara.

¡No me lo podía creer! ¿El cinismo de Nick no conocía límites?

—¿Y Oliver te echó, sin más?

Jack bajó la mirada, apesadumbrado, y asintió. Miré a mi hermana y vi cómo le temblaba el labio inferior. Sabía qué significaba el hecho de que Jack se quedara sin trabajo. No tendrían adónde ir, ni ningún medio de poder pagar el alquiler. Acabarían en la calle.

—Está bien. Arreglaré esto. Tranquilos.

Llamé a Oliver de inmediato, pero no conseguí nada de él.

—Lo siento, Ingrid. No puedo hacerlo, ni siquiera por ti. Lo siento mucho.

—Está bien. Lo comprendo. Llamaré a los Winters, por si ellos...

—No te molestes —me interrumpió—. Nick ha exigido a todo el mundo en esta ciudad que no contraten a Jack. Todos tenemos negocios con tu marido, ya lo sabes. No podemos convertirlo en un enemigo. De verdad que lo siento.

—Sí... —musité ausente, mientras dejaba caer el teléfono.

Jack y Edith me miraron interrogantes, y yo negué despacio. Mi hermana se desplomó entre los fuertes brazos de Jack. Él la sujetó e intentó consolarla con palabras de cariño, y yo los miré desamparada. Tenía que haber algo que yo pudiera hacer. ¡Tenía que haberlo! Me negaba a rendirme y a permitir que Nick se saliera con la suya.

Me senté en el sofá y me puse a pensar en quién podría echarme una mano. No se me ocurrió nadie con deseos de rebelarse contra mi marido. No es que Nick fuera de Nueva Orleans. Era más que eso. Nick *era* Nueva Orleans. Así de claro. Nadie le pasaría por encima en su propia ciudad. No para ayudarme a mí, una intrusa de Nueva York.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando ese pensamiento cruzó mi mente.

—Un momento... —musité, sin abandonar mi aire de vaguedad.

—¿Qué pasa, hermana? —balbució Edith, retirando la nariz del pecho de Jack.

—No todo está perdido —murmuré mientras levantaba la mirada hacia ella y una sonrisa ganaba cada vez más terreno en mi rostro—. Aún hay alguien en esta ciudad a quien Nick no puede comprar ni amenazar.

No era yo la única intrusa en Nueva Orleans. Había alguien más cómo yo; alguien que me ayudaría. ¡Sí, esa era la solución! Me puse en pie como un resorte. Mi hermana salió del refugio que brindaban los brazos de Jack y se me acercó. Yo me sentía tan febril que no era capaz de estarme quieta, y me paseaba de un sitio al otro, retorciéndome las manos.



—¿De qué estás hablando? ¿Quién puede ayudarnos?

—Un viejo amigo.

—¿Qué amigo?

Me detuve en mitad del salón, y mi rostro se volvió inexpresivo, mis ojos se perdieron en la nada.

—Hardy Baker —susurré, con el rostro contraído en una expresión ausente.

Durante unos instantes, caí presa de mis propios pensamientos. Edith y Jack se miraron confundidos. Era lo normal, dado que yo nunca le había mencionado.

—¿Quién es Hardy Baker?

Trasladé la mirada hacia Jack, que me miraba perplejo. Sonreí, para tranquilizarle.

—La única opción que nos queda. Iré a verle —anuncié, consciente de que mi sonrisa se ensanchaba con cada segundo que trascurría y de que mi corazón se había desbocado a causa de una intensa emoción.

No sabía si mi alegría se debía a que estaba convencida de que Hardy me ayudaría o por la simple idea de volver a verle. Lo único que sabía era que mi sonrisa había sido instantánea en el momento en el que su nombre se había dibujado dentro de mi mente.

—Te acompañamos.

—No. Tú quédate aquí y prepara las maletas. Me llevaré a Jack.

Edith asintió en silencio.

—De acuerdo. Pero no tardéis demasiado. No me gusta quedarme sola en esta casa. No después de lo que ha sucedido.

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora.

—No pasará nada. Volveremos pronto. Espera, Jack. Hay algo que necesito zanjear antes de irnos.

Delante de sus miradas interrogantes, cogí el teléfono y marqué la 0, para llamar al gabinete de Pickford.

—Oh, Edna —dije con dulzura, tan pronto como esta contestó.

—¿Necesita algo, señora?

—Desde luego. Necesito que te vayas al Infierno.

Edna hizo una corta pausa, como para cerciorarse de haberlo entendido bien.

—¿Cómo dice?

—¡Estás despedida, bruja malévola!

Y colgué, antes de que ella pudiera replicar.

—¿Qué has hecho? —Edith me miró con ojos aterrados—. Llamará a Nick y te meterás en problemas.

—Cuento con ello —aseguré con gelidez.

Nick y sus rugidos me dejaban fría. Es más, deseaba con todas mis fuerzas que regresara a casa. Así tendría ocasión de darle su merecido.

## Capítulo 11

Como no sabía exactamente dónde vivía Baker (recordé con fastidio que no me había invitado a la inauguración de su nueva casa), no me quedó más remedio que arrastrar a Jack al único sitio dónde podíamos encontrar alguna pista sobre su paradero: el flamante hotel *Stardust*.

—¿Cómo sabes que lo encontraremos aquí?

—No lo sé. Pero es un buen punto de partida.

Cruzamos el suntuoso vestíbulo envuelto en mármol, cuyo aspecto de frialdad quedaba suavizado por unas exquisitas alfombras color burdeos, y me acerqué al mostrador de recepción para preguntar por Hardy. El recepcionista me señaló una puerta a mano derecha. Di gracias a Dios de que Baker se encontrara en la ciudad y, mejor todavía, en el hotel.

—¿De verdad crees que nos ayudará? —me preguntó Jack mientras caminábamos por un pasillo enmoquetado. La moqueta era de un rojo oscuro que casaba a la perfección con los candelabros dorados. *Stardust* resumía buen gusto y elegancia.

—Estoy segura de ello —mentí. No lo estaba, pero esperaba que Hardy me escuchara. Sabía que no me debía nada, y eso me asustaba un poco. Si la gente que me debía favores me acababa de volver la espalda, ¿qué haría un desconocido como Hardy Baker?

Abrí una puerta que desembocaba en un amplio despacho, donde una secretaria entrada en años tecleaba algo muy deprisa en la máquina de escribir.

—Disculpe.

Levantó la mirada y me miró por encima de las gafas que colgaban sobre su nariz.

—¿Puedo ayudarla?

—Estamos buscando al señor Baker.

—Están ustedes en el sitio correcto, pero no sé si podrá atenderles. El señor Baker está muy ocupado hoy. Tiene una reunión dentro de veinte minutos.

—Perfecto. Solo necesitaré dos —aseguré con una sonrisa eficiente—. ¿Podría decirle que Ingrid Fairbanks ha venido a verle?

Una arruga se formó entre las oscuras cejas de la mujer.

—¿Es usted pariente suyo?

—Algo similar.

—Está bien. Le avisaré.

Cogió el teléfono y pulsó un botón.

—¿Es pariente tuyo? —me susurró Jack, desconcertado.

Hice una mueca.

—No digas tonterías. Baker y yo solo somos amigos.

—Así que un viejo pretendiente, ¿eh?

Una sonrisa traviesa curvó mis labios.

—No tan viejo —rebatí en un murmullo.

—El señor Baker la recibirá de inmediato —anunció la secretaria.

*Lo que yo imaginaba.*

—Muchas gracias.

Me despedí con una sonrisa mundana y fui hacia la puerta blanca que ella me acababa de indicar. Llamé antes de entrar. Baker estaba hundido en un sillón de cuero, y tenía un cigarrillo en la comisura de los labios. Vestía una camisa de rayas, cuyas mangas había doblado hasta la altura de los codos, y un pantalón gris de tirantes. Su cabello moreno le caía despeinado sobre la frente. Estaba desaliñado e infinitamente más apuesto de lo que recordaba.

Tragué saliva cuando esos ojos azules subieron por mis piernas y se clavaron en los míos. Se sacó el cigarrillo de la boca y me recibió con una sonrisa afable.

—No se imagina lo mucho que me alegro de verla —dijo, acudiendo a mi encuentro.

Me cogió la mano y me besó los nudillos.

—Puedes tutearme —le dije—. Jack es un buen amigo.

Hardy pareció asombrado.

—Ah. De acuerdo pues. Tomad asiento. ¿Queréis algo de beber? ¿Un cigarrillo?

—No vamos a entretenerte demasiado. Sé que tienes una reunión dentro de veinte minutos, y prometí a tu secretaria que solo necesitaría dos.

—No hay prisa alguna. Las reuniones pueden cancelarse —sonrió y cogió el cigarrillo del cenicero, para volver a colocárselo en la comisura de los labios.

—Necesito pedirte un favor —fui directa al grano. Mi estilo no era andarme con rodeos tontos.

Hardy se arrellanó en su asiento.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Es una larga historia, pero seré breve. Para fastidiar, mi marido se ha encargado de que nadie en esta ciudad contrate a mi amigo Jack, aquí presente.

—Y se te ha ocurrido pensar que podría contratarle yo —conjeturó mientras apagaba el cigarrillo y expulsaba el humo hacia arriba.

—En efecto.

Me estudió detenidamente.

—¿Y qué gano yo con todo esto?

Esa era una excelente pregunta, que no se me había ocurrido pensar que Hardy plantearía. Más que nada, porque no tenía una respuesta para darle. Además, no era muy de caballeros pedir algo a cambio de un favor. Y mucho menos si la persona que lo solicitaba era una dama. Sin duda, a Hardy Baker le traía sin cuidado la etiqueta social.

—Pues... —Me tomé unos momentos para improvisar una respuesta—. En primer lugar, conseguirás fastidiar a Nick. Si no recuerdo mal, le consideras un necio.

—Cierto. Muy listo no es. ¿Y en segundo lugar?

Me encogí de hombros.

—Fastidiando a Nick, me complacerás a mí. Y me ayudarás a echarle una mano a un amigo.

Baker nos lanzó una mirada larga a Jack y a mí, como si estuviera estudiándonos. Casi podía escuchar el sonido de todos los engranajes que funcionaban a toda velocidad dentro de su cabeza.

—¿Es tu amante?

—¡Pero cómo te atreves! —me indigné. Hardy ni se inmutó. Es más, me instó a contestar con un apremiante gesto de las cejas—. ¡No! Es el prometido de mi hermana.

Un gesto de sorpresa entreabrió su voluptuosa boca.

—Ah. Muy bien. Entonces, no veo problema alguno. —Movié la mirada hacia Jack y compuso la mejor de sus sonrisas—. Dime, eh...

—Jack —le recordé yo, puesto que parecía sufrir un lapsus.

—Jack —repitió Baker, agradecido por mi aportación—. ¿Qué es lo que mejor se te da hacer?

—He trabajado de contable y...

—Negativo. Tengo cinco contables en nomina. ¿Qué más?

—Podría cargar cajas...

—Tengo demasiados empleados cargando cajas. Tiene que haber algo que sepas hacer mejor que otros. ¿No destacas en nada?

—Pues no se me ocurre...

—Se ganaba la vida jugando al póker. Y, por lo visto, era bastante bueno haciendo trampas.

Jack me miró con los ojos muy abiertos. No era esa la información que uno debía desvelar en una entrevista de trabajo, pero estaba lo bastante desesperada como para probar suerte. Si Hardy Baker era el hombre que yo pensaba que era, apreciaría esa cualidad.

—¿Te parece que eso destaca lo bastante? —añadí con sarcasmo.

Hardy desplazó los ojos hacia los míos y curvó la boca en un gesto divertido.

—¿Y qué te hace pensar que hacer trampas en el póker es una virtud?

—Alguien dijo una vez que o eres un gánster o un dios. Y tengo la impresión de que la divinidad va en contra de tus principios.

La sonrisa de Hardy se hizo aún más grande y más pícara.

—Así que piensas que soy un gánster.

—Has salido de la nada con una fortuna incalculable, y te dedicas a todo y a nada en concreto. ¿Qué otra cosa podría pensar?

Cabeceó, impresionado por mi franqueza. Me miró largo rato, sin que la diversión dejara de reflejarse en su escultural rostro.

—Es posible que pueda ayudar a tu amigo —resolvió, con los ojos clavados en los míos—. Pero tendría que ser fuera de Nueva Orleans. Aún no he traído el juego aquí. —Trasladó la mirada hacia Jack y preguntó—: ¿Qué prefieres? ¿Nueva York o Chicago?

—Nueva York —decidió Jack de inmediato.

Resoplé aliviada. Jack tenía un trabajo, lo cual hacía que yo estuviera en deuda con Hardy Baker. Sabía que algún día se la tendría que pagar. A diferencia de Sibyl, no lo tenía por un filántropo.

—Muchísimas gracias, Hardy. Eres un buen hombre. No te entretendremos más.

Insté a Jack a levantarse. De pronto, estaba impaciente por irme de ahí.

—Un momento, Ingrid —dijo Baker cuando yo me disponía a seguir a Jack hacia la puerta—. Socio, ¿te importaría darnos un momento?

Jack me miró interrogante. Asentí con un suspiro. Por lo visto, Baker tenía pensado cobrar su deuda antes de lo previsto.

—Te esperaré fuera —me dijo Jack, antes de salir.

Me volví hacia la mesa detrás de la cual se mantenía sentado Hardy Baker.

—¿Qué quieres?

—No contestaste a ninguna de mis cartas —susurró con tristeza.

Me quedé asombrada.

—¿De qué estás hablando?

Se encogió un poco de hombros.

—Todas las cartas que te envié antes de que te fueras a Nueva York. Te habría escrito también ahí, pero desconocía tu dirección.

Mi estupor iba a más con cada segundo que transcurría. Siempre había pensado que él se había desatendido por completo de mí, ¿y ahora me enteraba de que me había escrito?

—¿Que tú me escribiste cartas? ¿A mí? ¿Cuándo?

Se levantó de la silla, rodeó la mesa y se quedó de pie a unos pocos metros de distancia.

—Después del baile en el *Stardust* y... después de nuestro beso. Hice una fiesta para inaugurar mi nueva casa, y la verdad, solo la organicé para volver a verte a ti. Pero no viniste.

—Yo... nunca recibí ninguna carta tuya.

Hardy necesitó un momento para asimilarlo.

—Oh. Entiendo.

—Lo siento. De haberlas recibido, te habría contestado.

Me miró a la cara y, al punto, la dureza de sus rasgos se suavizó.

—¿Lo habrías hecho?

—¡Sí! —aseguré, y no mentía.

Hardy metió las manos en los bolsillos y empezó a balancearse sobre los talones como un niño pequeño.

—Te he echado de menos —susurró.

—Oye, si piensas que...

Sacudió la cabeza, vino hacia mí y me cogió por los hombros.

—No digas nada. Ven aquí.

Me quedé quieta mientras él me rodeaba entre sus brazos.

—Dios —susurró con alivio, y enterró la cara en mi cuello—, es de locos lo mucho que te he echado de menos.

Ni me moví ni le devolví el abrazo, sino que me quedé inmóvil a su lado, notando con cada fibra el calor de su cuerpo.

—Hardy...

—Cena conmigo esta noche —me dijo al oído. Cerré los ojos y los mantuve fuertemente apretados. Nada me hubiese gustado más que cenar con él, pero era una idea malísima.

Retrocedí y busqué su mirada.

—¿Eres consciente de que estoy casada?

—Solo será una cena entre amigos.

Ladeé el cuello hacia la derecha.

—¿De veras? ¿Eso creará la gente cuando nos vea entrar en un restaurante? *¡Mira dos buenos amigos cenando!*

Hardy apretó la mandíbula y lo negó.

—No iremos a un restaurante.

—¡JA! Mejor aún. Iremos a tu casa, ¿verdad? *¿Habéis visto a Ingrid Fairbanks, entrando de noche en casa de su buen amigo Hardy Baker, el hombre con el que, casualmente, bailó un tango tan sensual que las señoras de la vieja escuela se habrían desmayado de haber estado ahí?* Ya puedo imaginarme los deliciosos chismorreos.

Hardy parecía divertido por mi modo melodramático de pintar la situación.

—Olvídate de los chismorreos. No iremos a un restaurante ni tampoco a mi casa.

Me crucé de brazos.

—¿Y dónde piensas cenar conmigo?

La sonrisa de Hardy fue traviesa y un poco maliciosa.

—En casa de tu buena amiga, la respetable Margot Ellroy, por supuesto.

Tuve la molesta sensación de que mi mandíbula estaba tan desencajada que casi rozaba el suelo.

—¡¿Pero tú has perdido la cabeza por completo?! ¡Margot es la mejor amiga de Nick!

Hardy se apoyó contra la mesa escritorio y se cruzó de brazos. ¿Cómo podía mantenerse tan tranquilo?

—Razón de más para vernos en su casa. Nadie sospechará de la amiga de tu marido.

—¡Se lo dirá a Nick! —le grité, exasperada por su aplomo.



—No, no lo haré. Confía en mí. Será un encuentro fortuito.

—Y luego harás algo fuera de lugar que me dejará en mal lugar. Como la última vez que nos vimos.

—No se repetirá lo de la última vez. Te lo prometo. Solo quiero que estés ahí. Nada más.

Agarré las asas del bolso con más fuerza y rechiné los dientes. En el fondo, sabía que no tenía elección. Iría a la fiesta porque... Bueno, la verdad era que deseaba ir, aunque odiaba desear lo que estaba deseando.

—Sigo pensando que es una idea malísima —empecé a ceder.

—A las ocho —me ignoró Hardy—. No llegues tarde. Detesto la falta de puntualidad.

—Mi madre te adoraría —comenté secamente mientras cruzaba el umbral. Escuché a Hardy reírse a mis espaldas.

\*\*\*\*\*

Me encontré con Pickford en el umbral. Para mi disgusto, aún llevaba puesto el uniforme.

—¿Por qué no estás haciendo las maletas? —quise saber mientras me deshacía de los zapatos. Adoraba andar descalza. Una manía que Nick detestaba.

—El señor ha llamado cuatro veces. Le urge hablar con usted.

La expresión de su cara desvelaba un desorbitado y malévol regocijo. Puse los ojos en blanco. ¿Qué había hecho esta vez el viejo basilisco? No podía estar tan contenta porque sí. Algo estaba tramando.

—¿Le fuiste a Nick con los chismorreos y piensas que sus rugidos me harán cambiar de opinión?

Edna sonrió con complacencia.

—Usted sabe que nunca podrá echarme. ¿Por qué sigue intentándolo?

Alcé la barbilla y la desafié con la mirada.

—Ya lo veremos. Por cierto, ¿qué has hecho con las cartas que me envié el señor Baker?

Pickford me miró a los ojos. Su mirada era igual de fría que la de una letal serpiente.

—*Quemarlás* —subrayó lentamente y con enorme complacencia.

Por un momento, deseé estrangularla para borrarle esa expresión de la

cara. Pero no lo hice. Le volví la espalda, entré en mi gabinete y marqué el número de la oficina de mi suegro. Fue Nick quien contestó.

—Me sorprende encontrarte en el trabajo, querido. Tengo la sensación de que nunca paras por ahí.

—¿Dónde diablos estabas? Llevo llamando toda la tarde.

Sonreí como quien guarda un secreto delicioso.

—Estaba paseando. ¿Querías algo?

—¡Ya te digo que quería algo, mujer! ¿Cómo se te ocurre despedir a Edna?

Advertí un sonido extraño, que me hizo sospechar que la buena de Pickford estaba escuchando nuestra conversación.

—Estoy harta de su modo de llevar la casa y sus constantes desacatos —expuse, dejándome caer sobre mi sillón—. Tiene al servicio atemorizado. Y a mí nunca me hace caso. No sé cómo pretendes que gestione esto con un ama de llaves tan rebelde.

—Nunca he recibido quejas, salvo las tuyas —protestó él.

—Porque a nadie se le ha ofrecido la posibilidad de quejarse —expuse—. Edna los ha echado a la calle antes de que eso pasara. ¡Y ni siquiera les has indemnizado!

—Edna es parte de la familia. Confío en su modo de gestionar las cosas.

—¡Su modo de gestionar las cosas es ilegal!

*Maldito necio*, quise añadir, pero, por fortuna, me detuve a tiempo.

—Escucha, Ingrid, sé que estás disgustada con Edna...

—Escucha tú, Nick —interrumpí, acalorada—. Me diste a elegir entre mi hermana y tú, y yo te elegí a ti. Ahora te toca devolverme ese favor.

Nick hizo una pausa. Como habría dicho mi padre, le tenía cogido por las pelotas. Sonreí al pensar en que mi madre se habría desmayado de haberme escuchado reproducir las groseras palabras de papá.

—¿Qué estás insinuando, mujer? ¡Habla de una vez!

—Quiero que elijas bando, querido. *Madame* Pickford o yo. Y elije sabiamente, Nick, porque no habrá vuelta atrás. Créeme, no quieres convertirme en tu enemiga.

Nick necesitó unos cuatro segundos para decidirse. Supongo que, después de todo, no le tenía tanto apego a Edna.

—Asegúrate de que reciba una indemnización generosa.

Se escuchó un ruido brusco, lo cual me hizo volver a sonreír. Acababa de

ganar una batalla muy importante y, ¡sí!, me regocijaba, porque había tenido un año muy difícil y me merecía una pequeña victoria.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nick, confundido.

—Edna te acaba de colgar en las narices.

—¿Quieres decir que nos estaba escuchando?! —se indignó mi ingenuo marido.

—¿Quieres decir que no lo sabías? —repuse, antes de colgarle yo también. Todavía estaba muy cabreada con él por echar a mi hermana y haber vuelto a todos nuestros amigos en mi contra. Y el cabreo no se me pensaba quitar tan fácilmente.

\*\*\*\*\*

Me sorprendí cuando, al llamar a la puerta de Margot, me abrió un mayordomo desconocido. Y mi sorpresa se tornó todavía mayor al entrar en el salón. La mesa estaba puesta para dos, y no había nadie más ahí, salvo Hardy y ese mayordomo que parecía un ex convicto.

—¿Dónde están Margot y Oliver? —pregunté mientras me quitaba lentamente los guantes.

Hardy miró el reloj con mucha parsimonia. Esa noche vestía un traje de un azul marino tan intenso como su mirada.

—Por la hora que es, diría que en Dallas.

*¡No me lo podía creer!*

—¿Me has tendido una encerrona?! —le recriminé, tan pasmada que no pude evitar alzar el tono.

Hardy sonrió, se levantó de su silla y me ayudó a quitarme el abrigo. Se comportaba como un verdadero caballero, lo cual, por algún motivo, aplacó mi mal genio. Entrecerré los párpados y dejé que me bajara la prenda por los hombros. Me sentía absolutamente desarmada. La calidez de sus manos, que ahora se deslizaban a lo largo de mis brazos, era todo cuanto había deseado sentir durante meses enteros.

*Y todo lo que nunca debiste haber deseado,* añadió una vocecita en mi cabeza.

—Me disgusta tu tono acusatorio. No te he tendido ninguna encerrona —expuso mientras se apartaba para colocar mi abrigo color mostaza en un

perchero—. Tan solo me he asegurado de estar a solas contigo esta noche.

No me parecía una situación para troncharse. Aun así, no pude evitar sentir cierta diversión. A Hardy Baker le gustaban las artimañas. Esa era una idea divertida, dado lo solemne que se mantenía la mayoría de las ocasiones.

—Lo cual viene siendo tender una encerrona —apuntillé, procurando no desvelarle mis verdaderos sentimientos.

Se volvió de cara a mí, y sus ojos azules giraron sobre sus órbitas.

—Si tanto te empeñas, entonces, sí, admito haberte tendido una encerrona. Tragué saliva y me volví seria.

—¿Por qué? —inquirí, bajando la voz.

Hardy hizo un amago de sonrisa y se me acercó otra vez. Advertí que se había vuelto triste de repente. Alzó la mano, me rozó la mejilla con los nudillos y volvió a sonreír, pero su sonrisa fue diferente, como si algo le estuviera produciendo alguna especie de extraño dolor.

—Puro egoísmo. Te quería solo para mí.

Sus palabras y esa leve caricia me afectaron más de lo que me hubiese gustado.

—¿Quieres acostarte conmigo para cobrarte el favor que me hiciste? —expuse con franqueza.

Cuando retrocedió para buscar mis ojos, el rostro de Hardy lucía como si le acabara de abofetear.

—Quiero acostarme contigo porque estoy enamorado de ti. Si ayudé a tu amigo es porque me sentía benevolente esta tarde. No confundas las cosas, Ingrid.

—Oh —musité, absolutamente dispersa. ¿Me acababa de decir que estaba enamorado de mí?

—¿Nos sentamos? —propuso Hardy, rozándome la espalda con suavidad, para encaminarme hacia la mesa.

Su humor había empeorado. Le cogí del brazo antes de que me diera la espalda, y él se volvió de cara a mí.

—Lo siento —musité cuando nuestros ojos se encontraron.

Hardy asintió despacio.

—Yo también lo siento. No quiero que pienses que me debes nada. No tenía que haberte obligado a cenar conmigo. Si quieres marcharte...

—Lo que quiero es una copa de vino —interrumpí, recuperado la compostura—. Eres un anfitrión pésimo, señor Baker.

La sonrisa regresó a su atractivo rostro.

—¿Vas a quedarte?

—No pensarás que voy a marcharme sin que me des de cenar, ¿verdad?  
—repuse con coquetería.

Cabeceó mientras se mordía el labio para retener una sonrisilla.

—Ya veo que no.

—Bien, porque estoy hambrienta —declaré al tiempo que me desplomaba sobre una silla.

Apareció el mayordomo al cabo de unos momentos y nos sirvió dos copas de vino. Me quedé con la impresión de que había estado escuchando detrás de las puertas durante todo ese tiempo.

—¿Qué tal Nueva York? —preguntó Hardy, cogiendo la fuente de la ensalada.

Esperé a que me sirviera, antes de contestarle.

—Una larga sucesión de edificios altos y gente chiflada.

Hardy soltó una carcajada.

—Sí, eso se ajusta bastante a la realidad.

Dejé el tenedor apoyado contra el plato y le miré.

—¿Por qué has organizado esta cena?

Hardy tragó en seco. Se tomó un momento, me lanzó una mirada larga y atormentada, y luego dejó la fuente de la ensalada encima de la mesa.

—Quería conocerte. Y quería que tú me conocieras a mí. Quería... saber qué es lo que deseas... qué es con lo que sueñas... —Sacudió la cabeza despacio, desvió la mirada hacia un rincón e hizo un amago de sonrisa—. Adelante. Búrlate de mí. Dime que es estúpido.

Sin pensarlo, cogí su mano por encima de la mesa y la oprimí. Hardy me miró sorprendido.

—No lo es —le susurré.

Frunció el ceño y bajó la mirada hacia nuestras manos.

—¿De verdad lo piensas?

Asentí en silencio.

—Háblame sobre ti, Hardy. *Quiero* conocerte.

Retiró la mano de debajo de la mía y apoyó la espalda contra el respaldo de su asiento. Por un momento, se me antojó vulnerable. No lo sé, había algo diferente en su rostro. Todas las veces que lo había visto, me había asombrado por lo poderoso que parecía. En cambio ahora, tuve la impresión

de que herirle habría sido una tarea bastante fácil. Era como si él hubiese bajado la guardia conmigo.

—Pregunta lo que desees saber —susurró—. Prometo ser absolutamente sincero contigo.

—Está bien. —Coloqué los codos sobre la mesa y sonreí un poco—. ¿De dónde eres realmente? ¿De Maine? ¿De Pensilvania? La gente habla mucho sobre ti, ¿sabes? Hay tantísimos rumores, y ninguno se le parece al otro. No sé cuál creerme.

Bajó la mirada y se quedó suspendido en el tiempo.

—Nunca le había contado esto a nadie. Y, probablemente, nunca vuelva a hacerlo. Nací en Maine. Mi padre trabajaba en un aserradero. Cuando cumplí los quince años, me sacó a rastras de la escuela y me obligó a ir al bosque a cortar árboles con él. Era un trabajo duro, sobre todo para un muchacho de mi edad.

—¿Era lo que deseabas?

Soltó una risa que sonó vacía.

—¡No! Soñaba con ser arqueólogo.

Mi rostro fue recorrido por una oleada de asombro.

—¿En serio?

Hardy sonrió tímidamente al ver mi expresión. Durante unos momentos, me pareció que se había convertido en el niño ilusionado que había sido años atrás.

—Sí. Me fascinaban las civilizaciones antiguas. Quería saberlo todo sobre ellas. Me imaginaba cómo debió de ser su mundo y... me habría gustado ir a ver las ruinas de sus grandes ciudades algún día —añadió en un susurro.

—¿Y por qué no lo haces ahora? Ya no estás obligado a trabajar en ese aserradero.

La bocanada de aire que tomó hizo ensanchar su pecho.

—Ahora ya no estoy sometido por mi padre, pero me he convertido en esclavo de muchas otras cosas. Tengo demasiadas responsabilidades. No puedo, sin más, cogerme un año sabático para... dedicarme a ridículos sueños de la infancia.

A pesar de lo que afirmaban sus palabras, no eran esos sus verdaderos sentimientos, lo pude ver en su mirada. Había una parte de él que aún conservaba esos sueños e ilusiones.

—¿No puedes, o no quieres?

La sonrisa de Hardy fue apenas perceptible. Estaba volviendo sus propias palabras en su contra, y se había dado cuenta de ello.

—Las dos cosas —respondió, distraído.

Bajé la mirada hacia mi ensalada. Ni siquiera la había tocado.

—¿Sabes una cosa, Hardy? Resulta que hay momentos en la vida en los que uno debe hacer lo correcto, aunque no sea eso lo que más desee en el mundo —le dije, buscando sus ojos a través de la débil luz proporcionada solo por un par de candelabros.

Hardy me miró de un modo tan estremecedor que tuve que apartar la mirada. Se produjo una breve pausa. Supongo que los dos sabíamos que yo me estaba refiriendo a lo nuestro.

—¿Carne o pescado?

Presa de la confusión, alcé la mirada hasta encontrarme con sus ojos.

—¿Cómo dices?

—No sabía qué es lo que te gusta, así que he pedido las dos cosas. Lo dejo a tu elección.

Tragué saliva y me quedé pensativa. Lo que estaba haciendo era un tremendo error. Me estaba acercando a él más de la cuenta. Hardy me acababa de desvelar una faceta suya que, si había sido del todo sincero conmigo, nadie más conocía, y eso despertaba en mí unos sentimientos de naturaleza extraña. Me sentía indefensa cuando se trataba de Hardy Baker. Así de sencillo. Había intentado con todas mis fuerzas olvidarme de él, de toda esa atracción que ejercía sobre mí, pero no lo había conseguido.

Y ahora estaba ahí sentada, tan cerca de él, fascinada por un lado humano que no sabía que tuviera, y me asustaban las consecuencias; me aterraba el hecho de que estuviera enamorándome cada vez más de Hardy Baker. Sobre todo, porque ya estaba bastante enamorada de él.

—No puedo hacerlo.

Lancé la servilleta encima de la mesa y me erguí como un resorte. Hardy parpadeó con desconcierto.

—¿No puedes elegir entre carne y pescado? Está bien, lo haré por ti.

—¡No puedo estar aquí contigo! —le grité.

El mayordomo intentó acercárame, no sé con qué intenciones, pero Hardy alzó la palma, lo cual hizo que el hombre frenara en el umbral y se fuera por donde había venido.

—Ingrid, hablemos, por favor —me pidió con aplastante suavidad. Se

levantó y avanzó cauteloso hacia mí—. Habla conmigo.

—¡No! —exclamé, retrocediendo. Estaba cada vez más alterada—. No sé a qué clase de juego retorcido estás jugando conmigo, ni sé qué es lo que planeas, pero quiero que sepas que no soy tan idiota como para dejar que me seduzcas. ¡Estoy casada!

—Soy consciente de ello —afirmó entre dientes, con una dureza que no encajaba con la expresión de dolor que reflejaban sus ojos.

—Entonces, sabrás que es una idea malísima que esté aquí, a solas contigo.

Tan grande fue la ternura con la que me cogió por los brazos que no me vi con fuerzas para apartarle o retroceder.

—¿Por qué? ¿Por qué te parece tan mala idea? —quiso saber mientras me atraía hacia su pecho.

—Porque no quiero enamorarme de ti —musité con los ojos humedecidos. Hardy apretó la mandíbula y colocó la mirada a la altura de la mía.

—¿Quieres decir que podrías hacerlo? Podrías llegar a... ¿amarme? ¿A mí?

Esa idea le desconcertaba, a la vez que parecía devolverle la esperanza. Bajé la mirada y lo negué. Verle tan vulnerable me hacía enamorarme de él todavía más.

—Estoy casada, y siempre estaré casada, Hardy. Esta conversación es un sinsentido. Discúlpame, pero he de irme.

—Lo entiendo.

Me asombré al ver que no intentaba detenerme, pero no me quedé a reflexionar acerca de ello. Antes de que cambiara de opinión, me abalancé sobre el perchero y arranqué mi abrigo. Necesitaba salir de ahí cuanto antes.

—No quiero que estés aquí por obligación —dijo de pronto, justo cuando yo estaba a punto de franquear la puerta—. Quiero que estés conmigo porque *quieras* estarlo. Yo no soy tu marido, Ingrid.

Me detuve con el abrigo en la mano y lo miré, turbada.

—¿Qué es lo que pretendes decir con eso?

Hizo una pausa y se me acercó. Su rostro lucía vulnerable, casi decrepito.

—Quiero que hagas las cosas que te hagan feliz. Y si marcharte es lo que te hace feliz ahora, ahí tienes la puerta. Yo no soy Nick, y no pienso actuar como si lo fuera. No voy a detenerte, por mucho que desee que te quedaras. Es tu elección.



Me estaba golpeando donde más me dolía; me estaba debilitando la voluntad con un par de palabras, las más certeras que había escuchado en toda mi vida. Hardy no era Nick. No era como Nick. Hardy me dejaba elegir a mí, no me imponía las cosas. Me consideraba su igual, no su propiedad o su animal de compañía. Me hacía sentir importante para él. Especial.

No, claro que Hardy no era Nick. Hardy era mucho mejor hombre que Nick. ¡El único problema era que yo no estaba casada con el maldito Hardy! No había sido a Hardy a quién yo había jurado fidelidad y amor. Hasta que la muerte nos separase, ¿verdad? Pues bien, yo estaba bastante viva.

Enfurecida por la crudeza de mi situación, me eché el abrigo encima de los hombros y me precipité hacia el exterior. La vida no hacía más que matar mis esperanzas, una a una, sin detenerse, sin tener clemencia.

Eché a correr por la calle. No intenté frenar las lágrimas que se me escurrían por el rostro, pues supuse que el fuerte aire que me golpeaba contra la cara acabaría secándolas. Corrí como nunca había corrido y no me detuve hasta llegar a un parque. Fue ahí donde me dejé caer en un banco y estallé en llanto. El áspero viento aullaba a mi alrededor, y su fuerza me envolvía y lo paralizaba todo, menos el agudo dolor que agujoneaba entre mis costillas.

Por primera vez en mis veinticinco años de vida, había comprendido qué era aquello a lo que la gente llamaba *amor*, y, al comprenderlo, me había dado cuenta de que lo que más deseaba en el mundo era poseerlo. Lo deseaba por encima de todo lo demás. No podía, ¡ni siquiera debía!, pero, que el Señor me ayudara, no había ninguna otra cosa que yo ansiara más que conocer esa pasión indescriptible que solo Hardy Baker era capaz de ofrecerme.

## Capítulo 12

En las siguientes semanas, mi vida se convirtió en una pesadilla. Allá adónde iba, me encontraba a Hardy. ¡A todas horas! Cada vez que miraba hacia atrás, ahí estaban sus ojos azules siguiéndome con la mirada. Cada vez que daba un traspié, su mano me ayudaba a recuperar el equilibrio. Cada vez que sufría un lapsus, él acudía a mi rescate, formulando exactamente las palabras que yo tenía en mente.

Me estaba sometiendo a una constante persecución, y mi fuerza de voluntad se resquebrajaba cada día que pasaba, con cada mirada, con cada sonrisa apenas esbozada. Le odiaba por ser tan encantador y tan perfecto. ¿Cómo iba a sacármelo de la cabeza si él no dejaba de atormentarme?

Un martes cualquiera, perdí a *Voltaire*, el cachorro que le había comprado una semana atrás a un vagabundo. Lo estuve buscando por todas partes, pero no hubo modo de encontrarle. Al cabo de un par de horas de desesperada búsqueda, volví a casa rendida y más triste que nunca, y ahí me encontré a Hardy Baker, acariciando a *Voltaire*. Por lo visto, se lo había encontrado en el parque. ¿No era perfecto?

Cogí al perro de entre sus brazos y empecé a besuquearle el húmedo hocico.

—¿Dónde estabas? Me tenías muerta de preocupación.

—Es un cachorro muy travieso —comentó Hardy con una sonrisa.

—Gracias —le dije de corazón.

—No hay de qué.

Solté al cachorro y dejé que correteara por el jardín y bebiera agua.

—Bueno, tengo que marcharme —añadió Hardy en medio de un silencio incómodo. Estaba claro que yo no estaba por la labor de mantener una conversación con él, ya que no hacía más que estar pendiente de *Voltaire*.

—Muy bien —dije despreocupada—. Gracias por tu ayuda.

—Sí. —Me dio la espalda, caminó unos cuantos pasos y se volvió a girar—. Cena conmigo esta noche.

Me pilló por sorpresa.

—¿Qué? No, yo...

—Por favor —suplicó.

Solté un largo suspiro de derrota. Me sentía en deuda con él, aunque

sospechaba que no era esa la única razón por la que estaba dispuesta a decir que sí.

—Está bien. ¿Dónde?

Hardy sonrió, satisfecho por mi respuesta.

—En casa de Margot. Siguen de vacaciones.

—De acuerdo.

—A las ocho. No llegues tarde.

—No se me ocurriría.

Lo miré mientras se alejaba, y sonreí, aunque no tardé más de cinco segundos en perder la sonrisa. ¿Acababa de acceder a cenar con él? ¿Pero qué narices me pasaba? ¡¿Y dónde se había metido ese cachorro endemoniado?! Se despistaba una unos segundos, y desaparecía como por arte de magia.

\*\*\*\*\*

Ir a cenar con Hardy me hizo sentir tan culpable que, nada más llegar, pedí ir al baño y me escabullí por la puerta trasera de la casa de Margot. Necesitaba encontrar la paz, pero no había modo de hacerlo en Nueva Orleans.

Movida por la desesperación, tomé la decisión de irme a Nueva York durante una temporada. Mi matrimonio, a la deriva desde mi luna de miel, estaba a punto de estallar en pedazos. A lo mejor un encuentro con Nick me podría hacer ver las cosas desde otra perspectiva. Incluso estaba dispuesta a olvidarme de que había echado a mi hermana a la calle. La situación se habría vuelto tan crítica que habría hecho cualquier cosa con tal de dejar de pensar en Hardy Baker. Mi matrimonio pendía de un hilo demasiado débil, y ese hilo iba a romperse si seguía viéndole a diario.

*¡¿Cenar con él?! ¡¿Pero en qué demonios estarías pensando?!*, me grité a mí misma mientras corría por la acera.

Estaba tan furiosa que ni siquiera pasé por casa, sino que me marché directamente a la estación de trenes. Compré un billete solo de ida y abandoné Nueva Orleans en plena noche y sin despedirme de nadie. Lo que menos quería era que él supiera adónde había ido. Le creía capaz de seguirme hasta los confines del mundo, solo para seguir atormentándome. ¡Una cena! Dios mío, ¿cómo había podido ser tan débil como para volver a ceder ante sus encantos?

Cuando llegué a Nueva York, maldije el frío que hacía y mi falta de previsión. Iba en tirantes y no traía maleta. Se me había olvidado lo gélido que podía llegar a ser el aire en el norte. Bajé en la estación y tuve que abrirme paso a través de la insufrible llovizna, que había llenado las calles con charcos de agua casi helada. Volví a maldecir a Hardy Baker. ¿En qué momento le había conocido?

Con la intención de pasar lo más desapercibida posible, me hospedé en un hotel de Manhattan. No quería ir a casa de mis padres y escuchar un sermón sobre mi mal comportamiento. Se me acusaba de haber ayudado a mi "descarada" hermana a cometer un crimen que iba en contra de Dios. Siempre que recordaba las palabras de mi madre, ponía los ojos en blanco. El adulterio solo ofendía los sentimientos de uno de los cónyuges. A Dios le traía sin

cuidado aquello. ¿Pero cómo hacérselo ver a Blanche? Me colgó en las narices cuando tuve la ocurrencia de compartir con ella mi teoría.

Mi madre se había vuelto loca con el estallido del escándalo. Sus frágiles nervios, alterados por décadas y décadas de consumo del alcohol, no fueron capaces de encajar un divorcio. Franklin, el anciano Franklin, eternamente apacible y aplomado, había armado un tremendo cirio en casa de mis padres al enterarse de que Edith se había fugado con su amante y de que, encima, yo les había proporcionado la ayuda para conseguirlo. Como era de esperar, tuve que lidiar con los platos rotos, porque mi hermana había desaparecido del mapa.

Ni siquiera le había escrito una nota a mi madre y, según no dejaba de asegurar, jamás le escribiría. Solo yo sabía dónde encontrarla, y ni loca lo habría confesado. Edith se merecía un poco de felicidad, aunque fuera a costa de los demás. Hay momentos en la vida en los que uno debe volverse egoísta. De lo contrario, es imposible alcanzar la felicidad. Aunque esa filosofía de vida no se podía aplicar a mi situación actual. Solo valía para mi hermana.

Al día siguiente de llegar a Nueva York, cuando me hube repuesto del para nada confortable viaje, avisé a mi suegro de que estaba en la ciudad. Como ni él ni Nick podían abandonar las obras en ese momento, mandaron su coche a por mí.

Mientras iba de camino a la otra punta de la isla, no pude evitar comparar la situación de mi hermana con la mía propia. Edith había tenido el valor de ponerle fin a su matrimonio y seguir adelante. Yo era una cobarde que jamás iba a seguir su ejemplo. Me aferraba y me aferraba a algo que no existía, algo que, a lo mejor, nunca había existido, y solo lo hacía porque no poseía el valor de tomar una decisión. Me asustaban demasiado las consecuencias. No quería ni podía correr un riesgo así de grande. ¡Ni siquiera sabía qué era lo que quería Hardy Baker de mí! A lo mejor no era más que un capricho pasajero para él. No lo conocía lo bastante como para saberlo. ¿Y si lo único que pretendía era destruir mi matrimonio? Oliver lo había dicho una vez: no le gustaba estar demasiado tiempo en un sitio. ¿Cómo sabía que no iba a largarse en cuanto yo cediera? No lo sabía. Quizá su única intención fuera dejarme caer en desgracia.

*Pero...¿y si no?,* repuso una vocecita en mi interior. *¿Y si él también está enamorado de tí? ¡¿Y qué más dará?!,* me enervé conmigo misma. *¡Estás casada!*

Quise pegar un grito para interrumpir mi incesante verborrea mental, pero sospeché que al chófer le habría resultado preocupante, así que me mantuve callada y cerré los ojos. Resultó en vano silenciar de ese modo a mi Yo interior. Mi mente se había convertido en un torbellino de ideas y fantasías que, por mucha fuerza de voluntad que emplease, no podía reprimir. Deseaba a Hardy más de lo que había deseado nunca nada. Estaba obsesionada con los sentimientos que él despertaba en mí. Y me enfermaba desearlo de ese modo, porque mi deber era serle fiel a Nick.

Le había ofrecido una segunda oportunidad a mi marido. No podía echarme atrás ahora. Él, aunque llevábamos un tiempo sin vernos, se esforzaba por complacerme en todo. Había despedido a Edna por mí. Además, llamaba constantemente y hablaba conmigo como nunca antes habíamos hablado. No se merecía una traición así.

Apreté los párpados con más fuerza y pasé el resto del viaje atormentándome a mí misma con conceptos como *deber* y *placer*. Eran absolutamente contradictorios, y más valía elegir con la cabeza y no con el corazón. De lo contrario, me aguardaría la perdición.

—Querida Ingrid. Cada día estás más radiante.

Sacudí la cabeza para despejarme y compuse una sonrisa para Randolph, que había salido a mi encuentro nada más ver el coche detenerse en la cuneta.

—Me alegro de verte —le dije, besándole las mejillas.

Mi suegro me cogió del brazo y empezamos a caminar hacia el interior de su oficina, improvisada en medio de las obras de un edificio.

—Dime que has venido para arrastrar de vuelta a Nueva Orleans al inútil de mi hijo.

Me reí.

—¿Tanto te desespera?

—No puedes ni imaginártelo. Prefiero que se quede en casa y se gaste mi fortuna.

—¡Cómo le gusta exagerar! Adora que esté aquí.

Me volví con una sonrisa, y ahí estaba Nick. Me pareció muy apuesto, con un traje italiano color café y los ojos azules radiantes de felicidad.

—¡Querida! —Acortó la distancia que nos separaba, me levantó en brazos y me hizo girar por el aire. Nunca había sido tan tierno conmigo. Me alegré de no haber cometido ninguna imprudencia con Hardy Baker. Nunca me lo habría podido perdonar—. Te he echado mucho de menos —me susurró Nick

al oído.

—Está bien. Está bien. Es evidente que te alegras de verla. Ahora deja de montar un espectáculo, muchacho.

Nick miró a su padre con disgusto. Aun así, me bajó al suelo. Colocó las manos en mis hombros e inclinó el rostro sobre el mío.

—Si no fuera mi padre, le daría una paliza por mantenerte alejada de mí —me susurró.

Solté una risita de colegiala. Estaba convencida de que ir a Nueva York había sido una magnífica decisión. No había pensado en Baker en... los últimos dos minutos. Era un comienzo prometedor, ¿o no?

—Al menos te quedarás un par de días... —me interrogó Randolph cuando estuve dentro de la pequeña oficina que compartían Nick y él.

—No tengo fecha de regreso.

—Excelente —se alegró mi marido—. ¿Cómo se lo está tomando Blanche?

—No pienso quedarme en casa de mis padres.

El rostro de Nick cambió de expresión. Me pareció de pronto alterado.

—¿Y dónde piensas quedarte?

—Contigo —anuncié, con una sonrisa radiante.

—Como debe ser —me dio la razón mi suegro—. ¿Té, querida?

—Si es preciso...

\*\*\*\*\*

Nick anunció a su padre que iba a tomarse el resto del día libre, y me acompañó de vuelta al hotel. Se había comprado un coche nuevo.

—¿Un coche? —me asombré—. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte en Nueva York?

—¿Podría atreverme a pensar que mi dulce esposa me echa de menos? —se burló, con una sonrisa.

—Sabes que sí —dije en tono lastimero—. Llevas aquí meses. Te quiero de vuelta.

—Pero ahora estoy contigo —declaró mientras cogía mi mano y plantaba un beso en mis nudillos.

Detuvo el coche en el aparcamiento del hotel y me ayudó a bajar. Mantuvo la compostura en el ascensor, pero en cuanto entramos en la habitación, se

lanzó sobre mí y me besó apasionadamente.

—Querido, ¿podría atreverme a pensar que tú también me has echado de menos a mí?

Nick me arrancó los botones de la blusa, sin preocuparse por la brusquedad de sus modales. Nunca le había visto tan pasional. Me gustaba ese Nick.

—Sabes que sí —musitó, bajando la boca por mi cuello.

Enterré los dedos en sus cabellos y tiré de ellos suavemente.

—Ven conmigo a Nueva Orleans —le pedí.

Nick me bajó la falda por las caderas y se quitó la camisa.

—Sabes que no puedo.

—Hay otros empleados que podrían realizar exactamente el mismo trabajo que tú. Randolph ya no te necesita aquí.

Se desnudó por completo, me desnudó a mí y me volvió de espaldas a él. Gemí cuando me mordió el lóbulo de la oreja.

—No es no, querida. No insistas.

—Tú lugar está a mi lado. ¿Hasta cuándo vamos a estar separados? Empezaré a creer que no me amas, Nick —me quejé con coquetería.

Pegué un grito cuando se hundió en mí sin ninguna especie de preparación previa.

—¡Nick! —le reñí.

—Solo serán un par de meses más —musitó, como si no me hubiese escuchado—. Ahora, mantente callada y deja de distraerme.

Cerré los ojos y dejé que me moviera contra su cuerpo. No podía concentrarme en nada de lo que estuviéramos haciendo. En mi mente solo había una idea: Nick no me había pedido que me quedara en Nueva York.

\*\*\*\*\*

Después de hacerme el amor, si a esa descarga de frustraciones se le podía llamar hacer el amor, mi marido regresó al trabajo, aun cuando había dicho que se tomaría el resto del día libre. Aproveché su ausencia para llamar a mi hermana. Y para pedir que me cosieran los botones de la blusa. Era la única que tenía.

Edith se alegró tantísimo de que estuviera en la ciudad que me propuso que comiéramos juntas. Acepté de inmediato, y acudí al lugar donde ella me



había citado.

Ya estaba ahí cuando llegué. Nunca la había visto más guapa o más feliz. Sus ojos verdes irradiaban una expresión exultante. Se levantó de la silla y me estuvo abrazando durante casi un minuto entero.

—Me vas a asfixiar —me reí.

Edith me soltó y retrocedió.

—Es que me alegro muchísimo de verte.

Nos sentamos y cogí su mano por encima de la mesa.

—Y yo también, hermanita.

Nos sonreímos, y pedimos la comida y una jarra de limonada para beber.

—Ojalá pudiéramos tomar alcohol —me quejé.

Edith sonrió.

—Si te pasas por casa esta tarde, podré servirte la bebida que te apetezca.

—Así que entre los negocios de Hardy Baker también se incluye el tráfico de bebidas alcohólicas.

—Pero no lo sabes por mí.

Edith no parecía escandalizada. Yo tampoco lo estaba. Más bien me divertía el asunto. Parafraseando a Blanche Prince, Hardy era un granujilla.

—¿Qué tal Jack? ¿Cómo le va en su nuevo trabajo?

—Maravillosamente. Tu amigo Hardy es encantador. Le nombró encargado la semana pasada. ¿Te lo puedes creer? Jack no cabe en sí de alegría. Dice que nunca había sido encargado de nada.

Me reí con ganas. Me podía imaginar a Jack, pavoneándose por la calle, con su traje y su sombrero, gritando a los cuatro vientos lo orgulloso que estaba de su nuevo trabajo.

—Me alegro por vosotros.

Mi hermana oprimió mi mano.

—No lo habríamos conseguido sin ti, Ingrid. Ojalá pudiera devolverte el favor.

—El hecho de que estés tan contenta me es suficiente, hermana.

—¿Y cómo estás tú?

Me encogí de hombros.

—Estoy pensando en mudarme definitivamente a Nueva York, pero tengo la impresión de que a Nick no le entusiasma la idea. Seguro que son cosas mías —aseguré con una sonrisa incómoda.

La expresión alegre de mi hermana se nubló de repente.

—Entiendo.

Y retiró la mano.

No comprendía qué había pasado ni por qué Edith no se alegraba de que yo estuviera sopesando la idea de mudarme a la ciudad. A fin de cuentas, habríamos estado más cerca la una de la otra. ¿Por qué eso la ponía tan triste?

—¿Qué te pasa, hermana?

—Es que yo...

Se detuvo, agitó la rubia melena y bajó la mirada al suelo.

—¿Edith? —susurré, frunciendo el ceño en un gesto desconcertado. Nunca la había visto tan afligida.

Mi hermana levantó la mirada súbitamente.

—Si supieras algo sobre una persona, algo que afectaría a alguien a quien amas, ¿se lo dirás?

Dejé escapar un ruidoso suspiro. No me gustaba ese planteamiento.

—¿Qué pasa, Edith? —me volví seria.

Mi hermana titubeó durante un buen rato. Empecé a sentirme cada vez más inquieta.

—¡Edith, suéltalo de una santa vez! —me impacienté.

—¡Está bien! Te lo diré, porque, de lo contrario, voy a estallar. No me lo puedo callar, hermanita. Lo haría si pudiera. Lo sabes, ¿verdad? *Sabes* que lo haría.

La cogí por el brazo. La notaba bastante alterada, y necesitaba que se tranquilizara y me dijera lo que fuera que la estuviera agobiando.

—Edith, querida, ¿qué pasa? —meforcé por hablarle con suavidad, como a un niño pequeño. No quería asustarla y hacer que se lo callara.

—Ayer, en el *Gran Café*, me encontré con Nick —dijo por fin.

La solté y me eché hacia atrás en mi asiento. El corazón me dio un brinco en el pecho. Temía lo peor. ¿Qué había pasado? ¿Un enfrentamiento? ¿Una situación violenta entre ellos dos?

—¿Y qué tiene eso de malo? —pregunté, con una sonrisa de fingida tranquilidad—. La gente se encuentra muy a menudo.

Mi hermana, compasiva, me oprimió la mano.

—No iba solo, Ingrid.

Cerré los ojos. Me lo había llegado a imaginar, pero el hecho de que se confirmara con tanta certeza la infidelidad de mi marido me desgarraba por dentro. Tragué saliva y meforcé a mirarla otra vez, a través de mis oscuras

pestañas.

—¿Y con quién iba? —susurré con voz queda.

Edith tomó aire, antes de continuar.

—Le acompañaba esa terrible mujer, Candy.

Me escocía la garganta como si hubiera tragado clavos. ¡Me lo había prometido! Me había prometido que iba a ser un buen marido, y yo había borrado todo el pasado con una esponja, pero ahora él volvía a ser el mismo Nick de siempre, juntándose con la misma Candy de siempre, y yo ya no sabía cómo sentirme: dolida, furiosa, decepcionada... Había todo un cúmulo de sentimientos batallando dentro de mi cabeza.

Entendí entonces por qué Nick se había empeñado en hacer ese viaje a Nueva York; entendí por qué no se había quedado en casa de mis padres ni yo en casa de los suyos. Lo entendí todo, lo estúpida que había sido por sentirme tan miserable después de haber besado a Hardy Baker. Me había atormentado la culpa durante meses enteros, ¿y para qué? Nick no había cambiado ni un pelo. Seguía follándose a la mujer a causa de la cual nos habíamos marchado de París, solo que, en vez de traérsela a Nueva Orleans, la había instalado en Nueva York, pensando que así yo no me enteraría.

—Comprendo —balbucí con lejanía.

—Hay más, Ingrid.

Levanté la mirada, azorada a más no poder.

—¿Más? ¿Qué más puede haber?

Edith se humedeció los labios, titubeó y me estrechó la mano con fuerza.

—Tiene un hijo con ella. Le llaman el pequeño Nick.

Encajar esa noticia fue igual de doloroso que recibir una puñalada en el corazón.

—Un... ¿hijo?

Ese era el sueño más ferviente de Nick; el sueño que yo había sido incapaz de convertir en realidad. Quería un hijo, un heredero para su fortuna, y yo no podía dárselo. Según los médicos, nunca iba a poder hacerlo. Había perdido ya cuatro embarazos, y me daba miedo seguir intentándolo. Cada embarazo que perdía me deterioraba física y mentalmente. Algo moría dentro de mí, y no estaba preparada para volver a enfrentarme a todo eso de nuevo. La sangre en las sabanas, mis desgarradores gritos en plena noche... ¡No, no podía! Ni por Nick ni por nadie.

—Lo siento —me susurró mi hermana.

Negué con la cabeza y apreté los párpados para retener las lágrimas.

—Es igual. No importa. —Furiosa, me sequé las mejillas humedecidas y me obligué a sonreír—. ¿Qué tal el primo Gustave? ¿Cómo va el negocio de los automóviles? En tu carta decías que le habías visto.

—Ingrid...

—¿Se venden bien? Supongo que se deben de vender bien. Dicen por ahí que llegará un tiempo en el que todo el mundo tenga un automóvil. ¿Te lo puedes imaginar? ¡La revolución automovilística! —me reí, con una risa histérica.

—Ven aquí —susurró Edith, compasiva, y yo ya no pude más y me derrumbé entre sus brazos.

—¡Tienen un niño! ¡Un hijo de Nick!

Mi hermana me abrazó con tanta fuerza que mi verborrea se convirtió en terribles sollozos. Lloré desconsoladamente entre sus brazos hasta que me quedé sin lágrimas.

—Lo siento, pero me tengo que marchar —balbucí, retrocediendo y secándome el rostro con las palmas.

—¡Pero Ingrid! Espera un momento.

Agarré mi bolso y me precipité hacia la puerta.

—Me alegro de haberte visto —me las apañé para decir, antes de salir corriendo hacia la calle.

\*\*\*\*\*

Cuando regresé al hotel, tenía claro lo debía hacer. Me iría de inmediato de la ciudad. Y lo haría sin decirle nada a Nick. No se merecía una explicación. ¿Para qué hablar con él y exponerle la verdad? ¿Para qué recriminárselo? Conociéndole, lo habría negado todo. Se habría defendido diciendo que Edith era una puta mentirosa que le guardaba rencor por haberla echado de su casa. Se habría arrodillado delante de mí y me habría dicho que me amaba y que yo era su chica del vestido dorado. ¡Mentiras, mentiras y más mentiras!

Mentir era el oficio que mejor se le daba a mi marido. Y como me sentía incapaz de tolerar más mentiras suyas, por no decir que la sencilla idea de verle me enfermaba hasta tal punto que sentía arcadas, liquidé mi cuenta en el hotel, recogí mi bolso y el chal que me había comprado en una tiendecita y me fui directamente a la estación.

Se me ocurrió pedirle el divorcio, pero sabía que Nick nunca iba a concedérmelo. Había demasiado dinero de por medio. Era eso lo que nos mantenía a Nick y a mí juntos: nuestras desorbitadas fortunas. ¿Cómo no lo había visto antes?

Los Prince y los Fairbanks eran socios, y mi marido no podía permitirse perder a un aliado tan influyente como lo era mi padre. A su vez, mi padre jamás habría consentido perder a Nick. Los dos unirían fuerzas en mi contra y, si osaba desobedecerles, acabaría mendigando en la calle. No me cabía la menor duda de que tanto mi padre como Nick serían capaces de eso y de mucho más.

Divorciarme no era una alternativa, nunca lo había sido. Sin embargo, esa idea no me resultó tan deprimente como otras veces. No hacía falta estar divorciada para ser feliz, ¿verdad?

Una sonrisa malévola curvó mis labios. Sin ser consciente de ello, mi marido me acababa de empujar a los brazos de un hombre al que detestaba. Con el nuevo desliz de Nick, ya no había nada interponiéndose entre Hardy y yo. Podía romper mi promesa. Mi marido y su traición me habían liberado del desgarrador sentimiento de culpa y, por primera vez en meses, me sentí aliviada.

Sonreí otra vez y me di prisa en subir al tren. Nueva Orleans me esperaba, y, con él, también lo hacía una vida nueva. Saldría del pasado y me adentraría en el futuro.

La locomotora se alejó cada vez más deprisa, traqueteando y pitando.

*Pii.*

Nunca había escuchado un sonido tan agradable. Era el sonido de la libertad.

## Capítulo 13

Lo primero que hice una vez de vuelta en Nueva Orleans fue acudir a una fiesta en casa de Margot. Me aseguré de decírselo a todo el mundo, para que la noticia llegara a oídos de Hardy Baker. Me moría por verle.

Tras una tarde entera de preparativos, me sentía lista para enfrentarme a mi destino. Me había bañado, depilado y pintado las uñas (benditos los parisinos por proporcionarnos esmaltes sintéticos desde el otro lado del charco); me había peinado y estrenaba mis mejores galas: un vestido dorado, que había comprado en una *boutique* con la única intención de fastidiar a mi marido. Sabía que él no estaría ahí para verme, pero me regocijaba enormemente saber que su chica del vestido dorado llevaría ese aspecto mientras le traicionaba de la peor manera posible.

Sonreí y crucé las dos puertas abiertas, que me conducían a un nuevo comienzo en brazos del hombre del que estaba enamorada.

—Ingrid —canturreó Margot, acudiendo a mi encuentro. Me besó las mejillas y me dio un rápido repaso con la mirada—. Estás impresionante esta noche.

—Soy consciente de ello.

Margot soltó una carcajada.

—¿Qué ha sido de tu modestia?

—Se ha quedado en Nueva York.

*Al lado de la cordura, la fidelidad, mi amor por Nick...*, añadí mentalmente.

—Ven. Sibyl estará encantada de verte.

Me tomé unos segundos para escudriñar cada rostro ahí presente, pero no vi a Hardy Baker por ninguna parte. El corazón me dio un doloroso brinco. ¿Acaso era posible que él se hubiera marchado ya de la ciudad? Nunca había sopesado esa posibilidad, y ahora que lo estaba haciendo, me resultaba intolerable.

—¿Y Oliver? —le susurré a Margot mientras la seguía por el salón—. ¿No está en casa?

—Él y Hardy tuvieron una reunión esta tarde. Se ve que no han acabado aún.

Resoplé aliviada. Así que Hardy seguía en Nueva Orleans. Menos mal.

—Ingrid, querida, ¡has vuelto!

Toda mi atención se centró en Sibyl, que se hallaba desplomada sobre el sofá. Tenía muy pocas energías para ser una chica de veintidós años. Contenta de verla, me incliné sobre ella y la besé.

—Estás radiante —le dije, y ella me sonrió con coquetería.

—Y con razón. Tengo una noticia que compartir contigo.

Margot y yo ocupamos dos butacas.

—¿En serio? ¿Y qué noticia podría ser esa?

—¡Voy a casarme!

Me quedé boquiabierta. Miré a Margot, y esta entornó los ojos.

—¿Sigues con esa tontería del matrimonio?

¿Qué me había perdido? ¿Por qué estaba Margot tan borde con su hermana pequeña?

—¡Enhorabuena! —me obligué a reaccionar—. ¿Y quién es el afortunado?

Mi desconcierto era comprensible, pues, que yo supiera, Sibyl no tenía ningún pretendiente.

—Christopher Winter.

—¿Christopher? —Volví a mirar a Margot, que no parecía para nada conforme con la noticia—. ¿No es muy...?

—¿Bribón, desagradable, charlatán...? Adelante, Ingrid, querida, no te cortes. Enumérale todo los epítetos de mi futuro cuñado. Yo no he cesado de decírselo, pero se mantiene sorda a mis consejos.

Tragué saliva. Lo que menos me apetecía era acabar en medio de una disputa familiar.

—Iba a decir mayor —intenté arreglar la situación y calmarlas a las dos, ya que se estaban lanzando dagas envenenadas con la mirada—. ¿Cuántos años tiene?

Margot se sonrojó un poco.

—Oh. Te referías a eso. Pues no tengo ni idea de cuántos años tendrá el muy canalla. ¿Hermana, lo sabes tú?

Sibyl sonrió petulante.

—Treinta y cinco. O cuarenta. ¿Qué más da? ¡Estoy enamorada!

Margot bufó.

—Y él también. ¡De tu for-tu-na!

Sibyl se incorporó encolerizada.

—¡Ya es rico!

—No tanto como tú.

—Puede que la quiera —me atreví a interrumpir—. Sibyl es una chica muy atractiva.

—¡Gracias! ¿Lo ves? —se regocijó—. Ingrid dice que soy atractiva.

—Y no rebato ese argumento. ¡Pero él sigue siendo un bribón!

Sibyl entornó los ojos.

—Me da igual lo que pienses. Me casaré con él y punto.

Y se marchó airada, dejándonos boquiabiertas a Margot y a mí. Creo que ninguna de las dos la habíamos visto nunca con tanta sangre en las venas.

—¿Qué es lo que pasa con ella? —pregunté cuando estuvimos a solas.

—Nadie más le ha pedido matrimonio, y parece que la pobre se cree obligada a aceptar al primer necio que se lo pide. Me temo que mi hermana tiene una absoluta falta de criterio. Mira, ya han llegado Oliver y Hardy.

Emocionada, volví la mirada hacia la puerta y tropecé con los ojos azules de Hardy. Al verme ahí sentada, su rostro se torció en un gesto de confusión. Evidentemente, no se había enterado de que yo había regresado a la ciudad.

—Voy a recibirles —me susurró Margot, que se levantó de la butaca y no tardó nada en plantarse en la otra punta del salón.

Me arreglé un poco el pelo con la mano y esperé impaciente a que él viniera a hablar conmigo. ¿Por qué tardaba tanto? Lo miré y me di cuenta de que se había vuelto de espaldas a mí. ¿Qué demonios pasaba con él? ¿Acaso no me había visto? Tuve que descartar esa idea. ¡Pues claro que me había visto! Me había mirado fijamente a los ojos durante más de veinte segundos. ¿Por qué fingía ahora no conocerme de nada?

Llena de desconcierto, lo seguí con la mirada, esperando a que se sintiera lo bastante observado como para acercarse a hablar conmigo. No lo hizo, se quedó ahí, al lado de la entrada, charlando tranquilamente con Margot y con Oliver. Rio un par de veces. Se le veía animado.

No le quité ojo. Si bien me sentía como una acosadora chiflada, no podía evitar mirarle.

*Sin duda, vendrá a hablarme antes de que acabe la noche, me calmé a mí misma.*

Pero, para mi sorpresa, en vez de venir a saludar, él entabló conversación con otros invitados. Estuve sentada en esa butaca algo más de dos horas. Hardy no me volvió a mirar ni una sola vez.

No fui capaz de controlar el fastidio, y mi mal humor fue aumentando



cada vez más y más, hasta que incluso llegué a contestar de mala manera a la gente. No podía soportar la idea de que ahora, cuando por fin me había aclarado la mente, Hardy hubiera dejado de estar enamorado de mí. Supongo que yo era demasiado egocéntrica como para encajar aquello.

Sin poder tolerar más esa gélida indiferencia, agarré el chal y salí al jardín. A lo mejor un poco de aire fresco me haría calmarme. Me sentía como si tuviera fiebre.

—No sabía que hubiera vuelto usted a la ciudad.

Sobresaltada, me volví y lo busqué a través de la oscuridad del jardín. Lo único que vi fue un destello rojizo, supuse que proveniente de un cigarrillo. Seguí esa luz hasta encontrar a Hardy, sentado en un banco al lado de la piscina.

—¿Ya no me tuteas? —pregunté con voz hosca, dejándome caer a su lado.

—No sería respetable tutear a una mujer casada —repuso con una sonrisa burlona.

Suspiré irritada.

—Nada de lo que tú has hecho nunca podría definirse como *respetable*. ¿Qué haces aquí a solas?

Hardy aprisionó el cigarrillo entre los dientes y se cruzó de brazos. Sus ojos eran audaces y brillaban como nunca. Me miró durante unos segundos, y luego volvió a enfocar la corteza de un árbol.

—Disfrutar del fresco. ¿Y tú?

—Escapar de la señora Ferguson. Su estupidez me produce jaqueca.

—Te noto tensa y poco dispuesta a tolerar los errores ajenos.

—Su verborrea es incesante, ¡y no dice más que sandeces! —me defendí, cada vez más mosqueada con él. A fin de cuentas, era el culpable de mi mal humor. ¿Por qué no me hacía caso? Empecé a sentirme como un niño caprichoso que deseaba solo lo que no podía tener.

—Tengo la impresión de que antes no te molestaban tanto las sandeces de la señora Ferguson —señaló Hardy.

—Puede. Pero ahora me molestan.

Se produjo una pausa. Hardy se acabó el cigarrillo, se levantó del banco y bajó la mirada hacia mí.

—Bueno, me alegro de haberte visto, Ingrid.

Lo agarré de la chaqueta al darme cuenta de que pretendía marcharse.

—Es de mala educación dejar a una dama a solas.

Sonrió burlonamente.

—No si dicha dama no es mi acompañante.

—La dama en cuestión no trae acompañante, señor Baker.

—No es problema mío, según me dejaste claro la última vez que te vi.

Entorné los ojos.

—Dame un respiro, ¿quieres? Sí, te dejé plantado en mitad de una cena. Supéralo.

—Ya lo he hecho.

—Pues no lo parece.

—Créeme, lo he hecho. Y por esa razón, regresaré a Chicago. Según puedes ver, he pasado página. Deberías estar contenta. Dejaré de corretear detrás de ti como un perrito faldero. Por fin podrás encontrar tu... *ansiada* paz.

¡Pero yo no quería paz! ¡Le quería a él! Noté un pinchazo fuerte en el pecho. Intenté recordar si alguien en mi familia sufría enfermedades del corazón. No fui capaz de recordarlo. Acto seguido, me enervé conmigo misma por pensar estupideces. ¡Enfermedades del corazón! Hardy Baker iba a marcharse, ¡y yo pensaba en enfermedades del corazón!

—¡No puedes marcharte! —exclamé, levantándome deprisa. Estaba demasiado desesperada como para preocuparme por las formas.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Dame una razón para quedarme.

—El jazz —me apresuré a decir, a la desesperada—. Margot siempre dice que el jazz suena mejor en esta ciudad que en ninguna otra parte del mundo.

Los brillantes ojos de Hardy se volvieron tristes. Sacudió la cabeza despacio.

—El jazz no es suficiente para mí.

Se liberó de mi mano y me dio la espalda. ¡Realmente iba a marcharse!

Empecé a venirme abajo, como si el suelo que pisaba estuviera hundiéndose en un profundo abismo sin fondo. En ese momento me di cuenta de que lo mío era más que un enamoramiento o un capricho. ¡Yo quería a Hardy Baker! Era su opinión la que más me interesaba en el mundo, incluso más que la mía propia. Y era su admiración la que yo quería despertar. ¡Porque le amaba! No sabía cómo ni cuándo había sucedido. Solo sabía que el corazón iba a sangrarme de tristeza si Hardy Baker se marchaba sin que yo hiciese nada para impedirselo.

—¡Hardy! —grité a sus espaldas.

Se detuvo y se tornó de cara a mí. Me miró en silencio. Era ahora o nunca. *Ahora o nunca, Ingrid.*

Eché a correr hacia él, me lancé a sus brazos y estrellé los labios contra los suyos. Ni siquiera se movió. No me tocó. No me besó. Se mantuvo impassible.

—¿Qué te parece esta razón? —le susurré, retrocediendo un poco para poder mirarle a los ojos.

Un gesto desconcertado recorrió sus angulosas facciones. No confiaba en mí.

—¿Hablas en serio?

Asentí despacio.

—Nunca he hablado más en serio. Estoy enamorada de ti. ¡Te quiero!

Hardy no sabía cómo reaccionar, si reírse o venirse abajo. Su ambigua sonrisa oscilaba entre la agonía y la euforia. Me abrazó con fuerza y mantuvo mi cabeza enterrada en su pecho.

—Durante meses he deseado escucharte decir esas palabras.

Alcé la barbilla para mirarle a los ojos.

—Te las estoy diciendo ahora.

Me sostuvo por el mentón y acercó los labios a los míos. Estaba a punto de besarme, pero algo le detuvo.

—¿Y tu marido?

—Que le zurzan a Nick —musité mientras entrecerraba los parpados.

Hardy aguardó un buen rato antes de besarme, lo más probable era que estuviera debatiendo sobre si creerme o no. Finalmente, cedió. Sus labios fueron al encuentro de los míos, y la pasión con la que besó me dejó mareada. Había demasiada voracidad, demasiado hambre en nuestros gestos. Nick nunca me había besado así. Ni Nick ni nadie.

Nos abrazábamos ansiosos, con una intensidad en la que la ternura no tenía cabida. Todos los muros que se habían interpuesto antes entre él y yo cayeron y fueron reducidos a polvo. Mis reservas desaparecieron por completo entre sus brazos. Ya nada importaba. Quería a Hardy. ¡Le quería!

Me apoyó contra un árbol y deslizó las dos manos por mis costados, mientras su boca seguía acometiendo, invadiendo la mía. No pude evitar tensarme a causa de las corrientes de alto voltaje que me atravesaron de arriba abajo cuando noté la dureza de su cuerpo presionando contra mi carne. Había un deseo tan primitivo desgarrándome por dentro que creí que iba a estallar si Hardy no seguía con lo que estaba haciendo.

—Ingrid.

Sufrí un sobresalto y, al punto, mi mirada se posó sobre Margot, que estaba a unos metros de distancia de Hardy y me miraba ruborizada.

Hardy retrocedió de inmediato y juró entre dientes. Yo fui incapaz de reaccionar. Mi rostro debía de lucir como el de una persona que acababa de ver un fantasma. ¿Cómo demonios había sucedido algo así?

—Lamento interrumpir —continuó ella calmada—, pero tu marido está al teléfono y no deja de rugirme. Está histérico. Dice que te marchaste de Nueva York sin decir nada y que estaba muy preocupado por ti. Quiere que te pongas al teléfono de inmediato.

Alcé la barbilla, me coloqué la ropa y cogí aire en los pulmones. Madre mía, madre mía, madre mía. ¿Qué había hecho?

—¿Nos disculpa, señor Baker? —dije con toda la dignidad que pude reunir. Nada más decirlo, me di cuenta de que había sido una desfachatez hablarle de usted, cuando Margot sabía perfectamente lo que había pasado entre nosotros. ¿A quién pretendía engañar?

—Claro —murmuró Hardy, retrocediendo para abrirme paso—. Lo siento.

Quise decir algo, que no era culpa suya o cualquier otra cosa, pero no me dio tiempo.

—Vamos, Ingrid —urgió Margot con cierta dureza—. Nick está esperando.

Asentí y me marché con ella. Era el momento más violento de toda mi existencia. El corazón me latía desembocado, y notaba un dolor intenso en la boca del estómago. Me pregunté si iba a vomitar encima de las carísimas alfombras de Margot. No habría sido muy elegante, de modo que me esforcé por dominar la actividad de mi estómago.

—Margot... —comencé cuando ya llevábamos unos segundos caminando por el jardín.

Alzó la mano en el aire para acallarme.

—Luego hablaremos tú y yo. De momento, ve a ponerte al teléfono. Tu marido está impaciente por hablar contigo.

Dicho eso, dio media vuelta y regresó hacia donde habíamos dejado aturcido a Hardy Baker. Me temblaban las piernas y las manos. No sé cómo conseguí cruzar el vestíbulo y el salón, llegar hasta la biblioteca y agarrar el teléfono.

Mi primer desliz, y ya me pillaban. Sin duda, yo no había nacido para

tener aventuras extraconyugales.

—Soy Ingrid. ¿Qué quieres?

También me temblaba la voz, lo pude comprobar en ese momento.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa contigo? —rugió Nick en mi oído derecho—. Nos hemos vuelto locos buscándote por toda la ciudad, ¡y tú de fiesta en Nueva Orleans! ¿Cómo se te ocurre, Ingrid? ¡Madura de una vez! Ya no eres una niña. ¿Hasta cuándo vas a comportarte como una inconsciente?

—Sé lo de Candy —le dije, y mi entonación se volvió de pronto inexpresiva.

—No sé de qué estás hablando.

Parecía desconfiado. Y aterrado. Lo cual confirmaba que sabía perfectamente de qué estaba hablando.

—Y también sé lo del pequeño Nick.

Se produjo una pausa tan larga que empecé a sospechar que me había colgado el teléfono.

—Ingrid, no sé qué es lo que crees que sabes, pero escúchame. No es...

—No, Nick, el que va a escuchar eres tú. ¡No vuelvas a gritarme nunca más ni a acusarme de no ser lo bastante madura, maldito seas! No quiero verte. No quiero hablar contigo. Me das asco.

—Nena, no te pongas así. Yo...

—Como digas que me quieres, juro que me van a entrar arcadas.

—¡Pero es cierto! Ingrid, nena...

—Púdrete en el Infierno, Nick.

Y le colgué en las narices. Al menos así, cuando Margot fuera a contarle lo mío con Hardy, sabría por qué lo había hecho; sabría por qué lo había desafiado de ese modo.

*Pero no es esa la razón, ¿verdad, Ingrid?, dijo mi Yo malvado. Querías hacerlo. Te morías por estar con Hardy Baker. Por eso, en cuanto tuviste la ocasión, no te lo pensaste dos veces.*

Me dejé caer en una butaca al lado de la chimenea y hundí la cara entre las manos. No tenía ni idea de lo que pasaría a continuación.

No sé el tiempo que permanecí de esa forma. Volví en mí cuando alguien llamó a la puerta.

Alcé el rostro y vi a Margot en el umbral.

—¿Puedo pasar? —susurró.

—Estás en tu casa.

Sonrió un poco.

—Ciertamente.

Penetró la estancia, ocupó una butaca enfrente de la mía y suspiró, como si no supiera por dónde empezar. Empecé a retorcerme las manos, y mi mirada correteó indecisa de un punto a otro. No resultaba demasiado cómodo mantener esa conversación con la mujer de la que mi marido estaba enamorado.

—¿Te encuentras bien? ¿Has discutido con Nick?

Moví la cabeza con pesar.

—Le he colgado en las narices.

—Oh.

—Debes de sentirte muy confusa —le dije abruptamente—, y lo entiendo. Lo que viste en el jardín...

—Sé que no es la primera vez, Ingrid.

Abrí los ojos de par en par. Así que lo sabía todo. Me tomé unos momentos para decidir por dónde encaminar la conversación. Al cabo de unos segundos, tomé la decisión de decirle la verdad. ¿Para qué mentir?

—Ese día, cuando tú me viste desde la ventana, fue la primera vez que nos besábamos —expliqué al cabo de unos momentos de incómodo silencio—. Y hasta hoy...

—No había vuelto a pasar. Lo sé. Me lo acaba de decir Hardy. También me ha contado lo mucho que te persiguió después de eso y lo mucho que te resististe tú. Hasta esta noche. ¿Por qué cediste esta noche, Ingrid? No parece propio de una mujer que ha estado luchando contra la atracción durante meses. No ha sido un impulso repentino, ¿verdad? Lo has hecho adrede. ¿Quieres decirme por qué? ¿Qué es lo que ha sucedido en Nueva York tan grave que te ha hecho abandonar la ciudad sin decir ni una palabra a nadie y te ha lanzado en brazos de un hombre que no es tu marido?

Con los ojos cargados de lágrimas, desvié la mirada hacia un rincón.

—No me siento cómoda llevando esta conversación contigo. Eres amiga de Nick.

Margot me cogió de la mano con suavidad.

—También soy amiga tuya, así que puedes contarme lo que quieras. Te prometo que nada de lo que me digas saldrá de esta habitación jamás.

Me absorbí las lágrimas y trasladé la mirada hacia ella.

—Nunca te hablé de la razón que nos hizo abandonar París en plena noche, ¿no es así?

Margot entrecerró los ojos.

—Conozco la razón. ¿Cómo se llama? ¿Carla? ¿Coralia?

—Candy —musité con un nudo en la garganta.

—Eso. Candy.

—Está en Nueva York. Con Nick.

—¡¿Será idiota?! —se escandalizó Margot.

—Y, por lo visto, tienen un hijo juntos. El pequeño Nick —añadí en un tono sarcástico que, sin embargo, no ocultaba mi dolor—. ¿No te parece encantador?

Margot hizo una mueca de rechazo.

—No sabes cuánto lo siento. Sé lo de los abortos, y me imagino lo duro que te debe de resultar todo esto.

Me eché a llorar, y necesité un buen rato antes de volver a hablar.

—Hay algo más que deberías saber —musité al tiempo que me secaba las mejillas—. Admito que quería herir a Nick y devolvérsela de algún modo, pero lo que has presenciado esta noche no ha sido fruto del despecho. Yo...

Me interrumpí y bajé la mirada al suelo, sin saber cómo decirle aquello a Margot.

—¿Le quieres? —susurró ella, pasados unos instantes.

Asentí en silencio y tragué saliva.

—Sé que no debería decirte esto, pero es cierto. —Alcé la mirada hacia la suya e hice un gesto de impotencia—. Yo ya no quiero a Nick, Margot. Quiero a Hardy. Desde hace meses, cada vez que miro a Nick, pienso en Hardy. Y cada vez que Nick me toca, me imagino que es Hardy el que me está tocando. Y cada vez que...

Margot alzó la mano para acallarme.

—No hace falta que digas más. Te has hecho comprender.

Asentí con pesadumbre, me levanté de la butaca y me fui hacia la puerta. Mi vida iba a desmoronarse antes del crepúsculo, y ni siquiera me importaba. Rodeé el pomo con los dedos y me detuve, de espaldas a Margot.

—Eres libre de decírselo a Nick. No puedo pedirte que me guardes el secreto. Si no se lo he dicho yo antes solo ha sido porque sé que nunca me dejará ser feliz con Hardy. Quería ocultárselo porque, si Nick se enterara de lo que hemos hecho, de que amo a otro hombre, nos destruiría. Pero ahora ya

no tiene importancia. He cometido un error y me enfrentaré a la penitencia, así que adelante. Llámale y dile lo que has visto. Me da igual.

Margot calló unos insufribles momentos.

—Tienes una pasión por la vida como nadie a quien yo hubiera conocido, Ingrid, pero esa pasión solo aflora cuando estás con Hardy. Con él, pierdes la cabeza. Y eso es bueno, créeme, porque hace que te sientas...

—Viva —terminé su frase, al tiempo que me volvía, ceñuda.

—Viva, exacto. Creo que Hardy Baker consigue mostrarnos a la mejor Ingrid.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Margot alzó el mentón y me evaluó con la mirada por unos segundos.

—Guardaré tu secreto.

Necesité un momento para procesarlo todo.

—¿Quieres decir que lo apruebas? ¿Lo mío con Hardy?

—No. Creo que estás cometiendo un terrible error y que, tarde o temprano, alguien tendrá que pagar las consecuencias. No obstante, guardaré tu secreto. No seré yo quien destruya tus esperanzas.

—Gracias —musité, conmocionada.

Margot me sonrió un poco.

—Para eso están las amigas.

—Sí... —asentí distraída—. Por cierto. Antes de marcharme, deberías saber que Nick te ama.

Margot se quedó con la mirada perdida en la nada.

—¿Sabes por qué le rechacé cuando me pidió matrimonio?

La miré atónita. ¡De modo que Nick sí le había pedido matrimonio a Margot! ¡Menudo embustero! ¡La chica del vestido dorado! ¿Alguna vez había dicho algo que no fuera mentira? Lo dudaba.

Me concedí unos momentos a mí misma, y después me esforcé por regresar a Margot y nuestra conversación.

—No. ¿Por qué?

—Porque Nick, querida mía, solo se quiere a sí mismo.

Esa era la verdad más absoluta que había escuchado nunca. No es que Nick no me amara a mí. ¡Nick no amaba a nadie! Ingrid, Margot, Candy... No éramos más que nombres de una larga lista. De haber estado casado con cualquiera de las tres, la habría engañado con las demás. Porque Nick, mi Nick, ¡solo se quería a sí mismo! ¿Cómo no me había dado cuenta de ello



antes?

—¿Amas a Oliver? —susurré, sin moverme de donde estaba.

—Oliver me ama como me merezco ser amada.

Su respuesta me entristeció. Asentí en silencio y le di la espalda.

Mientras caminaba hacia el vestíbulo, me di cuenta de que todo en la vida se resumía a elecciones y opciones. Margot quería a Nick, pero él solo se quería a sí mismo, así que ella se había conformado con la única opción aceptable: Oliver. A su vez, Oliver amaba a Margot, sin saber que el corazón de ella pertenecía a Nick. Era todo muy ambiguo y muy triste.

Por el otro lado, Nick pensaba que me quería a mí, aunque solo se quería a sí mismo. Y yo...

Yo, sin duda, amaba a Hardy. ¿Acaso estábamos todos persiguiendo sueños imposibles de alcanzar?

Meditando sobre ello, llegué a la conclusión de que nadie estaba con la persona a la que amaba. Menos Oliver, que era el gran afortunado de la historia. Afortunado, si obviaba el hecho de que Oliver pagaba un precio alto al estar casado con una mujer que no le amaba a él, sino a uno de sus mejores amigos. En el fondo, no había afortunados en esa historia.

Lo único que comprendí de mis razonamientos fue que algunas veces daba igual la *elección* que habías hecho. Tocaba quedarte con lo que era la mejor *opción* para ti.

¡Pero yo no quería una opción! ¡No quería un amor mediocre y endeble! Quería quedarme con el hombre al que amaba; el hombre que estaba segura de que también me amaba a mí. Yo era su elección y él era la mía. Las cosas podían ser fáciles, ¿verdad? Esa idea suscitó en mi mente un renovado entusiasmo, aunque solo duró unos segundos, hasta que me admití a mí misma la cruel verdad: era imposible que nada fuera fácil en mi vida.

Recordé la advertencia de Margot. En mi fuero interno sabía que ella llevaba razón. Era un terrible error seguir adelante con mi relación adúltera. No había modo de que saliera bien.

¿Pero y si, desafiando la lógica, lo hacía? ¿Y si la vida era como una ruleta en la que podías ganar o perderlo todo? Cuando tuviera ochenta años y el pasado estuviera desfilando por delante de mis ancianos ojos, ¿sería capaz de perdonarme el hecho de no haber apostado? ¿El hecho de haber permitido que la vida pasara de largo sin que yo moviera ni un dedo para cambiar las cosas? ¿Me perdonaría yo el haberme conformado?

Lo pensé unos momentos y decidí que no estaba dispuesta a descubrirlo. Apostaría. Todo o nada. Y si después me tocaría lidiar con las consecuencias, pensaría en ello llegado el momento.

Contenta con mi resolución, salí al exterior y fui al jardín en busca de Hardy. Estaba impaciente por retomar lo que habíamos dejado a medias.

## Capítulo 14

El corazón me dio un brinco en el pecho cuando vi a Hardy. Me esperaba con la mirada perdida en el vacío. Pareciendo tan triste y tan vulnerable que tuve ganas de abrazarlo.

—Lo siento —me dijo cuando me detuve delante de él—. Siento todo lo que ha pasado esta noche.

—Hardy... —Resoplé aliviada. Tras haberle buscado por todas partes como una desquiciada, lo había encontrado precisamente ahí: sentado en un banco en mi propio jardín—. Menos mal que estás aquí. Me he vuelto loca buscándote.

Se levantó y vino hacia mí. Al acercármeme, me percaté de que su rostro estaba asolado por el arrepentimiento.

—Fui un estúpido. Abalanzarme sobre ti de ese modo, en casa de Margot... No tengo excusa, Ingrid. No sé en qué estaba pensando.

Cogí aire en los pulmones y lo expulsé despacio.

—Tranquilo. En el fondo, no ha pasado nada. Margot no se lo dirá a Nick. Hardy bajó la mirada al suelo y se mordisqueó el labio inferior por dentro.

—Oh. Qué bien —musitó.

Ladeé la cabeza hacia la derecha y lo estudié con atención, intentando adivinar la razón de su renovada tristeza.

—¿No deberías alegrarte? Es una muy buena noticia.

Asintió despacio y alzó la mirada hacia la mía.

—Sí, supongo que lo es.

—¿Pero...?

Se encogió de hombros.

—Bueno, creo que una parte de mí deseaba... —se detuvo abruptamente y sacudió la cabeza, como para indicar que ya no tenía importancia—. ¿Sabes qué? Olvídalo. Es estúpido. Me alegro de que todo saliera bien. Estaba preocupado por ti.

Y así, sin más, me dio la espalda y se dispuso a marcharse. Incrédula, lo seguí con la mirada mientras se alejaba hacia la verja de hierro.

—Una parte de ti quería que Nick se enterara —afirmé, alzando el tono.

Hardy se detuvo de espaldas a mí y soltó un suspiro largo.

—Supongo.

—¿Por qué?

Se volvió para buscar mis ojos. Me observó a través de un silencio espectral, y por fin susurró:

—Porque de ese modo podría tenerte solo para mí.

Entrecerré los ojos. Sin duda, nos estábamos encaminando inexorablemente hacia una catástrofe, porque el suyo era un deseo de lo más peligroso. Y lo peor de todo era que yo no era más que una pasajera impotente a bordo de un barco a punto de hundirse en las profundidades del océano. Lo contemplaba todo con indiferencia, sin tener ni el poder ni el deseo de intervenir. No iba a detener la catástrofe. Tan solo iba a quedarme ahí a observar cómo las aguas lo engullían todo.

—¿Es que no lo ves, Hardy? —le dije al mismo tiempo que echaba a andar hacia donde estaba parado.

—¿Ver, el qué?

—Me tienes solo para ti —confesé, deteniéndome delante de él—. Mis pensamientos... son tuyos. Y mis... ¡mis sonrisas! Son tuyas. Incluso mis lágrimas te pertenecen a ti. Porque es a ti a quien quiero, no a Nick.

Me contempló demudado.

—¿De verdad me quieres? —musitó, sin moverse ni un centímetro. Tuve la sensación de que ni siquiera respiraba, tan paralizado estaba, mirándome con tal intensidad que no pude eludir sus ojos.

Compuse una sonrisa apenas perceptible. Sentí una sacudida en el estómago y me costaba respirar con tranquilidad. Aun así, hice el esfuerzo de abrir la boca y responderle.

—Te lo dije antes, y te lo estoy diciendo ahora. *Te quiero*.

Supongo que ese fue el momento en el que el barco comenzó a hundirse.

Hardy no esbozó ningún gesto. Solo me miró, con sus impresionantes iris azules llenos de sentimientos que yo era incapaz de descifrar. Su boca, de labios carnosos, estaba ligeramente entreabierta, y yo solo podía pensar en besarle. Me acerqué a él, porque no podía mantenerme alejada. Había un hilo invisible arrastrándome hacia sus brazos.

Y entonces, Hardy musitó:

—Ven aquí.

Debería haber retrocedido, haber entrado en casa y haber llamado a Nick. Era mi última oportunidad de hacer las cosas bien, de ser Ingrid Fairbanks, la mujer que mis padres y mi marido querían que fuera.

Pero no lo hice. No detuve el desastre. ¿Cómo iba a hacerlo? La sangre me latía por las venas, las manos me temblaban, y sabía que me odiaría a mí misma durante el resto de mi vida si me obligaba a dejar de sentirme así. Ese cosquilleo que contraía mi estómago, esa mezcla de miedo y emoción, miedo porque no sabía qué me aguardaría en el fondo del mar, y emoción porque él estaría a mi lado cuando lo averiguara, era lo más real que había sentido nunca. ¡Estaba viva! Y todo gracias a él.

Así que me lancé a sus brazos abiertos y dejé que me envolviera en un fuerte abrazo.

—Yo también te quiero —me susurró, abrazándome con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Era lo más alucinante que me habían dicho nunca. Terrible, de algún modo, pero alucinante. Sabía que durante años enteros mi mente iba a detenerse en aquella escena, la escena en la que él me había susurrado por primera vez que me amaba. No sabía lo que pasaría a continuación, no sabía qué nos depararía el futuro. Ni siquiera me importaba. Estaba demasiado mareada por el asombro de ese momento.

La boca de Hardy descendió sobre la mía. Al principio, el beso fue suave, casi tímido. Pero yo quería más, y él lo notó. O puede que sintiera lo mismo, porque me apretó con fuerza contra su pecho y la timidez derivó en ansia pura; la suavidad, en urgencia.

—Quédate —le susurré a Hardy cuando finalmente nos separamos, jadeando en busca de aire.

Frunció el ceño.

—¿Aquí?

Me encogí un poco de hombros.

—¿Por qué no? Durante la noche, estoy sola en toda esta mansión. El servicio duerme en esa casa de ahí. Con que te vayas antes del amanecer...

—No quiero hacerte el amor en la cama que compartes con... él.

Hardy parecía tan turbado que sonreí. La verdad era que Nick y yo habíamos hecho el amor una sola vez bajo el techo de esa casa, y aquello había sucedido en el sofá de la biblioteca, con lo que no había problema.

—Descuida. Nunca he compartido mi cama con él.

Su ceño se hizo más profundo.

—¿Nunca?

—Tiene su propia habitación, Hardy.

—Esa sí que es una estupidez. Si yo fuera tu marido, quería que durmieras entre mis brazos todas las noches.

—No hablemos más de mi marido.

Se mordió el labio y empezó a balancearse sobre los talones. Supuse que estaría sintiéndose un poco violento con la situación. Por su comportamiento, sospeché que nunca antes se había enamorado de una mujer casada.

—Tienes razón. No vamos a hablar de eso.

—Por supuesto que no.

Le cogí de la mano y nos deslizamos dentro, a través de las sombras. No encendí ninguna bombilla de camino a mi dormitorio. No quería que, por casualidad, alguien estuviera paseando por el jardín y vislumbrara dos siluetas en lugar de una. Si iba a llevar esa locura a cabo, había que volverse precavida y evitar desastres como cuando Margot me había sorprendido besándole. ¡Dos veces!

Llevé a Hardy a mi habitación y cerré la puerta con la llave, que, acto seguido, dejé encima de una cómoda de madera de nogal.

—Conque esta es tu habitación.

—Sí.

Se quedó en mitad del espacio y lo observó todo con ojos ávidos. Creo que miraba todas mis cosas para descubrir qué clase de persona era yo, aunque ahí dentro prácticamente nada conservaba mi huella. Era todo cosa de Nick. Ni siquiera tenía fotos familiares en mi mesilla de noche. Salvo por los peines y los adornos de pelo, no había nada que me perteneciera; nada mío.

Y fue justo ahí adonde se encaminó Hardy, hacia los peines que estaban alineados delante del tocador. Los rozó uno a uno con las yemas de los dedos, y sonrió. Su sonrisa tenía algo agónico en ella.

—Son bonitos —musitó, volviéndose para buscar mis ojos.

Compuse una sonrisa débil.

—Lo son.

—Nunca había hecho nada parecido, Ingrid.

Lo miré sin saber de qué estaba hablando ni por qué parecía tan abrumado.

—¿Nunca habías tocados unos peines?

—Nunca me había enamorado.

—Oh.

Me perdí en sus ojos. Él, en los míos. Me sentí como si hubiera pasado toda una vida, pero quizá no fuera más que un momento de silencio. Con él,

el tiempo trascurría de otro modo. Tenía la impresión de que el mundo giraba más despacio que nunca; que los segundos que pasaban estando a su lado eran mucho más valiosos que todos los demás juntos.

—¿Por qué no? —dije de pronto.

Se tomó unos segundos, en los que no hizo más que estudiarme.

—Me parecía un error. No encajaba con mis planes.

—Entiendo. ¿Y ahora encaja?

Hardy se me acercó sin que su mirada liberara la mía. Nos quedamos plantados frente a frente y nos miramos. Él alzó la mano, me acarició la mejilla y me susurró:

—Ahora mis planes ya no importan. Solo importas tú.

Entonces, le besé. Me precipité hacia él, cogí su rostro entre las manos y le besé como nunca había besado a nadie; como sabía que nunca volvería a besar a nadie. Y él me besó a mí de igual modo, estrellando los labios contra los míos una y otra vez, mordisqueándome y absorbiéndome mientras sus manos bajaban despacio la cremallera de mi vestido dorado y dejaban mi espalda al aire.

Me estremecí cuando sus palmas cálidas se colaron por debajo de la tela de mi ropa y se deslizaron a lo largo de mi columna vertebral. Había fuego líquido corriendo por mis venas, y me estaba abrasando por dentro.

—Me gustaría estar contigo cuando amaneciera —me susurró Hardy, clavando los dientes en el lóbulo de mi oreja, antes de que su boca bajara y se arrastrara por mi cuello.

Miré al techo y sostuve su cabeza entre las manos. La aspereza de su mentón me estaba arañando la piel de entre los pechos. Mi respiración era un jadeo áspero y entrecortado, y me estaban temblando las rodillas. Notaba tanta presión en mi interior que parecía que las entrañas se me estaban licuando.

—El amanecer no importa —dije en un murmullo.

Cerré los ojos y me entregué a la maravillosa sensación de ser tocada por sus manos; besada por sus labios. No había nada más mágico que eso: *sentirle*. Nunca me saciaría de ese deseo.

—Lo que importa es esto —volví a murmurar, hipnotizada por el fuego que él acababa de encender en mi interior—. Tú y yo. Aquí. Ahora.

Levanté su cabeza e hice que me besara en la boca. El hambre se estaba volviendo tan atroz que no encontraba modo de resistirme. Quería más, y

más, y más. Quería fundirme con él y que él se fundiera conmigo. Dos individuos y, sin embargo, uno solo, abandonando toda resistencia. Quería sumergirme, para luego resurgir de las profundidades. Luchar, solo para tener la posibilidad de ceder a continuación. Le quería a él, y le quería de modos que no era capaz de explicarme. Era todo demasiado repentino y demasiado intenso.

Hardy me levantó en brazos y me llevó a la cama, donde me terminó de desnudar. Me fijé en que sus manos temblaban tanto o más que las mías. Me miró a los ojos y yo le miré a él. No teníamos ninguna necesidad de interrumpir el silencio. Nuestras miradas expresaban más que mil palabras juntas.

En cuanto me quedé sin ropa, me abrazó, hundió el rostro en mi cuello y se mantuvo así, inhalándome, respirando mi piel.

—No te vayas nunca —me susurró al oído.

Cerré los ojos y apreté los párpados con fuerza. Era bastante complicado aquello que estaba demandando. Aun así, me las apañé para susurrar:

—No lo haré.

Hardy retrocedió y empezó a cubrir mi desnudez con sus besos. La clavícula, los pechos, el abdomen... sus labios estaban en todas partes, haciendo que cada parte de mi ser despertara a la vida.

Al principio, parecía tímido, como si no deseara asustarme y hacerme correr. Luego, tuve la sensación de que se había convertido en un hombre diferente, alguien ávido e implacable que, en lugar de saciarse, se estaba volviendo cada vez más codicioso.

Durante un tiempo, dejé que se moviera por los dos y que me dominara como había hecho en la pista de baile. Pero la febril pasión que me estaba desgarrando por dentro se estaba convirtiendo en una necesidad tan insoportable que tomé el control y me apoderé de su cuerpo con una desesperación que estuvo a la altura a la suya. Sentía que no podría mantener mis labios apartados de su piel.

Pese a lo terrible de nuestra situación, fue maravilloso amarle. Quizá Margot tuviera razón. Quizá lo nuestro estuviera predestinado a acabar trágicamente, pero supe entonces que valdría la pena. Tenerle entre mis brazos esa noche, besarle y absorberle, compensaba cualquier desgracia venidera. Así que apagué todos mis pensamientos y me entregué a él sin ninguna clase de vacilaciones.



Hardy colocó las palmas encima de las mías, nuestros ojos a la misma altura, sumergidos en un contacto inquebrantable, y atravesó todas las barreras que se interponían entre nosotros dos. Nos besamos y nos lamimos con un hambre tan violento que me asustaba. Bebí el elixir de sus labios, me impregné con el olor de su piel. Le amaba y él me amaba a mí. ¿No era increíble?

En unas pocas horas, había conseguido lo que nadie antes de él había sido capaz: arreglar mi corazón. Sus incesantes caricias, sus ardientes labios, lo recompusieron y lo hicieron latir con más furia que nunca.

No era más que un desconocido del que apenas sabía nada, pero no me importaba entonces. No importaba quién era, de dónde venía, qué había hecho... No tenía importancia alguna, porque entre los brazos de aquel desconocido, renací de mis propias cenizas.

\*\*\*\*\*

No supe lo que realmente significaba hacer el amor hasta que conocí a Hardy Baker. Con él fluyó todo de modo natural, no hubo torpezas ni momentos incómodos. Nadie vaciló. Los dos actuábamos movidos por una abrumadora pasión. Algunas veces, era violenta; otras, increíblemente tierna. Nunca había sentido nada así de desgarrador. Quería que esa sensación durara para siempre.

Pero fue igual de efímera que todo lo demás. Me habría aferrado a ese momento con las dos manos de haber podido. Por desgracia, no era posible. El escaso tiempo del que disponíamos estaba a punto de acabarse.

Mis ojos buscaron los suyos y le dijeron todo lo que mis labios no se atrevían. Le dijeron la verdad: *te quiero, Hardy*. Y también dijeron: *ojalá te hubiese conocido antes. Ojalá te hubiese amado antes. De haber sido posible, me habría gustado poder amarte incluso antes de conocerte, porque ahora es demasiado tarde para nosotros. El barco se está hundiendo, querido mío, y nosotros vamos a bordo.*

Eso dijeron mis ojos. Mis labios, en cambio, susurraron otras palabras.

—Deberías marcharte antes de que los demás se despierten.

Hardy suspiró. Yacíamos desnudos en mi cama, abrazados el uno al otro, y sus dedos se entretenían acariciándome el vello de la nuca. Los dos teníamos los ojos vagando por el cielo, cuya riqueza de colores podíamos

entrever a través del cristal. La luz matutina se dispersaba de tal modo que las porciones azules y rojizas parecían atravesadas por nubes de color violeta, de una intensidad nunca vista. Probablemente, aquel fuera el amanecer más exquisito que yo había contemplado en toda mi vida. Aunque también era un momento de tristeza, porque, a pesar de todo lo que suponía el amanecer, el nuevo día, el comienzo de algo, para Hardy y para mí significaba todo lo contrario. Significaba el final.

—Sí, debería marcharme —susurró abstraído.

Cerré los ojos porque no quería ver cómo se iba. No quería admitirme a mí misma que Hardy y yo solo tendríamos fugaces momentos robados, nada más. No quería que la tristeza de ese pensamiento empañara mi felicidad, por lo que no le miré mientras se estaba vistiendo ni abrí los ojos para ver su hermoso rostro cuando él se inclinó sobre la cama y me dio un beso de despedida. Tampoco lo hice cuando me susurró que me quería. Simplemente, apreté los párpados y aguardé inmóvil a que se marchara.

La puerta hizo un débil ruido al cerrarse, y una lágrima se escurrió por mi mejilla. Ese ruido fue el inclemente juez que dictaminó mi sentencia. Ese sería mi destino a partir de ese momento: le tendría entre mis brazos solo durante unas cuantas horas y luego lo vería marchar. Una, y otra, y otra vez, como una eterna maldición de la que nunca conseguiría escapar, por mucho que luchase contra ella.

## Capítulo 15

Un par de horas después de aquel idílico amanecer, se desató una locura de proporciones casi bíblicas, que nadie habría adivinado al ver la serenidad del cielo a eso de las seis de la mañana. Amaneció tan despejado que estaba convencida de que tendríamos por delante un estupendo día de otoño, con cielos despejados, brisas suaves y temperaturas aún cálidas. Pero no fue así. Al igual que el decorado de un viejo teatro, el escenario cambió gradualmente a medida que avanzaba el día.

El primer augurio fue el viento. Las puntas de los árboles empezaron a agitarse cada vez con más violencia, las ramas golpeaban contra las ventanas de la casa como si fueran a partirlas en millones de añicos, pequeños e inanimados trocitos de cristal, arrojados sobre los suelos de mármol blanco con la misma indiferencia con la que un crupier lanza los dados sobre la mesa de juego.

A alas del viento, llegó la oscuridad. El mundo empezó a apagarse, despacio aunque inexorablemente, hasta que la luz del sol fue engullida del todo por una extraña y lechosa niebla. Y ese no fue más que el comienzo.

A las cuatro y cuarenta y cuatro de la tarde, una fuerte tormenta golpeó de lleno Nueva Orleans, descargando tal tromba de agua que provocó el derrumbé de un puente al oeste de la ciudad y la inundación de varias arterias principales. El alcalde decretó el toque de queda, aun cuando no se trataba de un huracán, por lo que todos los habitantes de la ciudad quedaron atrapados en sus casas.

—No hacen más que sembrar el pánico entre la población. No creo que sea para tanto como para que den el toque de queda —me quejé al escuchar el noticiario que acababan de emitir de imprevisto—. Además, ¿a quién se le ocurriría salir en un día así?

—Más vale prevenir que curar, señora —declaró Annie, la nueva ama de llaves, mientras me servía la merienda—. ¿Ha visto usted lo de Florida? Tantas almas que perecieron ahí, de golpe, en tan solo un par de horas.

—Sí, es terrible —coincidí con pesar—. Estaba en París cuando sucedió, así que no lo viví tan de cerca, pero, por lo visto, quedaron 25.000 personas sin refugio y hubo centenares de muertos.

—¡Cielo santo! ¿Tantos?

—Si no me falla la memoria, sí. Como hablaban en francés, no pude entender del todo lo que decían. Pero sí recuerdo las cifras. Y eran esas. 25.000 personas sin refugio y más de 300 muertos.

Annie se santiguó de prisa.

—¿Cree usted que Dios castigará de ese modo también la ciudad de Nueva Orleans?

Tomé un sorbo de café y le sonreí de manera tranquilizadora.

—Lo dudo.

—Los ancianos aún hablan de la gran tormenta del 15, ¿sabe usted, señora? Yo no vivía en Nueva Orleans por aquel entonces, pero dicen que el día se tornó en noche en menos de cinco minutos, y que todas las alimañas chillaban en sus jaulas, aterradas por el ensordecedor aullido del viento. Debió de ser como el Día del Juicio Final.

—Fue aterrador, sin duda. Pero tenga usted en cuenta, Annie, que esta no es más que una tormenta. Los ancianos hacen referencia a uno de los huracanes más poderosos de la historia de esta ciudad. Es distinto. Una tormenta, por muy fuerte que sea, no produce ni la mitad de la destrucción que causa un huracán a su paso.

Annie se volvió a santiguar.

—Espero que tenga usted razón, señora, porque a mí me da mucho miedo morir ahogada.

—Tranquilícese, Annie. Le prometo que no dejaré que se ahogue usted. Soy una buena nadadora.

Una sonrisa cálida apareció en la comisura de sus labios.

—Es usted una buena *persona*.

Su comentario hizo que la sonrisa muriera encima de mis labios. Recordé el modo en el que Hardy y yo nos habíamos amado encima de la alfombra tan solo un par de horas antes. La tercera o la cuarta vez que habíamos hecho el amor, no lo recordaba con certeza. Lo que sí conservaba bien incrustado dentro de mi memoria era la lentitud con la que sus labios se habían arrastrado a lo largo de mi abdomen, incendiando cada pequeña porción de piel, mientras sus ojos azules sostenían los míos; y el modo en el que sus dientes me habían arañado; y la manera en el que yo había gemido entre sus brazos.

—No, no lo crea usted, Annie —rebatí distraída, y tomé otro sorbo de café. ¿Qué clase de *buena persona* habría cometido un crimen tan atroz como

el mío?

—Si no desea nada más la señora...

Arrancada de mis ensoñaciones, sacudí la cabeza para negarlo.

—No, Annie, muchas gracias. Váyase usted a descansar un rato.

Annie abrió sus ojos marrones de par en par y me lanzó tal mirada de perplejidad que me pregunté si había dicho algo fuera de lugar.

—¿Descansar?! *Madame* Pickford nunca nos permitía descansar antes de las diez de la noche.

—*Madame* Pickford es un monstruo —argüí con gelidez. El nombre de esa mujer aún me provocaba escalofríos—. Y ya no está aquí. Ahora soy yo la que manda, y le digo que se tome un descanso. A mí no me hace falta para nada, pasaré la tarde leyendo, así que no veo razón para que usted esté de pie a mi lado como un soldado escocés. Por no mencionar que trabajar durante dieciocho horas diarias es inhumano. Alguien debería decirle a Pickford que la esclavitud se abolió allá por el 1865. Me parece que no está al tanto de ello.

Annie ahogó una risita y se retiró sin que se lo tuviera que repetir.

*Muchas cosas van a cambiar en esta casa*, pensé satisfecha mientras tomaba mi café. Para empezar, me ocuparía de que nadie trabajara durante más de nueve horas diarias. Organizaría a los empleados por turnos, si hiciese falta, aunque de momento no me parecía necesario. Como estaba sola en casa, tener servicio durante nueve horas lo consideraba más que suficiente.

*Y haré que cada uno de ellos tenga día y medio de descanso a la semana y dos pagas extra al año. Eso, para empezar.*

Eran buena gente y no se merecían el trato al que habían estado sometidos durante años. El reinado de terror de Edna había acabado por fin.

Volví a sonreír y me acabé el café de un solo trago. Sin mejores opciones en un día como aquel, me levanté de la butaca y me dispuse a examinar la enorme biblioteca de los Fairbanks en busca de una buena novela inglesa.

Arrastré una escalera metálica y subí a mirar los estantes de arriba.

*¿Cumbres borrascosas?*

Sacudí la cabeza y empujé el tomo de vuelta a su sitio. Muy deprimente.

Miré distraída los títulos, me lo pensé un rato y finalmente cogí otro libro.

*¿Anna Karenina?*

Por Dios, no. Habría sido demasiado irónico.

*A ver... a ver... Mmmmmm...*

—¿*Un marido ideal*? —leí entre risas—. Me gusta. Utópico, pero interesante. Sin duda, tenemos ganador.

Retiré el libro de la estantería y, con él entre las manos, bajé y me desplomé en el sofá. Sonreí al abrir la cubierta y leer la dedicatoria. El libro era un regalo de Margot a Nick.

—Muy subliminal —murmuré para mí.

Divertida, empecé a leer, y las horas se me fueron volando. El libro era interesantísimo. Tuve que admitir, con los ojos en blanco, que Margot tenía buen gusto también para la lectura. En realidad, ella era la mujer *ideal*, con buen gusto para todo.

*Incluso para hombres*, recordé con fastidio. *A diferencia de ti, ella no se casó con Nick*.

A eso de las seis de la tarde, se fue la luz en toda la casa, y ya no pude leer más. Tampoco funcionaba el teléfono. Intenté llamar a Annie para decirle que no hacía falta que saliera a través de esa tormenta para venir a auxiliarme, puesto que era capaz de encender yo solita los candelabros, pero no conseguí tono, por lo que la pobre Annie cruzó el aguacero nada más quedarnos a oscuras.

—Annie, no hacía falta que viniera. La próxima vez que suceda algo así, quédese en su habitación.

—Me preocupaba que estuviera usted a oscuras —me dijo mientras íbamos encendiendo los candelabros de toda la casa—. Dijeron en la radio que el viento ha derribado varios postes de alta tensión y que hay árboles arrancados de raíz cortando algunas carreteras. Iban a advertirnos de algo más, pero justo entonces se fue la luz. ¿Qué cree usted que querían decirnos?

—Que no saliésemos de nuestra habitación bajo ningún concepto. Ah, y que los señores de las casas grandes procedan a encender sus propias lámparas —me burlé.

Annie soltó una carcajada.

—No, no creo que fueran a decir algo así. Seguro que era algo importante. Puse los ojos en blanco.

—O puede que no. A lo mejor solo pretendían desearnos buenas noches.

—Puede. Nunca lo sabremos. ¿Quiere cenar? Sé que es muy pronto, pero parece que hoy el tiempo corre de otro modo.

Lo negué con la cabeza.

—No. Y si tengo hambre, luego picaré algo. Ahora vaya a descansar. Su

jornada ha concluido. Como bien acaba de decir, parece que hoy el tiempo corre de otro modo.

—De acuerdo. Buenas noches, señora.

—Buenas noche, Annie.

Estaba a punto de encaminarse hacia la puerta de la cocina, cuando la detuve.

—Espere. ¿Adónde va?

Se volvió desconcertada.

—Me acaba de decir que mi jornada ha concluido.

—Sí, pero no me refería que saliera usted de nuevo a la calle. Podría ponerse mala. Escoja una habitación de esta casa y quédese aquí esta noche.

—Pero aquí...

La interrumpí con un gesto de la mano.

—No pasa nada, Annie. Escoja la habitación que le plazca. La de Nick está disponible —le sugerí con una sonrisa burlona, antes de regresar a la biblioteca.

Me serví una copa de coñac y me entretuve encendiendo la chimenea, una tarea que me llevó un buen rato, pero que logré satisfactoriamente. Lo malo era que solo había un cesto de leña ahí dentro, y no tenía ganas de salir a la intemperie a por más, así que resolví que, en cuanto se consumiera la madera, me iría a la cama.

Sentada en un sillón delante del resplandor del fuego, tuve la impresión de que la casa crujía de un modo espeluznante, como si espíritus de otra dimensión estuvieran pululando cual ratas a través de los gruesos muros. Una parte de mí sabía que no eran más que las ráfagas de viento lanzando enormes gotas de lluvia contra la ventana. Aun así, me parecía una tarde siniestra. Lo cierto era que aquella era una casa siniestra.

Al cabo de un tiempo, la madera se consumió, por lo que subí a mi habitación. Apenas eran las nueve de la noche. Me quité el vestido, me puse el camisón y empecé mi rutina diaria delante del tocador. Las noches de tormenta podían ser muy aburridas cuando estabas sola en casa.

El crujido de la puerta me hizo tensarme y alzar bruscamente la mirada hacia el espejo. No sé qué era lo que esperaba encontrar a mis espaldas, si un espíritu vengativo o a Edna Pickford con un cuchillo de carnicero (era la noche perfecta para cometer un asesinato, y Edna tenía suficientes razones para desear un *jeficidio*), pero, desde luego, no esperaba ver a Hardy Baker

en el umbral, con la ropa empapada y gotas de lluvia deslizándose en arroyos desde su cabello moreno hasta por debajo de su barbilla. Me dejó demudada.

Mis ojos le miraron por unos segundos desde la palidez de mi rostro, y los suyos, azules y enormes, me sostuvieron la mirada a través del cristal.

—Hardy, ¿qué haces aquí?

Vi que tragaba saliva y que parecía bastante turbado.

—Necesitaba... verte.

Me volví en mi silla y compuse una sonrisa para él. A mis espaldas, escuché un fuerte trueno que me hizo sobresaltarme.

—No debiste haber salido de casa en una noche así.

Hardy se echó hacia atrás el cabello mojado y luego se secó la humedad encima de su pantalón.

—La tormenta no era razón suficiente como para mantenerme alejado de ti —musitó mientras cerraba la puerta de mi habitación, echaba la llave en la cerradura y se volvía hacia mí.

El corazón se me detuvo por completo, y luego se aceleró con ira. Me levanté de la silla como una autómatas y lo miré con ojos desorbitados. Él, con pasmosa tranquilidad, vino hacia mí, me rodeó la espalda con una mano y me arrastró hacia su pecho. Sus labios fueron al encuentro de los míos, y yo gemí al notar la invasión de su lengua dentro de mi boca.

Hardy tomó el control sobre nuestro beso, guiándome a través de todas esas oleadas de deseo que recorrían mi cuerpo. Me besó durante mucho tiempo. Minutos, horas... ¿Cuánto había pasado? No lo sabía.

—Hoy ha sido el día más largo de toda mi vida —me susurró, dejando caer la frente contra la mía—. Y siempre será así a partir de ahora.

Miré sus labios, húmedos e hinchados. No podía ver sus hermosos ojos. Estaban enfocando mi boca, como si estuviera planeando atacarla de un momento a otro.

—¿Por qué? —pregunté, también en susurros.

—Porque el día es lo único que me separa de ti, Ingrid. Solo puedo tenerte durante la noche, y esa idea me atormenta, porque te necesito a mi lado a todas horas.

Me mordí el labio por dentro.

—Me tienes ahora... —señalé débilmente.

Las esquinas de la boca de Hardy se alzaron un poco.

—Cierto. Te tengo ahora, y pienso aprovechar cada instante hasta el



amanecer.

Cogió mi rostro entre las manos y me volvió a besar, con tal pasión que sentí cómo los contornos y mi propio cuerpo se derretían. Eché la cabeza hacia atrás y abrí la boca para poder gemir. Los labios de Hardy se arrastraron por el delgado tallo de mi garganta. Mis manos se hundieron en los húmedos mechones de su cabello y tiraron de ellos. Mi espalda se apoyó torpemente contra el armario. Su erección empujó contra mi vientre.

Yo no era más que una mujer deshaciéndose en un océano de sensaciones prohibidas.

—No sabes cuánto te necesito —me susurró Hardy, antes de rodear uno de mis pechos entre sus labios, a través de la tela del camisón.

Me arqueé hacia arriba y pedí a Dios que se apiadara de mí. Quería ser buena y recta, y seguir Sus enseñanzas, pero el pecado me arrastraba inevitablemente hacia él. Y lo peor de todo era que ni siquiera me importaba.

Me enderecé y empecé a deshacer la corbata de Hardy con movimientos bruscos. Tiré de ella y la lancé al suelo, y luego me apresuré a desabotonar su camisa azul. La dejé caer al lado de la corbata y arrastré los dedos por su torso, fascinada por su dureza. El pecho de Hardy subía y bajaba deprisa, y su piel estaba helada. Le hice retroceder hasta que tropezó con la cama, y ahí le empujé hacia atrás. Cayó encima del colchón y me miró con el ceño fruncido. Sonreí y me incliné sobre él, haciendo que se tumbara.

—Ingrid...

—Chissss, amor mío. Tú no digas nada.

Me senté encima de su erección y empecé a besar su piel, húmeda a causa de la lluvia. Al principio, arrastré los labios por la áspera sombra que cubría su mandíbula. Luego, bajé por su cuello y lamí su pecho. Cuando llegué a la altura del abdomen, Hardy se tensó y hundió las manos en mi cabello. Le sonreí mientras bajaba la cremallera de su pantalón.

Las pupilas de Hardy se oscurecieron y su respiración se volvió pausada. Mis labios bajaron por su pelvis. Los músculos de su abdomen se endurecieron como el hierro cuando pasé la lengua por la punta de su miembro. No sabía exactamente cómo había que hacerlo, pero quería hacerlo a toda costa. Quería conocer cada parte de su cuerpo, tal y como él había conocido una noche antes cada pequeña parte del mío.

Cogí su erección con la mano y deslicé la boca hacia la base, para luego volver a subir. La expresión carnal que vi impresa en el rostro de Hardy me

hizo sospechar que iba por muy buen camino, así que seguí. Un rayo estalló justo encima de nosotros, y el trueno fue ensordecedor, pero no tuve tiempo de preocuparme por ello. Por fin tenía lo que siempre había deseado: amor, y noches de tormenta, y pasión.

Las fuertes manos de Hardy me cogieron el rostro y me hicieron subir. Tiró de mí desde abajo y me besó en la boca casi con furia. Gemí y me moví encima de la dura carne que empujaba contra mi sexo.

—Te quiero —me dijo.

Le dediqué una sonrisa atormentada.

Los dedos de Hardy se colaron entre nuestros cuerpos y tiraron de mi ropa interior hacia abajo. Sus movimientos eran urgentes, un poco torpes quizá. Sin quitarme el camisón, me hizo sentarme de nuevo encima de él y empujó para abrirse paso hasta mis entrañas. Me tensé alrededor de esa invasión y la estrujé con fuerza, y Hardy cerró los ojos y gruñó.

—Ven aquí —musitó, cogiéndome por la nuca para volver a acercar mi boca a la suya.

Me besó, al mismo tiempo que entraba y salía de mí. La lluvia repiqueteaba contra el techo. El viento sacudía las paredes y las ventanas de la casa, como si fuera a arrasarlo todo. Los labios de Hardy ardían sobre los míos. Su esencia estaba dentro de mí. Sus fuertes brazos y su olor me envolvían. No quería que esa noche de tormenta acabara nunca.

—Ingrid, amor mío... Quédate conmigo...

Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás y grité. Ni siquiera me preocupaba que Annie me escuchara. Nada me preocupaba entonces. Hardy se había incorporado, me había agarrado por las caderas y me movía contra su cuerpo con las dos manos. Sus sacudidas eran pausadas, se sumergía en mí con movimientos suaves y controlados, mientras los dos luchábamos por recuperar el aliento.

Estaba al borde del abismo, lo cual me impulsó a moverme más deprisa. La boca de Hardy registró una sonrisa apenas perceptible.

—¿Más fuerte? —me susurró, besando la comisura de mis labios.

—¡Sí! —le grité mientras me movía con más ímpetu.

Hardy aumentó el ritmo, se volvió incansable, implacable. La presión en mi interior aumentaba cada vez más.

—No te resistas, tesoro —me susurró Hardy con inefable dulzura, al mismo tiempo que amasaba uno de mis pechos.

Delirante, lancé la cabeza hacia atrás y me dejé llevar. No tenía modo de luchar contra algo tan arrasador como aquello. Hardy volvió a deslizar los dedos entre los mechones de mi cabello y atrajo mi boca hacia la suya. Mientras me besaba fuerte, noté cómo se tensaba en mi interior, se sacudía y empujaba dentro de mí su simiente caliente. Era la primera vez que lo hacía, y eso me dejó anonadada.

—Hardy, acabas de...

—Márchate conmigo —suplicó, con los dedos tensos en mi cabello.

—No puedo llevar a buen término los embarazos —confesé, con los ojos de pronto humedecidos—. He perdido unos cuantos, y lo más probable es que ni siquiera pueda volver a concebir, así que lo que acabas de hacer, en realidad no importa.

—Me da igual. Te quiero. Cásate conmigo.

Cerré los ojos y dejé caer la frente contra la suya. Sus manos no se relajaron en absoluto, me seguían sujetando el pelo con fuerza.

—Estoy casada.

—Déjale...

Abrí los ojos para mirarle.

—Hardy, no puedo —susurré con voz derrotada.

Sus ojos azules se clavaron en los míos.

—¿Por qué no?

*Cierto, Ingrid, ¿por qué no? Ni yo misma sabía qué era lo que aún me mantenía al lado de Nick. ¿Por qué no me lanzaba al vacío con Hardy?*

—Mis... padres, ellos me odiarían. Nunca volverían a hablarme.

Una de las manos de Hardy liberó mi cabello y me rozó la mejilla.

—Yo lo dejaría todo para estar contigo —me susurró, mirándome a los ojos—. Ningún precio sería lo bastante alto para mí.

—Tú no estás casado. No lo entiendes, mi situación es complicada. Nick nunca me concedería el divorcio.

—¿Cómo lo sabes si ni siquiera has intentado pedírselo?

Mis ojos escrutaron su hermoso y súbitamente pálido rostro.

—No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo.

—Te estoy pidiendo que me quieras —repuso con dureza.

—¡Y te quiero! —grité.

Hardy me soltó y se retiró. Me apartó con suavidad, se bajó de la cama y empezó a vestirse.

—No lo parece —musitó al cabo de unos tensos segundos, mientras se anudaba la corbata al cuello.

Me levanté de la cama, me fui hacia él y lo cogí por los hombros.

—Hardy, querido, necesito algo de tiempo. Todo esto, lo que me estás pidiendo, es muy precipitado. Yo tengo que... tengo que...

—¿Le quieres?

Entreabrí los labios y mi ceño se arrugó.

—¿Qué?

—Que si le quieres. A él.

Sacudí la cabeza al punto.

—No, claro que no. ¡Te quiero a ti!

—Entonces, lo tienes fácil para decidir, Ingrid.

Lo miré aterrada.

—¿Por qué me haces esto?

—¡Porque te quiero! —rugió. Me cogió por los brazos y me sacudió con suavidad—. ¿Lo entiendes? *Te quiero*. Y cuando quieres a alguien, te mata la idea de compartirlo.

—No me estás compartiendo. Soy solo tuya. Nick y yo... Nosotros no... Ya no... Bueno, ya sabes.

—Me da igual que ya no te acuestes con tu marido. Lo que estamos haciendo, no es respetable, Ingrid.

No di crédito. ¿De qué demonios estaba hablando? ¿Desde cuándo le importaban cosas así?

—¡¿Y traficar con alcohol es respetable?!

El rostro de Hardy se encendió como si le acabara de abofetear.

—¿Es ese el problema? ¿No quieres casarte conmigo porque no formo parte de tu ilustre mundo? ¿Un campesino como yo solo para vale un revolcón rápido?

Verle tan herido apagó la chispa de ira que se había encendido en mis entrañas, la convirtió en derrota.

—¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo? ¡No quiero casarme contigo porque ya estoy casada, y sé que si Nick se enterara de lo nuestro, no descansaría hasta destruirnos! Nunca me dará el divorcio, ¿lo entiendes? ¡Nunca!

Sus manos se soltaron con ternura del agarré de las mías.

—Tengo que irme, Ingrid —me susurró.

Esa idea me aterró. Había algo en sus ojos, una vaguedad que me

inquietaba. ¿Y si era definitivo? ¿Y si ese era el fin de algo que acababa de empezar?

—Pero... ¿volverás?

Hardy se quedó mirando hacia la nada y sacudió la cabeza despacio.

—No lo sé.

Abrió la puerta y se marchó, dejándome ahí, en mitad de la estancia, con la garganta constreñida y una máscara de horror dibujada encima del rostro.

Al escuchar la puerta principal cerrándose, me dejé caer encima de la alfombra y rompí a llorar.

\*\*\*\*\*

Pasé mucho tiempo en esa alfombra, en postura fetal, y pensé; pensé en todo. Pensé en la propuesta de Hardy de marcharnos juntos de Nueva Orleans, pensé en las razones que me habían instado a negarme. ¿Por qué me había negado, en el fondo? No podía ser por falta de amor, de eso estaba segura, ya que la simple idea de que ese fuera el fin de nuestra relación me desgarraba por dentro. Nunca había sentido un dolor mayor. No podía perder a Hardy. Era incapaz de tomar en cuenta la posibilidad de que él no regresara a mí; de que no volviera a tenerle entre mis brazos; de que nunca más sentiría el calor de su boca derritiendo mis reservas. No, no podía tolerarlo.

Entonces, ¿por qué seguía ahí, en ese castillo que siempre me había asfixiado? ¿Por qué aún era la señora Fairbanks? ¿Por qué me negaba a convertirme en la señora Baker?

Me levanté del suelo y me acerqué al espejo. Miré la expresión de piedra que cubría mi rostro, miré mis cabellos despeinados; las marcas de las lágrimas que se habían secado encima de mis mejillas... Y lo supe.

Tenía miedo de irme. No, no era miedo. Era *pavor*. Me asustaba la idea de que todo cambiara. Hardy me quería ahora, porque no le pertenecía por completo. ¿Pero se mantendrían intactos sus sentimientos después de conseguirme? ¿Seguiría amándome entonces, cuando me viera día tras día, en mis peores facetas? ¿Seguiría amándome cuando perdiera a sus bebés, o cuando envejeciera; cuando mi piel dejara de estar tan tersa y mis ojos se volvieran apagados?

Eso era lo que tanto me arredraba, la idea de que, en el fondo, Hardy fuera como Nick. ¿Acaso no había dejado Nick de amarme en cuanto me obtuvo?

¿Cómo sabía que Hardy no haría lo mismo? No sabía nada sobre él, ¡sobre su vida! ¡No le conocía! Hardy Baker no era más que un desconocido con el que había bailado un tango y había hecho el amor un par de veces. ¿Cuánto iba a durar su enamoramiento?

Me asustaba pensar en que, yéndome con él, nuestro amor moriría mucho antes, por eso me aferraba con las dos manos a esa vida, a la vida de la señora Fairbanks, una mujer casada, enamorada de un hombre que siempre la veía en sus mejores momentos. Nunca triste, nunca deprimida, nunca furiosa. Siempre con una sonrisa en los labios, porque el tiempo era demasiado corto como para desperdiciarlo. Cuando tenemos algo, no sabemos valorarlo. Los adultos no somos más que niños deseando un juguete. Tener el juguete ya no nos entusiasma, porque de inmediato queremos otro, uno más nuevo, más reluciente, más bonito. ¿Ero era yo para Hardy Baker? ¿Un juguete de uso único?

No lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo?

## Capítulo 16

Ver a Nick parado en el umbral del comedor no me produjo ningún sentimiento. Lo miré con desapego, y luego volví a bajar la mirada hacia mi cena.

—¿Qué haces aquí? —susurré, al ver que él no hablaba ni se movía.

Entró por fin y avanzó con cautela hacia mí.

—Tenía que verte.

Se arrodilló al lado de mi silla y cogió mi mano entre las suyas. Me sacudí con tanta ira que Nick frunció el ceño.

—Ingrid, nena, lo siento.

Clavé la mirada en un jarrón de flores que Annie había colocado encima de un sólido aparador de madera de roble. No había ni una idea circulando por mi mente. Nada, salvo el vacío, el mismo que lucía en mi mirada. Y nada tenía que ver con Nick, sino con mi pelea con Hardy. Se había marchado la noche anterior y no había sabido nada de él desde entonces.

—Ingrid.... Di algo. Grítame, pégame, pero reacciona.

—No me importa lo tuyo con Candy. Por mí, como si te mueres, Nick.

Nick, vencido, bajó la mirada al suelo.

—No era esa la reacción que esperaba.

Moví la mirada hacia él y lo observé con indiferencia.

—¿Y qué esperabas?

—La última vez vi dolor en tus ojos.

—La última vez, me importabas. Ahora ya no.

Nick parecía herido por mis palabras. Me daba igual. Todo me daba igual. El mundo bien podría haberse acabado esa misma noche y no me habría importado en absoluto.

—Por favor, cariño, lo siento. No sabes cuánto lo siento.

—¿El qué? ¿Mentirme? ¿Traicionarme? ¿Haber matado mi amor por ti? ¿Qué es lo que sientes, *Nicky*?

Mi aplomo y mi gelidez le desconcertaban. En París había destrozado una habitación de hotel al enterarme de su aventura. Ahora ni siquiera parpadeaba. Nick no estaba acostumbrado a esa nueva reacción.

—Lo siento todo —gimió, apretándome los dedos con fuerza.

Por fin le miré. Le miré de verdad.

—Lo único que sientes es que te haya pillado —declaré con frialdad.

Volví a apartar su mano, me levanté de la silla y abandoné la estancia con la espalda bien erguida.

Podría haber llamado a Hardy para decirle que Nick estaba en casa, pero no lo hice. Sabía que él no vendría. Lo había visto en sus ojos antes de que se marchara, y estaba cada vez más convencida de ello. Hardy se había marchado. Probablemente, para siempre. Mis miedos y mis reservas le habían ahuyentado. ¿Qué importancia tenía todo lo demás?

Entré en mi habitación, me senté delante del tocador y me perdí en mi vaguedad. Mi mente pegó saltos de una idea a otra, sin que nada se concretara dentro de mi cabeza. Me sentía inmensamente infeliz.

Alguien llamó a la puerta.

—Vete, Nick. No estoy de humor para verte.

—Soy yo, señora.

—Oh. Pase, Annie.

Annie entró cohibida y se quedó en mitad de la habitación, alisándose constantemente la falda.

—Ha llamado la señora Ellroy —dijo por fin.

—¿Y qué quería?

—Saber si iba a llegar pronto.

La miré sin entender.

—Llegar pronto, ¿adónde?

—Mencionó una noche de asesinatos.

Entrecerré los ojos. Se me había olvidado la fiesta de Margot, al más puro estilo Sherlock Holmes. Primero había que resolver un asesinato y luego tocaba emborracharse.

*Maldita sea, ¿cómo se me ha podido olvidar?*

Desvié la mirada hacia el reloj y calculé el tiempo que me haría falta para prepararme.

—Llámala y dile que llegaré cuando el culpable esté ya ahorcado.

—De acuerdo. El señor la esperará en el salón.

Puse los ojos en blanco.

—Como no. Muy bien, Annie. Gracias.

\*\*\*\*\*

Cuando bajé, casi una hora después, Nick estaba delante de la ventana, con



una copa entre las manos. Se volvió al escuchar el sonido de mis tacones. Me lanzó una mirada de arriba abajo, se fijó en mi vestido de noche y en el adorno que llevaba en el pelo. Sus ojos se pasearon por mis labios pintados de rojo y subieron para encontrarse con los míos. Supuse que debió de ver el mismo vacío de antes, ya que mis sentimientos no habían cambiado desde entonces. Sí, me había puesto un bonito y brillante vestido, pero me sentía igual de rota por dentro que antes.

—Estás guapa. Te sienta bien el negro.

—¿Nos vamos?

—Claro.

Dejó la copa encima del aparador, vino hacia mí con sus andares de *dandy* y me ofreció su brazo. Le volví la espalda, y Nick suspiró.

Durante el corto trayecto en coche, no dijo nada. Tan solo habló cuando nos detuvimos delante de la mansión de los Ellroy.

—Menuda tormenta ayer, ¿verdad? Toda la ciudad está sumergida en lodo.

—Mmmm.

Me eché el chal sobre los hombros y subí las escaleras deprisa. Nick me siguió resoplando. Mi mutismo le afectaba más que cualquier escena. Ojalá lo hubiese sabido antes. Lo habría puesto en práctica cuando aún me importaba mi matrimonio.

El mayordomo abrió la puerta, y todo se volvió confuso.

Nada más entrar, vi a Hardy. Y él me vio a mí. Me miró con esperanza, casi con alegría. Sus ojos parecían sinceros como los de un niño, su incipiente sonrisa desvelaba alivio y puede que un poco de felicidad.

Pero, de pronto, el rostro de Hardy se nubló, como si una poderosa tempestad estuviera amenazándolo. Sus ojos oscurecieron, su mandíbula se tensó. Nick acababa de entrar y había colocado la mano en mi cintura. Bajé la mirada hacia esos largos y delgados dedos y los aparté de una sacudida. Sin embargo, eso no devolvió la expresión anterior al rostro de Hardy.

Dejó la copa encima de la mesa, vino hacia nosotros y nos miró a los dos. Creí que iba a desmayarme, tanto había palidecido mi rostro.

—Señora Fairbanks, señor Fairbanks. ¿Me disculpan?

Me aparté como una autómatas, y él aprovechó para darme la espalda y marcharse. Estuve a punto de venirme abajo, tenía muchísimas ganas de llorar. Había visto el dolor y la decepción en sus ojos cuando estos me habían

mirado por poco más de cinco segundos, y eso me mataba.

—Bah. ¡Qué tipo más raro! —exclamó Nick—. No sé qué es lo que le ve todo el mundo.

\*\*\*\*\*

Esa noche lloré hasta quedarme dormida. La expresión derrotada de Hardy aún me desgarraba por dentro y no era capaz de retener las lágrimas. Estar en la fiesta de Margot durante dos horas después de que él se marchara, fingir todas esas sonrisas cuando lo cierto era que me estaba muriendo por dentro, fue lo más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida. Pero lo hice. Fingí una sonrisa y fingí que mi mundo no se había venido abajo tan solo unos minutos antes.

Solo cuando estuve arropada por la oscuridad de mi dormitorio pude dar vía libre a todo ese aplastante dolor. Le abrí la puerta y lo dejé fluir por mis venas, porque si me derrumbaba ahí, nadie iba a saberlo nunca.

Así que me derrumbé. Y, finalmente, me dormí.

Volví en mí cuando noté un movimiento extraño a mi espaldas y unos cálidos brazos a mi alrededor.

—Como no salgas de mi cama ahora mismo, juro que te mataré, Nick —gruñí, sin tomarme la molestia de abrir los ojos.

—Así que es cierto que no duermes con él.

Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Estaba soñando?

—¿Hardy? —susurré dubitativa.

—El mismo.

La sangre empezó a correr con tanta prisa por mis venas que sentía su latir en mis oídos.

—¿Qué haces tú aquí? —volví a susurrar, esforzándome por conseguir una voz sin modulaciones.

—Cuando te vi con él en la fiesta de Margot, estaba confuso, Ingrid. No sabía si quería morirme o matarle, así que me marché. Estuve dando un largo paseo y, pensándolo con más calma... ¿Sabías que el aire fresco te despeja la mente? Es curioso lo mucho que...

—Te vas del tema —interrumpí con impaciencia, consciente de que mi marido estaba a solo dos habitaciones de distancia y de que había un hombre en mi cama.

—¿Cómo dices? —Hardy necesitó un segundo para darse por enterado—. Ah, sí, cierto. Bueno, lo que pretendía decir es que paseando esta noche me di cuenta de que, de haber hecho cualquiera de las dos cosas (matarle o morirme, quiero decir), te habría perdido para siempre. Y no puedo perderte. Por lo que... heme aquí, en tu cama, suplicándote que me... —tragó saliva y se esforzó por esbozar una sonrisa fugaz— que me *permitas* formar parte de tu vida.

Habló despacio y casi sin aliento, y yo lo miré descolocada, sin apenas entender lo que me estaba pidiendo.

—¿Qué es lo que quieres exactamente, Hardy?

Sus ojos vagaron por todo mi rostro. Frunció el ceño y agitó la cabeza.

—Ni yo mismo lo sé. Solo sé que te quiero.

Dejé caer los párpados y cogí una buena cantidad de aire en los pulmones.

—Y yo te quiero a ti —musité, con un nudo en la garganta.

Las cálidas manos de Hardy me rodearon el rostro y me lo acariciaron.

—Si quieres seguir con él, lo entiendo.

Lo negué despacio.

—Sabes que lo daría todo por poder marcharme contigo esta misma noche.

—Pero no puedes —repuso, para estar seguro de ello.

—Pero no puedo —corroboré en un susurro.

Por unos segundos, Hardy rehuyó mi mirada. Después, me miró a los ojos con fijeza.

—Lo entiendo.

Se inclinó sobre mí y me besó los párpados. Estaba tan confusa que no sabía si ese era su modo de despedirse de mí.

—Hardy, yo... —intenté decir.

—Buenas noches, Ingrid.

Me quedé en la cama, con el rostro contraído en una expresión distraída. ¿Qué sería de mi vida a partir de ese momento? Sabía que tenía que decidirme de un vez, pero aún necesitaba un poco más de tiempo. Solo para... para asegurarme de que Hardy me amaba de verdad.

\*\*\*\*\*

Tropecé con Nick en el comedor. Estaba desayunando sus huevos pasados

por agua. Me pedí un café y me dejé caer en mi sitio habitual.

—Se me hace raro este lugar sin Edna. ¿A ti no?

—Deploro su pérdida cada minuto de mi lamentable vida carente de sentido —contesté secamente.

Nick frunció los labios. Aun así, su sonrisa fue más que evidente.

—¿Estás de buen humor hoy? —me preguntó, mirándome a la cara.

Me encogí de hombros.

—Depende. ¿Te irás a Nueva York y me ahorrarás el dudoso placer de verte todos los días?

Soltó una carcajada.

—Disimular no es lo tuyo, ¿verdad, mujer?

Hice una mueca con los labios. Y no contesté nada más. Nick se limitó a preocuparse por su desayuno durante un rato.

—Ingrid, ¿en qué punto estamos? —soltó en un impulso.

Centré la mirada en la tostada que Annie me había servido y que yo aún no había tocado.

—Creo que lo llaman punto muerto, Nick. No estamos en ninguna parte.

Nick me cogió la mano por encima de la mesa.

—Te echo de menos.

Esbocé una sonrisa irónica.

—¿No te basta Candy?

—Ella solo es una diversión pasajera. No significa nada para mí. Tú, en cambio, eres mi esposa. Y siempre lo serás.

—Sí, *siempre* lo seré... —coincidí abstraída—. ¿Cuándo regresas a Nueva York? —insistí, con énfasis.

Nick gruñó irritado.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista? —Me miró como si esperara una contestación, pero mi única reacción fue enarcar una ceja con aire apremiante. Nick suspiró y puso los ojos en blanco—. Me iré esta misma tarde. Ha quedado claro que no me quieres aquí.

—Bien.

Lancé la servilleta encima de la mesa, me levanté de mi silla y me fui, sin haber tocado siquiera el desayuno.

\*\*\*\*\*

Me encaminaba hacia la destrucción. Lo supe la noche en la que acudí a una fiesta en casa de los Winters y vi a Hardy sentado al lado de Greta, contándole algo muy gracioso, a juzgar por cómo se reía ella. Me convencí de que iba camino al caos porque el cúmulo de sentimientos que batallaban en mi interior no me eran en absoluto familiares. Había sentido celos antes, muchísimas veces, pero nunca algo tan aplastante como aquello.

—¿Qué hace él aquí? —le susurré a Sibyl, que nada sabía de mi relación con Hardy. Y, por cierto, ¿qué había que saber? También estábamos en punto muerto, puesto que no lo había vuelto a ver después de esa noche en la que se había colado en mi habitación.

—Le he invitado yo. Es mi fiesta de compromiso, y Hardy es un buen amigo. No podía faltar, ¿verdad?

Le lancé otra mirada furtiva a Hardy, y me sentí turbada al comprobar que estaba sacando a bailar a Greta.

—Claro —me las apañé para balbucir.

Herida y humillada en mi ego personal, me dejé caer en una silla y me limité a mirarlos con total descaro. No sé el tiempo que estuve observándolos tan fijamente. Regresé en mí cuando Margot se dejó caer a mi lado y me cogió de la mano. Solo entonces aparté la mirada de la alegre pareja danzante.

—Afloja un poco, compañera. La gente está hablando.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de las extrañas miradas que me dirigían los demás invitados.

—¿Y qué están diciendo? —pregunté con mordacidad.

Margot dio un sorbo a su copa, miró a Hardy y luego me miró a mí.

—Que estás enamorada de él.

Solté una carcajada.

—Y lo estoy.

—Sí, pero no hace falta que se publique en el *Post*, así que disimula un poco. Pareces una mujer despechada. ¿Habéis discutido?

Me encogí de hombros.

—No estoy muy segura. Él es... complicado.

—No tolera esta situación, ¿verdad?

—No...

—No parece el tipo de hombre al que le guste compartir a una mujer.

—Porque no lo es.

Margot lanzó otra mirada a Hardy y a Greta, y suspiró.

—Así que quiere más —afirmó sin rastro de duda en su voz.

—Supongo.

Volvió a suspirar.

—Hagas lo que hagas, alguien va a salir herido, Ingrid. Solo asegúrate de que no seas tú.

Se levantó y se marchó bajo mi mirada perpleja. Margot y yo nunca habíamos sido tan buenas amigas. El hecho de que yo tuviera una aventura extraconyugal parecía unirnos.

Mientras permanecí ahí sentada, mirando fijamente a Hardy (el cual fingía no haberme visto), me pregunté si Margot había tenido alguna vez una aventura fuera del matrimonio. Y, en caso afirmativo, ¿con quién? ¿Con Nick, a lo mejor? ¿Por eso estaba de mi parte ahora?

Dejé de pensar en eso cuando Hardy le susurró algo a Greta. Mis ojos se oscurecieron debido a los celos. Intenté leer sus labios.

—*¿Me quieres?* —me pareció que le decía él.

—*¿La mercancía está en su lugar?*—contestó Greta.

—*Anoche cené un bocadillo de mandarinas.*

¡Maldición! Era incapaz de leer los labios. Solo podía estar ahí sentada y atormentarme a mí misma con las palabras que imaginaba que él le estaría diciendo.

Cuando salió por fin a la terraza, ya no pude controlarme más y fui tras él. Me daba igual quién me viera. Teníamos que hablar.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —grité, empujando la puerta del balcón con el hombro.

Hardy se volvió asombrado, con el cigarro colgándole de los labios.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Qué demonios estás haciendo con esa pelandusca? —rugí, y Hardy se mordió el labio para retener la risa—. ¿Te parece gracioso? —me ofusqué, cada vez más furiosa con él—. ¿Sabes?, para no querer ser como Nick, te pareces bastante a él.

Mi acusación consiguió quebrantar su fachada de aplomo. Me cogió por la muñeca y me arrastró hacia él.

—Yo... *no...* soy... tu... marido —gruñó entre dientes, con sus amenazadores ojos azules clavados en mis labios.

Quise abofetearle, pero me estaba sujetando por la mano derecha, y era

consciente de que con la izquierda pegaba como una chiquilla. Así que tuve que emplear palabras para conseguir herirle.

—Gracias a Dios, no.

—¿Y eso qué quiere decir? —se enfureció Hardy. Como no dije nada, me sacudió un poco la muñeca para hacerme reaccionar—. ¡Contéstame!

—Espero que seas muy feliz con Greta.

—¿Estás celosa? —me propuso, con una sonrisa malévola.

Alcé la barbilla con aire digno.

—En absoluto. Solo me preocupa la sífilis. No me gustaría que me la pegaras.

Los ojos de Hardy se alzaron hacia los míos. Sonrió, y no me gustó para nada la arrogancia que vi en ese gesto.

—Estás muerta de celos, y me alegro.

—¡Te alegras! —bufé, incrédula y herida.

—Sí. Me alegro. Así sabrás por lo que paso yo desde que te conozco. Cada vez que te veo quiero arrancarte la ropa y besar cada pequeña parte de ti, pero no puedo hacerlo, porque no eres mía. ¿Y sabes qué es lo que siento siempre que pienso en ello? *Desesperación*. La misma desesperación que estás sintiendo tú en este momento.

Asentí despacio.

—¿Y eso te divierte? —le susurré. Mi ira se había apagado. Ahora solo me quedaban la derrota y el tormento.

Hardy alzó la mano y me rozó la comisura de la boca con las yemas de sus dedos.

—No. Al contrario. Eso me duele de modos que no sabría explicarte, porque ni yo mismo los comprendo —susurró al cabo de unos segundos y, cuando lo miré, vi sinceridad en sus ojos.

Bajé la mirada al suelo y cabeceé.

—Desde que te conozco, no he tenido ni un solo instante de paz —le dije.

—Ni lo tendrás.

Supe que él estaba en lo cierto, por lo que le di la razón con un gesto de cabeza.

—Estoy perdiendo el control sobre cada uno de los aspectos de mi vida —confesé en un murmullo.

—No. Lo estás recuperando —rebatí Hardy, atrayéndome hacia él—. Lo estás recuperando, tesoro —murmuró mientras su boca estaba cada vez más

cerca de la mía.

Miré las dos líneas de expresión que rodeaban sus sensuales labios y pasé las puntas de los dedos por encima de ellas. Hardy cerró los ojos y aspiró fuerte.

—Hardy...

Levantó los parpados para mirarme.

—¿Mmmm?

—Bésame...

Hardy sonrió un poco.

—Ven aquí.

Me cogió por la nuca y me acercó hasta que nuestros labios se rozaron suavemente. Ni siquiera me besó, tan solo mantuvo inquebrantable esa casta unión.

Los dos temblábamos de deseo, y los dos nos moríamos de ganas de más. *Solo un poco. Un poco más...*

Me aferré a su ancha espalda y aplasté el pecho contra el suyo. Hardy me rodeó en un abrazo. Entonces, alguien abrió la puerta del balcón y yo retrocedí de un salto. Recé para que fuera Margot, pero cuando me giré, me encontré a la señora Ferguson, toda pálida y con los ojos fuera de órbitas. Quise decirle algo, pero no se me ocurrió nada, así que, simplemente, lo dejé estar. Había sido lo bastante cobarde como para no tomar la decisión de abandonar a Nick y hacer malabarismos con fuego. Ahora todo dependía de esa buena mujer. La decisión había dejado de ser mía. En ese momento le correspondía a ella. Mi vida, mi futuro, ¡todo!, estaba en sus manos.

—¿Me disculpáis? —balbucí.

Pasé por delante de ella y la miré a los ojos. La reté a que confesara mi secreto. Y ella me devolvió una mirada a la altura.



## Capítulo 17

Me parecía ridículo lo que estaba sucediendo en Nueva Orleans. Después de que la señora Ferguson me sorprendiera abrazando a Hardy en la fiesta de los Winters, tenía la impresión de que todo el mundo sabía que llevaba semanas acostándome con él, y no entendía por qué les importaba tanto mi vida sentimental. Sí, tenía un amante. ¿Y qué? Las mujeres tenían amantes desde la prehistoria. Desde reinas y emperatrices, hasta campesinas y criadas, las mujeres poseíamos la capacidad de amar. ¿Qué tenía eso de malo? ¿Acaso por ser mujer no me merecía un poco de felicidad? Si el hombre tenía una amante, era digno de alabanzas. Menudo espécimen. En cambio, si una mujer se permitía tales libertades, era una mujerzuela, una cualquiera, una pelandusca, ¡una abominación de la naturaleza!, y había que lapidarla. Bah.

Empecé a no dar un comino por la opinión pública, por lo que, siempre que coincidía con Hardy en una fiesta, me sentaba a su lado. Y cuando me invitaba a bailar, aceptaba. No lo besaba abiertamente delante de la gente, había sido una desfachatez, pero había dejado de ocultarme en la oscuridad de mi fortaleza. Coincidíamos en lugares públicos y fingíamos ser amigos, muy buenos amigos. Y me daba igual lo que ellos dijeran.

El único problema era que mi marido no compartía mi sentimiento de indiferencia. Al cabo de un par de semanas de habladurías, Nick me llamó por fin. Me pareció que había tardado demasiado en enterarse.

—La gente habla en Nueva Orleans, Ingrid. Y los rumores han llegado hasta Nueva York.

Puse los ojos en blanco. Conociendo a la gente, me asombraba que los rumores no hubieran llegado hasta Moscú.

—¿Y qué es lo que dice la gente, Nick? —pregunté solo por cortesía. En realidad, me daba igual. Ya sabía lo que decían sobre mí.

—Que no tienes ningún pudor.

Solté una risa de desprecio.

—Vaya travesura.

Nick hizo una pausa y bajó la voz, hasta hablarme con suavidad.

—¿Qué es lo que te está pasando? Sé que estás muy enfadada conmigo por lo de Candy, pero...

—Espera. ¿Piensas que esto tiene algo que ver contigo?

—Lo tiene *todo* que ver conmigo.

—Dios mío, no seas arrogante, Nicholas. Esto no tiene *nada* que ver contigo, sino conmigo. ¡Le amo, Nick! Esa es la verdad.

Surgió una pausa tan larga que empecé a preocuparme.

—¿Y me lo dices así, a la cara? —susurró Nick, y, por su voz, parecía herido, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Peor aún. Te lo digo por teléfono. ¿Sabes?, llevo semanas dándole vueltas y vueltas, sin saber qué hacer. Y, de repente, al cogerte hoy el teléfono, he tenido una revelación y todas las dudas se han disipado como la niebla que pierde terreno ante la claridad del día. Quiero el divorcio, Nick. Esta situación ha ido demasiado lejos. No puedo seguir estando casada contigo. Le quiero a él.

—Ingrid, querida, querida, escúchame. Estás muy confusa. *Crees* que le quieres, pero sabes que en el fondo eso no es cierto. Es solo una ilusión. No puedes querer a alguien a quien no conoces.

—Sí que puedo.

—No, no puedes. Porque no sabes nada sobre él. ¿Es que no le has visto? Él no encaja en nuestro mundo. No encaja *contigo*. Yo sí.

—Puede. Pero lo quiero a él.

Nick rio despreocupadamente.

—Eres una chiquilla que no sabe lo que es el amor.

Mis ojos vagaron por la pared pintada de beige y adornada con enormes flores doradas.

—¿El amor? —musité distraída—. El amor es renunciar a todo solo para sentir un beso de sus labios, o una caricia de su mano, o la calidez de su mirada. El amor es no saber que estás perdido hasta que él te encuentra. El amor es sonreír solo porque él se siente feliz. Da igual que tu mundo se esté cayendo en pedazos. Verle feliz mejora cualquier desgracia.

—Entonces, hazle feliz abandonándolo, Ingrid. De lo contrario, habrá consecuencias. Te lo advierto.

Nick colgó, pero yo me quedé minutos enteros con el teléfono pegado al oído, perdida en mi lejanía. Sabía que Nick volvería a casa. No me lo había dicho, pero lo sabía, sin más. Lo abandonaría todo y regresaría, porque lo que era suyo peligraba en ese momento. Nick no era un hombre al que le gustara perder, y yo no era más que una de sus propiedades. Quizá una bastante valiosa. Así que vendría y lucharía por recuperarme, y estaba convencida de

que sus métodos no serían reglamentarios. Nick era el rey de las puñaladas traperas y el juego sucio. Su filosofía de vida no podía haber sido más maquiavélica: *no siempre las buenas acciones son oportunas y eficaces*.

La guerra estaba a punto de comenzar, y yo debía abandonar mi aturdimiento si pretendía ganarla.

\*\*\*\*\*

Esa misma noche fui al *Stardust*. Debía advertir a Hardy. Estaba convencida de que si Nick le encontraba en casa, le habría pegado un tiro. ¿Cuán fácil resultaría decir que se había confundido y que le había tomado por un ladrón? Nick saldría impugne y Hardy acabaría muerto, y esa idea, la idea de que le pasara algo a Hardy, me resultaba inaguantable.

Así que fui a verle y a hablar con él.

El salón principal del *Stardust* estaba lleno a rebosar. Si al principio solo la gente de color escuchaba jazz, ahora la corriente se había extendido por toda la ciudad. El jazz era la lengua universal de Nueva Orleans, y la mejor banda de la ciudad tocaba todos los jueves en el *Stardust*.

Una vez más, admiré la magnificencia de ese lugar. Me imaginé cuánto fascinaría a las futuras generaciones, qué pensarían de toda esa elegancia. Dentro de un siglo, el *Stardust* sería un monumento histórico. Hardy Baker estaría muerto, pero su legado nunca perecería. La gente aún recordaría su nombre. Sonreí, porque esa idea me gustaba; la idea de que Hardy viviese para siempre en los recuerdos de las personas.

Le vi sentado al lado del piano, con una copa en la mano. Marcaba el ritmo de la canción con la mano derecha y sonreía. No quise molestarle, me quedé ahí, en un rincón oscuro, y le contemplé con una sonrisa de inefable adoración.

*Puede que, después de todo, el barco no se esté hundiendo*, pensé. Yo estaba dispuesta a luchar por nuestro amor, contra Nick o contra quien fuera, y creía que Hardy también lo estaba. En las últimas semanas me había hecho sentir todo su amor, y ya no tenía dudas. Sabía con férrea certeza que Hardy me amaría siempre. En mis peores momentos, él estaría ahí y sujetaría mi mano. Puede que no le conociera, pero eso lo sabía. Simplemente, lo sabía.

Al acabar la canción, Hardy se marchó de ahí, y fue entonces cuando reparó en mi presencia. Sus ojos azules se abrieron por la sorpresa. Me

acerqué a él y sonreí ante la alegría que pude ver en su querido rostro. Hardy siempre se alegraba de verme.

—Hola —le dije en un susurro cuando estuvimos frente a frente.

—Ingrid, ¿qué haces aquí? ¿Sucede algo?

—He de hablarte — le susurré, cogiéndole del brazo—. ¿Hay algún lugar donde nadie nos moleste?

—La *suite*.

—Perfecto.

—¿Pero estás segura de que quieres subir? ¿*Conmigo*? ¿No será mejor que me sigas al cabo de unos momentos? Alguien podría verte, y ya bastante están hablando sobre lo nuestro.

Agité la cabeza.

—Ya no importa. Esta mañana se lo he confesado a Nick.

Hardy me miró pasmado. Me cogió del brazo con premura y me encaminó hacia la escalera. Supuse que la gente nos estaría mirando, pero no me preocupé por eso. Tenía que advertir a Hardy cuanto antes.

Entramos en la *suite* y cerró la puerta con llave. Apenas me detuve a contemplar la majestuosidad de la estancia. Había asuntos más urgentes.

—Nick está tramando algo.

Hardy abrió el bar, retiró dos vasos gruesos y una botella de alcohol.

—¿A qué te refieres? —quiso saber mientras vertía el licor en los vasos de cristal tallado. Lo miré en silencio, miré la elegancia de su ropa, el modo en el que un mechón del pelo le caía sobre la frente. Me obsesionaba ese mechón. Quería levantarme y acariciarlo. Recordaba lo suave que era al tacto—. Ingrid —insistió Hardy, alzando los ojos azules hacia los míos por unos segundos.

Sacudí la cabeza para estabilizar mis pensamientos.

—Mencionó unas consecuencias, y eso me inquieta. Además, le conozco. Está dispuesto a todo para poner fin a esta situación, y temo lo que sea capaz de hacer.

Hardy vino hacia mí con tranquilidad y me ofreció una copa. No daba señales de compartir mi preocupación.

—¿Qué es esto? —pregunté confusa.

—*Bourbon*. Bebe. Estás muy pálida.

Tomé unos cuantos sorbos, para probar, y luego apuré la copa sin más dilación. El licor me ardía en el estómago, pero era un mal necesario. Sabía

que aplacaría mis nervios con súbita eficacia.

—Hardy, tienes que prometerme que tendrás cuidado.

—Tú marido no me da miedo.

—¡Pero a mí, sí! No conoces su crueldad.

—Ni él la mía —repuso Hardy con dureza—. Créeme, no le conviene convertirme en su adversario. Yo nunca pierdo.

*Ni él...*

—Creo que una vez mató a un hombre —confesé a media voz—. Estábamos en Venecia, aun de luna de miel. Vino a casa lleno de sangre y lo que vi en sus ojos... Dios mío, Hardy, me aterró esa mirada suya, porque me di cuenta en ese momento de que Nick era capaz de cualquier cosa. No quiso decirme qué había pasado, nunca habló de ello, pero al día siguiente nos marchamos precipitadamente de la ciudad y nunca más volvimos.

—A lo mejor solo fue una pelea.

Me quedé pensativa.

—¿Una pelea? Entonces, ¿por qué quemaría la ropa llena de sangre?

Hardy tomó un poco de *bourbon*.

—Bueno, puede que haya matado a un hombre. ¿Y quién no?

Mis ojos se dilataron, llenos de horror.

—¿Qué...? ¿Qué intentas decir?

—Que todos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos.

—¿Tú...? ¿Tú has matado a alguien? —conseguí balbucir por fin.

—Yo he matado a muchas personas, tesoro —me susurró con ternura.

Me tapé la boca con las dos manos.

—No... —sacudí la cabeza, y me di cuenta de que algo húmedo se deslizaba por mis mejillas. Nick llevaba razón. No sabía nada sobre Hardy, y me preocupaba lo que pudiera descubrir—. No, tú no. Dime que tú no has hecho algo así. Por favor... ¡Dímelo!

Me cogió por los brazos con suavidad y puso los ojos a la altura de los míos.

—Pero lo he hecho. ¡Lo he hecho!

Rechacé esa idea con repetidos gestos de la cabeza.

—No. Tú no eres así.

—Tenía diecinueve años cuando me alisté.

Me detuve y lo miré con alivio.

—Espera. ¿Estuviste en la Gran Guerra? —pregunté con una risa

incrédula, provocada por los nervios—. ¿A eso te referías? ¿A qué mataste a *soldados* del bando opuesto?

—¿Qué más da? Eran personas.

—No eran civiles.

—Eran personas —musitó Hardy, con la mirada perdida en la nada. Supe entonces que le atormentaba la guerra, que en sus momentos más solitarios, recordaba el horror, y los estruendos, y los gritos de los moribundos. Mirándolo, me di cuenta de que una parte de él nunca había regresado a casa. Había muerto en algún gélido campo de batalla de Europa y nunca volvería a recuperarla.

Moví la mano y le rocé el rostro. En ese momento, le amé más que nunca.

—Lo siento —musité.

Hardy tragó saliva. Al cabo de unos segundos, abandonó su vaguedad y me miró a los ojos.

—Sé cuidar de mí mismo, tesoro. La que me preocupa eres tú. No conviene que te quedes con él. Si es la persona que dices que es, no estás a salvo.

—¿Y qué puedo hacer?

—Puedes venirte conmigo.

—Si me mudara a tu casa, destruiría su reputación para siempre y querría vengarse. Nunca me concederá el divorcio si le desafío de ese modo, delante de todo el mundo.

Hardy cogió mi rostro entre las manos y sostuvo mi mirada.

—Entonces, quédate aquí.

—¿Aquí? —me extrañé, y él se encogió de hombros a modo de respuesta.

—¿Por qué no? A fin de cuentas, es un hotel. La gente se queda en los hoteles.

Lo pensé unos segundos. No era la peor idea del mundo.

—Está bien. Me quedaré aquí y le haré venir a hablar. Le volveré a pedir el divorcio, y puede que me lo conceda.

Hardy sonrió un poco y me besó la frente. No parecía demasiado convencido de ello. Yo tampoco lo estaba.

—Tengo que marcharme un par de horas —me susurró—. Hay asuntos que necesitan mi inmediata atención. Pero volveré. Prometo volver en cuanto pueda.

Hice el esfuerzo de esbozar una débil sonrisa.

—De acuerdo. Estaré aquí.

—Me gusta eso.

Me cogió en brazos y me llevó a la cama.

—Llamaré a Annie para que te prepare un par de maletas, y mandaré a alguien a por ellas.

—¿Harías eso por mí?

—Haría cualquier cosa por ti —me dijo con una sonrisilla—. Ahora duerme, tesoro. Necesitas descansar.

Se inclinó sobre mí, me dio un beso suave y se marchó.

No tuve un sueño apacible. Las pesadillas parecían demasiado reales. Había demasiada sangre en mis sueños, y gritos, y agonía. ¿Era un presagio? Nunca había creído en los presagios, pero estaba vez estaba asustada. En mis sueños, alguien moría.

Cuando me desperté, Hardy me estaba besando el pelo. Estaba a mis espaldas, los dos en completa oscuridad, y me había envuelto entre sus brazos.

—Dime que nunca te perderé —susurré aterrada.

Hardy, al saber que estaba despierta, me besó la nuca y me abrazó con más fuerza.

—Siempre estaré contigo, de un modo u otro. Te lo prometo.

Sin embargo, su promesa no me tranquilizó. Dormí entre sus brazos, pero mis pesadillas regresaron, más terribles que nunca.

Risas. Sangre. Muerte. Luto. Tierra. Cenizas.

¿Por qué había tantísimas cenizas?

No lo sabía.

\*\*\*\*\*

Tal y como sospechaba que sucedería, Nick regresó a Nueva Orleans de inmediato y montó en cólera al descubrir que me había marchado de casa. Mi madre me llamó al día siguiente a mi *suite* del *Stardust*, y supuse que era cosa de mi marido. Como siempre, intentaba tocar mis fibras sensibles, y qué mejor instrumento que mi querida y frágil madre.

—¿Qué hemos hecho mal, Ingrid, para que tú y tu hermana acabéis de este modo?

—Vamos, mamá, no te martirices. No es cosa tuya. Simplemente, Edith y

yo nos enamoramos.

—¿Así es cómo os consoláis la una a la otra? ¿Justificáis de ese modo vuestros crímenes en contra de Dios? ¿Fue todo cosa del amor y nada pudo hacerse para evitarlo?

Habría podido con sus rugidos, pero su dolor, la decepción y la derrota que impregnaban su voz eran más de lo que yo podía tolerar.

—Mamá... ¿Te has enamorado alguna vez?

—¡Claro que me he enamorado! ¿Qué pregunta es esa?

—Entonces, deberías entenderlo.

—Estuve enamorada de un hombre que no era mi marido —confesó Blanche—. Pasó mucho antes de conocer a vuestro padre.

Me costaba mucho imaginármela en esa faceta, de joven enamorada e ilusionada.

—¿Y qué sucedió, mamá?

—Sucedió que el amor no es lo más importante en la vida, Ingrid. A diferencia de mis dos hijas, yo elegí sabiamente. Me casé con Raymond y nunca más pensé en aquel hombre.

*Y fuiste infeliz durante toda tu vida*, añadí mentalmente.

—Yo no soy tú, mamá.

—Ha quedado claro. Yo nunca he decepcionado a mis padres como me has decepcionado tú a mí.

Ella colgó y yo me quedé llorando al lado del teléfono. Nick ya había ganado la primera batalla.

Y la guerra no había hecho más que comenzar.

\*\*\*\*\*

Decidí llamar a Nick. Era lo que menos me apetecía hacer, pero no me quedaba más remedio. Había hablado con Annie una hora antes y sabía que él estaba en casa, probablemente maquinando su venganza. No podía dejarle demasiado tiempo, o planearía algo monstruoso.

Así que cogí el teléfono con manos trémulas y marqué el número de casa.

—Annie, soy yo, Ingrid. Póngame con Nick, por favor.

—Señora, menos mal que llama.

Al otro lado de la línea, Annie parecía aterrada.

—¿Qué pasa, Annie?



—El señor ha enloquecido —me susurró, temerosa de que Nick la escuchara.

—¿Que Nick ha enloquecido? ¿A qué se refiere exactamente?

Se produjo una pausa. Supuse que Annie quería cerciorarse de que estaba sola en la sala, antes de seguir hablando.

—Cogió un cuchillo y destrozó su cuadro, señora. Su precioso retrato... —se lamentó—. Lo ha cortado por completo.

Suspiré.

—Se habrá quedado satisfecho —comenté disgustada.

—No sabría decirle. Se ha llevado todas las botellas de alcohol de la casa, se ha encerrado en la biblioteca y nadie lo ha visto desde entonces.

*¡Y luego nosotras somos el sexo débil! ¡Si se vienen abajo a cada desgracia y se emborrachan cual cerdos!*, pensé con los ojos entornados.

—Está bien, Annie. ¿Me puede pasar con él?

—Puedo intentarlo.

—Gracias.

Aguardé casi dos minutos enteros.

—Ingrid —bramó Nick por fin, al cabo de toda una sucesión de golpes, ruidos y blasfemias.

—Así que has destrozado mi cuadro.

—Se estaba riendo de mí —rezongó, arrastrando las palabras. Me le podía imaginar, borracho, desaliñado y con un cuchillo entre las manos, blasfemando mientras desgarraba el lienzo.

—Hiciste bien en destrozarlo —le dije con indiferencia—. Nunca le tuve demasiado apego. Era una obra vulgar.

—Fue mi regalo de bodas —gruñó Nick, mosqueado.

—¿Lo fue? —me hice la inocente, fingiendo no recordarlo.

—¿Qué quieres, mujer?

—Verte.

—¿Para qué?

—¡Para hablar, Nick! ¿Para qué va a ser?

—Aquí me tienes, en casa, esperándote como un estúpido.

Puse los ojos en blancos. ¿Cuántas noches no le había esperado yo como una estúpida en el pasado? ¿El *statu quo* había cambiado y Nick no estaba conforme con dicho cambio? Peor para él.

—Tiene que ser en terreno neutral. No quiero volver a casa.

—Define terreno neutral —exigió, cada vez más irritado.

—El salón del *Stardust*. Podemos comer juntos, si te parece.

—Eso no es terreno *neutral*. Es terreno de tu amante.

—¿Vas a venir? —insistí con impaciencia.

—No lo sé. Puede que vaya.

Colgué con una mueca. Sabía que vendría, así que me metí en el baño y empecé a prepararme. Tras un largo baño caliente, mis nervios se calmaron lo suficiente como para dejar de sentir esa opresión en el estómago. Me maquillé, me peiné y luego me miré largo rato en el espejo. ¿Cuántos años de belleza me quedaban? ¿Cinco? ¿Diez? No, no pensaría en eso. No pensaría en que me estaba marchitando con cada segundo que pasaba.

Me vestí de prisa y bajé al salón del hotel. Me pedí un refrigerio y esperé a Nick, que tardó casi una hora en llegar. Aún tenía el cabello mojado, señal de que se había dado un buen baño para despejarse, y vestía un traje gris, muy elegante. Entró con una arrogancia digna de un emperador, y caminó hacia mí con paso firme. Tomó asiento en la butaca de enfrente y me miró durante algo más de un minuto.

—Quiero el divorcio —dije, al ver que él no tenía pensado hablar.

—Te oí la primera vez.

Para dejar de sentirme tan incómoda, cogí la servilleta, la sacudí y me la coloqué en el regazo.

—¿Y bien? —inquirí por fin.

Nick buscó mi mirada y la sostuvo.

—No —gruñó con una dureza que me atravesó como una espada, devolviendo esa opresión a mi estómago.

—¿Y qué vamos a hacer, Nick?

Colocó las palmas encima de la mesa, una a cada lado del plato, y extendió los dedos. Parecía muy tranquilo, dueño de la situación y de sí mismo, todo lo contrario a mí, que no dejaba de moverme en mi asiento. Nunca me había sentido más alterada que en ese momento.

—Es muy simple, querida. Volverás a casa, haremos las maletas y nos iremos a Europa. Al cabo de un par de años, cuando se te haya quitado esta enfermedad...

—*Amor* —subrayé.

—*Locura pasajera* —me corrigió Nick—, regresaremos a casa y retomarás tus labores sociales como la señora Fairbanks.

Di un sorbo a mi refresco. Parecíamos dos reyes negociando un armisticio.  
—¿Y si me negara? —le propuse, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Nick sonrió y para nada me gustó su sonrisa.

—Como ya te dije por teléfono, habrá consecuencias.

Le miré a la cara y él me devolvió la mirada.

—¿Por qué te empeñas a aferrarte a algo que ya no existe, Nick?

—Lo que unió Dios, que no separe el hombre. Y mucho menos un Don Nadie de Pensilvania.

Bajé la mirada al suelo y no dije nada más. Nick se levantó y se marchó, no sin antes dejar dinero para la consumición. Había dejado clara su postura: lucharía hasta el fin y pasaría por encima de quien hiciese falta para salirse con la suya.

\*\*\*\*\*

Hardy me encontró tumbada en la enorme cama matrimonial, con los ojos clavados en el techo. Estaba en bata y no llevaba maquillaje. No me apetecía lucir bonita esa noche.

Entró y una enorme sonrisa se extendió por su rostro al verme.

—Me encanta verte así.

—¿Hecha un desastre? —le propuse con una sonrisa.

—Tan preciosa y tan... *mía* —aclaró con voz ronca.

Volví a esbozar una sonrisa, aunque conseguí un gesto bastante tembloroso. Hardy se aflojó la corbata y se la sacó por el cuello. Bajó los tirantes de su pantalón y se quitó la camisa. Tragué saliva. No podía dejar de mirarlo. Hardy se giró y se sentó en el borde de la cama para quitarse los zapatos. Me di cuenta de que estaba sonriendo.

Una vez estuvo descalzo, se levantó, fue al salón y regresó con dos copas.

—¿*Bourbon*? —quise saber mientras cogía el vaso que él me ofrecía.

—*Bourbon* —corroboró Hardy, chocando su copa contra la mía—. Hasta el fondo.

Lo tomé tal y como dijo, y luego hice una mueca de desagrado.

—¡Maldición! ¡Cómo arde!

Rio, me quitó el vaso vacío de la mano y lo dejó en la mesilla. En menos de un segundo, sus labios habían chocado contra los míos y su lengua

empujaba para entrar. Abrí la boca y Hardy acometió hambriento. Me besó durante muchísimo tiempo, cada vez más ansioso y más implacable. Cedí entre sus brazos, porque no podía luchar contra él. Y porque me moría por besarle.

—¿Bailarás conmigo?

Lo miré extrañada.

—¿Aquí?

Se encogió de hombros.

—Esta es nuestra noche de bodas. Habrá que celebrarla.

No fui capaz de retener la sonrisa.

—¿Noche de bodas?

—Hoy empezaremos una nueva vida, Ingrid, tú y yo, así que es como si esta fuera nuestra noche de bodas, y quiero bailar contigo esta noche.

—Ni siquiera hay música.

Hardy compuso una sonrisilla taimada.

—Aguarda aquí.

Me quedé en la cama, sin que la sonrisa se borrara de mis labios. Imaginaba que bailaríamos otro tango, de modo que fue grande mi sorpresa al descubrir, cuando regresó con un tocadiscos y lo enchufó, que no era esa su intención.

—¿Qué demonios es esto?

Hardy se posó delante de la cama, enderezó la espalda con mucha gracia y me alargó la mano. Me reí. Parecía demasiado solemne.

—*La danse macabre. Madeimoselle?*

Me volví a reír y cogí su mano. Hardy me ayudó a bajar de la cama, me abrazó y empezamos a movernos. Yo vestía una bata y él solo conservaba el pantalón, pero me sentí como una emperatriz bailando delante de toda la corte, al lado del emperador más apuesto de todos los imperios del mundo. En mi mente, yo llevaba un precioso vestido negro, de época, y giraba y giraba entre sus brazos, incapaz de detenerme nunca.

—Una obra siniestra —comenté mientras seguía el ritmo impuesto por Hardy.

Él sonrió, arrugando la comisura de los labios.

—La Muerte toca el violín a medianoche y, al son de esa melodía, los esqueletos bailan alrededor de una tumba. Ya te digo que es siniestra la obra.

Me volví a reír. No tenía ni idea de qué me estaba hablando.

—¿Es de tus favoritas? —inquirí, hambrienta de más información acerca de él. Quería conocerlo, saberlo todo sobre él. Qué era lo que le gustaba, qué era con lo que soñaba...

—Está inspirada en un poema que me gusta mucho. De Henri Cazalis.

—Jamás he leído nada suyo.

*Ni sabía que existiera*, añadí mentalmente.

—Te lo recomiendo —me dijo Hardy.

Cambió la canción, pero él no se detuvo.

—Está sí la conozco —me jacté—. Es el *Adagio* de Bach, ¿verdad?

Hardy asintió con la cabeza.

—Pedí a una banda que grabara mis canciones favoritas.

—Vaya.

—Sí...

Solo cuando cesó la música dejamos de bailar. Era pasada la medianoche.

—Y ahora, ¿qué? —le dije a Hardy, mientras él desenchufaba el tocadiscos.

Se volvió hacia mí. Su rostro lucía inexpresivo, pero sus ojos brillaban más que dos carbonillos ardientes. Caminó hacia mí con aplomo y se detuvo delante. Extendió el brazo, cogió el cordón de mi bata y tiró de él suavemente. Deshizo el nudo y apartó la prenda hacia ambos lados. Sus ojos me examinaron de arriba abajo con una expresión de lo más carnal, y algo se encogió en mi interior.

—Ahora te amaré como siempre, hasta el amanecer. Y luego dormiré hasta mediodía, contigo entre mis brazos. Por primera vez, no desapareceré al cantar el gallo, como los muertos de *La danse macabre*.

—Es un buen plan —musité.

—Es más que eso, tesoro. Es un plan cojonudo.

## Capítulo 18

La vida al lado de Hardy Baker era maravillosa. Tenía lo que siempre había soñado: noches de tormenta y violenta pasión; risas, desbordante alegría...

Con una sola excepción: nadie me había invitado a ninguna fiesta o baile en las últimas dos semanas. A él, sí. Llegaban multitud de sobres y todos llevaban el nombre de Hardy. Por supuesto, mencionaban, para no dejar lugar a dudas, *acuda sin acompañante*. La ciudad de Nueva Orleans me estaba castigando como a una María Magdalena moderna. No me estaban lapidando, pero me prohibían salir de casa.

Intenté buscar consuelo en otras partes, fui al orfanato que llevaba años financiando y pregunté si necesitaban ayuda, pero las monjas me echaron por la puerta y me dijeron que mi dinero no era bienvenido en ese lugar. Incluso mi modista me había vuelto la espalda.

Era libre y, sin embargo, me sentía como si estuviese atrapada en una prisión. Nick estaba ganando la guerra. Supuse que había exigido a la gente que no tuvieran trato conmigo, tal y como había hecho anteriormente con Jack. Solo había una persona en toda la ciudad que aún se relacionaba conmigo, y ya estaba en mi salón.

—Nick es un cretino —sentenció, al acabar de escuchar mi relato, en el que le contaba cómo las buenas gentes de Nueva Orleans me habían dado con la puerta en las narices.

—Es su ciudad. Puede hacer lo que le plazca. La gente puede ser su amiga o puede acabar aplastada. Han elegido el bando correcto.

Margot entornó los ojos.

—Deberíais volver a Chicago, Hardy y tú.

—Y lo estábamos pensando, pero quería obtener antes el divorcio, y Nick se niega.

—¿Y no puedes estar con Hardy sin estar casados?

Fruncí el ceño.

—Nunca había tomado en cuenta esa posibilidad.

—Te sugiero que lo hagas ahora. Está claro que Nick no quiere colaborar. No insistas. Vete. Te buscará él mismo cuando quiera casarse con otra. Y, créeme, querrá casarse.

—¿Tú crees?

—¿Nick? ¡Por Dios, sí! No puede estar soltero. ¿A quién le pondría los cuernos? Tener una amante cuando no estás casado no tiene ninguna gracia.

Me reí a carcajadas.

—Llevas razón.

—Por supuesto que la llevo —afirmó ella con coquetería.

Hice una pausa, en la que enormes nubes de tristeza empezaron a abatirse sobre mí. Cogí la mano de Margot y la estreché.

—Gracias —le dije en un susurró.

—¿Por?

—Por tratar conmigo. En estas últimas semanas me he sentido como si tuviera la lepra.

—Porque concedes atención a todas las tonterías. ¿Qué te importa que esa gente te eche de sus casas? Nunca fueron *tu* gente, Ingrid. Tu gente está en Nueva York, y estoy segura de que no te condenarían por esto.

—Mis propios padres no me hablan —musité, intentando no echarme a llorar.

—Bah. Se les pasará. Ahora están demasiado envenenados por Nick, pero cuando te conviertas en la señora Baker y vean lo buena persona que es Hardy, se olvidarán por completo de Nick.

—Sí, seguro que sí —balbucí sin convicción.

Margot hizo una pausa. Estaba cavilando sobre algo.

—Daré una fiesta esta noche, y quiero que Hardy y tú vengáis —resolvió con una sonrisa.

Me horroricé.

—¿Qué? No, no puedo hacerte esto.

—A mí no me estás haciendo nada, querida. Tan solo aceptas mi invitación.

Sacudí la cabeza.

—No debo aceptarla.

—Tonterías. No debes faltar.

Al cabo de unos minutos, se marchó. Ella y Sibyl tenían cita con la modista que estaba confeccionando el vestido de novia de su hermana. Me entristecí aún más al darme cuenta de que nadie me había invitado a la boda de mi mejor amiga.

\*\*\*\*\*

Cuando llegó Hardy, me encontró hundida en la tina. Solo mis largos baños calientes y él conseguían aplacar mi tormento.

—¿Por qué no estás ya vestida?

—¿Vestida, para qué? —pregunté mientras jugaba distraída con la espuma.

Hardy se sentó en el borde de la tina dorada.

—La fiesta de Margot.

—No pienso ir —declaré, totalmente inexpresiva. Mis ojos lucían con un brillo mortecino, lo pude ver en el espejo que tenía delante.

—Tenemos que ir. Llevas semanas triste, Ingrid, y me está matando verte así por mi culpa.

Busqué su hermoso rostro con la mirada y lo contemplé, y no me gustó nada lo que vi. Ese aire atormentado que contraía sus rugosas facciones, ese destello de agonía en su mirada... ¿Cuánto tiempo llevaba así?

—¡No! No estoy apenada por tu culpa. Hardy, querido, tú me haces muy feliz —aseguré, cogiéndole de la mano.

La sonrisa de Hardy fue tan triste que me resultó devastadora. ¡Yo preocupándome por unas estúpidas fiestas y él sufriendo de ese modo, pensando que era infeliz por culpa suya! ¿Cómo había podido ser tan estúpida y tan superficial? Busqué desesperadamente las palabras para hacerle comprender que mi tristeza nada tenía que ver con él, pero no las encontré, por lo que le tiré del brazo hasta que aterrizó en la tina a mi lado.

—¿Pero qué coño...?

Solté una carcajada.

—Mójate, Baker.

—¡Estoy vestido! —exclamó, aunque estaba sonriendo.

—Pues estás tardando en desnudarte.

—Conque era eso, ¿eh? Si querías verme desnudo, solo tenías que habérmelo pedido. No hacía falta destrozar uno de mis mejores trajes.

Riéndome, lo cogí por la nuca y lo atraje hacia mí.

—Oh, cállate —le susurré, con la boca casi encima de la suya.

La sonrisa de Hardy se hizo más ancha. Yo acerqué su rostro un poco más y me apoderé de sus labios. Le besé como si no hubiera un mañana, porque no tenía otro modo de demostrar lo mucho que le amaba. Hardy gimió cuando introduje la lengua en su boca, y me pegó a él.



—Te quiero —musitó, bajando los labios por mi mentón.

Me arqueé hacia arriba y Hardy me mordisqueó.

—Yo también te quiero —susurré, enterrando los dedos en sus cabellos.

Hundió la mano en el agua y su palma ascendió por la parte interna de mi muslo. Inclinado sobre mí, arrastró los labios por mi cuello. Se metió un pecho en la boca y empezó a succionarlo y a mordisquear la punta, mientras su mano subía hasta detenerse entre mis piernas. Pasó las puntas de los dedos por mi sexo, despacio, frotando de arriba abajo.

—Te he echado de menos hoy —murmuró contra mi piel.

Cerré los ojos. Yo solo vivía para los momentos en los que él estaba a mi lado.

—Yo también te he echado de menos.

Me estómago se contrajo cuando los dedos de Hardy encontraron el camino hacia mi interior.

—Llevo todo el día soñando con estar dentro de ti. Tuve una reunión...

—Sus dedos se giraron, yo gemí y él sonrió como un felino—. Y solo podía pensar en estar dentro de ti.

Separé las piernas todo lo que la tina permitía, lo cual hizo ensanchar la sonrisa traviesa de Hardy.

—¿En qué has pensado tú hoy, tesoro? —quiso saber, enderezándose.

Lo miré con los ojos nublados de deseo.

—Pensé en que quiero pasar contigo cada minuto que me queda —le dije, mirándolo fijamente—. Y en que deberíamos irnos de aquí.

Hardy entrecerró los ojos.

—¿Hablas en serio?

Asentí.

—Sí. Quiero que nos vayamos.

Me mostró de nuevo esa sonrisa agónica que me desgarraba por dentro.

—Estos días... estabas tan ausente que sentía que te perdía, y me aterraba esa idea. Pensaba que tenías dudas. Respecto a mí. A nosotros... Que me digas esto ahora es... un alivio.

Cogí su rostro entre las manos y me acerqué a él.

—Dudo sobre muchas cosas, pero jamás dudaría sobre mi amor por ti.

Sonrió un poco, me cogió entre los brazos y me pegó a su pecho.

—Gracias —musitó, antes de abalanzarse sobre mis labios y besarme hasta que noté cómo se me hinchaban.

—Hardy...

—¿Mmmm?

—¿Por qué sigues vestido?

Retrocedió para mirarme a los ojos, y su sonrisa fue contagiosa.

—Así que eso es lo único en lo que piensas, ¿eh? —se hizo el ofendido.

Me encogí de hombros dos veces seguidas, con una sonrisa traviesa.

—Me temo que sí. No puedes venir a hablar sobre estar dentro de mí y luego mantenerte con los pantalones puestos. Eso, sencillamente, no está bien.

Hardy rio, me guiñó un ojo y empezó a desvestirse.

—Creo que llegaremos tarde a la fiesta de Margot —me dijo, mirando mis labios de un modo tan hipnótico que caí en una especie de trance que me hizo arrastrarme hacia él y besarle con un delicado punto de agresividad que fui incapaz de reprimir.

Hardy me hizo apoyarme contra la parte metálica de la tina y su cuerpo descendió sobre mí. Separé las piernas e hice que sus caderas encajaran en ese espacio, y Hardy me volvió a besar, sin absolutamente ninguna prisa, con lengüetazos largos y de lo más lentos. Su corazón latía contra mi pecho y su erección se frotaba contra mi palpitante entrepierna. Sí, íbamos a llegar tarde a la fiesta de Margot.

\*\*\*\*\*

Casi dos horas más tarde, el coche nos dejó delante de la casa de los Ellroy. Todas las luces estaban encendidas y la música se escuchaba desde fuera. Esa sería mi primera salida en público con Hardy Baker. Nunca había estado más nerviosa. Hardy, vestido con esmoquin negro y con el cabello perfectamente peinado, me sonrió de manera tranquilizadora y me ofreció su brazo. De ese modo, entramos.

Si bien la fiesta estaba en su apogeo, todo cesó cuando él y yo entramos. La gente dejó de hablar y de reír, nadie bailaba ya, a pesar de que la música aún sonara. Sentía todas las miradas desgarrando mi rostro. Me detuve en el umbral, sin saber cómo actuar. Había sido un tremendo error.

No estaba preparada para eso. Estaba a punto de dar media vuelta y salir corriendo, cuando Margot salió de alguna parte y vino hacia nosotros.

—¡Por fin! —exclamó alegre—. ¿No os dije que era a las ocho? Dios mío,

cada día soy más despistada.

Y delante de todo el mundo, se inclinó y besó primero mis mejillas y luego las de Hardy, lo cual puso fin al momento incómodo, pues sus invitados se relajaron y retomaron lo que habían estado haciendo antes de mi entrada.

—Lo peor ha pasado —nos susurró Margot—. Ahora, a tomar una copa. Estáis muy pálidos.

Me percaté de que Oliver no estaba presente. ¿Cómo era posible, si estábamos en su casa?

—¿Y tu marido? —le pregunté a Margot mientras Hardy y yo la seguíamos en dirección a la mesa de las bebidas.

—No quería formar parte de esto. Ya sabes que es amigo de Nick.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Se ha ido por culpa nuestra?

—Bueno, digamos que Nick y él fueron a emborracharse esta noche. Relajaros.

La miré mientras se marchaba, sin entender por qué estaba haciendo todo eso. ¿Por qué me ayudaba Margot? ¿Por qué, de todos mis amigos, tenía que ser precisamente ella?

Hardy me cogió por los hombros con suavidad.

—¿Te encuentras bien?

Hice un gesto afirmativo.

—Sí. Acabemos con esto cuanto antes.

Sonrió y me ofreció una copa de *champagne*.

—Esto me recuerda a la fiesta en la que te conocí —comentó, lanzando una mirada a su alrededor. Si bien fingían charlar y reírse despreocupados, todos los invitados de Margot estaban pendientes de Hardy y de mí. Nadie había hecho nunca algo tan descarado como presentarse a una fiesta en compañía de su amante.

—¿Ah, sí? —apenas conseguí balbucir, aturdida.

Hardy tomó un sorbo y peinó la estancia con sus ojos azules.

—Sí. Me pasé toda la noche deseando bailar contigo.

Lo miré, sonreí y le alargué la mano.

—Puedes bailar ahora.

Hardy sonrió travieso.

—¿Puedo bailar un tango? —me propuso, y su sonrisa se tornó maléfica.

Hice una mueca.

—Tú realmente pretendes que me destierren a Europa, ¿verdad?

Soltó una risa, me agarró de la mano y me arrastró a la zona donde antes había gente bailando. Ahí, absolutamente solos, empezamos a bailar el charlestón. Me lo estaba pasando bien. Me lo estaba pasando *muy* bien.

Me daba igual que todo el mundo me estuviera mirando.

Era una noche genial.

Tenía muchas ganas de bailar.

Nunca me había sentido más embriagada por la música.

Estaba flotando.

El mundo parecía cada vez más irreal.

Solo estábamos Hardy y yo.

Pero entonces alguien entró aplaudiendo pausadamente.

Una. Dos. Tres veces.

Y el mundo volvió a adquirir contorno.

—Conmover —escuché la voz de Nick, repleta de sarcasmo—. Mi mujer y su amante, bailando el charlestón. ¿No son encantadores?

—Vamos, Nick, no montes un cirio —intentó apaciguarle Margot.

—Nada más lejos de mi intención, querida. Tan solo aplaudo su valor. No cualquiera lo haría.

—Venga, Nick, tranquilízate. Te están mirando.

—¿Y qué? ¿No parezco lo bastante apuesto esta noche? Espera que me gire. El izquierdo es mi perfil bueno.

Era evidente lo borracho que estaba Nick, se lo notaba no solamente en el habla, sino también en los movimientos, lentos y forzados.

—Discúlpame —le susurré a Hardy—. ¿Nick, tienes un momento?

Nick dejó de mirar a Margot y volvió sus ojos azules hacia mí. Se estaba balanceado porque no podía mantener el equilibrio de otro modo, y su mirada estaba inyectada en sangre.

—Oh, mi fiel esposa desea hablar —vociferó, para asegurarse de que todo el mundo le escuchaba. Y le escucharon, en efecto, puesto que oí risas ahogadas en todas partes. Odiaba a ese maldito bastardo y el espectáculo que estaba montando—. A tu disposición estoy, querida —se burló, con una exagerada reverencia.

Lo agarré del brazo con ira y lo arrastré al mismo balcón donde me habían pillado abrazando a Hardy.

—Estás borracho —lo espeté, de lo más encolerizada.

—Técnicamente, sí.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Lo mismo que tú: dejarte en ridículo. Aunque visto tu comportamiento de esta noche, no creo que me necesites para llevar a cabo esa tarea. Te las estás apañando tú solita.

—Me aburres, Nick.

Me dedicó una sonrisa encantadora.

—Yo, en cambio, me alegro de verte. ¿Cómo está nuestro respetable señor Baker? He oído que cada día va menos gente a sus salones. Una pena. La tremenda inversión que habrá hecho para construir ese hotel, y ahora podría resultar deficitario. Una *auténtica* pena.

Vi negro delante de los ojos.

—No te atrevas —gruñí entre dientes.

—¡Oh, Sansón! Mi adorable esposa tiene una debilidad. Menos mal, porque empezaba a creer que eras de hielo, querida.

—Como intentes arruinar el negocio de Hardy... —comencé, apuntándolo amenazadora con el dedo índice.

—¿Arruinar el negocio de Hardy? —bufó Nick, sarcástico—. No te hagas líos, querida. Lo que intento es destruirle la vida. ¿Crees que me limitaré a su estúpido hotelito de Nueva Orleans? —chaqueó la lengua tres veces seguidas mientras sacudía la cabeza lentamente—. No, le haré algo mucho peor que eso. Le perseguiré vaya donde vaya, incluso en el fondo de un abismo, y destruiré todo cuanto le importa en la vida. Dejaré que levante cabeza y se recupere, y luego lo aplastaré de nuevo. Y así una, y otra, y otra vez, hasta que termine odiándote, porque una parte de él siempre sabrá que todo eso es por culpa tuya. Te prometo que no pararé hasta devolverle al aserradero de Maine de donde nunca debió haber salido.

Notaba el rostro tirante, la rigidez de mi expresión debía de ser cadavérica.

—No te atrevas —hablé despacio, dando peso a cada palabra.

—Oh, claro que me atreveré. No tengo *nada* mejor que hacer que destruir vuestro idílico romance.

—¿Y qué pretendes obtener con esto?

—Justicia. Paz. Y... a ti.

Mi rostro lívido no registró ninguna reacción.

—¿A mí?

—Si te vienes conmigo esta misma noche, dejaré en paz a tu querido Hardy Baker. Si no... —Fingió pensárselo, y luego compuso una sonrisa odiosa—. Una, y otra, y otra vez, tal y como te dije. No descansaré hasta convertir todos sus sueños en ceniza. Así, cada vez que te mire, no verá en ti a la mujer de la que una vez se enamoró, sino a la responsable de todos sus fracasos, y entonces deseará no haberte conocido jamás. Aunque puedes evitarle ese dolor y reemplazarlo con el recuerdo de un bonito, a la par que breve, romance. La elección es tuya, querida. —Hizo otra reverencia exagerada a modo de despedida—. Como siempre, me ha encantado verte. Un vestido precioso. Buenas noches.

Y se marchó, dejándome ahí, aturdida. Hardy solo tardó un par de segundos en salir a buscarme, y fue entonces cuando me di cuenta de que había lágrimas deslizándose por mis mejillas.

—Querida... ¿te encuentras bien?

Me giré hacia él. Hardy entrecerró los párpados cuando reparó en mis lágrimas.

—¿Qué te ha hecho el muy canalla? Le mataré.

A punto de venirme abajo del todo, me aferré a su cuello con los dos brazos y enterré la cara en su pecho. Hardy intentó apaciguarme con palabras de consuelo, pero yo era incapaz de dejar de llorar.

—Nunca se rendirá —farfullé entre hipos entrecortados—. ¡Nunca!

—Chissss. No pasa nada. Nos iremos de aquí y empezaremos de cero.

Sus palabras resonaron dentro de mi mente. *Le perseguiré vaya donde vaya, incluso en el fondo de un abismo, y destruiré todo cuanto le importa en la vida.*

—Da igual. Nos encontrará.

—No importa. No le tengo miedo.

Sacudí la cabeza con desesperación.

—No sabes lo que puede hacerte. ¡Hacernos!

—Como te ponga un dedo encima, lo mataré. Te lo juro aquí y ahora. Lo mataré.

Me eché a llorar otra vez.

—Y, entonces, te perderé. Y él habrá ganado.

Hardy empezó a besarme el rostro para secarme las lágrimas.

—No, tesoro. Escúchame. Nunca me perderás. Siempre estaré aquí. Te lo he prometido, ¿o no?

Asentí entre lágrimas, forzando una sonrisa.

—Llévame de aquí. No puedo seguir con esto.

Hardy me envolvió entre sus brazos y abrió la puerta.

—No se encuentra muy bien —le susurró a Margot—. Me la llevo a casa. Muchas gracias por todo. Una fiesta espectacular.

—Cuida de ella, Hardy.

—Siempre. Buenas noches. Saluda a Oliver de mi parte.

Margot sonrió un poco.

—Lo haré. Adiós, Ingrid, querida.

—Adiós —conseguí balbucir.

Salimos a la calle, nos montamos en el coche y Hardy me estuvo abrazando durante todo el trayecto de vuelta al hotel.

—Mañana pondré la casa a la venta, arreglaré un par de asuntos pendientes y nos iremos con el tren de medianoche.

Levanté el rostro de su cuello y alcé la mirada hacia la suya. Entre sus fuertes brazos, me sentía como un cachorro desamparado que lo único que deseaba era un poco de seguridad.

—¿Y a dónde iremos?

—Ni siquiera importa. Iremos a cualquier lugar que tú elijas.

Intenté pensar en un sitio donde Nick nunca buscara.

—¿Y si nos fuéramos a Maine y pasáramos desapercibidos durante un tiempo?

—¿A Maine? —se sorprendió Hardy—. No hay nada en Maine.

—Exacto. Él nunca nos buscaría en un lugar como Maine. Irá a París, y a Londres, y a Roma.

—No sé qué decir...

—Sé que esto debería saberlo ya, pero... ¿Siguen vivos tus padres?

Hardy frunció el ceño.

—Sí, pero... ¿por qué?

—¿Y si nos fuéramos a pasar una temporada con ellos?

Sacudió la cabeza.

—Ingrid, la casa de mis padres es...

—¿Modesta?

Se lo pensó unos segundos.

—Digamos que no es a lo que tú estás acostumbrada —resolvió.

—Me da igual. Quiero ir ahí y conocerles. Y si su existencia es modesta,

mejor. Así Nick nunca nos encontrará.

Me apretó entre los brazos y me besó el pelo.

—Todo va a salir bien —me susurró.

Acaricié el suave vello de su antebrazo.

—Lo sé...

Pero no, no lo sabía. Solo era una chica de veinticinco años cuyo mundo iba a cambiar de la noche a la mañana, y no tenía nada firme a lo que aferrarse, salvo a él. Lo miré a los ojos y Hardy me sonrió. Y fue entonces cuando supe que él era suficiente; que amarle compensaba con creces cualquier otra cosa.

—¿Qué tal si te llevo a bailar esta noche? —me susurró—. Será la última vez que bailemos en el *Stardust*.

Me pareció la mejor propuesta que me habían hecho nunca. Ese hotel tenía algo, una magia, un embrujo. *Stardust*, el lugar dorado donde los sueños se hacían realidad. Sonreí y coloqué la cabeza en su hombro. Me hacía mucha ilusión volver a bailar con él en ese impresionante salón, cuya bóveda estaba hecha de oro puro.

—¿Podemos bailar un tango?

Hardy soltó una carcajada.

—Podemos.

El coche se detuvo delante del hotel. Hardy bajó y me dio la mano para ayudarme. Me aferré a él y entramos así por las puertas dobles. Ya daba igual que nos miraran. Todo el mundo en Nueva Orleans estaba al tanto del escándalo. ¿Para qué seguir ocultándonos? Además, mañana a esas horas estaríamos muy lejos de ahí.

Nos fuimos al salón principal, donde tocaban los mejores músicos de la ciudad. Hardy me dejó en un reservado (el suyo, supuse) y fue a pedir la canción. Me volví a estremecer al escuchar las notas del mismo tango de la última vez.

Vino hacia mí con los ojos fijos en los míos. Esta vez, no sonrió. Su rostro se había convertido en una máscara inflexible que no desvelaba nada. Me cogió de la mano, me guio por la pista del baile y los dos adoptamos la soberbia postura del tango, enderezando la espalda y alzando el mentón. Nos miramos, desafiándonos el uno al otro, y empezamos a bailar.

Los movimientos de Hardy eran más bruscos; mucho más pasionales que la última vez. Su cuerpo se fundía con el mío, y luego me apartaba. En un



segundo, sus labios estaban casi encima de los míos, y al otro, demasiado alejados. Me hizo dar una vuelta sobre mis pies y me inclinó hacia abajo, sosteniéndome así. Sus ojos me miraron como nunca, atravesaron los míos y se me clavaron en el corazón, antes de bajar hacia mis labios. Su hermoso rostro se acercó un poco más.

Le expectativa era enloquecedora. Puse la mano en su nuca y tiré de él hacia abajo. Y entonces, me besó, y en su beso hubo furia, ansia y puede que un poco de ternura. Supe que nunca olvidaría ese beso, no solo por su intensidad, sino por todas las emociones que removi6 en mi interior. Le amaba. Le amaba desesperadamente y por encima de todo lo demás. Por encima del mundo, por encima de mí misma, ¡le amaba *con locura!* Por fin lo había dicho. ¡Le amaba *con locura!*

Hardy me enderezó y apoyó la frente contra la mía. El reloj dio la medianoche, y los músicos cesaron. No escuchaba nada más, ni voces ni risas. No había un mundo más allá. Los ojos de Hardy estaban fijos en los míos, y solo podía ver esos precipicios azules.

Supongo que por esa razón no vi el humo negro, hasta que se desató el pánico colectivo y ya fue demasiado tarde.

De repente, todo el mundo empezó a chillar y a correr, y me llevó un rato entender el porqué. Había llamas surgiendo en dos de las esquinas del local.

Hardy lo miró todo; miró la avalancha de personas que se empujaban hacia la salida, los camareros que corrían despavoridos, con sus elegantes uniformes blancos y sus brillantes zapatos; se fijó en las exquisitas cortinas que se consumían en llamas, en la estatua de hielo que alguien había tirado al suelo y se había roto en millones de pequeños trocitos... Tuve la impresión de que para Hardy Baker el mundo se estaba moviendo con demasiada lentitud, tan pasmado pareció durante unos treinta segundos.

—¡Hardy, tenemos que salir de aquí!— le grité.

Me miró estúpidamente, con el rostro distorsionado de horror.

—Está ardiendo... —musitó, sobrecogido.

El humo apenas me permitía respirar. Me escocían los ojos, no sabía si del humo o de las lágrimas.

—¡Tenemos que salir de aquí! —repetí, sacudiéndolo con desesperación.

Hardy miró un segundo más el caos reinante.

—Sí... —musitó, y por fin vi una reacción en él.

Me cogió del brazo y me sacó por una puerta detrás del escenario.

Recorrimos un largo pasillo blanco hospital, hasta que empujó con el hombro una puerta que daba a la parte trasera del hotel.

—Ponte a salvo —me dijo, una vez estuve en la acera. Se quedó en el umbral, sujetando la puerta con su cuerpo—. Vamos. Corre.

Lo miré con ojos repletos de terror.

—¡Espera! ¿Adónde vas?

—Mi gente está ahí dentro, Ingrid. Iré a asegurarme de que nadie se quede atrapado.

—¡Hardy!

—¡Volveré!

La puerta se cerró y yo me abalancé sobre ella. Tiré con todas mis fuerzas. Chillé como una desquiciada cuando me di cuenta de que solo se abría desde dentro.

Me eché a llorar y corrí hacia la parte delantera. Había al menos cien personas ahí fuera. Algunos, heridos, pisoteados por la avalancha. Otros, simplemente, aterrados. Intenté entrar, pero me impidieron el paso. Me dijeron algo. No oía nada. Solo veía sus labios moviéndose. Despacio. Demasiado despacio

—¿Lo...ca? ¿Es...tá lo...ca?

—Déjeme pasar —chillé, forcejeando contra ellos.

Me empujaron hacia atrás para abrir paso a los bomberos. Las llamas habían empezado a verse desde fuera, y el humo que rodeaba el edificio era muy oscuro y muy denso.

—El fuego se ha ocasionado en varios sitios a la vez —escuché a alguien diciendo.

—Le han debido de echar gasolina —opinó otro.

¡¿Gasolina?!  
¡¿Gasolina?!  
¡¿Gasolina?!

—¡Hardy! —grité, cayendo de rodillas.

No podía dejar de sollozar. Si moría... ¡No! No iba a pensar en eso. Él saldría de esa. ¡Saldría!

—¡Dios mío! —Me cubrí el rostro con las manos y empecé a rezar. No sé el tiempo que estuve ahí. El tiempo no importaba aquella noche. Escuchaba ruidos, explosiones y chillidos. Nada importaba.

—¡Atrás! ¡Señora, muévase!

Levanté la mirada y lo miré sin entender.

—El edificio podría derrumbarse en cualquier momento —volvió a decir

el bombero.

—¿¿Derrumbarse?! —repetí en un murmullo. El dolor que sentí en ese momento fue inhumano—. ¡No puede derrumbarse! ¡Hardy está dentro!

—Tiene que retroceder.

—No, no, no... ¡Él está dentro! ¿No me ha oído? ¡Está ahí dentro, maldita sea!

—No podemos hacer nada más.

¿¿No podían hacer nada más?! ¿Pensaban que eso era suficiente?

A pesar de mis protestas y mis forcejeos, me levantaron de allí y me hicieron retroceder de nuevo, y fue entonces cuando vi realmente el horror. Vi a los heridos, los vi de verdad, y las llamas que salían por las ventanas, y los gritos de la gente que se había quedado atrapada dentro. Aquel lugar se había convertido en un Infierno en llamas.

—¡Ingrid! ¡Ingrid!

Me volví desesperada y me vine abajo al verle. No pude más. Él corrió hacia mí y me abrazó. El sudor cubría su cara como una máscara, pero, por lo demás, parecía estar ileso.

—Hardy... —me desplomé entre sus brazos, convencida de que nunca sería capaz de dejar de llorar.

—¿Estás bien? Tesoro, mírame. ¿Estás bien?

Asentí, porque no me veía con fuerzas para hablar. El alivio no me permitía dejar de llorar. Hardy me estrechó entre sus brazos y durante la siguiente hora, los dos contemplamos en silencio cómo se hundía el edificio bajo sus propios rescoldos. Fue como ver a un gigante derrumbándose y caer estrepitosamente. El rótulo que iluminaba el nombre del hotel se desprendió y la mitad de él cayó al suelo. Solo quedó la otra mitad. *Dust*. Polvo. Irónico, ¿verdad?

*Stardust*, el lugar dorado donde los sueños se volvían realidad, no era más que un montón de polvo al salir el sol. Recordé la noche en la que había cruzado sus puertas por primera vez; lo embriagada que me había sentido por su majestuosidad; lo feliz que había posado para esa primera foto; lo triste que debí de parecer en la segunda. Ya nadie las vería, porque el mayor y más ambicioso sueño de Hardy había dejado de existir.

—Solo quedan las cenizas... —musitó Hardy, desconectado de la realidad. Él no podía creer lo que estaba sucediendo. Sus ojos vagueaban por todas partes y contemplaban con expresión distraída ese sueño que moría

delante de todos nosotros.

*No descansaré hasta convertir todos sus sueños en ceniza. Así, cada vez que te mire, no verá en ti a la mujer de la que una vez se enamoró, sino a la responsable de todos sus fracasos, y entonces deseará no haberte conocido jamás.*

Cerré los ojos y mi llanto cesó. Era culpa mía. Todo eso, era culpa mía. Lo habría podido evitar si me hubiera marchado con Nick solo un par de horas antes, pero no moví ni un dedo. Dejé que el sueño dorado de un niño pobre de Maine ardiera y no hice nada para impedirlo.

## Capítulo 19

Pese a todos los esfuerzos de Hardy, trece personas murieron esa noche. Estaba devastado. No dejaba de atribuirse todas esas muertes. Debía haber usado otros materiales para construir el edificio. Debía haber tenido un protocolo en caso de incendio. Todo era culpa suya, no dejaba de repetirlo, mientras vaciaba copa tras copa de *bourbon*.

Estábamos sentados en el suelo de su casa, y Hardy tenía la camisa empapada de sudor y llena de suciedad. El cabello, casi siempre peinado con absoluta precisión, le colgaba ahora húmedo sobre la frente, y su rostro estaba contraído en una expresión agónica.

—¿Por qué no tenía un protocolo de evacuación? —se recriminó por enésima vez.

Lo abracé con fuerza y él colocó, ausente, la palma en mi antebrazo.

—No fue culpa tuya, Hardy. No se habría podido evitar.

—Lo rociaron con gasolina. Alguien fue ahí, lo roció con gasolina y encendió una cerilla. Después, se marchó. Fue culpa mía.

—No. No lo fue.

—Sí que lo fue. Lo fue... —murmuró Hardy al borde de las lágrimas—. Debí haber estado ahí.

—¡No lo sabías!

—Tengo muchos enemigos. Claro que lo sabía. He jodido a mucha gente a lo largo de mi vida, Ingrid, pero me lo tenían que haberlo hecho pagar a mí, no a toda esa gente inocente. Me tenían que haber pegado un tiro en algún callejón y haberles dejado a ellos con vida.

—Hardy... —sollocé, y él lo negó.

—Eran hermanos. Padres. Madres. Hijos de alguien. Y ahora están muertos por mi culpa.

No sabía qué hacer, cómo actuar, así que lo abracé con más fuerza. No sabía si hablarle sobre mis sospechas. Lo cierto era que no tenía ninguna prueba. Pero en mi fuero interno sabía que había sido cosa de Nick. Por un segundo, pensé en decírselo a Hardy, en compartir con él mis sospechas. Acto seguido, deseché la idea. Se habría sentido todavía más culpable de saber que toda esa gente estaba muerta solo porque él se había enamorado de mí. Así que me lo callé y me limité a estrecharlo y a mecerlo entre mis brazos

como a un niño aterrado que lo único que necesitaba era un poco de consuelo.

—Nos iremos —me susurró Hardy—. Mañana mismo. Ya nada nos retiene aquí.

Alcé la cabeza y mis ojos se desviaron hacia la nada. Me alejé mentalmente de todo por unos segundos. No pensé en nada. Solo dejé la mente en blanco.

—Sí... —musité abstraída—. Nos iremos mañana.

\*\*\*\*\*

No habíamos dormido en toda la noche, pero Hardy no se quedó para hacerlo al día siguiente. Se dio una ducha con agua fría, se vistió y se marchó a poner sus asuntos en orden. Seguíamos adelante con el plan de irnos en el tren de medianoche.

—Descansa, tesoro —me susurró, arrodillado al lado de la cama—. El viaje será largo.

Me besó suavemente y se marchó. Lo contemplé mientras salía por la puerta, y luego pegué un salto de la cama. Lo que menos iba a hacer era descansar.

Me duché y me vestí lo más deprisa que pude. Sin decir a nadie adónde iba, salí a la calle y empecé a correr por la acera, y corrí y corrí hasta llegar a las altas puertas de ese odioso castillo en el que una vez había vivido. Llamé y me abrieron de inmediato. Me abalancé por la puerta, y ni siquiera recuerdo si saludé a Annie.

—¿Dónde está? —rugí como una loca mientras irrumpía en el salón—. ¿DÓNDE está?

—El señor no se ha...

—¿Por qué pegas tantas voces, querida? ¿Algo está ardiendo? —se burló Nick con una risotada sarcástica.

Annie se retiró al verle bajar las escaleras.

—¡Tú! —acusé, yendo hacia él como atraída por impulsos que no podía dominar—. ¡Fuiste tú!

El rostro de Nick no registró ninguna reacción. Se mantuvo absolutamente pétreo.

—Te di a elegir y elegiste mal, querida.

Lo sabía, siempre había sabido que era cosa de Nick, pero que me lo

confirmara así, sin más, fue devastador.

—¡Mataste a trece personas! —rugí.

Sacudió la cabeza.

—Los mataste tú. Pudiste haberlos salvado, pero no lo hiciste. Solo pensaste en ti misma.

—¡Eres un monstruo! ¡Dios mío, eres un monstruo! ¡Iré a la policía y les diré lo que has hecho! —amenacé mientras me iba hacia la puerta.

—He dejado órdenes muy concisas —acotó Nick con aplomo.

Me detuve y me giré.

—¿De qué estás hablando?

Me miró y, poco a poco, una sonrisa malévola fue ganando terreno en sus labios.

—Si algo me pasara a mí, *cualquier* cosa, mis hombres se ocuparán tu querido Hardy Baker.

Grité con todas mis fuerzas, me abalancé sobre él y descargué toda mi ira contra su cuerpo. Nick, irritado, me cogió por los brazos y me lanzó contra un mueble. Vino hacia mí con el rostro contorsionado en una mueca de locura, levantó el brazo en el aire y me abofeteó con todas sus fuerzas.

—¿¡Cómo te atreves, puta!?

Tan grande fue el impacto que caí al suelo. Le miré desde ahí, con los ojos nublados por lágrimas de furia.

—Te mataré. No sé cuándo ni cómo, pero te mataré, Nick, como me vuelvas a poner un dedo encima.

Soltó una carcajada y se peinó el cabello con los dedos. Al forcejear conmigo, se había despeinado. Me di cuenta en ese momento de que me había casado con un demente, un monstruo, ¡un criminal!

—No, no lo harás. No si quieres proteger a quien más amas en el mundo.

Entrecerré los ojos y apoyé las palmas encima del gélido mármol. No podía luchar contra eso. Antes moriría que poner en peligro a Hardy. Ya le había puesto en peligro una vez.

—Nick, por favor... —supliqué.

Él bajó la mirada hacia mí y me contempló como a un gusano que se había pegado a su zapato.

—Te diré lo que harás, querida. Dejarás a Hardy Baker hoy mismo y te vendrás conmigo a Nueva York. Candy está embarazada de nuevo.

—Me das ganas de vomitar —gruñí entre dientes, y él se rio.

—Siempre he querido tener un hijo —prosiguió como si nada—. Es mi deber como heredero del legado Fairbanks. Pero me casé con una inútil que ni siquiera eso es capaz de hacer bien.

—¡Te odio! ¡Me repugnas! Y me alegro de no haber sido capaz de llevar a tus bebés dentro, porque los habría odiado tanto como te odio a ti —escupí, sin tan siquiera saber lo que estaba diciendo. Ya no era yo misma. Había enloquecido por completo. Estar con Nick me volvía una demente.

Se volvió a reír con esa risa suya tan burlona.

—Lo bueno de todo esto es que la situación tiene arreglo.

Me horrorizó la complacencia que vi en su mirada.

—¿De qué estás hablando, maldito seas?

—Te quedarás en Nueva York nueve meses. Y luego regresaremos a casa con *nuestro* hijo.

—¡¿De qué estás hablando?! —repetí en un chillido aterrado.

—Candy puede darme hijos. Muchos hijos. Pero serán todos bastardos.

—¡Pues cástate con ella!

—¿Casarme con ella? —se rio a carcajadas—. ¿Estás loca? ¿Tú la has visto? Candy es vulgar. Jamás me casaría con alguien como ella. Tú, en cambio...

Un atisbo de terror apareció en mis ojos.

—¿Qué estás diciendo? —dije con la voz de pronto calmada y gélida.

—Diremos que el hijo de Candy es tuyo. Estarás nueve meses encerrada en alguna parte, para que la gente crea que has dado a luz tú misma. Así no será un bastardo. Será *nuestro* hijo. Después, me desharé de Candy y seremos todos muy felices en esta casa.

—¡Estás loco! ¡Dios mío, eres un demente! *Jamás* haré eso. ¡No me iré contigo a ninguna parte ni criaré a tus jodidos bastardos!

De nuevo, la sonrisa de Nick fue espeluznante.

—Entonces, el estimado señor Baker morirá. ¿Qué prefieres? ¿Que sea rápido o que sufra? Yo creo que debería sufrir. Siempre me ha fascinado la tortura, ¿te lo he dicho alguna vez? La tortura es muy útil en algunas ocasiones. ¿Puedes imaginarte sus gritos? Porque yo sí, y los estoy saboreando.

Me dio la espalda y se dispuso a subir por la escalera. Me quedé unos segundos ahí, arrodillada y con las palmas apoyadas contra el suelo, y luego alcé la cabeza.



—Espera. ¡Nick, espera!

Se volvió con una sonrisa victoriosa.

—Sabía que elegirías sabiamente. —Se me acercó y tiró de mí con brusquedad para levantarme del suelo—. Pártele el corazón y luego ven a mí. Te estaré esperando. No me falles, Ingrid, o mi crueldad no conocerá límites.

Mis ojos atravesaron los suyos como una daga.

—No lo haré.

—Bien.

\*\*\*\*\*

Había quedado con Hardy en la estación de trenes, justo en la plataforma, y él ya estaba ahí cuando llegué yo. Eran las once y media. Quedaba media hora para que partiera el tren. *Nuestro* tren, el que me habría llevado hacia la libertad. Por desgracia, ya no quedaba sitio para mí. El tren iba completo.

Me detuve al otro lado del andén, en el mismo lugar donde me había detenido meses atrás, al llegar a casa desde París. De nuevo, mi ropa era cara y elegante. Mi cabello, perfectamente arreglado. Tenía un moratón en la cara, pero el maquillaje lo disimulaba bastante bien. Una chica impecable de la cabeza a los pies, ¿verdad?

Hardy se estuvo paseando de un lado al otro, siempre mirando a sus espaldas, para ver si llegaba su amada de una vez. Necesitó varios minutos para verme al otro lado de las vías del tren.

Sus ojos se dilataron al reconocirme. Al principio, vi alivio en su rostro. Después, horror. Si yo estaba en el otro andén... Hardy acababa de comprender que no tenía pensado marcharme con él, y una expresión de terror distorsionó sus hermosas facciones. Sacudió la cabeza para rechazar esa idea. Yo lo miré y le sonreí con tristeza. Levanté la mano y me despedí de él.

Hardy, al borde de la locura, se cogió la cabeza entre las manos y gritó que *no*. Yo agité la cabeza para decirle que no era posible que me fuera con él. No formulé ni una sola palabra. No eran necesarias. Las miradas lo decían todo.

Algo murió dentro de mí al ver las lágrimas en sus ojos. Empezaron a deslizarse por su rostro, pero a Hardy no le importaba. Estaba desesperado por llegar hasta mí. Echó a correr y se abrió paso entre la gente, y fue entonces cuando me marché. Me fui y le abandoné en esa estación de trenes

como a un perro. Era por su bien, aunque nunca lo sabría. Porque nunca lo volvería a ver. Nunca se lo explicaría.

Mientras me alejaba envuelta por la oscuridad de la noche, recordé la primera fiesta, la noche en la que le conocí. Estaba dentro de mi mundo y, a la vez, fuera. Me pareció entonces que había una nota discordante en él.

Y así era.

Hardy era la única persona buena que había conocido en toda mi vida, por eso no encajaba entre todos nosotros, los jóvenes dorados. Su alma era pura e inocente. Era noble y mejor persona de lo que nosotros seríamos jamás. Él era lo único bueno en un mundo terrible, y no se merecía que lo destruyeran por mi culpa. El único pecado de Hardy Baker había sido enamorarse de alguien como yo. Pero la salvación estaba en mis manos.

Podía salvarle, y le salvaría, aunque eso supondría morir esa noche y en ese lugar. Eché a correr consciente de que una parte de mí ya no existía. Nunca la recuperaría. Siempre quedaría ahí, deambulando a lo largo de las plataformas y las vías del tren, en busca de un amor que ya no existía. Me subí al coche que me esperaba en la calle y regresé a...

A casa, supongo.

Todo me parecía irreal cuando entré. Caminé como una autómatas, sin ser consciente del mundo que me cercaba. Nick me esperaba en el salón. Las luces estaban apagadas. Tenía una copa de algo en la mano.

—Estoy aquí —le dije, plantándome delante de él.

No había nada humano dentro de mí. No lo había en mi mirada, no lo había en mi rostro. No lo había en la hondura de mi corazón.

—Bien.

Nick dejó la copa encima de una mesa auxiliar. Caminó hacia mí con tranquilidad y cuando estuvo delante, me abofeteó con tantas fuerzas que mi cabeza se giró violentamente hacia un lado.

—Esto por abandonarme.

No dije nada, porque no sentía nada. Ni siquiera dolor. Estaba demasiado congelada.

—Adelante. Pégame. No me importa.

Soltó una risa demente.

—Ya lo veo. ¿No te duele?

—No siento nada —dije con voz inexpresiva. La mente de Nick era demasiado plana como para entender el verdadero trasfondo de esas palabras.

—Lo harás —amenazó.

—Estoy aquí. ¿No te basta?

Sonrió por un segundo, antes de que la sonrisa se congelara encima de sus labios.

—¿Bastarme? Esto no es más que el comienzo. ¿Crees que puedes jugar conmigo... humillarme... dejarme en ridículo en MI casa... —Sus ojos se perdieron en la nada con una expresión de completa lejanía. Tampoco había nada humano dentro de Nick— y no pagar ciertas consecuencias?

Agité la cabeza despacio.

—Supongo que no.

Tiró de mi blusa con furia. Cinco botones dorados saltaron por el aire y repiquetearon encima del mármol.

—Esto por no amarme.

Agarró mi sujetador y lo desgarró con las manos.

—Esto por amarle a él.

Miré esos ojos azules que no desvelaban más que vacío.

—Adelante. Oblígame. Cuando estés dentro, me imaginaré que eres él. Y cuando note tus asquerosos labios encima de mi piel, pensaré en sus labios y en todo lo que él me hacía sentir. Porque es a él a quien amo, no a ti. *Tú me repugnas.*

Sonrió un poco, y vi algo terrible en su sonrisa.

—Te repugno... —musitó para sí—. Pues yo te quiero. A mi modo. Pero te quiero a ti y a nadie más. Aun así, te haré cosas detestables. A pesar de que te quiera.

Me agarró del pelo y me arrastró de rodillas por el suelo, de camino a la biblioteca. Notaba cómo me ardía la piel a causa del roce, pero no esbocé ningún gesto de dolor. Me mordí el labio con fuerza, porque no quería darle esa satisfacción a Nick.

—Puedes gritar lo que quieras —concedió con una sonrisa de retorcida comprensión—. Nadie te escuchara. Me he asegurado de ello.

Abrió la puerta y me empujó hacia el centro de la habitación. Ahí de rodillas, levanté la mirada hacia la suya.

—No gritaré.

Su rostro adquirió una rigidez casi enfermiza.

—Pero debes. De lo contrario, no pienso detenerme.

Apreté los dientes.

—*No* gritaré.

## Capítulo 20

Llevaba casi un mes viviendo en Nueva York cuando empecé a sentirme mal. Annie hizo que un médico viniera a verme, a pesar de que yo me negaba. No dejaba de repetir que si moría, mejor. Pero la buena de Annie se empeñó en que yo viviera.

Tras cinco minutos de consulta, el médico bajo el estetoscopio y sonrió.

—Señora Fairbanks, tengo muy buenas noticias.

—¿Me estoy muriendo? —me entusiasmé.

—¡En absoluto!

Desilusionada, me eché hacia atrás, hasta apoyar la espalda contra el cabecero de la cama, y suspiré.

—Entonces, no son *buenas* noticias.

El médico, un hombre que no podía tener más de treinta años, volvió a sonreír.

—Está usted embarazada.

El mundo se detuvo durante unos momentos.

—¡Señora! —exclamó Annie—. ¡Va a tener un bebé!

No reaccioné durante unos segundos, y después, una sonrisa empezó a iluminar mi rostro. Había una esperanza, muy pequeña, casi inexistente, pero podía verla, casi rozarla con las puntas de los dedos.

—Un bebé... —musité, ausente—. Annie, tráigame mi diario de inmediato.

Annie salió corriendo y regresó al cabo de unos segundos con el cuaderno rojo en la mano.

—Gracias, doctor —le dije, sin abandonar mi aire ensimismado—. Ahora necesito estar sola.

—Le dejaré mi tarjeta para que me llame si necesita cualquier cosa —oí vagamente cómo él le decía a Annie mientras ella le acompañaba hasta la puerta.

Abrí ansiosa el cuaderno y contemplé las fechas que había apuntado con letra pulcra. Dos meses. No había apuntado nada en los últimos dos meses. Eché la cabeza hacia atrás y solté tales carcajadas que Annie vino corriendo, asustada por mi comportamiento enajenado.

—¡Señora! ¿Se encuentra bien?

¡Dos meses!

Y me volví a reír como una demente.

—Oh, me encuentro estupendamente, Annie. ¡Mejor que nunca! —declaré entre risas—. Estoy embarazada. Y esta vez, no lo perderé. Este bebé vivirá. Lo traeré al mundo aunque sea lo último que haga, y esa será mi venganza.

Prorrumpí en carcajadas y Annie sacudió la cabeza una y otra vez, preocupada por mi reacción. Claro que ella no entendía por qué me comportaba de ese modo. Sería mi secreto. Oh, siempre sería mi secreto. El secreto más delicioso jamás guardado.

No podía dejar de reírme. Era, sencillamente, brillante. Retorcido, pero brillante.

\*\*\*\*\*

Esa noche me puse mi mejor vestido y esperé a que Nick viniera de donde quiera que estuviera. Había alquilado una casa en Manhattan y me mantenía encerrada ahí para fingir un embarazo. Ahora ni siquiera hacía falta fingirlo.

Me senté en una silla, con la espalda muy erguida, y esperé. Esperé con tranquilidad. Cuando se hace el mal, hay que tomarse las cosas despacio y así saborear cada instante. Y eso era lo que yo tenía pensado hacer.

Nick llegó tarde, como siempre, pero no me importaba. Tenía *todo* el tiempo del mundo. Entró balanceándose y se arrastró como pudo hasta una silla.

—¿Cenamos? —berreó.

*Cerdo.*

—Estoy embarazada.

A Nick se le cayó el tenedor de la mano. Levantó la mirada torpemente.

—¿Embarazada? —balbució.

Me mantuve inexpresiva, con la espalda recta y la barbilla alzada.

—La noche que me violaste. Tuviste buena puntería.

Nick se rio. Oh, si él hubiese sabido cómo me estaba riendo yo por dentro...

—¡Embarazada! Ven aquí, mujer. Habrá que celebrarlo.

—Veo que tú ya lo has celebrado. Hueles como un cerdo. ¿Te has revolcado en estiércol? —pregunté, lanzándole una pétrea mirada de desprecio.

—Te abofetearía, pero estás embarazada.

—Qué considerado.

—Si llevas esta tarea hasta el final, tu tormento habrá acabado.

—Mi tormento nunca acabará mientras esté obligada a verte —gruñí entre dientes.

Nick no me hizo el menor caso.

—¡Annie! ¡Annie! Traiga algo de beber. Mi mujer dice que voy a ser papá. A ver si acierta esta vez.

Una sonrisa apenas perceptible se insinuó en las esquinas de mi boca. Era una sonrisa malévola. Si me hubiesen dicho cinco años atrás que yo sería capaz de hacer algo tan abyecto, me habría reído. Ahora, sin embargo, cualquier infamia me parecía que se quedaba corta, tan desorbitada era mi sed de venganza.

—Acertaré. Vas a tener un heredero para tu fortuna. Un *verdadero* Fairbanks —subrayé, regocijándome por dentro.

Nick me cogió la mano por encima de la mesa. Veía la emoción en su rostro, que una vez me había parecido hermoso. Ahora no era más que el rostro de un monstruo.

—Me has hecho muy feliz esta noche —me susurró.

Bajé la mirada hacia su mano y sonreí. Sonreí de verdad. ¿Quién dijo que los muertos no saben sonreír?

\*\*\*\*\*

Tenía un calendario en la pared, y rompía la página con cada mes que pasaba. Nueve páginas, nueve meses. A través de la ventana, podía ver cómo el verano estaba agonizando en el exterior, perdiendo cada vez más terreno contra el otoño. Ahora apenas me movía de la cama. Me resultaba muy difícil moverme.

El bebé estaba a punto de llegar, y yo lo tenía todo preparado para su llegada. Había pintado yo misma las paredes de su habitación, había dispuesto los muebles y le había comprado ropita y juguetes mucho antes de que él diera las primeras pataditas. Estaba muy entusiasmada y absolutamente convencida de que este bebé viviría.

Y así fue. Vivió.

—Annie, abra todas las ventanas —pedí desde mi cama—. Que entre ese

aire con olor a otoño. ¿No le parece a usted que el otoño es maravilloso?

Annie me miró con una inefable sonrisa.

—No me gusta cuando llueve.

—¡Cómo! Yo *adoro* la lluvia. Me gusta sentarme delante de la ventana y contemplar las gotas que se deslizan por el cristal. Dejo que mi mente vuele, que vuele muy lejos, por encima de valles y colinas, más allá de las altas montañas, cruzando mares y océanos hasta llegar a su destino. Pienso mucho en esos momentos, ahí delante de la ventana salpicada, ¿sabe? Pienso en...

—me detuve y mi sonrisa se quebrantó— *cosas*. Siempre pienso en cosas... —añadí, perdida en una vaga contemplación.

De no haber sido por esa nueva vida que florecía dentro de mí, no sé cómo me habría enfrentado a mis días sin Hardy. Pero él bebé me había obligado a seguir adelante. Era mi única ancla en ese mundo terrible. Puede que existiera a causa de un error. Sin embargo, era lo más justo que había hecho jamás.

—Aquí tiene su diario —me dijo Annie, dejando el cuaderno en mi regazo.

Sonreí, lo abrí y cogí la pluma que ella me ofrecía.

—Gracias.

En cuanto supe que estaba embarazada, empecé un nuevo diario, en el que lo anotaba todo a conciencia: todas las veces que me encontraba mal, la primera vez que sentí al bebé dentro de mí... Así, si alguien leía ese diario alguna vez, sería como vivir el día a día de mi embarazo. Era probable que nadie lo leyera nunca, pero si se daba la ocasión... quería que ese *alguien* no se perdiera nada, ni un solo minuto, por lo que ese día escribí como una loca, y solo dejé caer la pluma cuando noté la primera contracción.

—¡Annie! Aaaahhh. Dios. Llame al médico.

Nick no estaba en casa, de modo que Annie tuvo que ir a buscar al médico y después llamarle a su oficina. Estuve de parto durante diecinueve horas. Fue horrible y muy doloroso, y en más de una ocasión quise morirme. Claro que me olvidé de todo en cuanto vi su pequeño rostro. Era un niño precioso.

Nick se inclinó y me besó el rostro decenas de veces. No cabía en sí de alegría. Por fin la inútil de su mujer había cumplido con su deber. Vinieron mis padres y, en las siguientes horas, todo el mundo me arropó con cariño y palabras de afecto. Una parte de mí los odiaba a todos, menos al bebé y a Annie. A ellos les quería. Para mí, ellos dos eran mi única familia ahora. Y mi hermana, pero ella no estaba ahí.



—¿Y cómo vais a llamarlo? —preguntó mi padre mientras mecía a su primer nieto entre los brazos.

—Nick Fairbanks II —declaró Nick lleno de orgullo.

Le miré sin que mi rostro se alterara.

—Le sacaré los ojos mientras duerme.

Todos retrocedieron horrorizados, aterrados por la calma con la que había dicho esa barbarie.

—¿Qué acabas de decir? —me habló Nick con dureza.

—Llámale como a tu hijo bastardo y te juro por Dios que le sacaré los ojos mientras duerme.

Nick tragó saliva. Nunca supe qué había visto él en mis ojos, pero debió de ser algo terrible, alguna especie de convicción diabólica, porque me sonrió como a un niño enrabiado y me dio lo que demandaba: el poder de decidir sobre los aspectos más importantes de la vida de mi hijo. ¿Y qué decisión más importante que la de elegir nombre?

—Será mejor que decidas tú, querida. A mí me parecerá bien cualquier decisión que tomes.

—Benjamin —resolví, moviendo la mirada hacia mi padre—. Y le llamaré Ben.

—Un nombre precioso —coincidió él—. Ahora será mejor que descanses, hija.

Cogió a mi madre de la mano y se marcharon de inmediato. Para mi alivio, Nick se largó con ellos. Nadie salvo Annie parecía cómodo en presencia de una mujer que acababa de amenazar con dejar ciego a su primogénito. ¡Qué estúpidos eran!

—¿Y usted por qué sigue aquí, Annie? ¿No le aterra mi locura?

Annie dejó de doblar unas ropitas del bebé y se volvió para encararme.

—Usted y yo sabemos que era un farol. Está loca por esa criatura. Antes moriría mil veces que causarle el menor daño.

Una ligera sonrisa se insinuó en las esquinas de mi boca.

—Pero ellos no lo saben, y eso me da ventaja.

Cruel, retorcida y muy astuta. En eso me había convertido ahora. El lado bueno de las cosas era que ser cruel, retorcida y astuta me mantendría con vida.

Contemplé a mi bebé, *nuestro* bebé, que dormía tranquilo en una cuna al lado de mi cama, y supe que, de un modo u otro, siempre saldríamos

adelante. Los dos éramos unos luchadores natos, así que realmente no importaba que el mundo se quebrantara, o que la tierra se hundiera por debajo de nuestros pies, o que el sol se apagara súbitamente en el cielo. Ben y yo seguiríamos adelante, siempre nadando contra las corrientes que pretendían hacernos retroceder; nadando y nadando, hasta volver a pisar tierra firme. Si no habíamos muerto aún, era porque los luchadores como nosotros dos nunca se rendían ante las adversidades de la vida. A diferencia de mis otros hijos, Ben era un luchador, como lo era su padre. Había luchado por sobrevivir, y había sobrevivido. Ahora, yo viviría a través de él.

Extendí el brazo y coloqué el dedo en su pequeña y sonrosada manita. Ben se aferró a mí. Solo nos teníamos el uno al otro.

## Capítulo 21

El día en el que el mundo se hundió hizo sol. Yo estaba sentada detrás del piano, y el pequeño Ben, ya con dos años de edad, jugaba a mi lado en el suelo. Le había comprado un camión de bomberos, que Ben no dejaba de empujar de un lado a otro, incluso por encima de mis zapatos.

Con el sol iluminando a mis espaldas la amplísima sala de estar, aporreaba las teclas como una loca. Para mí, no había un mañana. Tenía que tocar esa obra, y tenía que darlo todo. Era la melodía favorita de Hardy.

Mientras mis dedos se movían con rapidez de un lado al otro del teclado, pensé en lo orgulloso que estaría de mí si supiera lo bien que tocaba *G minor*.

Mis ojos llegaron al final de la partitura y mis dedos empezaron a moverse cada vez más despacio, hasta que se detuvieron, después de los últimos tres acordes.

—Y ese ha sido el inigualable Bach —le dije a Ben, el cual me mostró una sonrisa radiante—. A ver, di Bach.

—*Balc.*

—Bach. B.A.C.H.

—*Balc.*

Solté una carcajada. Mi hijo era una monada.

—No te tortures, Ben. Algún día te saldrá.

—*Balc* —rio él, empeñado en mostrarme que lo decía bien.

—¿Qué quieres que toque ahora? ¿Bach o Schubert?

—¡*Balc!*

Me reí.

—Eres hijo de tu padre, ¿lo sabes? Mamá prefiere a Schubert. ¿Cómo dices Schubert?

—*Ubelt.*

—Bueno, pues voy a tocar un rato a *Ubelt*.

—¡*Balc! Balc, Balc, Balc.*

—¡Dios mío! —exclamé entre risas—. Sí que te gusta Bach, ¿eh? Está bien. Tocaré otra vez a Bach. Pero que sepas que será la última. Al menos, por hoy.

—*Balc. Balc. Balc* —se entusiasmó Ben, golpeando el suelo con el camión.

—Lo que vuestra majestad ordene —me apresuré a tranquilizarle, con una inefable sonrisa de orgullo maternal.

Y toqué de nuevo a Bach.

Annie no se atrevió a molestarme en mitad de la canción, de modo que esperó a que yo acabara, para subir el volumen de la radio que yacía a mis espaldas, encima de una mesa auxiliar.

—*Cinco años de subida bursátil, terminan hoy en catástrofe* —anunciaba el locutor en tono lúgubre.

Me volví hacia ella y la miré ceñuda. Annie colocó el dedo encima de los labios para decirme que callara y escuchara.

—*Hoy al mediodía se ha convocado una reunión urgente en las oficinas de JP Morgan, a la que acudirán los principales banqueros de la ciudad y tomarán medidas con el fin de aplacar el frenesí vendedor. Al conocer el desplome de las acciones de Cities Service Co. de esta mañana, se ha desatado el pánico colectivo en el exterior de la Bolsa, y a estas horas ya hay una multitud congregada en el cruce de Wall Street con Broad Street. Las cotizaciones siguen desplomándose, aunque fuentes del interior de Morgan aseguran que se trata de una cuestión estrictamente técnica, no de un deterioro de la economía a nivel nacional.*

Fue así cómo empezó a hundirse mi mundo dorado. En tres días. Jueves, lunes y, el más destructor de todos, el *martes negro*. La rapidez con la que se desplomaba el mercado estaba fuera de control, y el país fue arrojado de inmediato al caos y a la incertidumbre. Los periódicos denominaron *crac* al fenómeno que, si bien al principio nadie tomaba en serio, había derivado en unas consecuencias devastadoras para nuestra economía.

Nick se arruinó en la bolsa. Mi padre perdió tres cuartas partes del patrimonio Prince. Mi madre falleció al cabo de dos meses de pobreza. Su débil corazón no pudo aguantar el trepidante ritmo al que cambiaba nuestro mundo. Ya no había nada dorado. Todo exhibía un deprimente tono grisáceo, el color del deterioro y de la pobreza.

Enterramos a Blanche bajo la nieve que no dejaba de caer, y fui la única en llorar al pie de su tumba helada. Mi padre se mantuvo pétreo a mi lado. Edith parecía superada por la repentina muerte de mamá. Jack la estuvo sosteniendo en todo momento, porque realmente mi hermana parecía a punto de derrumbarse ahí mismo.

Su hija, Ingrid, se había quedado en mi casa, jugando con Ben, bajo la

estricta vigilancia de Annie, así que fuimos los tres a tomar un café después del entierro. Apenas hablamos. Era como si las palabras se negaran a brotar a través de nuestros entumecidos labios. Estábamos paralizados a causa del modo en el que habían cambiado las cosas.

—Toma —le dije a mi hermana, ofreciéndole una diadema de zafiros—. Fue de mamá. Lo único de valor que le quedaba. Se negó a venderla porque solía decir que le recordaba a tiempos mejores.

Los ojos verdes de Edith estaban llenos de lágrimas cuando me miraron.

—Nunca más se la pondrá —balbució, devastada.

—No, nunca.

Nos callamos las dos y nuestras miradas se perdieron en algún punto.

—¿Cómo está Nick? —rompió Jack, por fin, el silencio.

Sobre nosotros se abatió un nuevo episodio de silenciosa tristeza.

—Hace ocho días que apenas sale de la biblioteca —le dije, minutos después de haberme perdido en esa vaguedad—. Está hundido.

—Si podemos hacer algo para ayudarte...

Miré a Jack y esbocé una débil sonrisa.

—Gracias, pero no será necesario. Regresaremos a Nueva Orleans. La casa es lo único que nos queda.

—¿Vais a poder mantenerla?

Agité la cabeza despacio.

—Me temo que no, Jack.

—Si necesitas dinero...

—¿No invertiste en la bolsa?

Jack sonrió un poco.

—El dinero sucio se guarda en los colchones de tu casa.

Me mordí el labio para retener la sonrisa. Era un consejo muy inteligente, dados los tiempos que corrían.

—¿Eso te lo enseñó Hardy Baker? —quise saber.

—Con esas mismas palabras —corroboró él.

Sentí un profundo dolor corroyéndome las entrañas.

—¿Cómo está? —susurré. Se lo tenía que preguntar. No podía soportarlo más.

Jack torció la boca.

—Se fue a Inglaterra hará un año.

—¿Se ha casado?

—No cree en el amor. Mucho menos en el matrimonio.

—Hardy Baker, un cínico. ¡Chico, sí que ha cambiado el mundo!

Edith me miró, para nada engañada por mi comentario sarcástico.

—¿Y cómo estás tú, Ingrid?

Me encogí de hombros, apuré el café y me levanté.

—Llena de tareas pendientes. Siempre tengo demasiadas cosas que hacer. Os mandaré luego a la pequeña Ingrid. Dejad que juegue un rato más con su primo. Apenas se conocen.

Al día siguiente nos embargaron la casa de Nueva York. Cuando fui a decírselo a Nick, no me abrió la puerta. Llamé varias veces a lo largo de la tarde, y al ver que nadie contestaba, mandé a buscar al cerrajero.

El hombre tardó un cuarto de hora en abrir.

—Malditas cerraduras. Ya no se fabrican así de resistentes.

Le sonreí, le pagué lo que pedía y entorné la puerta. No pude entrar, de modo que me quedé en el umbral, con rostro congelado. Yo era una silueta alta, demasiado delgada y tan pálida como un espectro. Envuelta en telas de luto, lo contemplaba todo con ojos mortecinos, sin ser capaz de esbozar el menor gesto.

Nick estaba sentado detrás de su sólido escritorio de madera color caoba. Sus sesos habían saltado encima de la pared. Al igual que Blanche, no pudo soportar la idea de convertirse en un Don Nadie, así que mi querido marido, probablemente a primera hora de aquella mañana, sabiendo que íbamos a ser desahuciados, se introdujo un arma en la boca, rezó alguna plegaría y apretó ese gatillo, sin saber que de ese modo tan cobarde me devolvía algo que me había arrebatado muchos años atrás: mi libertad.

Intenté sentir lástima por su trágico final. Fui incapaz. Ni siquiera una débil llama de dolor se encendió en mi corazón. Lo único que había dentro de mí era esperanza; la esperanza de un nuevo comienzo, la de un nuevo mundo; la de una vida mejor.

—Annie, prepare las maletas —grité desde el umbral de la biblioteca—. Después del entierro, nos iremos para siempre de Nueva York.

## Capítulo 22

De un modo u otro, el traqueteo del tren siempre me llevaba hacia la libertad, o hacia la prisión. ¿Qué sería esa vez? No lo sabía, pero me sentía esperanzada por primera vez en años.

—¿Qué le parece, Annie? Cuánta historia hay aquí, ¿verdad?

Ella miró por la ventana del tren, aunque no parecía para nada impresionada. Su expresión era más bien de mudo rechazo.

—No me gusta. Está lloviendo.

Me reí y besé los sonrosados mofletes de Ben, que viajaba en mi regazo.

—En Inglaterra siempre llueve —le dije, mirándola.

—Un país odioso —sentenció Annie malhumorada—. ¿Cuándo nos vamos?

—Con suerte, nunca —declaré, ilusionada.

El mundo no dejaba de cambiar, pero yo me estaba adaptando con asombrosa rapidez. Había pasado de la riqueza a la pobreza, y del matrimonio a la viudez, y todo en un par de meses. Nadando y nadando a contracorriente, ¿verdad?

—¿Y adónde vamos exactamente? —volvió a decir Annie.

—A Londres.

Hizo una mueca de repulsión.

—Sus calles huelen a orina —escupió con desprecio.

—Ay, Annie, deje de leer literatura antigua. Le aseguro que hoy en día huelen a huevos fritos.

—Peor todavía. No me gustan los huevos fritos.

Por fin el tren se detuvo en la estación. Estaba como loca por bajarme. A pesar de sus protestas, Annie también parecía contenta de haber llegado a nuestro destino.

—¿Y qué vamos a hacer aquí? —quiso saber mientras las dos seguíamos al mozo que transportaba nuestras maletas, abriéndose paso a través de un océano de viajeros.

—Lo primero, instalarnos en nuestra nueva casa.

—¿Por qué tuvo que vender usted la mansión de Nueva Orleans?

—Porque no podíamos mantenerla. Y porque, a pesar del desplome de los precios, saqué una buena fortuna liquidando esa propiedad.

—Nunca volveremos a ver nada igual.

—Ni falta que nos hace. Tendremos una casa modesta y dinero para vivir bien el resto de nuestras vidas. Ben podrá ir a la universidad y yo tejeré patucos para mis futuros nietos. Tendremos una vida plena.

—En *Inglaterra* —apuntilló Annie disgustada—. Donde siempre llueve.

—No se me ocurre un sitio mejor —declaré con una sonrisa taimada.

Ella me miró con suspicacia.

—Usted está tramando algo.

Sonreí como un felino hacia mis adentros y volví a besar el moflete de Ben, al que llevaba en brazos mientras caminaba.

—Yo siempre tramo alguna cosa, Annie.

—Algo malo. Lo huelo.

—Será la orina en las calles.

—Es usted muy graciosa para ser viuda.

—¿A que sí?

Salimos a la calle y cogimos un coche de alquiler que nos llevó a un hotel en el centro.

—¿No íbamos a instalarnos en la nueva casa? —quiso saber Annie mientras las dos subíamos las escaleras.

—No, aún no.

—¿Por qué?

—He comprado una casa en el campo, y todavía tengo un asunto pendiente en la ciudad.

—¿Cómo! ¿En el campo? ¿Y por qué no lo dijo desde el principio?

—Iba a ser una sorpresa, Annie. Le aseguro que le gustará. Está lejos de todo el barullo de la gran ciudad, y me pareció una propiedad encantadora en las fotos. Tiene un jardín enorme para que Ben pueda jugar a sus anchas.

—Siempre piensa en él, ¿verdad?

—Es lo único en lo que pienso. —Entramos en la *suite* y dejé a Ben en el suelo—. Ande, sea buena y cuide de él un rato. Me daré un baño y me marcharé a solucionar mi *problema* pendiente.

—La esperaremos para cenar.

—Si las cosas marchan bien, no vendré a cenar —le dije alegre, mientras me quitaba los pendientes de esmeraldas y los dejaba encima de un mueble.

Lancé los zapatos por los aires, entré en el baño y preparé la bañera.



\*\*\*\*\*

—Vaya, señora, está usted despampanante.

Me miré en el espejo, el vestido de luto que se ceñía a mi delgado talle, mi cabello rubio y recogido y mis pendientes de esmeraldas, que iban a juego con mis ojos. Cogí aire en los pulmones y lo expulsé despacio.

—Gracias, Annie.

Salí, bajé al bar del hotel y me pedí una copa.

—Disculpe —le dije al camarero que, vestido de blanco, estaba sacándole brillo a la ya de por sí reluciente barra—. Me han dicho que el dueño de este hotel baja todas las noches aquí, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Falta mucho?

—Al menos dos horas.

—Oh. Esperaré, entonces. ¿Cuál es su mesa?

—La del rincón.

Miré hacia el lugar señalado y algo se encogió dentro de mí.

—Me sentaré ahí —le dije al camarero con nerviosismo—. Soy su hermana. De América, ¿sabe? Y quiero darle una sorpresa.

—Vaya. El señor se alegrará de verla.

—Sí... Será una buena sorpresa —balbucí, notándome la faz pálida y tirante.

Cogí mi copa y me encaminé hacia esa mesa. Me costaba incluso andar, y sentía que no quedaba ni una gota de aire en mis pulmones. Nunca me había sentido tan nerviosa como en ese momento.

Tomé asiento en el sofá burdeos donde supuse que se sentaría Hardy. Estaba temblando. Dejé la copa encima de la mesa y coloqué la palma sobre la madera color caoba. ¿Cuántas veces la habían rozado sus manos?

La emoción que se desató dentro de mí en ese momento fue tan sobrecogedora que no fui capaz de retener las lágrimas. Tras años y años de recorrer el mundo, sola y desesperada, en ese momento me sentía como en casa, y era devastador.

Apoyé la nuca en el respaldo del sofá y cerré los ojos, intentando percibir el olor de Hardy. Solo olía a cuero y a tabaco.

—Su hermana, señor. Le está esperando —escuché de pronto.

Abrí los ojos con brusquedad. ¿Qué demonios...? ¡Pero si faltaban dos

horas! Aún no estaba preparada para enfrentarme a él. ¿Qué iba a decirle? Me había preparado un discurso, claro, pero ahora no recordaba ni una sola palabra. Mi mente estaba en blanco.

—¿Hermana? ¿Qué hermana? Yo no tengo hermanas.

—Una mujer rubia dijo que era su hermana de América.

—Está bien, Robert. Iré a ver quién es esa impostora.

Mis ojos verdes se movieron con rapidez, buscando una salida. No la había. Maldición.

—Oh, dulce hermana —escuché la burlona voz de Hardy a mis espaldas—. ¡¿Cómo no me avistaste de que venías?!

Morí, resucité y maldije hacia mis adentros, todo eso en menos de veinte segundos. Cuando estuve preparada, me volví, al mismo tiempo que mi sonrisa se amplificaba. Hardy, vestido con un traje gris, estaba de pie al lado de la mesa. Tenía el cabello moreno peinado con asombrosa precisión y los ojos azules clavados en los míos. Era todavía más guapo que años atrás. Ahora había unas pequeñas líneas de expresión en su cara; un aire de dureza que le concedía un atractivo terrenal aún más aplastante.

—Querido. Me alegro de volver a verte —le dije, ofreciéndole la mano.

Había más gente en el bar y se trataba de no llamar la atención, así que decidí seguir adelante con la farsa de la hermana de América. El rostro de Hardy se volvió de piedra. Sin nada de cortesía, me agarró del brazo, me hizo levantar y prácticamente me arrastró a un despacho en la parte de atrás. Supuse que sería su espacio de trabajo. Olía a tabaco y a cuero.

Cerró la puerta con llave, se volvió de cara a mí y se cruzó de brazos. Nunca había visto tanta dureza en sus hermosos ojos azules.

—¿Qué coño haces aquí, Ingrid?

Ese encuentro no se desarrollaba para nada como lo había imaginado. Esperaba que me cogiera en brazos, y me besara, y me dijera que nunca había habido nadie aparte de mí. Pero eso solo sucedía en mi estúpida imaginación. En la realidad, los ojos de Hardy me agujoneaban con la insistencia de un taladro.

—Quería verte —me las apañé para hablar con firmeza, a pesar de mi nerviosismo, cada vez más elevado.

—¿Para qué?

¿Para qué? ¿Cómo podía preguntarme que para qué?

—Porque yo... te echaba de menos.

Bufó una sonrisa de pura incredulidad.

—Sí, claro. ¿Dónde está tu querido marido?

—Bajo la nieve que no deja de caer.

Hardy frunció el ceño.

—Está muerto —aclaré.

—Ah. Mi más sincero pésame.

—Gracias.

Se tomó un momento y se estuvo mordisqueando el labio por dentro mientras cavilaba.

—¿A qué has venido a Londres?

Hice un amago de sonrisa, un gesto de tristeza devastadora.

—¿De verdad me lo tienes que preguntar?

—¡Sí, Ingrid! —me gritó—. Te lo tengo que preguntar. ¡Porque me había olvidado de ti y ahora estás aquí, en mi casa, y no sé por qué maldita razón!

Mis ojos se desviaron hacia un rincón y se perdieron en la nada.

—Te habías olvidado de mí... —balbucí, ausente, devastada, rota en pedazos.

Se produjo una pausa. Hardy suspiró derrotado.

—Han pasado años. ¿Qué esperabas?

Mi dolor era tan intenso que no podía ni reaccionar. Estaba entumecida, ahí de pie, mirando la pared sin poder ver nada.

—Yo no te he olvidado ni por un solo instante, Hardy. Nunca he dejado de amarte.

—Me *dejaste* en una estación de trenes —gruñó entre dientes—. Me dejaste cuando te supliqué como un loco que no te fueras. ¿Intentas decir que me amabas entonces?

—Precisamente porque te amaba. Por eso me fui —le dije con voz neutral.

—Tienes una idea retorcida de lo que es el amor.

Sacudí la cabeza y moví los ojos hacia los suyos. Ya no vi dureza en él. Ahora había dolor, sus hermosos ojos estaban tocados de dolor.

—No lo entiendes. Yo me fui porque...

—No me interesa. No quiero saberlo. Al principio, me despertaba todas las noches y te buscaba a mi lado en la cama. Pero no estabas ahí. Y yo me venía abajo cuando recordaba tu mirada. La última mirada que me dirigiste antes de darme la espalda. No vi amor en tus ojos entonces.

—Hardy, yo...

—Pero pasó el tiempo, Ingrid —me interrumpió—. Días, y meses, y años. Y el dolor retrocedió, hasta que un día no fui capaz ni siquiera de recordar tu rostro, o la expresión en tus ojos cuando escrutabas los míos. Me olvidé de ti, y ahora no puedes pretender que yo escuche tus malditas explicaciones. Porque no quiero ni puedo regresar a lo de antes.

Bajé la mirada al suelo, para que no viera las lágrimas que nublaban mis ojos.

—Lo entiendo. Yo... lo siento. No debí haber venido —conseguí decir mientras me precipitaba hacia la puerta.

Tiré de ella y maldije al ver que no se abría. Hardy se me acercó hasta que su hombro rozó el mío. Cerré los ojos para no venirme abajo. Podía olerle y sentir la calidez de su cuerpo a mi lado. Y me quería morir porque sabía que jamás volvería a sentir sus fuertes brazos rodeándome.

Hardy extendió la mano, giró con suavidad la llave y me abrió la puerta. Salí corriendo, sin mirar hacia atrás, ya sin poder retener las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas.

Corrí hasta mi habitación en la segunda planta, me apoyé contra ella y me escurrí hacia abajo, hasta que rocé el suelo. No podía dejar de llorar, y tales eran mis sollozos que mi cuerpo temblaba al son del llano.

—¡Señora! ¿Qué ha pasado?

Levanté la mirada hacia Annie, que había palidecido en mitad de la estancia.

—No me quiere —balbucí entre convulsiones—. Hardy no me quiere, Annie. No me quiere...

Con su rollizo rostro lleno de compasión, Annie se arrodilló a mi lado y me abrazó.

—Ande, tranquilícese. Todo va a salir bien. No es usted más que una niña que está pasando un mal bache, pero se arreglará. Ya verá como sí. *Todo* va a salir bien.

Agité la cabeza con desesperación.

—Nada, nunca, volverá a salir bien, Annie. Él no me quiere.

\*\*\*\*\*

Annie me hizo vestir un camisón y me obligó a meterme en la cama. Incluso me pidió una infusión para tranquilizar mis nervios. Había dejado de llorar al

cabo de una hora, pero el dolor seguía ahí, desgarrando mi corazón con la fuerza de mil puñales de acero.

Alguien llamó a la puerta, supuse que el camarero trayendo el té. Me quedé en la cama, con la mirada perdida en la nada.

—Quiero verla. ¿Dónde está?

Me tensé de la cabeza a los pies al escuchar la tensa voz de Hardy.

—No puede atenderle —le dijo la siempre fiel Annie.

—Ya le digo que me atenderá. De inmediato, además.

—¿Para qué quiere verla? ¿Pretende usted volver a hundirla? ¿Tiene idea de lo que me costó tranquilizarla?

Pegué un salto de la cama y abrí la puerta de inmediato, antes de que ella siguiera y le contará lo destrozada que había vuelto después de ese encuentro con él. Hundida o no, tenía mi orgullo y no quería que Hardy supiera cuánto poder tenía sobre mí.

—¿Qué quieres? —le dije con frialdad, manteniéndome inescrutable en el umbral.

Hardy frunció el ceño al verme. Supuse que debí de parecerle devastada, con los ojos enrojecidos y mi perfecto maquillaje estropeado, porque la expresión de infranqueable dureza se borró de su querido rostro.

—Hablar contigo —me dijo por fin, y noté que su voz ya no sonaba hostil como antes. Ahora se expresaba con suavidad; me hablaba con la suavidad con la que le hablaba yo a Ben cuando reparaba en su tembloroso labio inferior.

Por unos segundos, me quedé como perdida, ensimismada, con el rostro oculto tras una máscara helada y carente de vida

—Dejaste claro todo lo que querías decir.

Mi distanciamiento mental debió de remover algo en su interior. Vino hacia mí, se quedó delante y se mordisqueó el labio. Parecía bastante inquieto.

—Acabo de hacer una llamada al otro lado del océano —empezó, hundiendo las manos en los bolsillos de su pantalón de tirantes, pues era incapaz de estarse quieto y no dejaba de frotarse los dedos. Pensé estúpidamente en que nunca le había visto con un pantalón que no tuviera tirantes. Ni bolsillos, ya que estábamos.

—Bien por ti. ¿Y?

—Estás arruinada, ¿verdad? —me dijo con voz baja y tranquila—. Tu

marido se pegó un tiro porque no pudo hacer frente a los recaudadores. ¿Por eso estás aquí? ¿Has venido a verme porque necesitas dinero?

Abandonando de pronto mi aire sonámbulo, alcé la mano en el aire y le abofeteé con todas mis fuerzas.

—¡He venido a verte porque quería tu amor, no tu estúpido dinero, maldito necio!

Hardy se frotó la mandíbula donde yo le había pegado y me miró como si no supiera qué hacer. Por fortuna, no hizo falta que hiciera nada.

—Mami... —berreó Ben a mis espaldas, señal de que iba a estallar en llanto de un momento al otro.

—Maldita sea —gruñí entre dientes, dando media vuelta para correr a abrazarle—. Tranquilo, tesoro, no llores. No pasa nada —. Meciéndolo en brazos, me volví de cara a Hardy—. El señor Baker es un viejo amigo de mamá, pero ya se iba.

—Estás llorando —gimoteó Ben.

Me rocé la mejilla y constaté que él llevaba razón.

—De felicidad, tesoro. Mami llora de pura felicidad. Hacía mucho tiempo que no veía al señor Baker y me alegro de verle —le dije con los ojos clavados en los de Hardy. Claro que mis ojos contradecían mis palabras—. Eso es todo. Mami no está triste. Se alegra de verle —le aseguré a Ben, esbozando una sonrisa a través de las lágrimas.

—Tienes un hijo... —murmuró Hardy, sobrecogido.

Mis ojos se desplazaron feroces hacia los suyos.

—Vete, Hardy. Vete y no vuelvas nunca más. Ben y yo ya no te necesitamos.

Di media vuelta y, con Ben entre mis brazos, entré en la habitación, dejando a Hardy y a Annie en la sala de estar. Me estaba muriendo por dentro y quería deshacerme en llanto, pero en vez de rendirme, le sonreí a mi hijo, porque eso era lo que él necesitaba que hiciese: tenía que dejar de lado todo mi dolor y entregarme por completo a él y a su felicidad.

—No le necesitamos —musité, haciéndole carantoñas—. Nos las apañaremos tú y yo. Siempre a contracorriente, pequeño Ben. *Siempre*.

Ben rio, mostrando sus pequeños dientecillos de leche, y ese fue el momento más feliz de mi patética existencia.

## Capítulo 23

La casa de campo pillaba retirada. Desde la carretera, serpenteaba un caminito de tierra, angosto y retorcido, a ambos lados cubierto por árboles de troncos blancos, cuyas ramas se entrelazaban en un extraño abrazo que impedía el paso a los rayos del débil sol de invierno. Ese día, para satisfacción de Annie, no llovía.

El coche negro en el que viajábamos se acercó despacio a la casona de piedra, y yo intenté parecer un poco menos deprimida de lo que me sentía.

—Es del siglo XVIII —le dije a Annie—. Perteneció a no sé qué barón. Era su residencia de verano.

—Cuando dijo casa de campo, esperaba una...

—¿Choza?

—Sí. Pero esta es una mansión.

Me encogí de hombros.

—Como le dije, hice un buen negocio vendiendo el castillo Fairbanks.

—Es una casa muy bonita, señora.

—Gracias, Annie —musité distraída, contemplando la parra que trepaba los grisáceos muros.

El interior era sencillo y amplio. El mobiliario, antiguo, sólido y más bien escaso. Pero teníamos todo lo que nos hacía falta. Había contratado a una cocinera y a una chica para la limpieza. Evidentemente, mi estándar de vida nada tenía que ver con el anterior a la Gran Depresión. Sin embargo, no vivía en la pobreza que creía Hardy Baker. Nuestra situación era similar a las familias de clase media alta.

El único lujo que tenía la casa era un viejo piano. Del barón, supuse, mientras paseaba las manos por la reluciente madera. También había libros. No me hacía falta nada más.

No sé por qué, pero pensé en Margot. Pensé en la época dorada, anterior a Hardy Baker. Las fiestas, la música, el *champagne*... La risa de Nick. Tenía la impresión de que había trascurrido un abismo de tiempo desde entonces. ¿Esa mujer era yo, o se trataba de otra persona? No lo sabía. Me sentía como si hubiese sucedido en otra vida.

—Aquí no suena el jazz —comenté con tristeza.

Annie suspiró.

—¿Echa de menos su casa?

Agité la cabeza despacio.

—No. Pero echo de menos el mundo, tal y como solía ser. Despreocupado y superficial. *Dorado*. Solo nos importaban el jazz y el *champagne*. Ahora el jazz se ha apagado... —Hice una pausa, perdida en mi abatimiento—. Y echo de menos a Nick —añadí, un poco sorprendida por esos sentimientos—. Al Nick con el que me casé, no al monstruo en el que se convirtió después. Echo de menos a Blanche... A Sibyl... Y a Margot. A Oliver y a los Winters. Creo que incluso me echo de menos a mí misma. La Ingrid que una vez fui.

Annie me escrutó en silencio.

—No sabe qué esperar de este cambio y está aterrada, porque se está enfrentando a lo desconocido.

—Supongo...

Ausente, me senté en el pequeño sofá color gris y miré el espacio que me rodeaba.

—Señora.

Alcé la mirada hacia Annie.

—¿Mmmm?

—¿Cuándo piensa decírselo?

Una expresión de desconcierto se asomó entre mis cejas.

—¿Decirle el qué?

—Que Ben es hijo suyo.

Bajé los ojos al suelo y tragué saliva.

—¿Cómo lo ha sabido? —pregunté al cabo de unos segundos.

—Simplemente, lo sé —se limitó a contestar Annie.

Mi mirada inanimada se paseó por las cortinas y las paredes.

—Deberíamos comprar un cuadro —acoté de pronto.

Como si un cuadro fuera a arreglarlo todo.

\*\*\*\*\*

Vivimos unos cuantos meses en esa casa, y empecé a acostumbrarme a mi nueva vida. Lo había dejado todo, mi hogar, mi país, a mi familia, y me había ido a Inglaterra para empezar una nueva vida al lado de Hardy. Pero las cosas no habían salido según las había planeado, así que me tocaba enfrentarme a todos esos cambios yo sola. Fue difícil, un camino tortuoso hacia lo



desconocido. Sin embargo, caminé. Al principio, arrastrándome. Después, a paso normal. Ahora estaba casi corriendo.

Llegó la primavera, y ver la naturaleza tan viva encendió algo dentro de mí; una chispa de entusiasmo. El primer día que dejó de llover, me llevé a Ben de excursión. Había una colina alzándose detrás de la casa, reinando por encima de todo el pueblo. Las vistas eran alucinantes. Desde ahí arriba, el mundo me parecía vasto y austero. Y horriblemente desierto.

Extendí una manta encima de la suave yerba, le quité los zapatos a Ben e hice que se sentara. Después de sentarme a su lado, abrí la pequeña cesta y lo dispuse todo para el picnic. Retiré un libro, coloqué la cabeza de Ben en mi regazo, mis dedos acariciándole los castaños mechones, y pasé las primeras tres páginas. Los ojos azules de Ben me miraron soñadores. Le sonreí y empecé a leer:

—*En una dorada tarde, el agua ociosos nos lleva, pues son bracitos de alambre, los que reman, reman, reman.*

—A mí también me gustaba Alicia cuando tenía su edad.

No creo que yo fuera capaz de mostrar alguna reacción humana en ese momento. Puede que tan solo mi mandíbula se endureciera, pues sentía los dientes fuertemente apretados los unos contra los otros.

—Hola, Ben —volvió a hablar él, al cabo de lo que para mí había sido una eternidad—. Esto es para ti. Creo que llego tarde para tu cumpleaños. O demasiado pronto. Lo cierto es que no sé cuándo es tu cumpleaños.

—Finales de verano —dije, mi voz sonando demasiado extraña; la voz de una persona a la que ni siquiera conocía.

Hardy se quitó los zapatos y se sentó a mi lado.

—Hola, Ingrid.

Mis ojos se alzaron, ausentes, hacia los suyos. En silencio, paseé la mirada por todo su rostro. No se había afeitado aquel día, y no parecía haber dormido demasiado bien. Mostraba mala cara.

—¿Por qué estás aquí? —musité, y luego pensé en que ni siquiera quería saber su respuesta. El hecho de que sus ojos me miraran con una gelidez similar al hielo no podía ser una señal demasiado buena.

—Porque no te encontré en tu casa —me respondió y, por supuesto, advertí el toque desabrido que destilaba su voz.

Lo negué deprisa.

—No me has entendido. ¿Por qué estás aquí? ¿En este pueblo?

Hardy suspiró.

—Porque me llegó una carta y quería saber qué nueva artimaña es esta. ¿Qué es lo que estás tramando, Ingrid?

Fruncí el ceño y cogí el papel que me ofrecía. Mis ojos se pasearon inquietos por esas líneas, escritas con letra descuidada, y conforme leía, se me estaba alterando la expresión de la cara y una extraña angustia empezaba a apretarme en la boca del estómago.

—No sabía nada de esto —susurré, doblando el papel—. No es cosa mía.

—¿Es cierto lo que dice aquí?

Vacilé unos momentos.

—Ben, tesoro, ¿por qué no vas a ese arbusto y miras a ver si hay algún conejo con chaleco?

—¿Los conejos llevan *aleco*, mami?

—Solo los listos —le susurré al oído.

Ben salió corriendo de entre mis brazos, entusiasmado por la idea de encontrar a un conejo inteligente.

—¿Y bien? ¿Es cierto? —urgió Hardy.

La gélida dureza de su voz me taladraba las entrañas.

—El hecho de que sea hijo tuyo no cambia las cosas —expuse, rezando por conseguir un aire de seguridad y así parecer menos aterrada de lo que me sentía.

—¿Pero tú te estás escuchando?! —rugió, encolerizado—. ¡Lo cambia todo! ¿Cómo pudiste ocultarme algo así? ¿Qué clase de monstruo eres tú?

Desvié los ojos hacia las solitarias vistas, porque era incapaz de sostener la mirada de Hardy. Y porque me notaba a punto de llorar y no quería que reparase en mis lágrimas.

—Tú no sabes toda la historia, Hardy —musité.

—Si vas a hablarme del incendio de Nueva Orleans, ahórratelo. Antes de aventurarme a volver a verte, llamé a tu hermana y me contó lo sucedido. Sé que fue cosa de tu marido.

Volví los ojos hacia él y me dio igual que advirtiera lo cargados de lágrimas que estaban.

—Amenazó con matarte.

Hardy juró por lo bajo.

—¿Por eso te fuiste? —susurró, mirándome a los ojos.

—¿Crees que para mí ha sido fácil? —repuse a gritos—. ¿Tienes idea de

lo que me hizo cuando volví? ¡Ojalá mi único problema hubiese sido despertar en una cama y no encontrarte! —exclamé con iracunda mordacidad.

Hardy entrecerró los ojos y tragó saliva.

—Lo... siento. Yo no lo sabía.

—¡No! —rugí, levantándome de la manta—. ¡No tenías ni puñetera idea! Pero vienes aquí a acusarme de ser un monstruo, ¡cuando lo único que hice fue amarte! Nos vamos, Ben.

—Mami, no veo al conejo.

—¡Que le zurzan al conejo! —estallé, exasperada—. ¡Ven aquí ahora mismo, Benjamin!

—¡No le hables así a mi hijo! —me reprendió Hardy, con una repentina actitud paternal que me dejó con deseos de estrellar mi puño derecho contra su firme mandíbula.

Lo miré sin dar crédito.

—¡No me digas cómo tratar a tu hijo!

Enfurecida a más no poder, me fui hasta Ben, lo aupé en brazos y eché a andar colina abajo.

Cuando llegué a casa, veía negro delante de los ojos, tan encolerizada estaba. ¡Que yo era un monstruo! ¿Pero qué se había creído ese hombre?

—¿Annie, puede darle algo de comer a Ben? Mis planes se han torcido porque su carta llegó a su destinatario.

Annie me miró con expresión culpable.

—Él tenía que saberlo, señora —se justificó.

—¡Él no tenía que saber una mierda! —rugí—. Por fin había aprendido a ser feliz sin él, y ahora se ha estropeado todo, porque me odia, y eso sí que no podré superarlo nunca. Jamás me perdonará por haberle ocultado la existencia de Ben. Oh, Annie, ¿por qué se lo tuvo que decir?

Annie alzó la barbilla con determinación y me miró a la cara.

—Porque usted estaba demasiado aterrada como para hacerlo.

—Él ya no me ama, ¿lo entiende? ¿Qué iba a hacer cuando me dijo que me había olvidado, eh? ¿Decirle *oye, Hardy, por cierto, tenemos un hijo juntos?* ¿Sabe qué habría hecho entonces? ¡Se habría casado conmigo!, porque así es Hardy Baker. Honorable hasta la muerte. ¡Se habría casado con una mujer por la que ya no sentía nada! ¡No pude decírselo! Y usted no debía haber tomado esa decisión por mí —escupí, antes de franquear furiosa la puerta.

Salí a la terraza y respiré hondo.

—¡Menuda hijoputada! —grité a los cuatro vientos.

—Un lenguaje elogiabile.

Solté un inarticulado gruñido de furia y me volví. Hardy Baker estaba apoyado contra el grisáceo muro, sin importarle el hecho de que el musgo que cubría la piedra podría estar manchándole su elegante traje gris perla. Tenía un cigarrillo colgándole de los labios, y mi cesta yacía a sus pies. Cuando mis ojos bajaron hacia ella, Hardy se agachó, la cogió y me la ofreció.

—Te dejaste esto ahí arriba.

Prácticamente se la arranqué de la mano.

—Tenía un poco de prisa.

Las esquinas de la boca de Hardy se alzaron un poco.

—No lo había notado, teniendo en cuenta que te marcharse corriendo.

—¿A qué has venido? —lo increpé, mosqueada.

Se cruzó de brazos con despreocupación y apoyó de nuevo la espalda contra el muro. Él parecía la mar de tranquilo, mientras que yo hervía por dentro a causa de los nervios.

—¿No es obvio?

—¿Lo es?

Lo miré interrogante. Hardy puso los ojos en blanco.

—Te dejaste la cesta.

Me sentí estúpida en ese momento, ahí delante de él, parpadeando azorada.

—Ah. Gracias. Ya me la has devuelto. Ahora puedes largarte por dónde has venido.

Me disponía a irme, cuando Hardy lanzó el cigarrillo al suelo, me agarró de la muñeca y me atrajo hacia él. Cogió mi rostro entre las manos y acercó los labios a los míos hasta que nuestras bocas se rozaron. Traté de desprenderme de su abrazo, pero me sujetó con más fuerza, inclinó el rostro sobre el mío e intentó besarme.

Movió los labios y gruñó exasperado al ver que yo no daba señales de querer colaborar.

—Bésame —me pidió, con voz de pronto enronquecida.

Me mantuve en mis trece.

—Preferiría beber estramonio —escupí.

Las comisuras de su boca se arrugaron en una sonrisa que Hardy fue incapaz de retener, por mucho que se mordiera el labio.

—Está bien —cedió, bastante divertido por mi respuesta—. Lo dejaré estar. Por hoy.

Sus manos soltaron mi rostro y se aferraron a mi cintura. Nuestros cuerpos se estaban rozando de cintura para abajo. El calor que emanaba Hardy era devastador.

—Ingrid...

Me obligué a no mirarle, porque sabía qué vería. Imaginaba sus ojos, oscurecidos de pasión, y la expresión carnal de su rostro, y sus labios ligeramente entreabiertos y humedecidos. No, no iba a mirarle. De lo contrario, estaba perdida.

—¿Qué? —pregunté, con los ojos fijos en un árbol que se alzaba a sus espaldas.

Las manos de Hardy me estaban acariciando la cintura, y eso derretía mi deseo de resistirme a él. Recé para que dijera lo que fuera y se marchara de una vez.

—Yo no te odio, tesoro —me susurró con dulzura, confirmando que había escuchado toda mi conversación con Annie—. Y no me habría casado contigo porque tenemos un hijo juntos. Lo habría hecho porque nunca he dejado de amarte. Ni siquiera en los días en los que te odiaba profundamente por haberme abandonado.

Sus labios besaron mi frente. No fui capaz de formular palabra. Hardy me miró a los ojos, aguardó y, al ver que yo no tenía pensado hablarle, se marchó con aire derrotado.

Al cabo de unos segundos, me volví con los ojos cargados de lágrimas y lo contemplé mientras andaba por el caminito de tierra. Tuve la impresión de que el sol había muerto en el cielo y que el mundo se había apagado. Todo a mi alrededor era oscuridad, salvo esa silueta que se movía a lo lejos.

\*\*\*\*\*

No tenía ganas de hacer absolutamente nada. Estaba tendida en una tumbona en el jardín, odiándome a mí misma por haberle dejado marchar. Había pasado casi una semana y él no había vuelto a dar señales de vida. Empecé a temer el hecho de que nunca iba a regresar.

En el pasado solía ser diferente.

*Ya lo creo que era diferente.*

Cerré los ojos y recordé lo mucho que me había perseguido en Nueva Orleans; todas aquellas veces que habíamos coincidido “por casualidad”. Estaba loco por mí. Ahora ya no. Ahora solo me veía como al monstruo que le había ocultado la existencia de su único hijo.

Ben vino corriendo hacia mí, y mis pensamientos cesaron al escuchar su voz llamándome.

—Mami. Mami.

Abrí los ojos y le sonreí. Ben, con una sonrisa de oreja a oreja, me ofreció un ramo de flores silvestres. Me incorporé deprisa.

—¿Y eso? ¿De dónde las has sacado, Ben?

—Papi y yo las hemos cogido para ti.

Palidecí intensamente.

—¿Qué has dicho? —gruñí despacio.

A Ben se le alteró el rostro.

—¿Vas a regañarme?

—No pasa nada, Ben, cielo —me apresuré a tranquilizarle mientras le frotaba la espalda—. No voy a regañarte. Son muy bonitas.

Al ver mi sonrisa, Ben se relajó y volvió a sonreír.

—Papi dice que no son tan bonitas como tú, pero que valdrán.

—Eso ha dicho, ¿eh? ¿Dónde está tu padre?

—Buscando sitio para mi nueva bici.

—Así que tu padre te ha traído una nueva bici. ¿Y qué más?

—Me ha dicho que a partir de ahora vamos a vivir juntos —declaró Ben, feliz por esa situación—. Los papás y las mamás viven juntos.

—No cuando las mamás tienen deseos homicidas —gruñí, más bien para mí.

—¿Qué significa deseo *miticida*?

—Homicida —lo corrigió Hardy, que se había acercado a mis espaldas sin que yo escuchara sus pasos—. Significa que mami quiere mucho a papi. Ben, ¿me harás un favor si te lo pido?

—Sí, señor.

—Ve a decirle a Annie que guarde esas flores en agua. No queremos que se mueran, ¿verdad?

—No...

—Pues corre.

Ben, haciéndole caso a su padre, salió corriendo hacia la casa. Irritada, me volví hacia él.

—¿Se puede saber qué le has dicho?

Hardy se dejó caer a mi lado en la tumbona, los dos sentados de espaldas a la casa.

—Que soy su padre... que he estado fuera... que ahora he vuelto...

—Y que vamos a vivir los tres juntos —añadí con mordacidad.

Hardy torció la boca en un gesto desdeñoso.

—Puede que haya dejado caer algo respecto a eso, sí. No lo recuerdo muy bien.

—¡No vamos a vivir los tres juntos, idiota! —grité, dándole un golpecito en el estómago.

Los ojos de Hardy me escrutaron en silencio. No vi en ello nada más que curiosidad. Y puede que un poco de diversión.

—Dame una buena razón —susurró, con los ojos vagueando por todo mi rostro.

Me desconcertó su modo de mirarme.

—No estamos juntos.

—Pero podríamos estarlo —repuso Hardy de inmediato—. Tu marido está muerto. Ya nada se interpone en nuestra relación.

Sabía que él tenía razón. Pero aún me sentía lo bastante furiosa como para no dársela.

—No es tan fácil, Hardy. Si piensas que puedes presentarte aquí y pedirme que retomemos lo nuestro donde lo habíamos dejado...

—Eso mismo hiciste tú hará un par de meses —me recordó.

—Ya. Y mira lo bien que me salió.

Hardy sonrió un poco. Alargó la mano y me rozó el pelo con las yemas de sus dedos. Y volvió a sonreír, solo que su sonrisa fue acerba esta vez.

—No te salió del todo mal. Estoy aquí, ¿o no?

Me perdí en sus ojos azules, y mis anteriores sentimientos hacia él no solo volvieron, sino que aumentaron. Le amaba con tanta intensidad que me dolía. Pero él no me amaba a mí. Todo lo que hacía ahora era porque teníamos un hijo juntos. De haberme amado, me habría retenido a su lado en Londres. El Hardy al que yo conocía no me habría dejado escapar.

—Me olvidaste, Hardy. Tú mismo lo dijiste.

Sus ojos bajaron al suelo. Sentado a mi lado, sacudió la cabeza despacio. Parecía tan vulnerable que sentí ganas de abrazarle.

—Quería herirte —confesó con voz baja—. Pero tú te marchaste, y entonces me di cuenta de que solo me había herido a mí mismo.

No sabía si confiar o no en él.

—Dime una cosa. Si no te hubiese llegado la carta de Annie...

—No me preguntes eso —suplicó Hardy, clavando los ojos en los míos—. No sé lo que habría hecho.

Aparté la mirada y cabeceé pausadamente.

—El Hardy al que yo conocí no se habría rendido tan fácilmente. A no ser que hubiese dejado de amarme.

Decirlo en voz alta resultó devastador, pero lo hice. Se lo dije, porque se lo tenía que decir.

—Me he acostado con muchas mujeres después de ti —acotó Hardy de pronto, y yo cerré los ojos ante el dolor desatado por sus palabras—. Más de las que jamás podría recordar. Pero en mi mente solo había una persona, Ingrid. *Siempre*, en cada momento, pasara lo que pasara, solo podía pensar en una persona. ¿Te parece que he dejado de amarte? Porque a mí, no. A mí me parece que he estado obsesionado contigo todos estos años.

Volví los ojos hacia los suyos y me di cuenta de que hablaba con sinceridad; de que su mirada no estaba mintiendo. No podía mentir en ese momento.

—¿Me quieres? —susurré.

Su sonrisa fue tierna, apenas perceptible. Me rodeo el rostro con las manos y me atrajo hacia él. Su aroma invadió mis sentidos, y los años que habíamos pasado separados se borraron de repente. De algún modo, regresamos en el pasado, ese pasado dorado que yo tanto echaba de menos. Estábamos de nuevo en el *Stardust*, bailando ese tango a medianoche. Solo que ahora el local no estallaba en llamas, sino que los violines seguían sonando, y sonando, y sonando... Y Hardy me besaba como si el mundo fuera a acabarse de habernos detenido.

—Pues claro que te quiero, tontina —me susurró—. Siempre te he querido.

Sus labios fueron al encuentro de los míos, y yo cerré los ojos y los recibí. Nunca le había deseado tanto como lo deseaba en ese momento. Era un deseo insoportable. Un deseo de absorberle, de fundirme en él, de exprimir cada



pequeña gota de esencia de su cuerpo. Lo besé tan apasionadamente que a los dos se nos olvidó dónde estábamos, y nos fuimos acercando el uno a otro, hambrientos, hasta que Hardy me hizo tumbar hacia atrás y me colocó por debajo de su cuerpo.

—¿*Qué* estáis haciendo? —preguntó Ben, asqueado.

Aparté a Hardy de golpe y me puse en pie de un salto.

—¡Ben! ¡Tesoro! Tú padre y yo estábamos negociando... eh... los detalles de nuestra... ¡Échame una mano! —le gruñí a Hardy, y este rio entre dientes.

—Ven aquí, socio.

Ben, con una repentina sonrisa, se fue corriendo a sus brazos, y Hardy lo sentó encima de su rodilla. Me quedé mirándolos, padre e hijo, tan parecidos en mil aspectos y, aun así, diferentes en otros. Quise llorar, pero no lo hice. Me limité a mirarlos con los ojos repletos de lágrimas.

—Yo quiero a tu madre. *La quiero*. ¿Sabes lo que es querer a una persona?

—Mmmm... Quieres casarte con ella —sentenció Ben, tras pensarlo unos segundos.

Los ojos de Hardy se abrieron un poco.

—Exacto. Lo vas pillando. Quiero casarme con tu madre.

Me quedé boquiabierta. Hardy me guiñó un ojo.

—Pero yo también —dijo mi hijo, de pronto apesadumbrado.

Hardy frunció el ceño y bajó la mirada hacia él.

—Tú también, ¿qué?

—Quiero casarme con ella —declaró Ben con absoluta convicción.

Solté una carcajada. Hardy me miró con una sonrisa burlona.

—Es comprensible, hijo. Tu madre es especial. ¿Sabes qué? Te propongo un trato. Casémonos los dos con ella. ¿Te parece?

Los ojos azules de Ben se dilataron de puro entusiasmo.

—¿Podemos hacerlo?

Hardy torció la boca en un gesto de desdén.

—Pues claro. El próximo sábado. En la pequeña iglesia del pueblo. A las doce en punto. ¿Crees que a tu madre le importará llevar un vestido normal y corriente? No sé tú, socio, pero yo no me veo capaz de aguantar soltero hasta que ella confeccione su traje de novia.

—Mami, di que no te importa —suplicó Ben, con ojos de cordero degollado.

Me reí a través de las lágrimas.

—No me importa.

—Entonces... ¿nos casaremos los tres? —me propuso Hardy, con los ojos azules clavados en los míos. Estaba sonriendo, el muy canalla—. ¿El sábado? ¿A las doce en punto?

Sacudí la cabeza con falsa reprobación.

—Es una encerrona. Nadie podría resistirse a esos pucheritos de Ben.

Hardy se hizo el inocente.

—No sé de qué estás hablando.

—Te aprovechas de mi amor por tu hijo para forzarme la mano. Si me hubieras pedido que me casara contigo, te habría dicho que no. Pero me has pedido que me case contigo y *con Ben*, y ya no podré negarme.

Hardy era incapaz de retener la sonrisa. Parecía muy feliz.

—¿Lo has oído, socio? Tu madre se casará con nosotros. Tendré que buscarte un traje. No podemos ir vestidos de cualquier manera. Imagínate que cambia de opinión.

—¡No! —rio Ben—. Ella nos quiere.

Yo los miré y me reí también. Sí, les quería.

## Epílogo

Me casé con Hardy ese mismo sábado, en la iglesia del pueblo. Mi hijo, todo vestido de blanco, llevó los anillos. No cabía en sí de alegría. La ceremonia fue... ¡¿Pero a quién le importa la estúpida ceremonia?! No escuché ni una sola palabra, salvo las importantes:

—Hasta que la muerte os separe.

Hice una mueca maliciosa.

—¿Lo has oído? —le susurré a Hardy con expresión tenebrosa.

Él soltó una carcajada. Incluso el sacerdote sonrió.

—Lo he oído perfectamente.

Le guiñé un ojo a Ben, y él me sonrió. Estaba de pie, al lado de su padre, convencido de que nos estábamos casando los tres. Y, en cierto modo, así era, pues nada nos volvería a separar a partir de ese momento.

Por la noche hubo tormenta. Estábamos en abril y, aunque de día hacía buen tiempo, de noche era preciso encender la chimenea, y eso hizo Hardy en nuestra noche de bodas. Encendió la chimenea mientras yo contemplaba ensimismada el movimiento de sus anchos hombros por debajo de la camisa blanca.

Me gustaban los hombres como Hardy, sencillos, terrenales; hombres que te hacían sentir segura. No eran aristócratas. Probablemente, no tenían ni idea de arte o cultura. Pero sabían encender un fuego, traer la cena y... procreaban de maravilla. ¿Acaso no había sido gracias a ellos por lo que la especie humana había evolucionado tanto? Con hombres como Nick, nos habríamos extinguido en la prehistoria, estaba convencida de ello.

Él se volvió de cara a mí y yo dejé de divagar al ver la pasión que consumía sus pupilas. Tragué saliva y me quedé ahí, encima de la cama, aguardándole en silencio. Hardy se desnudó sin decir ni una palabra, sus ojos siempre fijos en los míos. Vino hacia mí, me levantó por las caderas y me hizo rodearle el torso con las piernas.

—Hoy en la iglesia —me dijo—, cuando te vi entrar con tu vestido dorado, tus cabellos reflejando la luz del sol y mi hijo caminando a tu lado, ha sido, sin exagerar, el momento más feliz de toda mi vida. Gracias.

—También lo ha sido para mí —musité, apoyando los dedos contra su mentón, justo por debajo de sus labios, que se desplegaron en una sonrisa.

Inclinó el rostro sobre el mío y me besó. Al principio, sus labios fueron suaves encima de los míos. Después, empezaron a moverse cada vez con más insistencia, a veces saqueando, otras, entregándomelo todo.

Me hizo el amor despacio, a conciencia, apasionadamente... La lluvia repiqueteaba por encima de nosotros dos mientras nuestros cuerpos se movían febriles el uno encima del otro y nuestros labios se buscaban desesperados en esa oscuridad interrumpida solo por el resplandor del fuego lento que se consumía en el hogar.

Aquella fue una noche de pasión y tormenta. Una noche como siempre había deseado.

## Más libros de la autora

Querido lector,

Muchas gracias por haberle dado una oportunidad a mi trabajo. Espero sinceramente que hayas disfrutado esta historia.

Si te ha gustado *Tango a medianoche*, es muy probable que también te guste *Enséñame a Olvidarte*, una historia sobre primeros amores, superación personal, lidiar con los errores del pasado y... aceptar que hay cosas que nunca se superan. Te dejo un pequeño adelanto, por si te resultara interesante la historia.

# Capítulo 1

Supe desde el principio que amarle tan intensamente iba a traer ciertas consecuencias. Lo supe, y, aun así, le amé. En realidad fue bastante sencillo hacerlo, incluso algo natural. Nada estaba planeado. El amor surgió sin más; me golpeó de repente con su aplastante fuerza y trastocó todo mi mundo en un abrir y cerrar de ojos.

Yo misma me daba cuenta de que su nombre se colaba en casi cada frase que salía por mi boca. Empecé a buscar más y más su compañía, cada vez que sus ojos se desplazaban hacia los míos, todo lo que me rodeaba se desvanecía en el aire, y lo único que quedaba era la intensidad azul de su mirada. Sencillamente, él empezó a fluir por mis venas y ni siquiera cuando acabó con todo lo que yo había sido hasta ese momento, ni siquiera cuando todo se quebrantó, fui capaz de dejar de amarle.

Desde entonces he visto el mundo, podría decirse que lo he conquistado. He hecho de todo, lo he experimentado todo y he estado en todas partes, pero nunca más he podido sentir lo que sentía cada vez que él me besaba. Claro que de aquello hace mucho, mucho tiempo...

Han pasado más de diez años desde que crucé la frontera de Vail, un pequeño pueblo del centro oeste de Colorado. No le eché ni un solo vistazo al retrovisor de mi viejo Ford para despedirme de mi antigua vida. Ni siquiera les dije adiós a las puntas blancas de las Montañas Rocosas, que se quedaron atrás, solemnes, impertérritas y casi tristes por mi partida.

La sucesión de momentos que formaron aquel día aún desfila dentro de mi mente, como si todo hubiese tenido lugar ayer mismo, no hace tanto tiempo. Recuerdo, por ejemplo, que el aire arrastraba un ligero olor a humo, supongo que de las chimeneas recién encendidas. También recuerdo que el cielo estaba teñido de un deprimente gris plomizo. Había una densa cortina de nubes cubriéndolo, como un oscuro techo, y eso impedía que los rayos del endeble sol de otoño lo atravesaran.

Aunque no es nada de todo eso lo que hace que me estremezca cada vez que evoco los recuerdos de mi huida. Hay un recuerdo más, el más poderoso de todos, uno que por mucho que lo intente, nunca he sido capaz de expulsar. De vez en cuando regresa a mi mente en forma de *déjà vu*, cuando menos me lo espero, y es como si pudiera sentir otra vez la gélida caricia del viento del

noroeste que se filtraba a través de mi ventanilla bajada. Nunca pude sacarme esa sensación de la cabeza y creo que nunca lo conseguiré. Su toque fue algo similar al agarre de los esqueléticos dedos de un ser fantasmal. Al principio, se acercó a mí para traermé un poco de consuelo, pero en cuanto bajé la guardia, cuando más vulnerable estaba, me apuñaló el corazón con unos dardos de hielo, congelándolo todo, menos mi dolor.

Acababa de cumplir diecinueve años. Tenía el rímel corrido, los zapatos manchados de barro y el corazón roto en millones de helados y diminutos pedazos. Mientras conducía sin apenas visibilidad y sin ser capaz de dejar de sollozar, me hice a mí misma dos promesas. Uno: jamás volvería a pisar Vail. Y dos: nunca, jamás, bajo ningún concepto, volvería a permitir que me partieran el corazón. Lo que se traducía en que no tenía intención alguna de volver a amar.

Hoy, una década más tarde, acabo de romper la primera promesa.

Nada más pasar por delante del cartel que reza: *Bienvenidos a Vail, Colorado*, aminoro la velocidad para poder disfrutar de las vistas. A pesar de todos los malos recuerdos que me despierta este sitio, he de reconocer que, si hay un paraíso sobre la faz de la tierra, ese es mi pueblo natal. Vail, construido al estilo de una villa alpina y emplazado en el corazón de las Montañas Rocosas, fue fundado en los años sesenta y, en poco tiempo, se coronó como la base de una de las más famosas estaciones de esquí del mundo entero. En invierno, se convierte en un glacial paraíso abarrotado de turistas y aficionados a los deportes de la nieve, como el snowboard y el esquí, mientras que en verano es un oasis verde y lleno de vida, rodeado de pinos, cristalinos riachuelos, y amplias y esplendorosas zonas para pasear y disfrutar de la austera belleza del paisaje de montaña.

Mis padres aún viven aquí, en una casa de piedra oculta por frondosos árboles y por altas montañas que forman un protector valle a su alrededor, pero yo no he vuelto ni siquiera para visitarlos. Las pocas veces que nos hemos visto en estos últimos diez años, ha sido porque ellos vinieron a Washington, mi ciudad de acogida. Al recordar mi perfecta vida en el centro político del país, maldigo por enésima vez las circunstancias que hoy me hacen volver. Para mí, Vail supone el Paraíso y el Purgatorio a la vez.

Me sorprende que aún no me haya cruzado con nadie. En los pueblos pequeños eso es casi imposible. Siempre hay alguna anciana paseando por la calle o algún jovencito enredando con la bici. Pues hoy no hay nadie, salvo

por un perro que está rascándose las pulgas mientras me sigue con su marrón mirada desde el lado derecho de la carretera. Supongo que este letargo se debe a que está lloviznando y tiene pinta de hacer bastante frío. No podía haber elegido peor el atuendo: unos zapatos descubiertos, a juego con un vestido negro cuya tela es tan fina que resulta casi transparente. Después de tantos años fuera, se me ha olvidado que mientras que en Washington estamos a veinticinco grados, en Colorado, si rozamos los dieciocho, es que hace un calor del carajo y la gente empieza a preocuparse por el calentamiento global.

La sirena de un coche patrulla me arranca de mi contemplación. Miro por el retrovisor y veo que están dándome las luces rojas para que me detenga. ¡Maldita sea! ¿De dónde diablos ha salido ese coche? *Si no hubieses estado mirando las musarañas, lo habrías visto venir*, me regaño a mí misma.

—Detenga el vehículo en el lado derecho de la carretera y permanezca en el interior —me indica el policía por el megáfono, pese a que yo ya he señalizado hacia la derecha. *¡Este tío es tonto!*

Me detengo y, mientras espero las consecuencias de mis ilegales maniobras, me examino en el espejo interior para asegurarme de que no se me ha corrido el maquillaje, y de que aún llevo el pintalabios rojo que me puse hará media hora, cuando, nada más cruzar la frontera del condado de Eagle, paré a tomar un café en una gasolinera. Quiero causarle una buena impresión al *sheriff*. Tal vez me libere de la multa, quién sabe. Al menos voy a intentarlo. Por norma general, poner ojitos me funciona de maravilla.

Satisfecha a causa de la imagen que me devuelve el espejo, bajo la ventanilla y miro por el retrovisor al hombre de un metro noventa que se me acerca perezoso. ¡Menudo cuerpazo! No le veo el rostro, puesto que tiene la cabeza bajada y lleva una gorra para protegerse de la lluvia, pero su modo de caminar y la impresionante sensualidad que desprenden sus movimientos, me aseguran que el nuevo *sheriff* de este pueblo está para comérselo. En mis tiempos, el *sheriff* era el señor McGrath, un hombre viejo y siempre malhumorado, que me sermoneó más de una vez por intentar comprar alcohol siendo menor de edad. Gracias a Dios, nunca se enteró de que incluso llegué a consumirlo (en más de una ocasión). En un sitio como Vail, eso acarrea la expiación.

Mientras yo me deleito siguiendo con felino interés los andares del *sheriff supermodelo*, él levanta la cabeza, lo cual hace que mis oscuros ojos se



cruzan con el azul hielo de los suyos a través del retrovisor del conductor.

Y entonces, mi corazón deja de latir por completo.

Él frena en seco, separa los labios y se queda mirándome como si el aire hubiese dejado de alimentar sus pulmones. Su hermoso rostro muestra una expresión de lo más descompuesta, el ceño arrugado, las pupilas dilatadas, y algo me dice que mi rostro trasparenta exactamente lo mismo que el suyo. Creo que tarda todo un siglo en encontrar las fuerzas para acercarse a mi ventanilla.

—Liv... —murmura, y aún parece muy descolocado.

—En carne y hueso.

Rezo para que la sequedad de mis palabras disimule los verdaderos sentimientos que me invaden al verle.

Con un reflejo de admiración danzando en sus intensas pupilas, curva las esquinas de la boca en una sonrisa seductora.

—Más hueso que carne, por lo que veo.

Esa ronca voz desata todo un infierno de recuerdos dentro de mi cabeza. La última vez que le vi, esa firme boca estaba recorriendo todo mi cuerpo; esas fuertes manos, ahora hundidas en los bolsillos de su pantalón azul oscuro, me acariciaban como nadie lo había hecho antes. Reprimo todas esas imágenes y me esfuerzo por sonreír. Vendería mi alma al diablo antes que dejarle la sensación de haberme pasado la última década sufriendo por él. Las chicas de los pueblos pequeños solemos tener un desorbitado orgullo.

—Hola, Mason —saludo como si nada—. Me alegra volver a verte.

Hace ademán de abrir la boca y decirme algo inteligente, tal vez insolente, según su costumbre, pero, por alguna razón, esta vez no le salen las palabras, así que cierra los labios y se limita a mirarme fijamente, como si estuviera viendo por primera vez algo que le fascina, le intriga y puede que le asuste un poco. Pasados unos veinte segundos, se aclara la voz, frunce el ceño y luego esboza un atisbo de sonrisa, bastante avergonzado por haberse quedado en blanco delante de mí. Yo, dueña de una glacial indiferencia que finjo de maravilla, aguardo paciente hasta que él recupera la compostura.

—Vaya... perdona que me haya quedado mirándote como un gilipollas. Es que me ha sorprendido mucho verte. Han pasado...

—Diez años, ocho meses y cinco días —acabo su frase, aunque me muerdo la lengua nada más decirlo. *¡Joder, Olivia!*

Eric Mason me muestra una insufrible media sonrisa. Ya veo que tras esos

iniciales segundos de debilidad, vuelve a ser el mismo Mason de siempre.

—Bueno, yo no llevo una cuenta tan exacta, pero ya veo que tú sí.

Me paso una mano por mi oscura media melena, cuyas puntas alisadas apenas me rozan los hombros, rodeando mi delgado rostro de labios carnosos y pómulos altos y planos.

—Pues claro que la llevo. Estamos hablando de la mejor época de toda mi vida. ¿Cómo no iba a llevar la cuenta de algo así? —repongo con ensayada dulzura.

Se inclina sobre mi ventanilla, apoya los codos en el cristal bajado y me dedica una sonrisa digna de uno de los mejores galanes de la época dorada de Hollywood. Cary Grant estaría royéndose las uñas de pura envidia ante este innecesario derroche de *sex appeal*.

Durante un breve instante, contemplo la idea de subir el cristal y pillarle la cabeza con él, pero tengo que descartarla (para que conste, muy a mi pesar). Que yo recuerde, las agresiones a la autoridad se suelen castigar con todo el peso de la ley en el estado de Colorado. Lo que es una auténtica pena. Si hay alguien que se merezca que le corten el cuello, ese es el capullo de Mason.

—Así que la época en la que tú y yo estuvimos saliendo fue lo mejor de tu vida, ¿eh?

Le dedico la sonrisa más dulce de la que soy capaz. A este hay que bajarle los humos de inmediato.

—Mason, me refería a los diez años, ocho meses y cinco días que he pasado sin verte a ti.

Hace una mueca de desagrado, se endereza y carraspea.

—Ya, claro que te referías a eso —murmura secamente—. Y dime, Liv, ¿qué te trae por estas tierras después de toda una década recorriendo el mundo?

Ah, que me ha parado para solicitarme una declaración de intenciones. Y yo pensando que era por haberme saltado el estúpido *stop*.

—Seguro que ya sabes que ha fallecido mi tía Joy.

—Siento tener que informarte de que llegas tarde. La enterramos hace tres días.

En los pueblos pequeños siempre se habla en plural, puesto que las actividades suelen ser colectivas. Da igual si se trata de una boda, un bautizo o un entierro, la gente de aquí forma una piña en todas las ocasiones, para apoyarse los unos a los otros, me imagino. Yo en Washington apenas tengo

contacto social, salvo por el hombre que me da el beso de buenas noches, sus amigos y mis compañeros de trabajo.

—En realidad, voy a la lectura de su testamento.

—O sea, que para el entierro no encuentras tiempo, pero para hacerte con las tres pertenencias de la pobre anciana, sí.

Le dedico una mirada de lo más fulminante, a la que él responde con una sonrisa ladeada, muy a lo Mason. No he conocido a nadie más capaz de sonreír de ese modo. Cabe mencionar que tampoco he conocido a alguien cuya sonrisa me afecte tanto. Solo Mason puede conseguirlo. Siempre será Mason.

—Pues no, listillo. Resulta que mis padres no pudieron localizarme y no me he enterado de que había fallecido. En Irak no suele haber cobertura de móvil durante los bombardeos.

Las cejas de Mason se fruncen hasta casi juntarse.

—¿Irak? Vaya, señorita reportera, recorre usted tierras muy peligrosas.

—Gajes del oficio.

—Hum.

—Mira, Mason, me ha gustado verte, de verdad que sí, ¿pero crees que te importaría dejarme pasar? Llevo un poco de prisa.

—No tan rápido —se aclara la voz mientras se saca la libreta de las multas del bolsillo y adopta un aire de lo más severo—. ¿Sabe usted por qué la he parado, señorita Novak?

Maravilloso. ¡Y yo pensando que me iba a librar de la multa por habérmelo tirado hace diez años! Ya veo que no hay manera.

—Deje que lo piense, agente... mmmm... no sé... ¿porque es ilegal ser tan atractiva? —le propongo, apoyando el codo contra la ventanilla.

Mason, dirigiéndome una mirada rápida antes de volver a centrar su atención en escribir algo en la libreta, se muerde el labio inferior para frenar una sonrisa. Le doy gracias a Dios por ello. Este hombre resulta devastador cada vez que sonrío. Después de todo lo que pasó entre nosotros, sigue siendo el mismo diablo guapísimo que me derrite el corazón y los huesos de las rodillas con solo sonreír. Me muero de ganas de abandonar este estúpido pueblo y dejar atrás al estúpido de Eric Mason. No veo la hora de largarme. *Dos horas. Solo vas a estar aquí dos horas*, me recuerdo a mí misma, y ese pensamiento me arranca un suspiro de satisfacción.

—Tome, señorita. Y procure ir con más cuidado la próxima vez. El *stop*

significa detenerse, incluso si sabe que por ahí solo pasa un coche cada tres horas.

—Ya —cojo el papel que me ofrece, lo miro, para saber a cuánto asciende la broma, y frunzo el ceño—. Mason, ¿qué demonios es esto?

Se inclina para que nuestros ojos estén a la misma altura.

—Mi teléfono, por supuesto.

Sonríe lentamente y yo casi dejo escapar un gemido. El rostro de Mason está demasiado cerca del mío, de modo que puedo examinarlo fascinada. Me doy cuenta de que ha mejorado con el paso de los años. A los veinticinco años, Eric Mason era un joven espectacular, de pelo rubio oscuro y unos intensos ojos azules que destacaban en un rostro duro y bronceado. Ahora, a los treinta y cinco, es un hombre corpulento, con el rostro igual de duro y bronceado, solo que tapado por una oscura barba de dos días. Cada vez que sonrío, se le forman unas finas arrugas alrededor de los ojos y eso es realmente arrasador. Demonios, un ex novio no debería ser tan guapo. Se supone que un ex novio debe ser calvo, con barriga cervecera y tres hijos esperándole en casa, no un *sex simbol* de metro noventa cuya sonrisa me derrite miles de neuronas. ¡Oh, venga ya! Esto no es normal. Probablemente, sus abdominales harían que al mismísimo Miguel Angel se le cayera el cincel de la mano. Esto *sí* es perfección, no ese tal *David*, a quién yo, sinceramente, no le veo nada perturbador.

—¿Liv, estás bien? Te veo algo pálida.

Empeñada en ignorar el evidente magnetismo del hombre que me contempla sonriendo, alzo una ceja de forma interrogante.

—¿Y por qué iba a querer yo tu teléfono?

—Bueno, como no me has llamado en los últimos diez años, ocho meses y cinco días, he dado por hecho que ya no lo tenías. ¿Por qué sino ibas a marcharte de Vail sin tan siquiera despedirte de mí?

¡No puede ser tan imbécil como para no saber por qué me largué!

—Por la misma razón por la cual te largaste tú, Eric. Lo nuestro no tenía futuro.

Su rostro es recorrido por una contracción de dolor, que se asoma y desaparece tan pronto que empiezo a dudar seriamente sobre si ha sido real o tan solo se trataba de mi imaginación.

—Liv, sabes perfectamente que no fue eso lo que pasó. Yo me fui porque...

—No.dirás.ni.una.sola.palabra.

Mueve la cabeza, preso de la desesperación.

—No lo entiendes. Yo no te abandoné. Ya sabes lo mucho que yo te...

Subo la ventanilla lo más rápido que puedo y, si bien él, exasperado y bastante furioso, golpea en el cristal con los nudillos, me niego a volver a bajarla. Sus explicaciones me importan un bledo. Lo único que quiero es participar a la lectura de ese estúpido testamento y largarme de aquí tan rápido como la vez pasada.

Meto primera con manos trémulas y salgo, dejando a Mason envuelto en una nube de polvo. Aliviada de ver que no se dispone a seguirme, ni a detenerme por desobediencia a la autoridad, elevo el volumen de la radio y empiezo a cantar en voz alta el *Simply Irresistible* (hay que ser cabrones para poner esta canción justo ahora) de Robert Palmer, con la esperanza de que eso pueda apartar de mi mente el fantasma de Eric Mason. Pero ese fantasma es tan poderoso que soy incapaz de evitar recordar la primera vez que el chico rebelde del pueblo y yo interactuamos.

Fue hace catorce años, once meses y veintidós días, y sucedió, por supuesto en Vail, Colorado.

\*\*\*\*\*

Mamá se había empeñado en que yo vistiera de rojo. Solía decir que no hay mejor color para las morenas, y en concreto, para mí, debido al contraste producido entre la intensidad de la tela, el rojo de mis mejillas y el oscuro brillo de mis ojos. Fue un buen argumento para convencerme a que me pusiera el condenado vestido rojo que ella había elegido para mí. Mi madre siempre ha sabido como manipularme. De hecho, lo hacía con tanto arte que yo acababa pensando que, en el fondo, había sido idea mía. Si yo me hubiese parecido más a ella y menos a mi padre, hoy sería presidenta de los Estados Unidos de América, sin la más mínima duda. Pero no es el caso. Yo, en vez de manipular, siempre he formado parte de la categoría de personas manipuladas. Y, en consecuencia, lucía ese vestido.

La prenda no era fea, hay que admitirlo. Tenía falda con vuelo, tirantes finos y estaba ajustada al talle, como si la hubiesen cosido para mi delgado cuerpo. Yo era una niña delgaducha y alta de quince años, nada del otro mundo. Pese a ello, los chicos del pueblo estaban locos por mí. Creo que les ponía mi superioridad intelectual y mi legendaria arrogancia. Desde luego, si las niñas arrogantes se clasificarían por rangos nobiliarios, yo habría sido la reina.

Una vez, contando yo diez años, un chico de mi clase me envió una carta de amor. En absoluto movida por su gesto, cogí un bolígrafo rojo, le corregí todas las faltas de ortografía y se la devolví. ¿Cómo sino iba a aprender el muchacho a escribir correctamente si nadie le informaba sobre sus fallos? Yo era esa clase de niña, la que informaba a los demás sobre sus fallos; la típica sabionda que poseía más información que los demás. Aparte de eso, también poseía una sonrisa muy peculiar, aún la conservo a mis casi treinta años; era esa clase de sonrisas que dicen: “he hecho algo malo y tú no lo sabes”. Eso enloquecía a los chicos de mi pueblo.

A todos, menos a uno. Eric Mason. No es que me importase. Eric y yo no nos movíamos en los mismos círculos. En los pueblos como el nuestro, a la gente se le conoce o bien por su oficio, o bien por alguna característica fuera de lo normal. Por ejemplo, en el lado bueno está el cura, el médico, el profesor, el ingeniero, el panadero y el carnicero. En el lado malo, el borracho, la solterona, la facilona, los simpatizantes del partido comunista y

los ateos.

Yo era la hija del médico, mientras que Mason, el hijo del borracho. Mi padre salvaba vidas, el padre de Mason se hacía pis en la única cabina de teléfono que había en el casco urbano. Sencillamente, Eric Mason y yo éramos como el agua y el aceite.

Yo me pasaba el día leyendo a Shakespeare y escribiendo mis propios poemas. Mason holgazaneaba en el río, pescando, bañándose y haciendo solo Dios sabía qué clase de maldades. Me sacaba seis años, lo que le convertía en alguien de una generación muy lejana a la mía. A esas edades, seis años suponen una diferencia colosal.

Cuando yo aún jugaba con las Barbie, Mason, ya con novia, no tenía reparos en meterle mano durante las misas de los domingos. Claramente, él iba a la iglesia solo porque su novia era la hija del pastor. Todo el rollo de Dios no iba con él. En una ocasión, mientras le estaba hurgando por debajo de la camiseta a su novia, me sorprendió mirándoles boquiabierta. Si bien me hubiese gustado disimular o aparentar algo de indiferencia, me fue imposible. Me resultaba demasiado fascinante todo lo que estaba haciéndole a la muchacha como para apartar la mirada. Él, la mar de divertido, me guiñó un ojo antes de volver a sus quehaceres. Yo, ruborizada hasta las puntas de las orejas, procuré prestarle atención a la palabra del Señor, pero eso era muy difícil. Solo podía imaginarme cómo sería que sus manos me tocaran a mí en vez de a esa insulsa. Oh, y me lo imaginé bien imaginado durante toda la misa. A decir verdad, aún me avergüenzan esos pensamientos. Eran demasiado impuros para una niña tan pequeña.

Recuerdo que había quienes decían que Mason era un camello. Nunca me llegué a creer ese estúpido rumor. ¿A quién iba Mason a venderle droga en nuestro pueblo? Con lo paletos que eran mis vecinos, habrían sido capaces de echar la cocaína a los *muffins*, en vez de levadura, y luego quejarse de que estos no habían subido lo bastante, y llamar a la puerta de Mason para reclamar su dinero de vuelta. No, nunca he creído que Mason fuese un traficante de droga. Solo era un niño con el que yo no quería juntarme.

Siendo yo pequeña, íbamos a tirarnos en trineo por una cuesta a las afueras del pueblo. Mason iba también, pero yo nunca me tiraba con él. Me tiraba con todos los demás niños, menos con él. Una vez, cuando quiso llevarme el trineo cuesta arriba, puesto que, a su juicio, pesaba bastante para una niña de nueve años, yo le di una patada en la espinilla y le dije que si un gitano como

él tocaba mi trineo, iba a rociarlo con gasolina y prenderle fuego, ya que no podría volver a usarlo después de que me lo hubiera profanado. Recuerdo que se echó a reír a carcajadas y me dijo:

—Algún día te bajaré los humos, pequeña princesita. Algún día...

Yo le saqué la lengua y me empeñé en subir mi trineo hasta arriba del todo, para luego deslizarme cuesta abajo a una velocidad que habría aterrado al mismísimo Satán. Mason se sentó en el tronco de un árbol, se encendió un cigarrillo y me contempló con una sonrisa socarrona en las esquinas de su boca. Él era un adolescente guapísimo por aquel entonces, pero yo era una niña tan insensible que sus encantos me dejaban más fría que la nieve por la que resbalaban las cuchillas de mi trineo.

Total, que años más tarde, contando yo quince años, me hallaba en el club social (el único club social de nuestro pueblo), acompañando a mi novio Billy a nuestro baile de fin de curso. Llevaba el pelo rizado, según la moda de la época, mis primeros zapatos de tacón, y mamá me había dejado pintarme los labios de rojo, con lo que estaba yo de lo más complacida. Billy era un chico de mi edad, solo me sacaba cinco meses, y salía con él sobre todo para que mis amigas no se burlaran de mí por no haber besado a ningún chico hasta los quince. Ya bastante humillación era que no tuviera aún la regla y que mis pechos fuesen bastante más pequeños, comparados con los de las otras chicas.

Billy y yo nos habíamos besado por primera vez la noche anterior. Claro que no con lengua, ya que yo no sabía cómo se hacía eso y, por lo visto, Billy tampoco. No había sentido nada cuando nuestros labios se habían rozado; de hecho, me resultó un acto casi repugnante. ¡Billy había comido cebolla! Tanto alboroto para esa mierda. De verdad que no entendía por qué a todo el mundo le chiflaban los besos. Yo bien me podía haber pasado otros quince años sin volver a besar a un chico.

—Nena, ¿qué tal si nos vemos dentro de diez minutos en el pasillo de la enfermería? —me susurró Billy en un descuido.

Sí, claro, para seguir besuqueándome. Ni muerta pensaba ir. Ya había tenido bastante con los besos de la noche anterior.

—Mira, Billy, lo he estado pensando mejor y he llegado a la conclusión de que no te amo. Lo siento.

Nunca he tenido tacto, ni demasiado decoro, para desesperación de mi madre. Yo siempre soltaba las cosas tal cual, sin nada de preámbulos. Me



parecía lo más justo. Claro que, al ver cómo el labio inferior de Billy empezaba a temblar, maldije mi falta de cortesía.

—Pero ayer dijiste que me amabas —lloriqueó, con enormes lagrimones escurriéndosele por las mejillas.

¡Bah! ¡Y encima llorón! Yo nunca lloraba, y menos delante de otros. Era demasiado orgullosa como para mostrar mis debilidades en público.

—Cierto, te lo dije, pero solo fue porque tú dijiste que me amabas y era evidente que esperabas que yo te lo dijera de vuelta —me incliné sobre su oído para que nadie más me escuchara, no quería avergonzar a Billy en público—. Tengo que confesarte una cosa. Esto que quede entre tú y yo —adopté un aire ceremonioso, como si estuviese dándole algún premio, no cortando con él—. Billy, la verdad es que la rana de mi primo George me resulta más agradable de besar que tú. Y eso que me dan miedo los anfibios —me miró confuso y yo entorné los ojos ante esa falta de perspicacia—. Lo que intento decir es que ya no seremos novios a partir de ahora.

Billy estalló en sollozos delante de todo el mundo como si yo le hubiese dicho que Papa Noel era un invento comercial y que el Ratoncito Pérez era en realidad la rata vieja que habitaba en el sótano de sus padres. La gente nos miraba, me señalaban con el dedo y se reían, y yo quería que me tragara la tierra en aquel preciso instante. Sacudí a Billy con todas mis fuerzas para que se callara de una vez, pero él empezó a sollozar aún más alto.

—¿Cuál es el problema, señorito? —preguntó alguien con voz burlona—. ¿Por qué llora usted de forma tan desgarradora?

Levanté la cabeza y me topé con la sonrisa socarrona de Mason.

—No-es-asunto-tuyo —gruñí entre dientes.

Mason, tan guapo que cortaba el hipo (por desgracia, el hipo de Billy, no), me estudió con una mirada muy concentrada y una arruga en su entrecejo.

—Hay un niño llorando por tu culpa, pequeña bruja. Claro que es asunto mío. Soy el encargado de la fiesta y mi deber es auxiliar a los críos. Así que dime, ¿a este qué le has hecho?

Me hice la ofendida.

—¿Qué te hace pensar que yo lo he hecho algo? Puede que esté llorando porque se le haya muerto la rata. Por cierto, ahora que he sacado el tema, ¿qué clase de niño en su sano juicio tendría a una rata por mascota?

—¡Es un hámster! —me gritó Billy entre llantos.

Entorné los ojos.

—¡Como sea, Billy! No deja de ser un roedor.

Mason dejó escapar una carcajada ante la irritación de mi voz. Luego, se tornó de cara a Billy.

—Dime, muchacho, ¿qué te ha hecho esta?

Billy se frotó ambos ojos como un crío pequeño. Me entraron ganas de patearle ambas espinillas, pero bien pateadas.

—Dijo que le resulta más agradable besar a las ranas que a mí —y el alma en pena prorrumpió en nuevos espasmódicos sollozos.

Mason echó la cabeza hacia atrás y estuvo riéndose ruidosamente durante mucho tiempo.

—Así que besaste a tu amigo y no te gustó —afirmó con un brillo maléfico iluminando el frío azul de sus ojos.

Me crucé de brazos y le dediqué una mirada desafiante.

—Repito por si tienes problemas con los oídos y no te has enterado aún: no es asunto tuyo.

—Ya te digo que es asunto mío —colocó ambas manos en los hombros de Billy, resopló y atrajo la mirada de este hacia la suya—. Escúchame, muchacho. Encontrarás a otra chica mucho mejor que esta, a la que besarás, te la follarás y luego te casarás con ella, como un caballero debe hacer. Y, créeme, dentro de cinco años no vas a acordarte ni de esta noche, ni de esta mala pécora. Ahora ve a lavarte esa cara antes de que te patee el culo y así tengas verdaderas razones para moquear.

Eso, de algún modo, tranquilizó los espasmos de llanto de Billy. Limpiándose la nariz con la manga de su traje negro, se fue arrastrando los pies. Mason y yo nos quedamos de pie al lado de la barra de los refrescos, bastante aislados de los demás. Él llevaba una camisa de cuadros en blanco y negro, y se la había arremangado. Nunca había visto a nadie a quien le sentara tan bien las mangas dobladas. La gente solía hacerlo para realizar alguna labor domestica que suponía ensuciarse las manos, no para lucir las mangas arremangadas en un día de fiesta. Pero Mason, por razones que yo no comprendía, estaba de lo más atractivo con esa ropa.

—Estarás contenta, señorita —espetó, cruzando sus robustos brazos a la altura del pecho.

Puso la misma cara de severidad que solía poner mi padre cada vez que me sermoneaba por haberme portado mal. Muy a menudo, por cierto. Yo era un trasto.

—Billy es un cretino —escupí entre dientes.

—¿Y por qué lo besaste entonces?

Hice una mueca. ¿Acaso no era evidente?

—¡Pues para saber lo que se siente, Mason! Imagínate que mañana me atropella un autobús. No puedo morir sin saber lo que se siente al ser besada por un chico.

Mason dejó de sonreír y me contempló con una mirada muy penetrante. Había un brillo casi siniestro en sus ojos y eso me puso los pelos de punta.

—Dudo mucho de que ese memo supiera enseñártelo —me susurró con aire de lo más serio.

Sin que yo pudiera escabullirme, me agarró de una mano y me arrastró hacia la puerta. Como estábamos en una zona oscura y Billy ya no llamaba la atención de los demás con sus desgarradores llantos, nadie nos vio salir. O si nos vieron, no dijeron nada,

—¿Pero qué demonios estás haciendo?

—¡Calla!

Ya fuera de la sala que acogía el baile, me empujó contra una pared y se pegó a mí. El pasillo estaba completamente a oscuras y no había nadie por ahí. Me inquietaba bastante estar a solas con Mason y, además, tan cerca el uno del otro. Pero también me excitaba. Bajo el calor de su macizo cuerpo, notaba un cosquilleo recorriendo mis venas y un repentino hueco en el estómago.

—Mason... —le dije a modo de advertencia, pero Mason no me hizo ni caso.

Estaba mirando embelesado mis labios, lo hacía de un modo tan intenso que me provocaba descargas eléctricas a lo largo de la columna vertebral. Estuve pensando seriamente en que yo debía de estar incubando alguna mortífera enfermedad. ¿Por qué sino me iba a latir el corazón con tanta furia? ¿Por qué iba a sentir ese cosquilleo en el estómago? Y lo más importante de todo: ¿por qué diablos ardía yo en deseos de besar a Eric Mason?! Claramente, la enfermedad debía de ser terminal y ahora estaba afectándome el cerebro. No podía haber otra explicación a todo aquello.

Mason ladeó la cabeza hacia la derecha y, con ese mismo brillo siniestro de antes reflejado en sus pupilas, empezó a deslizar las yemas de los dedos por debajo de los tirantes de mi vestido. Apenas estaba rozando la piel de mis hombros, pero yo estaba temblando como si estuviese sufriendo algún ataque

febril.

—Sabes, pequeña, delicada y arrogante Olivia, algunas veces, cuando estoy solo en mi habitación, sobre todo en las largas noches de invierno, fantaseo con besarte y tocarte... —torció los labios mientras arrastraba un dedo por la base de mi cuello—, así como te estoy tocando ahora.

Mi respiración se alteró cuando él bajó la cabeza hasta que nuestros labios acabaron a la misma altura. No era capaz de controlar el temblor de mis rodillas y creo que Mason se dio cuenta de ello porque sonrió, complacido por el efecto que estaba causando en mí.

—Mason...

—Eric —me corrigió él, y esta vez su voz sonó ronca y tierna.

—Eric —susurré yo—, suéltame, por favor.

—Por supuesto.

Pero no me soltó. Sus labios se precipitaron sobre los míos, mientras que sus manos se hundieron en mi pelo y me echaron la cabeza hacia atrás para obtener un mejor ángulo. Intentó, con la ayuda de su lengua, abrirme la boca para poder introducirse dentro. Su insistencia me arrancó un gemido.

Solo tardó un segundo en conseguir que separara los labios. Y cuando lo hice, su lengua tomó posesión sobre mi boca, dominándola con experta maestría. De manera involuntaria, me pegué a su duro pecho y, sin tan siquiera ser consciente de ello, deslicé la lengua dentro de su boca e imité todo lo que él estaba haciendo. Esta vez el que gimió fue Eric. Sus manos vagaron por mis costados y yo notaba llamas por todas las zonas que él había estado rozando. Su lengua entraba y salía de mi boca, empujaba para luego retroceder, provocaba para acabar cediendo. Y, sinceramente, me volvía loca.

Entonces comprendí por qué tanto alboroto con los besos. Y también comprendí que, a partir de ese día, iba a querer besar a Eric Mason por el resto de mis días.

—Baila conmigo —jadeó Mason cuando al fin fue capaz de apartar la boca de la mía.

Yo estaba completamente mareada. Muy descolocada. Pero, más que todo eso, estaba muy excitada. Y, al estar tan cerca de él, podía sentir que no era la única. ¡Eric Mason me deseaba! ¡Y yo a él! Era de locos.

—¿En el pasillo?

—Claro. Se escucha la música desde aquí, ¿no? Además, no estamos cerca de todos esos estúpidos críos que me desprecian por ser quién soy.

Se me encogió el corazón al darme cuenta de que, dos minutos atrás, yo despreciaba a Mason por ser quien era y no perdía ni una oportunidad de llamarle gitano o mala gente, cuando, en el fondo, no era ni una cosa, ni la otra. Y si lo era, ¿a quién demonios le importaba ya?

—Está bien —le susurré.

Me cogió los brazos, me los colocó alrededor de su cuello y, aferrándose a mi cintura, empezó a moverse despacio. Sentía que la cabeza me daba vueltas. No entendía cómo era posible que precisamente Mason consiguiera tambalear mi mundo de ese modo.

—Mason...

—Eric.

—Eric...

—¿Mmmmm?

—¿Ahora somos novios?

Se echó a reír.

—No, bichín, no lo somos.

Lo miré ceñuda.

—Mi padre me llama bichín.

—Lo sé. Se lo escuché ayer en la ferretería y me pareció un nombre adecuado para ti. Eres un bichín.

Su sonrisa no me impresionó en absoluto. Yo quería saber por qué Mason se negaba a ser mi novio. Era porque yo aún no tenía bastante pecho, ¿a qué sí? ¿O por mi mala reputación como “destrozacorazones”?

—¿Por qué no somos novios?

Inclinó la cabeza para buscar mis ojos a través de la oscuridad del pasillo. Mason me sacaba como veinte centímetros de altura y eso que los niños de mi clase me llamaban *jirafa*, no precisamente por ser bajita. Para vengarme, yo los llamaba a ellos *sucias sabandijas*. Lo de ojo por ojo me funcionaba muy bien.

—Porque no pretendo acabar en la cárcel. Aún es pronto para nosotros, diablillo. Tienes que crecer. Cuando seas mayor...

—¿Entonces por qué me has besado? —le interrumpí con impaciencia. No tenía tiempo para sus conflictos interiores.

El problema lo suponía descubrir que, en el fondo, Eric Mason era un caballero que no pretendía aprovecharse de mi inocencia. Maldita sea, yo quería que se aprovechara. ¡De inmediato!

—Porque... —se calló de pronto, buscó mis ojos y me examinó con el ceño fruncido—. Pues no lo sé, bichín. No tenía que haberlo hecho.

—Pues a mí me ha gustado —repliqué malhumorada.

Su boca se movió en una sonrisa tierna.

—A mí también. No puedo negar que me ha gustado más de lo que debería. Pero como he dicho, aún eres muy joven para mí. Cuando crezcas, búscame. O mejor, te buscaré yo a ti.

Me limité a bailar y a mantener la boca callada durante un rato.

—Eric... —empecé de nuevo.

—¿Mmmm?

—Y mientras crezca, ¿tú vas a tener otras novias?

Esa idea me aterraba. Solo de imaginármelo besar a otra chica de ese modo tan pasional como me había besado a mí, me producía un sentimiento que no sabría indicar, algo que oscilaba entre terror, furia y comportamiento homicida.

Una risa gutural escapó de su garganta, y recuerdo que yo pensé que me gustaría oírle reír por el resto de mis días.

—Sí, y tú también. Disfruta de la variedad mientras puedas porque cuando seas mayor, serás solo mía.

Eso sonaba bien. No lo de la variedad, eso me daba igual, sino lo de ser suya. Debía empezar a practicar de inmediato mi firma con el nombre de señora Olivia Mason.

—¿Mason, me lo prometes?

Mason se detuvo, me alzó la barbilla y bajó sus azules ojos hasta encontrar a los míos.

—Te lo juro, bichín —me susurró, acariciándome los pómulos con las yemas de sus dedos.

Y entonces, volvió a besarme.

\*\*\*\*\*

Mi plan es perfecto. Solo he de ir al notario y asistir a la lectura del testamento de la tía Joy (sinceramente, dudo de que me haya dejado algo más que alguno de sus gatos; era una mujer más tacaña que el avaro de Moliere). Después, saldré como un cohete de Vail. ¿Qué puede salir mal?

—¡Cari-ño! ¡Cari-ñito!

He ahí la respuesta a mi pregunta.

—Oh, no... —freno en seco nada más entrar en la oficina del notario y miro horrorizada a mis familiares lejanos y no *tan* lejanos, cuyos ojos se han girado hacia mí.

En unos pocos instantes, el desconcierto se apodera de la sala.

—¿Esta quién es? —susurra alguien a mi derecha.

—Olivia, la hija de Grace —contesta una mujer de aspecto rubicundo, sentada justo al lado de la puerta.

—¿La pequeña Liv? Vaya, la última vez que la vi era una mocosa.

No soy capaz de moverme. La gente a mi alrededor empieza a susurrar, especulando sobre las razones que me hicieron abandonar el pueblo en mi adolescencia. *Un hijo bastardo... No, ¿qué dices? Mira qué cinturita. Si esta ha dado a luz, yo soy bombero... Pero escucha, ¿no era la novia del camello del pueblo?... Claro, por eso se fue. Tenía un problema con las drogas... ¿Las drogas? De eso nada. Se fue para hacerse bailarina exótica en Las Vegas...*

Decido que lo más sensato es ignorar sus teorías antes de que me dé un ataque de ira y me desquicie delante del ilustre notario, que aguarda sentado detrás de un macizo escritorio de madera a que lleguen todos los familiares de la difunta.

—¡Cariñito, aquí! Te he guardado un sitio.

Entrecierro los ojos y rezo para que mi madre desaparezca como por arte de magia. Por supuesto, esto no pasa. Ella permanece sentada en su asiento, llevando una ridícula pamelita amarilla que va a juego con su traje dos piezas de chaqueta y pantalón. ¡Parece una tarta de limón con patas! Quiero que la tierra se abra, me trague y me permita hundirme hasta las profundidades más oscuras y aterradoras. Seguro que enterrarme viva en el núcleo interno de la Tierra asusta menos que esto. ¿Qué demonios hace mi madre en la oficina del

notario? Se suponía que no la habían incluido en el testamento, puesto que ni mi madre, ni mi padre, se hablaban con la tía Joy.

—¡Liv, cariño! —agita una de sus enguantadas manos, como si sus grititos no resultasen ya bastante llamativos.

Camino hacia ella, dedicándoles una sonrisa tensa a mis parientes.

—¡Mamá! —exclamo a través de los dientes apretados—. ¿Qué haces tú aquí?

Mi madre sonrío con inocencia.

—¿Y dónde iba a estar yo sino? Para una vez en diez años que vuelves a casa... No iba a dejarte escapar tan pronto.

Me armo de paciencia mientras me dejo caer en una silla, entre ella y el primo Brad, a quien no me he tomado la molestia de saludar. Cabe mencionar que él tampoco lo ha hecho. Nunca nos hemos llevado demasiado bien con la familia de mi madre.

—Mamá, no hagas planes. Como te dije, espero a que se lea el testamento y me largo. Tengo muchas cosas que hacer.

—¡El trabajo! —se despierta gritando el anciano tío Cade, sentado en la siguiente fila, justo delante de nosotras—. ¡Tengo que ir al trabajo!

Su nieta, Simone, coloca una mano en su hombro y le obliga a volver a sentarse.

—Abuelo, hace veinte años que te jubilaste —le recuerda.

—¿Quién dices que es el cochino que no se ha bañado? —grita él.

—¡HE DICHO QUE HACE VEINTE AÑOS QUE TE JUBILASTE!

—Oh, sí, sí, me gusta mucho el helado, pero el médico dice que no puedo tomar azúcar.

Ahogo una risita.

—Sigue sordo, ¿eh? —le susurro a mi madre.

—Como un cura en el confesionario. Si no se empeñara en no llevar el aparato... —gira la cabeza hacia mí y me muestra una sonrisilla—. En fin. ¡Pero qué guapa estás, hija mía! Por cierto, he hecho pastel de carne para cenar.

¿Por qué finge ignorar el hecho de que yo pienso largarme de aquí en exactamente... eh, una hora, veinte minutos y ocho segundos? Inspiro hondo, exhalo despacio y me obligo a mí misma a no rugir delante de toda esta gente.

—¡Mamá! ¡No, no, no y no! No intentes camelarme con tu... —busco



alguna palabra horrible, pero la imagen de ese pastel de carne se cuela dentro de mis pensamientos y solo se me ocurren epítetos como—: maravilloso... sabroso... deliciosísimo pastel de carne. ¡Ni de coña me voy a quedar en este pueblo hasta la hora de cenar! —exclamo, esta vez con eficaz vehemencia.

\*\*\*

—¿Quieres un poco más de pastel, cariño?

Miro a mi madre con mala cara y ella aguarda, con mi plato vacío en la mano. No puedo creer que sea tan embustera. Y no puedo creer que yo sea tan débil como para ceder a la tentación de su pastel de carne.

—Anda, échale otro trozo a la niña —aconseja mi padre, quien está presidiendo la mesa.

Su intervención me hace salir de dudas. Si mi padre considera que debería tomar un trozo más, tomaré un trozo más. A fin de cuentas, él es el médico. ¿Quién soy yo para llevarle la contraria?

Nos hallamos en la cocina, una estancia de amplios ventanales, techos de madera y encimera de granito gris, no demasiado grande, pero sí suficiente para una familia de tres miembros como la nuestra. Lo que más me gusta de la residencia de mis padres es que el interior es el auténtico de una casa de montaña, todo granito y columnas de madera. Oh, y los ventanales. Son enormes, para que podamos disfrutar de las vistas que ofrece el privilegiado entorno en el que tenemos la suerte de estar. Siempre he soñado con tener una casa como esta, en este mismo pueblo. Sin embargo, vivo en un *loft* de dos mil metros cuadrados, a cinco minutos a pie de la Casa Blanca. Pero, oye, eso tampoco es para quejarse.

Giro la mirada hacia mi padre, quien tiene la nariz hundida en el *Washington Post* de esta mañana y lleva las gafas de leer puestas. Ha envejecido desde la última vez que le vi, el año pasado. El pelo de mi padre siempre ha sido tan negro como las plumas de un cuervo, pero ahora tiene las patillas llenas de canas. Mi madre, en cambio, está como siempre, morena, energética, excelente cocinera y una maestra de las artimañas.

—¿Y dices que esto lo has escrito tú, bichín?

—Sí, papá, eso lo he escrito yo. Es a lo que me dedico, ¿recuerdas? Soy periodista del *Washington Post*.

—Ajá. Pero sigo pensando que eso no te hace feliz, bichín —murmura distraído.

Como nadie está mirándome, me permito el lujo de hacer una mueca. ¡Y bien a gusto que me quedo!

—Aquí está la tercera porción de pastel —canturrea mi madre mientras coloca el plato delante de mí.

Se sienta a mi derecha y, mientras yo devoro la comida, ella se dedica a escudriñarme con una mirada que parece capaz de detectar hasta el más mínimo atisbo de impurezas en mi cutis.

—Mamá, deja de mirarme tan atentamente. Estás poniéndome muy nerviosa.

—Es que llevo mucho sin verte.

—Me viste la semana pasada —le recuerdo, con la boca llena.

—No es comparable. La cámara web se ve borrosa.

Entorno los ojos hacia mis adentros.

—Eric va a alucinar cuando te vea —prosigue, encantada por su propio comentario—. Estás más guapa que nunca.

—Lo bueno de todo es que Eric no va a verme —rezongo en voz baja.

Omito mencionar que Eric ya me ha visto. No me apetece tener que contárselo ahora, sobre todo porque eso supondría rememorarle y no creo que sea capaz de hacerlo sin sentir... lo que sea que ver a Mason me haya hecho sentir. No sé si duele verle, o si me resulta excitante, o si me inquieta. A decir verdad, prefiero no analizar esos sentimientos. Nunca. Hay cajones que es mejor mantener cerrados para siempre.

—¡Qué sueño me da tu artículo, Olivia! ¿Desde cuándo estás metida en campañas electorales?

—Desde que Darren organiza una.

Mi padre, entre bostezos, cierra el periódico, se quita las gafas y presiona el puente de su nariz con dos dedos. Cruzo una mirada con él, reparando en los oscuros círculos que rodean sus ojos grises.

—Papá, te veo raro. ¿Estás bien?

Compone una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy bien, bichín, solo algo cansado. Tu madre me ha arrastrado por todos los almacenes hoy.

Miró a mamá, quién finge estar examinándose la manicura, pintada de un intenso y brillante rojo vino.

—¿Y por qué arrastraste a papá por los almacenes, si puede saberse?

—Para buscar una nueva cama, cariñito.

¡Ay, no! Ya me sé yo como va a acabar esta conversación. Como todas las que he mantenido con mi madre desde que abandoné Vail. *Olivia, tienes que volver a casa... No, mamá, no voy a volver... ¡Debes hacerlo! ¡Estoy muriéndome! ¿Cómo puedes ser tan insensible?... Mamá, no estás muriéndote. Papá dice que solo tienes el azúcar alto... ¡Y más alto pienso tenerlo como no vengas de inmediato!* Esta, claramente, es una de esas conversaciones.

—¿Y por qué necesitabas una cama nueva, mamá? —articulo las palabras lentamente, esforzándome por no perder los nervios y gritarle.

—¡Es evidente! ¿Dónde ibas a dormir si no?

Me pongo en pie tan precipitadamente que casi vuelco la mesa.

—Mamá, ¡no! ¡Déjate de trucos y embustes! No voy a quedarme.

Me esperaba que mi madre intentará rebatir mis argumentos, o que me camelara con un par de *brownies* o unos *muffins*, como siempre ha hecho. Eso me habría resultado soportable. En cambio, ella se echa a llorar y contra eso sí que no puedo luchar. La quiero demasiado como para verla sufrir por mi culpa.

—¿Cómo he podido criar a una niña tan insensible? —balbucea.

Dejo caer los hombros, completamente superada por la situación.

—Venga, mamá... —me acerco a ella con cautela y rodeo su delgado cuerpo con los brazos, en un torpe intento de consolarla—. No llores, por favor.

—¡Una única hija! —solloza—. ¡Una única hija tengo y nunca viene a verme! ¿Tienes idea de lo duro que resulta ver que los hijos de tus vecinos vuelven a casa por Navidad, Acción de Gracias y Pascua? ¿Tienes idea de lo deprimentes que son nuestros cumpleaños?

Se me parte el corazón al verla tan triste.

—Mamá, yo siempre estoy con vosotros en vuestros cumpleaños —murmuro en voz queda.

—¡Por Skype! —repone entre llantos—. Haces una llamada de una hora por Skype, nos mandas un cheque millonario y piensas que eso compensa tu ausencia. Pues déjame decirte algo, Olivia. ¡NO LO HACE! Ni el dinero, ni tus llamadas compensan el hecho de que nunca vengas a vernos.

Entrecierro los ojos ante esa mezcla de dolor y acusación que desvela su mirada. Sus palabras me han llegado tan adentro que me siento como si acabara de recibir un golpe en el estómago.

—Lo siento —susurro culpable, abrazándola con más fuerza—. Prometo que me quedaré un par de días esta vez, ¿vale?

Se enjuaga sus brillantes mejillas y me mira con desconfianza.

—¿Te quedarás? ¿De verdad?

Asiento, sonriéndole.

—¿Hasta la *Fiesta de los Fundadores*? —propone, de lo más entusiasmada.

Mis pupilas se dilatan de pronto. *Fiesta de... ¡¿Qué?!*

—Mamá, pero si esto es dentro de...

—Dos semanas —me interrumpe, complacida.

—¡Ni hablar! ¡Mamá! ¡No voy a quedarme en este pueblucho durante dos semanas!

Adopta un aire ofendido.

—Está bien. Entonces, límitate a mandarme otro cheque de cien mil dólares como la vez pasada. Recemos para que eso me sirva de consuelo.

Cojo aire en los pulmones y lo suelto ruidosamente.

—Papá, di algo...

—Tu madre lleva razón.

Hunde la nariz dentro de su periódico ante mi mirada fulminante.

—Con decir algo, no me refería precisamente a eso —gruño.

—Lo siento, bichín, pero cuando la lleva, la lleva.

Soltando un largo soplo de exasperación, miro a mis padres. Mi madre me observa esperanzada mientras que mi padre finge estar leyendo el periódico, aunque yo sé que es incapaz de leer ahora. ¡A la mierda mis planes!

—Está bien. Me quedaré hasta la *Fiesta de los Fundadores*, pero, para que conste, no me parece bien que empleéis el chantaje emocional conmigo.

—El chantaje emocional siempre funciona, cariñito. ¿*Muffins*? —propone, tan serena como si nada hubiese pasado.

Muevo la cabeza con reprobación. ¡Qué embustera es!

—¿Por qué no?

Con repentinas energías, se pone en pie y empieza a revolotear por la cocina. Parece mentira que estuviera llorando tan desconsoladamente hace menos de dos minutos.

—¿Vas a querer café, Liv?

—No, mamá. Pretendo dormir esta noche.

—Pues por eso. Yo siempre tomo uno antes de irme a la cama. Me ayuda a conciliar el sueño.

—Sí, tú eres la clase de persona que se tomaría un par de anfetaminas para tranquilizar sus nervios.

Mi padre suelta una carcajada.

—Eso es cierto. Tu madre es inmune a la tila.

—No soy inmune —le contradice ella desde la nevera—. Pero soy tan nerviosa que la tila no me basta algunas veces.

—No hace falta que lo jures —murmuro para mí misma, mientras les doy la espalda y me coloco delante de la ventana, mirando el jardín.

Ya está entrada la noche, con lo que no puedo vislumbrar las montañas que nos rodean; sin embargo, sé que están ahí, observándonos y, de algún modo, protegiéndonos. Contemplar la silenciosa oscuridad que reina en torno a la casa consigue calmar mis nervios, tensos después del día de hoy. Es impresionante el silencio que hace en Vail durante la noche, nada que ver con el aglomerado centro de Washington. Tan reconfortante me resulta la quietud de la naturaleza que casi se me olvida el hecho de que deba quedarme en este pueblo durante catorce días. En el mismo pueblo que Eric Mason, tras haber dicho específicamente que él y yo jamás debíamos volver a hallarnos en el mismo estado. A ser posible, ni siquiera en el mismo país... o, ahora que lo pienso mejor, ¡en el mismo jodido planeta!

Un movimiento entre los arbustos que rodea la propiedad de mis padres atrae mi atención. Escudriño la oscuridad, intentando averiguar qué es lo que lo ha provocando, pero la noche sin luna es tan negra que no consigo distinguir nada.

—Papá, creo que hay alguien en el jardín.

—Son las zarigüeyas, bichín. Así que la vieja tacaña te ha dejado la casa, ¿eh? Es una buena propiedad.

Aún no me lo creo. ¡La tía Joy me ha dejado su casa! No entiendo por qué a mí. Soy la única de sus sobrinos con la que no tenía nada de relación. Estaba convencida de que no iba a dejarme nada. Solo vine a la lectura del testamento porque mi madre me dijo que el notario no podía abrirlo en mi ausencia, y que tenía que solidarizarme con mis primos y mover el culo para que los demás pudieran conocer el testamento. Ahora me pregunto si eso era cierto o tan solo ha sido otro de sus trucos. Conociéndola, no sé qué pensar. Es capaz de eso y mucho más.

—Sip, ya ves. Tengo una casa en mitad de la nada. ¡Yupi! —exclamo sin nada de entusiasmo.

Le doy la espalda a la ventana y camino hacia el centro de la estancia.

—Supongo que vendrás más a menudo ahora, ya que tienes tu propia casa —se aventura a afirmar mi madre mientras me alarga un plato con dos *muffins* de chocolate.

Lo cojo y me siento en una butaca, al lado del horno de leña.

—Supones mal. No tengo intención de volver por aquí en mucho tiempo.

Ella sonrío como si supiera algo que yo ignoro.

—Eso está por ver. Por cierto, Eric sigue soltero.

El *muffin* se me queda en la garganta, pero me esfuerzo por no toser. No quiero que mi madre vea lo alterada que me deja la mención de ese hombre.

—Mamá, me importa un bledo. No quiero hablar de Mason.

Claro que a mi madre le da igual eso, ella sigue contándome cosas mientras toma asiento al lado de mi padre, en la reluciente mesa de madera de roble. *¿Qué le echará para que brille tanto? ¿Manteca de cerdo?*

—¿Sabes lo que me dijo un día?

Me veo obligada a dejar de pensar en chorradas y mirarla.

—No tengo ni idea, pero estoy convencida de que tú me lo vas a contar de igual modo.

—Puedes estar segura de que lo haré, señorita. Esto te concierne, y mucho. Dijo que si no podía tenerte a ti, no iba a tener a ninguna otra. ¿No te parece eso muy romántico?

Más que comer, lo que hago es devorar el postre. Tal vez el azúcar me deje la mente paralizada, para dejar de pensar él.

—El colmo del romanticismo —contesto secamente—. Así que Mason ha hecho votos de abstinencia, ¿eh? —inquiero, ya que es evidente que esta charla da para rato.

*¡Mentirosa! Te mata la curiosidad de saber qué es lo que ha estado haciendo al amor de tu vida en la última década. ¡Admítelo de una vez!* Muevo la cabeza para acallar la voz de mi consciencia, y le presto atención a mi madre.

—Cariñito, se ha acostado con todo el pueblo. Posiblemente, también con los pueblos vecinos. Es solo que se niega a casarse —aclara, con un destello de admiración bailando en sus ojos.

—Ah. Vaya, qué considerado. ¿Y a ti te parece bien que esté

aprovechándose de esas pobres mujeres cuando no tiene intención de mantener una relación seria con ninguna de ellas?

Mi madre entorna los ojos.

—Cariñito, las que se aprovechan son ellas. Mason ha dicho claramente que solo se casaría contigo y con ninguna otra. Nadie puede acusarle de aprovecharse de una chica. No es su estilo.

*Pero resulta que sí lo es.*

—John —mi madre se gira de cara a mi padre y este levanta la mirada del periódico—, te dije que debías ir a la lectura del testamento. Fue más entretenido que esos premios donde ese actor... ¿cómo se llama?...en fin, no me acuerdo, acudió borracho como una cuba, tirándose pedos.

Suelto una carcajada. No he visto esos premios, gracias a Dios, pero dudo de que fuesen más entretenidos que el *show* protagonizado por mis codiciosos parientes.

—Sí que lo fue —admito entre risas—. Sobre todo cuando el notario empezó a repartir los dieciocho gatos entre mis primos. Flipamos todos.

Al recordar aquello, mi madre y yo empezamos a desternillarnos de la risa, balbuceando incoherencias provocadas por las carcajadas.

—¿Así que ninguno de esos avariciosos se llevó más que un pobre minino?

Mi madre emplea el delantal para secarse las esquinas de los ojos.

—¡Qué va! Se lo ha dejado todo a Liv. Tenías que haberlo visto, John. Fue un escándalo.

Más que un escándalo, fue un circo. Sobre todo cuando el notario tuvo que explicarle al tío Cade, ¡al sordo tío Cade!, que solo le correspondía un micifuz llamado *Sohijodeputa*. El pobre hombrecillo se llevó un puñetazo en la nariz, ya que el anciano pensó que estaba insultándole. Se necesitaron veinte minutos y unas ocho personas para hacerle entender al tío Cade que *Sohijodeputa* era el nombre de la criatura con bigotes. La tía Joy, por lo visto, conservó su retorcido humor hasta el lecho de muerte. Hay gente que nunca cambia.

—Voy a salir un momento para llamar a Darren —aviso a mis padres mientras me yergo.

Me desplazo hacia el otro extremo de la estancia y saco el móvil del bolso.

—Llévate chaqueta. Ha refrescado —advierte mi padre.

Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla.

—Solo voy a estar fuera un instante.

En cuanto salgo por la puerta trasera, la que da hacia el bosque, empiezo a lamentar esa mala idea. Fuera se ha levantado un viento casi invernal, que silba entre los árboles, cruel y cortante. Decido no entretenerme demasiado. De pie a unos dos metros de la puerta, marco el número de Darren y espero, cambiando el peso de una pierna a la otra.

—¡Livy, qué agradable sorpresa! ¿Estás de camino ya?

No sé por qué, pero me invade una oleada de nerviosismo. Presiento que mi estancia en Vail marcará un antes y un después en mi relación con Darren.

—No, la verdad es que no lo estoy. De eso quería hablar contigo.

Pese a los miles de kilómetros que nos separan, puedo notar que está poniéndose tenso.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien por ahí?

Trago saliva, esforzándome por dominar los fuertes latidos de mi corazón. Por Dios, ¿por qué me pone tan nerviosa decirle esto?

—Sí, todo va de maravilla, solo que necesito estar aquí dos semanas para arreglar algunos asuntos.

Al otro lado de la línea se produce una pausa.

—¿Dos semanas?

—Dos semanas.

—¿Y el viaje a Nueva York? Liv, no puedo cancelarlo. Es muy importante para la campaña.

*¡La campaña! ¡Siempre la puta campaña! ¿Y qué pasa con lo que es importante para mí?*

La mención a su campaña electoral me cabrea. Sé que no tengo razones para sentirme así, Darren siempre me ha apoyado en mi trabajo. Lo lógico sería que yo le apoyara en el suyo. Realmente no entiendo que es lo que me pasa esta noche. Es como si tras haber cruzado la frontera de Vail, algo hubiese cambiado en mi interior; un mecanismo que se haya apagado, o, tal vez, se haya puesto en marcha, convirtiéndome en la misma Oliva de hace diez años. Solo llevo en este pueblo un par de horas y ya está pasándome factura. ¿Qué más va a pasarme en estas dos semanas?

Decidida a controlar mi repentina aversión hacia Darren (aversión que no soy capaz de explicarme), me esfuerzo por conseguir una voz serena.

—Lo siento, vas a tener que irte solo. Yo no puedo.

Resopla hastiado.



—Está bien. Iré solo. Es solo que me hacía ilusión que me acompañaras.

—¿Para exponer a tu prometida trofeo delante de tus votantes? —repongo cortante.

—¿Qué? No, claro que no —su voz se vuelve más grave por el enojo—. Porque te quiero y echo de menos pasar el tiempo contigo, cariño. ¿Qué te pasa? ¿Por qué demonios dices eso?

Abro la boca para disculparme por mi ataque de mal genio, pero un ruido entre los arbustos me distrae de la conversación. Giro sobre los talones y me esfuerzo por ver algo a través de la oscuridad.

—¿Livy? —insiste Darren.

—¿Eh? —murmuro distraída mientras me dispongo a examinar esa zona—. No, por nada, lo dije sin pensar. Lo siento.

—Suenas rara. ¿Seguro que estás bien?

—Maravillosamente. Escucha, mejor te llamo mañana porque... —mis palabras se desvanecen.

*¡Conque las zarigüeyas!* Un rayo de luna consigue traspasar la oscura cortina de nubes y yo puedo ver cómo Eric Mason está de pie en la otra punta del jardín, medio envuelto entre las sombras de la noche.

Y está mirándome fijamente.

Lleva un vaquero azul y una camisa blanca, descuidadamente arremangada por debajo de los codos, de modo que deja a la vista unos antebrazos fuertes, de pronunciadas venas y piel curtida por el sol. No puedo negar que es una de las imágenes más irresistibles que he visto en toda mi vida.

—¿Liv, sigues ahí?... ¿Liv?... ¿Cariño, me escuchas?

Como una autómatas, cuelgo el móvil sin tan siquiera despedirme de Darren. No puedo centrarme en otra cosa que no sea Mason.

A lo largo de los años, todos los detalles relacionados con mi adolescencia desaparecieron en el olvido. Se me olvidó todo, salvo una cosa: la intensidad de una mirada azul hielo. La misma mirada que ahora mismo está clavada en la mía.

—Buenas noches —saluda con voz controlada, suave.

Tiene las manos en los bolsillos y un aire indiferente que es de todo, menos natural. Su ensayado autocontrol no puede engañarme. El brillo de sus ojos delata su nerviosismo.

Trago en seco y me esfuerzo por ponerme en marcha, puesto que me he

quedado paralizada a varios metros de distancia de él.

—¿Qué haces aquí? —sé que es capaz de percibir la nota temblorosa de mi voz, lo cual me avergüenza.

Desdeñoso, tuerce los labios.

—Pasaba por la zona.

Lo miro incrédula.

—¿Pasabas por la mitad de la nada a las diez de la noche?

—Es muy habitual en mí. Me aburro en mi casa.

—Y sales a pasear.

—Exacto.

—Y tus pasos, de algún modo, te llevan hasta mi jardín.

—No digas tonterías. Vengo en coche —explica, de lo más sereno.

—Oh, claro. Eso lo cambia todo.

Los dos callamos durante unos segundos.

—¿Con quién hablabas? —pregunta de pronto.

—¿Y a ti que te importa?

Se encoje de hombros, mostrando de nuevo una planificada indiferencia.

—Era por hablar de algo.

—No vamos a hablar, Mason. Voy a entrar en casa, voy a subir a mi habitación y voy a dormir durante diez horas seguidas. Estoy hecha polvo después del viaje. Gracias por pasarte por aquí.

Le doy la espalda y empiezo a caminar en dirección a la casa, pero no llego demasiado lejos. En unos instantes, Mason se posiciona a mis espaldas y me detiene agarrándome por los hombros. Rezo para que no sea capaz de notar cómo me tensa a su lado.

—Espera un segundo.

Me giro hacia él resoplando con fastidio.

—¿Qué?

Sus manos se mantienen en mis hombros y sus ojos sostienen los míos. Está tan cerca de mí que siento que empiezan a flaquearme las piernas. No puedo estar tan cerca de él.

—Solo quería decirte que me alegro mucho de volver a verte y que... —se detiene para carraspear—, en fin, que te he echado mucho de menos.

Rodeándome entre sus brazos, me abraza con fuerza durante más de un minuto. No encuentro las energías para apartarme, estoy hipnotizada por esos intensos ojos azules. Oh, Dios, estoy tan enganchada al perfume de su

cuerpo...

—No deberías estar aquí —le digo con voz débil y temblorosa.

—Nunca en mi vida he hecho lo que debía.

—Eso también es cierto —mascullo.

Ríe entre dientes y yo no consigo frenar una sonrisilla. Soy incapaz de impedirlo, Mason empieza a fluir de nuevo por mis venas y sé que me va a costar mucho esfuerzo arrancármelo otra vez del corazón. Oh, maldita sea, ¿por qué he tenido que regresar a Vail? Me siento como un alcoholico que, después de muchos años de abstinencia, prueba su primera gota de bebida, y ahora, ebrio y exultante, se da cuenta de que su deseo más irrefrenable es ahogarse en más y más alcohol; beber y no detenerse nunca.

—Qué descanses, Olivia —me susurra, con mi cabeza entre las manos.

Deposita un beso en mi frente y, sencillamente, se va. Inmóvil, lo sigo con la mirada mientras se aleja. A medida que se mueven las manecillas del mi reloj, me doy cuenta de lo desastrosa que es la situación.

Una vez más, Eric Mason me tiene encadenada a su amor y presiento que romper las gruesas cadenas que me atan a él va a resultar mucho más difícil que la vez pasada. Difícil, aunque no imposible.

Si os ha gustado, la podéis leer en Amazon. Más abajo tenéis la portada.  
¡Un beso y hasta la próxima!  
Bella.



# Isabella Marín

«¿Pensaste alguna vez en  
mí, Liv? ¿O en nosotros?  
Porque yo pensé en ti  
cada minuto de los  
últimos diez años.»

Enséñame  
a  
Olvidarte

